JULIA
AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES
LONDON
SECRETOS
ÍNTIMOS DEL
REY

Todos los jóvenes de la alta sociedad de Londres competían por la mano de *lady* Caroline Hawke, salvo uno. El guapo y libertino príncipe Leopoldo de Alucia no recordaba ni siquiera bien su nombre, y aquel insulto no debía tolerarse. Así pues, Caroline iba a asegurarse de que Leo no la olvidara nunca más: se encargó de que los chismes más escandalosos sobre su persona aparecieran en una revista para mujeres… Mientras, secretamente, ponía los ojos en él.

Alguien había estado retratando a Leo como un canalla, pero ¿quién? Lo estaba destruyendo socialmente. Y, peor aún, estaba poniendo en peligro su investigación sobre una red despreciable que se extendía hasta las más altas esferas del gobierno británico. Leo necesitaba que *lady* Caroline le ayudara a recuperar la aceptación de la alta sociedad. Sin embargo, aquel encantador príncipe estaba a punto de descubrir que reclutar a la atractiva dama podía costarle el corazón, el alma y, a los dos, la reputación…

Julia London

Secretos íntimos del rey

Una boda real - 02

ePub r1.0
Titivillus 10.04.2023

Título original: *A Royal Kiss and Tell*
Julia London, 2018
Diseño portadilla X Aniversario: orhi
Retoque portadilla X Aniversario: rednij

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X Aniversario

Epub base EPL

OZN Ledo ariblack xentaric ZirKo GusiX DULCEMIRADA mega Alkyria ArthurPaendragon Smoit betatrón Gonzakpo Fénix capitancebolleta Garland Bercebus karpanta DaDa Perseo Siwan whatsername liete Patitapetit JanoPerplejo Carlos. TammyBaker jukogo Batera Etsai hofmiller Miguelex Bisky Yorik libra Cygnus Ozzeman Piolin epubyrrn Rov Farnsworth lestrobe Jules69 GONZALEZ CeleHormiga Verdugol Nitsy AkakiyAkakiyevich Meddle gosubusk RufusFire Polifemo7 MolcajeteSalsero Himali Clío orhi Artifex andres3 RicIV minicaja NitoStrad kennatj Glokta Matt MartínFierro mezki adruki Noonesun chungalitos ulyss Werth lezer miope Kyrylys banbaal iBrain Griffin gertdelpozo Bodo-Baas carly debianjoker Fanhoe nalasss jugaor nemiere Tarloth JackTorrance Tiver Rayul Acummbens memento santoposmoderno gatoyfelpudo Mcphist Narukei pepotem kokodrilo2 Vieri Faro47 ikero Lightniir ualah zxcvb66 Cko Sharadore everox Horus micamica24 rodricavs arma_x arthor Arnaut Abraxas rosmar71 othon_ot Sarah Jianka Joselin wertmon cowinsaint DoñaJacinta draflaeon Kytano moower trips123 KILLROY Lihuen laNane ebookofilo jlmarte Tirith Fauvar Gigio superpollo1968 matiaSanCar creepy JeSsE Cecco leyendoaver Shemes Prometeo Talizorah MadU ptmas Honradomercenario xxfry serenissimo Eibisi neosk ohcan nordal origen Poldek luismi Ian Raleigh CharlyRB Banshee redde jubosu vidadoble roy_batty xarxa ECairn Dermus Ninguno nuevosoul Deucalión rimmer Orkelyon Darkwood asolbap Johan LeoLuegoExisto Seoman RyanMc Frane robin Giuseppe AngelF ZaucioOlmian dj70 bestofus lockereilly BathoryBaroness percas Coco eljosemi Elle518 Mowgli ifilzm eric-draven FranciscoJavier2 Luffier yosoySonia ronstad emiferro Lecram Crissmar MrX thekillingjoke Dirdam nosena tecavian Alex zidane11 ozn2 gercachifo darklooker

Proyecto Scriptorium

Primera portada para el Epub base, creada por orhi

Capítulo 1

Helenamar, Alucia
1846

Es completamente cierto que tanto hombres como mujeres anhelan la promesa sincera de que alguien va a amarlos y apreciarlos toda la vida, y que nada como una boda procura tanta alegría a los demás.

Hace muy poco se han celebrado las nupcias entre la universalmente admirada Eliza Tricklebank y el príncipe heredero al trono de Alucia, Sebastian Charles Iver Chartier.

La novia entró en la catedral de San Pablo de Helenamar, la capital de Alucia, a las doce y media en punto. Su vestido era de seda y gasa blanca, confeccionado al estilo aluciano, ceñido al cuerpo y con una larguísima cola bordada con hilos de plata y de oro. Los bordados representaban a Inglaterra con la rosa Tudor, el león y el estandarte real inglés. El lema nacional de Alucia, Libertatem et honorem, también estaba bordado en la tela del dobladillo de las mangas.

La novia llevaba el velo sujeto con una tiara de brillantes y una gema central de diez quilates, cedida para la ocasión por Su Majestad la reina Daria. Llevaba también un collar de veintitrés perlas, cada una de ellas símbolo de una de las provincias de Alucia, obsequiado por Su Majestad el rey Karl. Lady *Tricklebank llevaba una banda sujeta a la pechera del vestido con un broche de oro y zafiros, regalo de bodas de su prometido, el príncipe Sebastian.*

El príncipe, por su parte, llevaba un traje negro de lana, un chaleco blanco con los mismos bordados del vestido de la novia, aunque en miniatura, y una corbata de seda adornada con hilos de plata y oro. Llevaba la corona de príncipe heredero. Después de la ceremonia, los recién casados se trasladaron en una calesa hasta el palacio de Constantino, saludando a la multitud que se agolpaba a ambos lados del camino durante todo el trayecto, de más de cuatro kilómetros. El rey otorgó al príncipe y a su nueva esposa el título de duques de Tannymeade. El matrimonio real residirá en la ciudad portuaria del palacio de Tannymeade.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

La promesa implícita en una boda siempre era algo delicioso, pero, si se trataba de una boda real, seguramente la sonrisa permanecería aún más tiempo en la cara de los presentes. Esa alegría tendría el poder de convertir en oro hasta el corazón más hastiado. Y si, además, la novia era la mejor amiga posible, entonces, la felicidad sería algo incontenible.

Lady Caroline Hawke estaba muy contenta por la buena suerte que había tenido su gran amiga, Eliza Tricklebank, que, en aquel preciso instante, le estaba jurando amor y fidelidad al príncipe Sebastian. Unos meses antes, Eliza estaba decidida a llevar una vida de solterona y dedicarse a cuidar a su padre ciego durante el resto de sus días. Siempre llevaba vestidos sencillos y delantal, y se ocupaba de leerle libros y documentos legales a su padre o de reparar relojes, su extraña afición. Pero, un día, Eliza recibió una invitación a un baile real, y un hombre fue asesinado. Más tarde, ella recibió una nota con información que insinuaba la identidad del asesino y, antes de que Caroline pudiera darse cuenta, Eliza estaba casándose con el futuro rey de Alucia. Lo cual significaba que Eliza iba a ser la reina.

Todo aquello había sido tan improbable, tan impensable que superaba cualquier cuento de hadas que ella hubiera oído jamás,

superaba cualquier cosa que ella hubiera podido imaginar.

Allí sentada, en el primer banco de la catedral, un lugar de honor asignado a ella como mejor amiga de Eliza, Caroline tenía los ojos empañados de emoción. Eliza irradiaba felicidad. Caroline nunca se había considerado una persona sentimental, pero así eran las cosas.

Miró al príncipe Leopold, que estaba junto a su hermano, el príncipe Sebastian. Se preguntó qué pensaría él con respecto a aquella boda y a la feliz pareja. Era un hombre alto y fuerte, con un cuerpo musculoso y los hombros anchos. Con el traje de gala resultaba tan majestuoso y masculino que ella se permitió soñar un poco despierta, y se los imaginó a los dos, tomados del brazo, recorriendo el pasillo central hasta aquel mismo altar.

No quiso estropear aquel sueño recordando que el príncipe Leopold la había saludado de una forma desabrida en el banquete real. En aquel augusto evento, la había mirado como si ella fuera una sirvienta que iba a recoger su ropa usada. Y lo había hecho de nuevo durante una excursión a caballo por el Klevauten Park que se había organizado para todos los invitados de la fiesta. Aquel día, cuando ella se había puesto a galopar junto a sus amigos y él, el príncipe le había dicho, con el ceño fruncido:

—Debe de haberse perdido, señorita.

¡Como si ella fuera una fresca que se había colado en las celebraciones reales!

Por suerte para él, ella tenía un carácter tendente al perdón y, a pesar de su fastidio, todavía podía imaginarse cómo sería que el príncipe Leopold le sonriera como el príncipe Sebastian estaba sonriendo a Eliza en aquel momento. La alegría que sería caminar de su brazo por aquel pasillo central, llevando un vestido tan bonito como el de Eliza, que, lógicamente, ella misma habría ayudado a diseñar a las modistas de la corte. Tenía una gran vista para la moda.

Junto a Eliza estaba su hermana, la señora Hollis Honeycutt, la madrina. Hollis tenía la ayuda de ocho niñas pequeñas para llevar y vigilar la larguísima y adornada cola del vestido de Eliza. Las niñas iban vestidas exactamente igual que Eliza, aunque sin la cola, claro. Las pequeñas llevaban coronas de flores. Y no había damas de honor.

Si hubiera sido su boda, ella habría tenido una legión de damas de honor.

Sin embargo, según le había explicado Eliza, en Alucia no existía aquella tradición.

—Niñas para las flores. Vienen de todas las partes del país —le dijo su amiga—. Parece que es un gran honor ser elegida para llevar las flores.

—Pero… ¿por qué no puedes tener lo que tú quieras en tu boda? —le preguntó ella, quejumbrosamente. Desde el día en que Eliza se había prometido con el príncipe Sebastian, ella había pensado que sería la primera dama de honor. Después de todo, Hollis, Eliza y ella llevaban siendo amigas desde la infancia.

—En realidad, yo estoy conforme con las niñas de las flores —dijo Eliza—. Estaría contenta con una boda sencilla. De hecho, habría estado más contenta con una ceremonia civil. Pero la reina Daria prefiere otra cosa.

—Lógicamente. Se trataba de la boda en la que van a verte todas las personas que, algún día, serán tus súbditos, y tú los gobernarás.

Eliza dio un resoplido.

—Yo no voy a gobernar a nadie, Caroline. Seré afortunada si consigo encontrar a mi marido en este sitio tan enorme —dijo Eliza, señalando los muros que las rodeaban. Y no exageraba; el palacio de Constantino era aún más grande que el de Buckingham.

—Déjame ser la madrina —le rogó Caroline a su amiga—. Yo estoy mucho mejor capacitada que Hollis para llevarte la cola.

—¿Disculpa? ¡Yo soy su hermana! —exclamó Hollis.

—La cola mide casi diez metros, Hollis. ¿Cómo vas a poder llevarla? Si casi no has podido llevar las de tus vestidos desde que hemos llegado a Alucia. Y la gente debería ver mi vestido. No he reparado en gastos.

Eliza y Hollis miraron a Caroline.

—Me refiero a que la gente debe verlo después de ver el tuyo, claro —dijo ella.

Las hermanas siguieron mirándola.

Caroline se encogió de hombros.

—Es obvio —dijo.

—Bueno, más bien, eso es lo que querías decir —respondió Eliza, con generosidad.

Las tres habían adoptado con entusiasmo el estilo aluciano al llegar a Helenamar hacía un mes. El estilo inglés, los vestidos con faldas voluminosas, cuello alto y manga larga, no era el más indicado, puesto que daba calor y era muy pesado. Les encantaban los vestidos alucianos, ceñidos al cuerpo, con mangas largas pero de tela fina y, sobre todo, les habían encantado las colas bordadas, hasta que habían descubierto lo difícil que era llevarlas.

—Ya me las arreglaré —dijo Hollis—. Nadie ha venido a esta boda a ver tu vestido, Caro.

—Bueno, eso es obvio, Hollis. Pero, de todos modos, les encantará, ¿no? Y, a propósito, no hay ninguna ley que diga que la madrina tiene que ser la hermana de la novia.

—No hay ninguna ley, pero ella es mi hermana y va a ser la madrina —respondió Eliza—. Además, si tú te pusieras a mi lado durante la ceremonia, me temo que estarías tan embelesada con Leo que no te acordarías de la cola de mi vestido —añadió, mirando a Caroline con una ceja arqueada.

Como si ella hubiera hecho algo malo.

Que no lo había hecho.

—¿Leo? ¿Ahora lo llamas así? —preguntó con indignación. Leo era el hermano menor del príncipe Sebastian. Su Alteza Real el príncipe Leopold.

El príncipe Leopold, como todo el mundo sabía, había pasado varios años en Inglaterra, asistiendo a Cambridge, lo cual significaba, en realidad, que había pasado mucho más tiempo en fiestas y eventos, en los clubes masculinos y en casas de campo que estudiando. Caroline lo había conocido el año anterior en Chichester, en una mansión campestre, durante una fiesta. Habían tenido una conversación muy agradable que ella recordaba perfectamente, palabra por palabra. Por el contrario, el príncipe Leopold no recordaba nada. De hecho, parecía que ni siquiera la recordaba a ella.

De repente, las recitaciones del arzobispo se convirtieron en un cántico que sacó a Caroline de sus cavilaciones. Volvió a concentrarse en la ceremonia. No podía estar pensando en el príncipe Leopold cuando debería estar atenta a la boda de su mejor amiga con un príncipe heredero. En aquel momento, Eliza le dio la mano a Sebastian, y el arzobispo le pidió que repitiera lo que él le

decía: «Amar, honrar, proteger y defender».

Qué romántico.

Caroline miró a su derecha. Estaba sentada al lado de su hermano mayor, el barón Beckett Hawke. Tenía seis años más que ella y había sido su tutor desde que ella tenía ocho años y él, catorce. Se apoyó en él.

—¿A que es precioso? —le susurró.

—Shh.

—Creo que Eliza está aún más guapa que la reina Victoria el día de su boda —susurró Caroline—. Su vestido es precioso. Yo tuve la idea de que hicieran los bordados con hilo de oro y de plata.

Beck fingió que no oía nada.

—¿Sabes? Creo que yo podría haber hecho esa cola.

Su hermano le puso la mano en la rodilla y se la apretó, al tiempo que giraba la cabeza y la atravesaba con sus ojos verde claro. Frunció el ceño.

Caroline le apartó la mano y miró a su alrededor. Aquel templo, la catedral de San Pablo, era enorme. Los altísimos techos estaban decorados con ángeles y otras imágenes piadosas. Los adornos y candelabros estaban chapados en oro, sobre todo, los del púlpito, de manera que parecía más un monumento que un soporte para acoger la Biblia. Había tantas vidrieras que la luz matinal que se filtraba por ellas, al caer sobre la cola del vestido de Eliza, la convertía en un arcoíris. Todos los bancos de la catedral estaban ocupados por gente hermosa, con la piel de diferentes colores, con trajes y joyas llenas de color y de brillo. Según tenía entendido, los invitados habían acudido de países de los que ella nunca había oído hablar.

Detrás del altar había un coro de niños que cantaban himnos. Sus voces habían acompañado a Eliza en su recorrido por el pasillo central, como si fueran las de los ángeles del cielo.

Había transcurrido ya casi una hora de aquella solemne ceremonia. Ella no estaba totalmente segura de lo que sucedía, porque la mayoría del acto se estaba llevando a cabo en latín y aluciano, salvo las partes en las que tenía que intervenir Eliza, en las que se hablaba inglés. Eliza y Sebastian se levantaban y se arrodillaban a menudo, inclinaban la cabeza y se miraban con los ojos muy abiertos y brillantes. Hubo un momento más sombrío, en el que Eliza tuvo que arrodillarse a solas. Era como si le estuvieran

concediendo un título nobiliario o ungiéndola de algún modo para denotar su nuevo estatus. Cuando terminó aquella parte, el arzobispo le puso la mano en la cabeza, los reyes se pusieron en pie y Sebastian hizo que Eliza se levantara y le prendió en la pechera del vestido un precioso broche de oro y zafiros.

—Ahora es princesa de verdad —le susurró ella a su hermano.

Como era de esperar, Beck la ignoró.

Además, Eliza parecía una auténtica princesa. Ojalá su padre, el juez Justice Tricklebank, pudiera estar allí para verla. Pero, por desgracia, su avanzada edad y su ceguera le habían impedido hacer aquel viaje. Se había celebrado una ceremonia civil sencilla en Inglaterra antes de que Sebastian volviera solo a Alucia para comenzar con los preparativos. Aquella ceremonia, a la cual sí había asistido el juez Tricklebank, se había hecho necesaria porque parecía que el príncipe Sebastian y Eliza no eran capaces de estar separados ni un minuto.

Se celebró otra ceremonia civil cuando Eliza llegó a Alucia, para que no hubiera ni la más mínima sospecha de comportamiento inadecuado, ya que la pasión entre el príncipe y su prometida aumentaba a cada segundo. En realidad, era un poco embarazoso.

Pero ninguna de aquellas dos ceremonias previas había sido como la boda oficial. Aquello era una verdadera fiesta para la vista y para los románticos de todo el mundo.

Caroline se preguntó si aquella gente iría al baile que iba a celebrarse por la noche. Ojalá… Ella tenía un precioso vestido aluciano de color azul con ribetes dorados, cuya cola había confeccionado por sí misma, y que era deslumbrante. Aquel baile sería su momento más brillante… junto a Eliza, claro.

El día anterior, Eliza había estado contando nerviosamente a todos los jefes de estado que iban a asistir a la boda y al baile, y se había puesto un poco pálida al ver cómo aumentaba el número. Por el contrario, a ella se le había acelerado el pulso de la emoción.

—¡No puedo soportarlo! —exclamó Eliza, con angustia—. ¿Y si digo algo mal? Ya sabéis cómo soy. ¿Sabéis cuántos regalos hemos recibido? ¡Y tengo que acordarme de todos! ¡Nunca había visto tantos cálices de oro ni bandejas de plata, ni porcelana fina, en toda mi vida! ¿Y si me tropiezo? ¿Y si me derramo algo por el vestido?

—Cariño, te aconsejo que no te llenes el plato hasta arriba —le

dijo Hollis, distraídamente. Estaba concentrada en escribir las notas para la revista que publicaba en Londres, la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas*. Era una publicación bimensual que informaba de las modas más recientes, aconsejaba sobre asuntos domésticos y de salud y, lo más interesante de todo, daba cuenta de los rumores más actuales y jugosos de la alta sociedad de Londres.

En aquel momento, Hollis casi no podía satisfacer la demanda de noticias sociales. Estaba pensando en publicar una revista con el doble de páginas de lo acostumbrado para poder ofrecer todas las noticias de la boda real en cuanto llegara a Londres. Había estado enviándole muchas cartas a su mayordomo, Donovan, para que él las custodiara, durante el mes que llevaban en Alucia.

Estaba tan concentrada que aquel consejo suyo no fue demasiado reflexivo, y Eliza se molestó.

—¿Cómo dices? ¡Si casi no he comido nada desde que llegamos a Alucia! ¡Durante las comidas, la reina me mira como si le desagradara todo lo que hago! Me da miedo hacer cualquier cosa y, menos aún, comer —dijo Eliza, quejumbrosamente—. Todos me miran. Están esperando a que cometa un error, y especulan sobre si podré tener un heredero. No te imaginas lo interesados que están por mi capacidad de gestar un heredero.

—¡Por supuesto! —exclamó Caroline, alegremente—. Querida, tendrás que ser yegua de cría, pero, después de darles lo que quieren, podrás vivir en medio de la felicidad conyugal durante el resto de tus días, rodeada de riqueza y de muchos, muchísimos sirvientes.

—Pero no todos te van a mirar a ti, Eliza. La mitad de la sala, por lo menos, estará mirando a tu guapísimo marido —dijo Hollis, guiñando un ojo.

De nuevo, Caroline volvió al presente cuando el arzobispo levantó un cáliz adornado con piedras preciosas por encima de las cabezas de Eliza y Sebastian. ¿Significaba eso que ya habían terminado? El príncipe tomó la mano de Eliza y ambos se giraron hacia los bancos con una sonrisa de felicidad. ¡Estaban casados!

Hollis también se giró y, desde su sitio, Caroline pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas de alegría. Los invitados se pusieron en pie cuando los novios comenzaron a alejarse del altar por el pasillo central. Desde arriba cayó una lluvia de pétalos de

rosa sobre la pareja. Las niñas de las flores se movieron alrededor de Eliza como si fueran pequeñas mariposas, llevándole la cola. El príncipe Leopold le ofreció el brazo a Hollis y ella le sonrió. Caroline se sintió excluida. Hollis y Eliza eran sus mejores amigas, lo más parecido a unas hermanas que hubiera tenido en la vida, y hubiera deseado estar con ellas.

Eliza y el príncipe Sebastian pasaron junto a su banco sin saludarlos ni a ella ni a Beck, pero era de esperar, porque solo tenían ojos el uno para el otro. Estaban tan embelesados, de hecho, que a ella le dio miedo que se chocaran con alguna de las columnas del templo al seguir su camino hacia la puerta.

Oh, qué envidia sentía. En Inglaterra casi nunca pensaba en el matrimonio salvo cuando Beck se quejaba y le decía que tenía que conformarse y casarse con alguien, con quien fuera, y liberarlo a él de su deber. Sin embargo, a él no le importaba tener ese deber hacia ella, por mucho que protestara. Caroline sospechaba que a su hermano le encantaba tenerla bajo su control. Así que ella se dedicaba a ir a una fiesta tras otra, feliz de poder disfrutar de las atenciones de los caballeros que se cruzaban en su camino, feliz de ser libre para poder hacer lo que quisiera.

Sin embargo, al ver a su mejor amiga en aquel momento, Caroline se dio cuenta de que, algún día, querría estar enamorada de un hombre que, a su vez, la correspondiera con tanta devoción como demostraba por Eliza el príncipe Sebastian. Quería sentir todo lo que estaba sintiendo Eliza en aquel momento, entender cómo podía cambiar a una persona aquel tipo de amor.

El príncipe Leopold y Hollis pasaron junto a su hermano y ella. Hollis iba llorando de emoción. El príncipe Leopold miró a los invitados con una sonrisa de amabilidad. Cuando su mirada se cruzó con la de ella, ella sonrió con todas sus fuerzas, y empezó a levantar la mano para saludarlo, pero, de repente, recibió un buen codazo en las costillas. Con un respingo, miró a su hermano.

—Deja de poner esa cara de boba —le susurró él—. Se te va a romper el cuello por estirarlo tanto.

Caroline hizo un gesto de altivez y se tocó un tirabuzón que le caía por el cuello.

Beck volvió a mirar hacia la procesión. En aquel momento, los reyes de Alucia caminaban junto a su banco. Beck se inclinó hacia

ella y le susurró:

—Es un príncipe, Caro, y tú solo eres una chica inglesa. Otra vez te estás dejando llevar por fantasías y cuentos de hadas. Lo veo en tu cara.

¿Solo una chica inglesa? Tuvo ganas de darle una patada en la espinilla a su hermano, como hacía cuando era niña.

—Mejor soñar con cuentos de hadas que no tener ningún sueño en absoluto.

Beck puso los ojos en blanco. Después, observó con un gesto distante al arzobispo y a los monaguillos, que seguían al rey y a la reina por el pasillo central.

Solo una chica inglesa, ciertamente.

Capítulo 2

La recién casada duquesa de Tannymeade es muy admirada por los ciudadanos de Alucia y del resto del mundo. Después de la boda, la familia del duque y los invitados más prominentes agasajaron a la pareja en una ceremonia privada, durante la que se entregaron a la duquesa los regalos de boda, incluidos un collar de rubíes del emperador Fernando I de Austria, un cofre de porcelana y oro del sultán Abdulmecid y del pueblo de Turquía y una pareja de caballos del príncipe Florestán I de Mónaco.

Nuestra propia reina, Victoria, y el príncipe Alberto, han regalado a la pareja una residencia de campo en Sussex, Crawley Hall, cuyas llaves fueron entregadas por lord Russell, que viajó a Helenamar en representación de la reina. Los duques de Tannymeade no fueron los únicos en recibir atención durante la ceremonia. Algunos de los invitados más observadores se fijaron en las atenciones que le dedicaba un pariente muy cercano al duque a una heredera wesloriana, en vez de dedicar su tiempo a los recién casados.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Aquella boda era posiblemente la más larga de toda la historia de la humanidad. Ni siquiera las bacanales griegas debían de haber durado tanto. Al príncipe Leopold le apretaba demasiado el pañuelo del cuello. Las medallas que llevaba prendidas al traje ceremonial

tiraban de la tela de una manera extraña, lo cual le obligaba a mover el hombro de vez en cuando para enderezar la chaqueta. ¿A qué hora le había acostado su guarda personal, Kadro, aquella mañana? ¿A las cuatro? En aquel momento, no tenía más que recuerdos borrosos. En realidad, no había sido culpa suya. Era el embajador sueco quien le había retado a beber absenta o «el hada verde», como la había llamado.

Al final del recorrido de los recién casados por la catedral, el séquito entró en una pequeña sala para firmar en el registro de matrimonio de la parroquia. La señora Honeycutt, el arzobispo y él actuaron de testigos. Vio a su hermano firmar con su nombre, Sebastian Chartier, con el trazo seguro y fuerte de su escritura. Y se dio cuenta de que se estaba dando golpecitos de impaciencia con el dedo en la pernera del pantalón mientras Eliza firmaba a continuación. A su cuñada le temblaba tanto la mano que hizo un borrón de tinta bajo su nombre, Eliza Tricklebank Chartier. En cuanto dejó la pluma, la señora Honeycutt y ella se fundieron en un abrazo y se echaron a reír como si estuvieran locas.

Sebastian y él observaron la cabeza morena de la señora Honeycutt y la cabeza rubia de Eliza, pegadas la una a la otra, y se miraron. O, más bien, él miró a su hermano y, después, miró el reloj que había más allá. No quería ser descortés, pero tenía la garganta seca y un terrible dolor de cabeza. Durante aquellos últimos quince días se habían sucedido las celebraciones, y él había asistido a todas, cumpliendo de manera diligente con sus obligaciones de príncipe y padrino y cualquier cosa que quisieran que fuese, bebiendo para adormecer el tedio. Estaba impaciente por que todo aquello terminara.

Prefería la vida lejos de Alucia, en Inglaterra, con amigos. No quería llevar aquella vida principesca en la que no le era útil a nadie, en la que solo era una presencia de relleno en un ceremonial tras otro.

—Señora Honeycutt, es usted una de las testigos. Debe firmar en el registro —le dijo, para apresurar un poco las cosas, y le entregó la pluma de oro por si no tenía.

—Sí, por supuesto —respondió ella, nerviosamente, y soltó a su hermana.

Después, firmó hábilmente con su nombre debajo del borrón de

Eliza. Leo firmó también y, después, permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas a la espalda, mientras el arzobispo les daba su última bendición. ¿Cuántas bendiciones necesitaba una pareja?

Por fin, salieron del templo, y Sebastian y Eliza subieron a un carruaje abierto. El día era soleado y hermoso, y la feliz pareja fue escoltada por la guardia real durante su recorrido de vuelta a palacio por la larga avenida que atravesaba la ciudad. Las calles estaban llenas de gente que quería ver a su nueva princesa. Eliza se había convertido en alguien muy popular desde que había llegado a Alucia. La gente la veía como a una de los suyos, una plebeya que había conquistado al príncipe heredero sin ningún esfuerzo en particular, solo siendo tal y como era. Él comprendía esa fascinación. La de su hermano y su cuñada era una historia de esperanza y fantasía. Comprendía que la mayoría de la gente tenía que trabajar mucho para poder cubrir las necesidades de su vida, y que la vida de palacio debía de ser un sueño para ellos. Eliza era alguien que había atravesado los gruesos muros de la realeza y de los privilegios, y por eso la amaban.

Para él, sin embargo, no tenía ningún atractivo. No le gustaba vivir en la jaula dorada que lo rodeaba en Helenamar. Le molestaban la mayoría de las normas que regían su comportamiento y que fijaban incluso con quién podía hablar y dónde se sentaba. En Inglaterra, algunos sabían que era un príncipe, por supuesto, pero la mayoría de la gente no sabía nada y, además, no esperaban nada de él. No era nadie salvo un hombre rico con un par de guardias que lo protegían. Allí podía moverse a su antojo. Estaba con sus amigos, montaba a caballo, cortejaba a las mujeres, se sentaba donde quería. Sin problemas.

O, más bien, sin problemas hasta que su hermano mayor había ido en visita oficial a Londres para negociar un tratado comercial y su secretario personal había sido asesinado. A partir de ese momento, todo el mundo se había enterado de que había dos príncipes entre ellos y, como consecuencia, su vida había cambiado. Esperaba que a su vuelta a Inglaterra se hubiera calmado todo el revuelo y la emoción por el hecho de que una compatriota se hubiera casado con el príncipe heredero de Alucia, y él pudiera retomar su vida disoluta.

Por desgracia, aún faltaba mucho camino por recorrer antes de

poder subir al barco de regreso y zarpar. Al menos, aquel día, después de la recepción privada para la familia y lo que seguramente serían cientos de amigos cercanos, él iba a reencontrarse con sus amigos de juventud durante unas horas antes del último baile real de aquella noche. Sería difícil beber todavía más después de los excesos de la noche anterior, pero, si él era experto en algo, era en las juergas.

La señora Honeycutt y él subieron a otro carruaje, junto a sus padres, para seguir a los recién casados. Parecía que la señora Honeycutt estaba intimidada por la situación. Se apretaba tanto las manos por encima del regazo que a él le dio miedo que se rompiese un dedo. Hubiera querido decirle que no tenía que preocuparse por nada. Sus padres la ignoraron durante la mayor parte del trayecto y, aparte de unas cuantas cortesías de rigor sobre la ceremonia de la boda, dirigieron su atención a la multitud. Él sabía lo que pensaban sus padres de la señora Honeycutt. Era una extranjera, una plebeya. Además, iba a volver muy pronto a Londres, así que no iban a ganar nada haciendo un esfuerzo por conocerla.

Sin embargo, a él le daba lástima que estuviera tan nerviosa, y le sonrió. Seguramente, aquel día había sido tan abrumador para ella como para su hermana. En realidad, incluso él se agobiaba con aquellas multitudes. ¿Cómo se sentiría un hombre normal entre la gente, viendo pasar un carruaje real? ¿Cómo sería ir después a un bar y beber para celebrar la boda del príncipe, y volver a casa con su esposa e hijos, y acostarse en su cama? Él ya le había advertido a Sebastian que, quizá, a Eliza le resultara difícil adaptarse a aquella vida.

—Cuídala —le había dicho el día anterior, en un momento en el que habían conseguido quedarse a solas—. Todo esto es un mundo nuevo para ella.

—Lo haré —dijo Sebastian, con los ojos muy brillantes.

Su hermano quería a Eliza más que a cualquier otra cosa en la vida. Y era una suerte, porque Eliza iba a necesitar su protección. La nobleza aluciana la miraba con desprecio. Parecía que la nobleza inglesa que había acudido a la boda estaba horrorizada. La propia Eliza estaba nerviosa a ratos y, en otros momentos, mostraba su felicidad de un modo encantador. Su hermana estaba incómoda la mayor parte del tiempo.

La hermana de lord Hawke era única persona del entorno de Eliza a quien, aparentemente, no intimidaba el boato de la realeza. Aquella mujer no se daría cuenta de que estaba nerviosa ni aunque se le enroscaran los nervios en el cuello y la garganta. Más bien, todo lo contrario: parecía crecerse en las situaciones formales y desconocidas. Siempre tenía una sonrisa amplia y cálida y las mejillas, sonrosadas. Su cabello era espectacularmente rubio. No pasaba desapercibida, porque era muy atractiva y de estatura más alta que la media. Resultaba imposible no verla. Era esa rara mariposa social a quien no le importaba charlar con todos los que se cruzaban en su camino. Le encantaba que la escucharan y para ella todo el mundo era importante, un duque, un mayordomo, una reina o una sirvienta. Parecía que le gustaba especialmente meterse en cualquier charla para dar su opinión, que no le importaba quién estuviera dispuesto a escucharla.

Cualquiera podía pensar que la atención que recibía le proporcionaba más energía y la empujaba a ir más allá de sus límites. Desde luego, no había dudado en acercarse a él durante el banquete nupcial, dos noches antes, como si fuera algo insignificante. O no sabía que nadie podía acercarse a un príncipe durante un evento oficial sin que hubiera tenido lugar una presentación pública, o no le importaba lo más mínimo. Lo único que él sabía era que estaba en medio de una conversación, con una agradable sensación de ebriedad, cuando se dio cuenta de que ella estaba a su lado, sonriendo como si en aquella sala hubiera muy poca gente.

—¡Buenas noches! —le había dicho, alegremente, con los ojos verdes muy brillantes—. ¿A que es una celebración gloriosa? Estoy muy impresionada por la acogida que ha tenido Eliza en Helenamar. Ha sido muy cálida, ¿verdad?

—Es muy querida —dijo él, con suavidad.

No le sorprendió la forma en que lo había abordado la dama, pero sus acompañantes, todos ellos miembros de la más alta sociedad aluciana, se habían quedado mirándola como si fuera un bicho raro. Su falta de etiqueta iba a ser diseccionada y tratada a fondo. En especial, por *lady* Brunella Fortengau, que abrió unos ojos como platos y lo miró como si hubiera caído una plaga sobre ellos, y como si fuera él quien debiera hacer algo al respecto.

Pues bien, no podía hacerse nada, tal y como él había deducido mucho antes de aquella ocasión. Mientras la dama observaba con desaprobación, la hermana de lord Hawke tomó una copa de champán de la bandeja de un sirviente.

—Oh, Dios mío… ¿debería hacerlo? —le preguntó al pobre hombre, como si esperara que le respondiese—. Tenía una copa de champán en el brindis nupcial y, para mi consternación, se le habían ido todas las burbujas. ¿Ha probado usted este? —le preguntó, mientras olisqueaba el vino.

El sirviente se ruborizó.

—No, señora.

Ella le dio un sorbito, entrecerró los ojos y miró hacia arriba como si estuviera evaluando el champán. Después, sonrió al sirviente y declaró que el champán era divino; le ofreció una copa a *lady* Brunella y la animó a probarlo.

A juzgar por cómo enarcó las cejas la dama, no debió de gustarle que aquella inglesa tan animada le dijera: «Tiene usted que probar el champán», y Leo había tomado la decisión de conseguir que la inglesa se alejara lo antes posible, cuando ella le preguntó si no le gustaría probar el champán.

—Gracias, pero voy a esperar hasta que lleguen los reyes.

Ella se echó a reír.

—Entonces, tal vez tenga que esperar mucho, ¿no? Ayer por la noche llegaron con mucho retraso.

—¿Disculpe? —preguntó él, y le hizo una señal al sirviente para que se retirara, cosa que el hombre hizo rápidamente.

—Es una broma —respondió ella—. Salvo que sí llegaron bastante retrasados con respecto a la planificación.

Y, ante las miradas de estupefacción de los presentes, porque nadie se atrevería a hacer ningún comentario sobre la tardanza de los reyes, ella añadió, moviendo la mano entre los dos:

—Nos conocemos.

—No exactamente —respondió Leo.

—Sí, nos conocimos en Inglaterra —insistió ella, con una sonrisa impertinente.

—Tal vez, de pasada —dijo él, amablemente, aunque le fastidiaba que ella insistiera en que se habían conocido en una fiesta en Chichester. ¿Cómo iba a acordarse de quién había

conocido en aquella fiesta? Teniendo en cuenta todo lo que había bebido, era un milagro que se acordara de Chichester. Alzó disimuladamente el dedo para llamar al mayordomo jefe, que, con suavidad, intercedió.

—¿Señora? Si me lo permite —le dijo el mayordomo a la inglesa, e hizo una seña en dirección a su asiento.

Al principio, cuando habían empezado la celebración de la boda, él había pensado que la hermana de Hawke era, simplemente, una muchacha ingenua. Sin embargo, cuanto más la veía a lo largo de la fiesta, más se convencía de que era una mezcla de espíritu intrépido, un poco de insolencia, un poco de atrevimiento y una buena dosis de alegría para cualquiera a quien conociese, todo ello, repartido con una bonita sonrisa y un brillo en los ojos verdes.

Era, exactamente, el tipo de persona que los cortesanos no querían a su lado. A los miembros de la corte les fastidiaba que cualquiera acaparara la atención que querían desesperadamente para sí mismos. Y, cuando alguien era extranjero, bello y molesto, realmente molesto, rechazaban a esa persona por principio.

Por fin, el cortejo de carruajes nupciales llegó a palacio, y fue recibido por una multitud de gente ataviada con uniformes militares y medallas. La familia real y sus amigos entraron a una sala privada, en la que Bas y Eliza iban a darles la bienvenida a los dignatarios extranjeros.

Cuando fue presentada ante el rey y la reina en el salón, Eliza hizo una reverencia bajo una araña de cristal resplandeciente. Su forma de inclinarse había mejorado mucho; al llegar a Alucia, tendía a inclinarse a un lado, tanto que a él le daba miedo que se cayera.

Bas no podía dejar de sonreír. Él nunca había visto tan feliz a su hermano. Sebastian era muy reservado y siempre se comportaba del modo más circunspecto. Los miembros de la corte decían que era debido a la diferencia en la educación del heredero al trono con la de su hermano menor. Mientras Sebastian aprendía a comportarse, él aprendía a pasárselo bien.

Bas lo tomó del codo y se lo apretó con una enorme sonrisa.

—Ahora soy un hombre casado, Leo.

—Je, Bas, estaba a tu lado cuando te has casado.

Bas se echó a reír como si él hubiera dicho algo graciosísimo. La

expresión de su hermano le recordó a cuando eran pequeños y vivían siempre entre institutrices y tutores, pero rara vez estaban con sus padres. Se habían encontrado una bolsa llena de cachorritos negros y marrones; claramente, alguien tenía la intención de deshacerse de ellos. Cuando los habían soltado, se habían visto asaltados por un montón de patas y de colas que se agitaban con alegría. Sebastian se había quedado encantado con el hallazgo, y él todavía recordaba la alegría de su hermano cuando se había tumbado de espaldas y había permitido que los perritos se frotaran contra él y le lamieran la cara.

Los cachorros volvieron a palacio, y Bas se empeñó en que les encontraran un hogar para cada uno de ellos. Uno se había convertido en su compañero constante hasta que había muerto, catorce años después. Bas adoraba tanto a Eliza como había adorado a Pontu.

—Mírala —le dijo Bas, señalando con un gesto de la cabeza hacia algún lugar a espaldas de Leo.

Él se giró y vio a un pequeño grupo de mujeres formado por su flamante cuñada, la señorita Honeycutt, una heredera aluciana con quien él había hablado un par de veces y, por supuesto, la hermana de Hawke. Aquella última lo saludó con la mano, como si se hubieran separado en medio de una feria de pueblo.

—Es preciosa —dijo Bas—. No puedo creer que la haya encontrado y, mucho menos, que haya podido casarme con ella.

Él tampoco podía creérselo, sinceramente. A ellos dos los habían educado para que se casaran con mujeres muy distintas a Eliza Tricklebank. Leo nunca olvidaría el día en que la había conocido, en una modesta casa del centro de Londres, con unos perros que ladraban como locos, un gato insolente y muchos muchos relojes.

—Yo siempre pensé que me casaría con alguien de Alucia —musitó Bas, y volvió a sonreír—. Supongo que la novia aluciana será para ti.

—Ni lo menciones —dijo él, mirando a su alrededor—. Yo estoy muy contento con mi vida de soltero, gracias. De hecho, estoy deseando volver a ella.

—¿Cuándo te marchas?

—Dentro de dos días.

Bas siguió sonriendo. Le pasó el brazo por los hombros y le dio

un abrazo lleno de afecto.

—Ya veo que lo estás deseando, sí. Buena suerte, Leo. Nosotros nos marchamos a Tannymeade, donde quiero pasar una buena luna de miel durante siete días.

Entonces, cosa nunca vista en él, su hermano, siempre tan grave, soltó una risotada y le dio un codazo en el costado.

—¿Es esto lo que le hace el matrimonio a un hombre? ¿Lo convierte en un libidinoso? —le preguntó él.

Bas volvió a reírse, tan alto que la gente se giró para mirarlo con una expresión de sorpresa.

Estaba muy contento por su hermano, pero iba a estar mucho más contento cuando terminaran todas las celebraciones y Bas y Eliza volvieran a su importante tarea de engendrar herederos. Solo quería quitarse el pañuelo del cuello y las medallas del pecho, y descansar. Sin embargo, hasta que no se hubiera entregado el último regalo, no se hubiera cortado la última tarta y no se hubiera bailado el último baile, tenía que soportar el interés de muchas madres de jóvenes solteras, que tenían la esperanza de que sus hijas consiguieran un buen matrimonio.

En aquel momento, Eliza se acercó con sus compañeras.

—¡Tienes que probar este champán! —le dijo a Bas—. Es excelente.

—Ah, sí, el regalo del embajador francés —dijo Bas.

—¿Ese hombre tan encantador? Mandó también el vino, ¿verdad? Tenemos que hacernos amigos suyos ahora mismo —declaró Eliza, buscando al hombre con la mirada.

Parecía que aquella no era la primera copa de champán que se tomaba.

—Aquí estamos todas, ¡como si fuéramos un alegre grupo de trovadores! —exclamó la hermana de Hawke, y tomó a Eliza del brazo mientras lo miraba con los ojos muy brillantes, lo que cual le hizo sospechar que había tomado tanto champán como Eliza.

—¿Y bien, Alteza? —le preguntó a Leo—. ¿Qué opina? La ceremonia ha sido perfecta, ¿verdad?

—Sí, estoy de acuerdo —confirmó él. Se preguntó cuánto tiempo iba a tener que seguir con aquella charla antes de poder escapar.

—¡Me alegro de que lo crea! Estaba preocupada por usted, porque en el altar, junto a su hermano, tenía una expresión muy

tristona.

Él tuvo que pensar un momento en lo que ella acababa de decir. ¿Había dicho que él tenía una expresión tristona?

—¿Disculpe?

—¡Caro! —exclamó Eliza, riéndose—. ¡No digas eso!

—¡Pero si es verdad!

—Seguro que Su Alteza tenía los nervios de punta, como yo —dijo la señora Honeycutt—. Estar delante de tanta gente puede asustar a cualquiera.

A Bas le resultó divertido aquello, y miró a su hermano.

—¿Estabas asustado, Leo? —le preguntó, guiñándole un ojo.

No, no estaba asustado. En realidad, estaba tratando de mantenerse erguido.

—Estaba observando la solemnidad de la ceremonia.

—¡La solemnidad! —exclamó la hermana de Hawke, y se echó a reír de nuevo—. ¡Pero si es una celebración alegre! Nunca había visto a Eliza tan feliz. Es tan feliz que a mí me entran ganas de que me ocurra lo mismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eliza.

—¡Lo mismo que a ti, querida! Recorrer el camino al altar con un vestido tan increíble como el tuyo, del brazo de un caballero muy guapo. Como tú —dijo la muchacha, y guiñó un ojo.

Nadie respondió. Él se quedó asombrado. ¿Quién hablaba así, desnudando sus sentimientos delante de todo el mundo?

La hermana de Hawke miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos se habían sorprendido.

—¿Qué ocurre? ¿Es que no puedo imaginármelo? —preguntó, y se rio nuevamente. Antes de que a nadie se le ocurriera una respuesta, ella dijo—. Las niñas de las flores eran adorables, ¿no creéis?

Lo miró directamente a él, como si esperase que respondiera.

¿Qué le ocurría aquella mujer? ¿Por qué le hablaba de esas cosas? Todos se habían girado a mirarlo, como si quisieran conocer su opinión sobre las niñas de las flores, en las que él ni se había fijado. Bas sonrió con malicia, disfrutando del hecho de que la atención estuviera centrada en su hermano.

—Yo… eh… Sí. Por lo que recuerdo —murmuró, y apartó la mirada de la hermana de Hawke.

Pero ella no se amedrentó y siguió parloteando, como era su costumbre.

—Yo le dije a Eliza que debía tener damas de honor, pero me dijo que aquí la tradición es tener niñas que lleven las flores, y me pregunté cómo quedaría eso en un lugar tan grandioso como la catedral, pero tengo que admitir que…

—Disculpen.

Leo no había visto que su padre se había acercado al grupo, hasta que se asomó por detrás de la hermana de Hawke. Por lo menos, ella tuvo la prudencia de dejar de hablar cuando el rey intervino. Se apartó y le hizo una reverencia.

—Majestad —dijo, solemnemente.

—No quisiera interrumpir la celebración, pero necesito hablar con mi hijo, si es posible.

—Por supuesto —respondió Bas.

—No contigo, Sebastian. Tú disfruta de la fiesta. Con mi otro hijo —dijo su padre, y le sonrió.

De inmediato, él sintió recelo. Miró con curiosidad a su padre y se arrepintió de no haber escapado antes. Su padre casi nunca necesitaba hablar con él a solas. Esas conversaciones las mantenía con Bas.

—¿Y bien, Leopold?

—Je —respondió él, asintiendo, y fue con su padre a un lugar más apartado del grupo.

El rey caminaba con una sonrisa, algo que indicaba que estaba de un excelente humor. Y, para confirmarlo, dijo:

—Hoy ha sido un día magnífico en todos los sentidos. Tu madre y yo estamos encantados de ver a tu hermano Bas casado, por fin.

Leo se dio cuenta de que la expresión de su padre era calculadora, y notó que se le formaba un nudo en el estómago. Normalmente, era muy hábil a la hora de eludir la conversación que sabía que estaba a punto de tener lugar, pero con la celebración, el alcohol y aquella mujer tan bella y molesta hablando de las niñas de las flores, había bajado la guardia.

Su padre se detuvo junto a un ventanal. Abajo esperaba una gran multitud con la esperanza de ver otra vez a los recién casados.

—Ahora que el príncipe heredero está casado, tu madre y yo podemos concentrarnos en ti.

—¿En mí? Yo… yo me marcho a Inglaterra dentro de dos días.

A su padre no le falló la sonrisa. Le hizo un gesto a un sirviente para que se acercara, tomó dos copas de champán de su bandeja y le entregó una a Leo.

—Escúchame bien, Leopold —dijo—. Quiero que esto sea lo más rápido y lo menos doloroso posible para ti. Ya han tenido lugar las conversaciones. Hemos hecho algunos avances con Wesloria… ¿verdad?

A Leo se le tensó el nudo del estómago. ¿De verdad habían hecho progresos con Wesloria? No hacía ni un año, los weslorianos y un grupo de alucianos traidores habían intentado secuestrar a Bas. La relación entre los dos países vecinos estaba llena de desconfianza y enfrentamientos bélicos, pero su padre se refería a los recientes intentos de rebajar la tensión entre los dos reinos.

El germen de las malas relaciones estaba en la relación entre los dos hermanastros reales, Félix, su tío, y Karl, su padre. Cuando el rey Karl había ascendido al trono, hacía cuarenta años, su tío Félix había sido desterrado de Alucia, porque pensaba que él tenía más derecho al trono que su hermanastro.

Aquella cuestión dinástica tenía su origen en una guerra civil del siglo XVI que se originó cuando, por primera vez, un Chartier ocupó el trono de Alucia. Los antepasados de Félix, los Oberon, perdieron la guerra y se refugiaron en Wesloria, donde empezaron a apoyar a sus gobiernos, reyes y nobles. Siempre habían mantenido que ellos eran quienes debían reinar en Alucia y, durante todos aquellos siglos, se habían sucedido los enfrentamientos fronterizos.

Leo sabía que Félix y Karl eran el resultado de los intentos de su abuelo por unir a los dos países después de que muriera su primera esposa. Su segunda mujer, prima lejana suya, de la familia Oberon, era una intrigante y quiso que su hijo tuviera oportunidades de ocupar el trono. Era obvio que no había salido bien para nadie.

El tío Félix hacía mucho ruido en Wesloria. Tenía al rey dominado con la promesa de que unificaría a las naciones de Alucia y Wesloria si ascendía al trono aluciano. Además, los Oberon tenían muchos partidarios. La amenaza de guerra siempre se cernía sobre las dos naciones. Los Chartier querían eliminar a cualquiera sospechoso de ser partidario de Wesloria, lo que había causado muchos conflictos y había obstaculizado el crecimiento económico

de ambos países. Cada semana había varios rumores sobre un noble o un mercader rico que conspiraba para destronar al rey Karl. Sebastian también quería unificar a Wesloria y Alucia. Sin embargo, su idea había sido llegar a un acuerdo comercial con Inglaterra. Quería que los Chartier y los Oberon, y los súbditos de los dos países, se unieran con la fuerza de la industrialización y la prosperidad, y no que sufrieran los estragos de la guerra.

Por desgracia, no todo el mundo compartía sus deseos de paz. Mientras su hermano estaba en Inglaterra para negociar el tratado comercial, algunos miembros del gobierno aluciano habían urdido un complot para secuestrar a Sebastian, y habían asesinado a su secretario personal. En medio de aquella tragedia, Sebastian había conocido a Eliza y se había enamorado de ella.

Aquel era un día muy feliz, pero la amenaza de la guerra y de un golpe de estado no había desaparecido, aún rodeaba a la familia real más allá de los muros tapizados de hiedra del palacio. Nadie se había olvidado de ello y, menos que nadie, el rey.

—Si nos aliamos con los weslorianos adecuados, podemos favorecer mucho el progreso de Alucia —dijo su padre.

—¿Con los weslorianos adecuados?

—Aquellos que no desean la unificación —respondió el rey—. Mantener las fronteras y salvaguardar nuestra soberanía tiene muchas ventajas.

Él no sabía cuáles eran aquellas ventajas, y no tenía ganas de saberlo. Aquellas cuestiones le parecían muy complicadas.

—Uno de los ministros del gabinete wesloriano está muy interesado en mejorar los acuerdos comerciales y económicos con Alucia. Es el ministro de Trabajo, y todo indica que va a ser el próximo primer ministro —le dijo su padre, y onduló las cejas con una expresión de picardía—. A nosotros nos vendría muy bien que alguien se casara con su hija.

—Ya. Lo entiendo —dijo él, pensando en cómo podía librarse de aquello—. Pero yo no…

—Vas a conocerla esta noche, durante el baile. Hazlo públicamente, donde todo el mundo te vea. Baila con ella.

Leo tuvo la sensación de que se quedaba sin sangre en las venas. Así que, verdaderamente, todo estaba ya arreglado.

En cierto modo, todo aquello era mortificante para él. Cuando

era más joven, había deseado tener aquel tipo de responsabilidades. Quería ser un príncipe con una causa, y había rogado que le permitieran ser útil. Sin embargo, su padre le había asignado a Bas toda la responsabilidad real. Aún recordaba que le habían negado la opción de entrar a formar parte de la caballería porque Bas era quien debía hacerlo. Y todavía sentía amargura al acordarse de que, cuando le había pedido a su padre que le atribuyera alguna responsabilidad, le habían nombrado patrón de los pregoneros. De los dichosos pregoneros.

Habían sucedido más cosas como aquella y, en algún momento, él había perdido el interés. Había aprendido la lección de que todas las metas importantes eran para Bas.

—Entonces, ¿no quieres saber quién es? —le preguntó su padre, alegremente.

El rey estaba muy orgulloso de sí mismo, y era obvio que no le importaba lo que su hijo pensara o sintiera al respecto. Él se encogió de hombros.

—*Lady* Eulalie Gaspar.

Leo no conocía a ningún Gaspar y, mucho menos, a ninguna Eulalie.

Su padre sonrió con frialdad ante su falta de entusiasmo, y le puso una mano en el hombro.

—Ya está todo arreglado, Leopold. El anuncio oficial tendrá lugar cuando vuelvas de Inglaterra, con todas tus cosas, a mediados del verano. La cortejarás formalmente durante unas semanas y, antes de que termine el verano, se hará el anuncio del matrimonio. Considérate comprometido.

—¿Tengo que considerarme comprometido con una mujer a la que ni siquiera he visto y, mucho menos, he besado? —preguntó Leo, con la misma frialdad que su padre.

El rey suspiró y bajó la mano.

—Sabes muy bien cómo se negocian estos matrimonios. Tu madre y yo te hemos pedido muy pocas cosas, y esto es algo que necesito que hagas.

El hecho de que le hubieran pedido tan pocas cosas era la causa de su descontento.

—No me estás pidiendo que saque a pasear al perro.

—Hijo, siempre has sabido que este día tenía que llegar. No me

mires como si fuera a decapitarte. Es solo una mujer, por el amor de Dios.

Solo una mujer. No una esposa, ni una compañera. Solo una mujer.

—Ahora, ve a conversar amablemente con el embajador de Wesloria —dijo el rey, señalando al hombre con la cabeza—. Pregúntale por su caballo. Dice que es el más rápido de toda esta parte del mundo.

Su padre le guiñó un ojo, algo completamente inusitado en él, y se alejó, dando sorbitos a su copa de champán. A los pocos segundos, fue rodeado por una multitud de gente que deseaba llamar su atención.

Leo se quedó allí petrificado, indignado y dolido. Su padre tenía razón, él siempre había sabido que aquello tenía que ocurrir. Pero pensaba que habría alguna conversación al respecto, que se tomarían en cuenta sus deseos.

Necesitaba tomar algo fuerte, un *whisky* o una ginebra. Miró a su alrededor en busca de un sirviente, y vio al embajador wesloriano, que estaba charlando con la hermana de Hawke. O, más bien, era ella la que charlaba, moviendo las manos esbeltas para animar su historia, fuera cual fuera, delante del círculo de caballeros que la escuchaba. Siempre estaba atrayendo a la gente. De repente, echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas.

El embajador se quedó asombrado.

Qué mujer. Sociable y ruidosa. Se reía sin reparos al contar sus historias, tocaba un brazo, una espalda… Estaba en un palacio real, en una recepción real, pasándoselo estupendamente bien, como si no tuviera una sola preocupación. Él, por el contrario, era un príncipe atrapado en las normas de la sociedad y el protocolo real, que dictaban lo que podía decir y comer, y con quién tenía que casarse. A él le habían ordenado que hablara con alguien a quien no conocía sobre un caballo, mientras que ella charlaba alegremente sobre Dios sabía qué.

Debía de llevar un buen rato allí plantado, absorto, porque se dio cuenta de que varias personas habían empezado a mirarlo como si quisieran hablar con él. Normalmente, era para hacerle peticiones extrañas y para presentarle a otras personas a quienes no quería conocer.

No. Quería escapar de aquel palacio y de todo lo que significaba. Pero, como no podía hacerlo, decidió que iba a escabullirse para ir a ver a sus amigos, tal y como habían planeado.

Para tratar de darse ánimos a sí mismo, se dijo que solo necesitaba tiempo. Un poco de tiempo para averiguar cómo podía posponer su destino.

Capítulo 3

Con motivo de la boda real, hubo celebraciones por toda la ciudad de Helenamar, incluyendo la Casa Pública Foxhound, un lugar de reunión único en el centro de la capital, donde se rumorea que el príncipe Leopold hizo aparición. Monsieur *Bernard, un francés del que algunos alucianos creen que conspira junto a los weslorianos, también fue visto en el* pub*, en compañía del príncipe Leopold.*

Por las noches, todas las mujeres de Alucia llevan botas blancas de satén, decoradas con lazos y abalorios que complementan los vestidos. Los tacones son tan altos que cualquiera puede temer que la dama en cuestión sufra una caída.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Poco después de que Eliza y Bas se escaparan de aquella recepción de la tarde, sin duda, en busca de una habitación, puesto que la estima que se tenían era ya bien conocida en todo el palacio y en toda la ciudad, Leo también había conseguido escabullirse.

Llevaba deseando reunirse con sus viejos amigos desde que había llegado a Helenamar. Por suerte, tenía un par de guardias de palacio que llevaban con él muchos años, y ya estaban acostumbrados a organizar aquellas salidas.

El *pub* Foxhound estaba ubicado entre dos mansiones del centro de la ciudad y frente a un establo público. Allí acudía una clientela heterogénea y curiosa. Era el lugar donde los aristócratas se

mezclaban con los ciudadanos comunes y corrientes. Y también era el único sitio al que podía ir sin que lo asediaran hombres y mujeres que querían algo de él. Allí podía enterarse de noticias del país sin que el personal de palacio las hubiera coloreado de rosa para que resultaran más amables a sus oídos. En el Foxhound, la verdad salía victoriosa.

Aquel día, sus amigos ya estaban allí, y ya se habían tomado unas cuantas jarras de cerveza. Cuando entró, se oyeron vítores de alegría.

—¿Y qué va a pasar con la celebración de esta noche? —preguntó Leo, riéndose y señalando las jarras vacías.

—Hay tiempo para recuperar la sobriedad y ponernos presentables —dijo Francois, y le puso un brazo en los hombros a Leo mientras pedía a gritos más cerveza a los camareros.

Francois era un francés que había emigrado a muy temprana edad a Alucia, y que había asistido al mismo colegio de la elite que Bas y él. Tenía el pelo del color del jengibre y el flequillo le colgaba por delante de un ojo. Era encantador y siempre jovial. Además, era un gran narrador, y aquel día tenía una entretenida historia sobre un encuentro con una bailarina.

Todos bebieron más cerveza, brindaron por su hermano y su flamante esposa, recordaron sus días de colegio y se rieron ruidosamente de unas cuantas bromas subidas de tono. En algún momento de aquella tarde, Leo se encontró con una camarera sentada en el regazo. No recordaba los detalles, pero ella estaba allí, acariciándole el pelo y metiéndoselo detrás de una oreja.

Vaya. Había bebido demasiado. Otra vez.

Harvel, uno de sus amigos, debía de pensar lo mismo.

—Vaya, creo que deberías dejarlo ya, Leo. ¿No tienes que ir al baile de esta noche?

—Por supuesto que sí —dijo Leo, y dejó su jarra de cerveza sobre la mesa—. Como hermano del nuevo duque, como hijo del rey, como…

—¡Tan borracho como un puñetero príncipe! —gritó Voltan.

—¡Tan borracho como un puñetero príncipe! —repitió él, con ganas, y tomó de nuevo su jarra, con tanto ímpetu que derramó una gran parte de la cerveza. Ciertamente, estaba borracho, tanto que tuvo que hacer dos intentos para levantar a la camarera de su

regazo. Se puso en pie y comenzó a palparse los bolsillos del abrigo y del pantalón en busca de las monedas. No encontró ninguna. Ah, claro. En Alucia, él no necesitaba dinero.

Estaba muy mareado y se arrepentía de haber bebido tanto, pero a sus amigos les hizo gracia que intentara buscar el monedero.

—No te preocupes, Chartier —le dijo Francois—. Te invitamos a la cerveza. Considéralo nuestro último regalo a un hombre libre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leo, y apoyó las manos sobre la mesa—. ¿Es que sabéis algo que yo debiera saber también?

—Solo lo que sabe todo Helenamar, amigo —dijo Francois. Le guiñó un ojo, y todos se echaron a reír—. Vamos, ve y disfruta del baile, como es tu deber, y tus leales súbditos te invitarán a las cervezas.

—Estoy en deuda con vosotros —dijo él, e hizo una reverencia y una floritura con la mano—. ¿Dónde están mis guardas? Estoy seguro de que he venido con guardias.

—Aquí, Alteza —dijo Kadro, y le puso la mano en el brazo para que se diera la vuelta. El otro guardia, Artur, estaba a su lado.

Leo sonrió y se echó a reír.

—¡Aquí estáis!

Sí, estaba borracho. Y, si no se recuperaba rápidamente, iba a pagarlo caro. El descontento de su padre era algo que a cualquiera podía llegarle hasta el tuétano.

Se despidió de sus amigos y se emocionó. Los invitó a todos a visitarlo a Inglaterra, y todos asintieron y dijeron que irían a verlo.

Después, salió a la calle entre Kadro y Artur. Pestañeó a causa del brillo del sol de la tarde, pero consiguió caminar erguido y en línea recta por la acera.

—Vaya, sí que estoy borracho —dijo, riéndose—. El rey me va a cortar la cabeza, ¿verdad?

Ninguno de sus guardias le llevó la contraria.

Miró a ambos lados de la calle. Esperaba que el carruaje estuviera esperándolos, puesto que, en Helenamar, estaba acostumbrado a salir por una puerta y entrar directamente al coche. Debido a la tensión con Wesloria, todas las precauciones eran pocas a la hora de proteger a los miembros de la familia real cada vez que salían de palacio.

—El carruaje —les dijo a los guardias, como si ellos no hubieran

notado su ausencia—. ¿Dónde está?

Hubo una discusión entre los dos guardias. Decían que le habían ordenado que esperara a cierta distancia para no delatar la presencia del príncipe. Después, Kadro dijo:

—Voy a torcer la esquina para ir a buscarlo, Alteza, si me da su permiso.

—Como quieras —dijo Leo.

Cuando Kadro desapareció por la esquina del edificio, se oyó un ruido extraño a sus espaldas, algo como el sonido de un disparo. Artur se giró en aquella dirección.

—Por favor, Alteza, espere aquí —dijo el guardia, y echó a andar a grandes zancadas hacia el origen del sonido.

Aunque le pareció muy extraño quedarse solo en plena calle, se apoyó en el muro del edificio con una sonrisa. Había tenido un buen día, después de todo, aparte del dolor de cabeza con el que se había despertado. Y el anuncio que le había hecho su padre. Había conseguido olvidar el asunto desagradable durante unas horas, pero todo volvió en aquel momento y le arrebató la tranquilidad que había conseguido en compañía de sus amigos.

Estaba pensando en lo que debería haberle dicho a su padre y no se fijó en que se acercaban dos hombres. Cuando se dio cuenta de que no iban a pasar de largo era demasiado tarde, porque lo habían agarrado y lo estaban llevando al callejón que había junto al edificio del bar. Intentó gritar para llamar a sus guardias, pero se le trabó la lengua en medio de la confusión, y los pies no le funcionaron como debían.

En un abrir y cerrar de ojos se vio en el fondo del callejón con dos hombres desconocidos. Sintió una punzada de miedo en el estómago y estuvo a punto de vomitar toda la cerveza que había bebido.

—¿Qué significa esto? —preguntó, en aluciano.

—Por favor, Alteza, cálmese —dijo uno de ellos.

—¿Cómo voy a calmarme? ¿Quiénes son? Tengo derecho a saber quién me está atacando.

De repente, se sintió abrumado por una avalancha de sentimientos, miedo, pesar, impaciencia, y todos le condujeron a la misma conclusión: iba a suceder algo irrevocable.

—Yo vigilo —dijo uno de los hombres, en aluciano. Se giró y dio

unos cuantos pasos hacia la entrada del callejón.

El otro hombre miró a Leo.

—Ya veo que mi muerte es inevitable —dijo él.

—Nosotros no…

—Y, si voy a morir de esta forma, voy a enfrentarme a la muerte con valor y entereza —continuó Leo, y abrió los brazos. Por un momento, estuvo a punto de perder el equilibrio—. Pero no se equivoque, señor, voy a luchar. Aunque sean más hombres que yo, y no vea nada en este callejón que pueda servirme de arma. Si pudiera, me patearía a mí mismo por estar tan borracho y, si salgo de esta, no volveré a beber nunca más. Bueno, después de esta noche, claro, porque tengo que brindar por la boda de mi hermano.

—Alteza —dijo el hombre, en aluciano, y se acercó con un brazo estirado, con la palma de la mano hacia Leo. Entonces, él se dio cuenta de que tenía una banda verde alrededor del brazo. Era una costumbre wesloriana llevar un adorno verde alrededor de la manga, o prendido al pecho, a la solapa, a una puñeta de la camisa… para indicar que quien lo lucía era de Wesloria.

—Sois weslorianos —dijo—. Tenía que habérmelo imaginado. Vais a matarme como matasteis al pobre Matous. Deberíais avergonzaros de elegir la ocasión de la boda de mi hermano para matarme. Por lo menos, podíais haber esperado a que pasaran las celebraciones.

—¡Alteza, por favor! No vamos a hacerle ningún daño —dijo el hombre, alzando la mano con un gesto conciliador.

—Ya —dijo Leo, con incredulidad—. ¡Puede que esté borracho, pero no soy idiota!

—Se lo ruego, Alteza, no tenemos mucho tiempo —dijo el hombre, y se acercó un poco más—. Tenemos un mensaje de Lysander.

Leo tardó unos segundos en asimilar lo que había oído. Lysander. Pestañeó mientras intentaba encajar las piezas del rompecabezas. Lysander era un hombre que había dedicado su vida a arreglar las injusticias y ayudar a los demás. Leo sabía un poco de él porque se había hecho célebre al convencer a la gente de Helenamar para que cerraran los asilos para pobres, en los que la gente debía trabajar a cambio de comida y refugio. Él estaba en el extranjero en ese momento, pero sabía que Lysander había causado

un buen revuelo.

—¿Qué mensaje? —preguntó.

—Quiere pedirle ayuda —dijo el hombre.

—¿Cómo? ¿A mí?

—Quiere explicárselo en persona. Le pide, con todos sus respetos, que se reúna con él mañana por la tarde.

—Pero, si quiere que yo lo ayude, ¿por qué no ha venido a verme?

—Era imposible, Alteza. Vuestra familia ha estado rodeada por un ejército durante las celebraciones. Y a él lo persigue la justicia.

—¿Por qué? —preguntó Leo, desconcertado.

Intentó recordar todo lo que podía sobre los disturbios a causa de los asilos para pobres. ¿Acaso no se había resuelto, tal y como él pensaba? Lysander había conseguido que el rey y el parlamento tomaran conciencia del problema, ¿no? ¿No se le consideraba un héroe por ello?

—Le pide respetuosamente que se reúna con él en los jardines de palacio mañana, a las tres de la tarde.

Leo dio un resoplido.

—No ha querido venir aquí, pero ¿está dispuesto a verse conmigo en el palacio? ¿Y cómo puedo saber que no se trata de una trampa?

—Le pido perdón, Alteza, pero no puedo contestar a sus preguntas. Lysander tiene su forma de hacer las cosas, y yo no siempre comprendo por qué hace lo que hace. Él ha concluido que los jardines del palacio pueden ser el lugar más seguro, porque a nadie se le ocurriría buscarlo allí. Le pide a Su Alteza que lo reciba allí, sin la presencia de observadores ni guardias.

El recelo de Leo aumentó. ¿Qué podía querer aquel hombre de él?

—Yo no sé nada sobre los asilos —dijo—. No sé nada de nada. Llevo seis años en Inglaterra. ¿Por qué no me ha enviado una nota? ¿Por qué me ha mandado secuestrar justamente durante la boda de mi hermano?

—Lamento mucho que se haya llevado la impresión de que íbamos a secuestrarlo o…

—O a matarme —dijo Leo.

El hombre se estremeció.

—Debe saber que muchos de los que le rodean frustrarían cualquier intento de hablar con usted.

Leo se quedó mirándolo fijamente. ¿Qué quería decir? ¿Que estaba rodeado de espías?

—¿Quién?

El compañero de su interlocutor silbó desde la entrada del callejón.

—Mañana, a las tres, en los jardines de palacio —repitió el hombre—. Por favor. Es muy importante —dijo, y se giró para marcharse.

—Espere —dijo Leo—. ¡Espere!

Sin embargo, ninguno de los dos esperó. Cuando él llegó a la entrada del callejón, habían desaparecido. Miró a su alrededor nerviosamente, y vio que Kadro se acercaba por la acera.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Leo.

Kadro se quedó sorprendido.

—Ya tenemos el carruaje, Alteza —dijo el guardia.

Leo se giró y vio a Artur junto a la carroza, frente a un grupo de curiosos que se había reunido en la acera para ver de quién era el lujoso vehículo. Leo volvió a mirar a Kadro, cada vez más confuso. ¿Sabían sus guardias que lo habían acosado? ¿Tenían algo que ver? ¿Eran ellos los espías? En Londres, después de la muerte de Matous, Bas le había dicho que no podía confiar en nadie. Sin embargo, él nunca se habría imaginado que eso incluía a dos hombres que llevaban a su lado varios años.

Se sintió confundido e incómodo, y no dijo nada más. Caminó hacia el coche con paso más firme, después de que hubieran pasado de repente los efectos del alcohol. A solas, en el carruaje, se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Le dolía la cabeza. Todo aquello era absurdo. ¡No iba a reunirse con nadie al día siguiente! Le enfurecía el hecho de que lo hubieran acorralado en un callejón por haber sido tan descuidado.

Su rabia se mezcló con el alcohol y le dejó un sentimiento de amargura.

Capítulo 4

Sus Majestades, los reyes de Alucia, ofrecieron en el Palacio de Constantino un baile real para celebrar las nupcias del heredero al trono, el príncipe Sebastian, con lady *Eliza Tricklebank. Entre los invitados se encontraban dignatarios y jefes de Estado de naciones europeas y asiáticas, así como una buena representación de la nobleza inglesa.*

La tarta nupcial tenía cinco pisos y estaba adornada con palomas doradas de mazapán. Los invitados disfrutaron, entre otros manjares, del Krantanhange, una exquisitez típica de Alucia hecha de espárragos, puerros y patatas. Los músicos de la excelente orquesta interpretaron una mezcla de bailes alucianos, valses y minuetos.

De entre todos los príncipes ha surgido un nuevo soltero de oro, a juzgar por el gran número de herederas alucianas que volvían los ojos adornados con kohl para mirarlo y se acercaban a él. Seguramente, pronto volverán a sonar las campanas de boda en Helenamar.

Las mujeres de Alucia utilizan con maestría los cosméticos para realzar su aspecto. Después de haber podido admirar la belleza de las alucianas, recomendamos fervientemente el uso de la crema de almendras en el rostro todas las noches, antes de acostarse.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El vestido que iba a llevar *lady* Caroline al baile de bodas era lo

más hermoso que había visto en su vida. El traje era de estilo aluciano, de color azul claro, y tan ceñido al cuerpo, que casi no le permitía respirar. Sin embargo, eso no le importaba. Iba a ser admirada por tantos caballeros y damas que valía la pena la incomodidad.

El vestido había sido tan caro que tuvo que convencer a la modista de que dividiera el precio en dos facturas y se las pasara en dos meses consecutivos, para que su hermano Beck no se diera cuenta del desembolso total. Su hermano se enfadaba mucho cuando compraba ropa y complementos. Y, como la cola no le sentaba bien, ella misma había confeccionado una que, a sus ojos, era una obra de arte.

Mientras se preparaba para el baile, intentó convencer a Hollis para que ella también admirara el vestido, pero, como de costumbre, su amiga estaba inclinada sobre el papel, escribiendo febrilmente, atrapando hasta el último detalle para su revista.

Era el difunto marido de Hollis, sir Percival, quien había fundado la revista en Londres, pero con un contenido muy distinto. La publicación mensual de sir Percival, de tintes conservadores, recogía noticias sobre las finanzas y la política inglesas. Después de su trágica muerte en un accidente de carruaje, Hollis se había negado a suspender la revista. Se había empeñado en que el periódico sobreviviera para honrar la memoria de Percival. Sin embargo, no sabía nada sobre política y finanzas, así que cambió el contenido por temas que interesaran a las mujeres. En aquel momento, la revista era bimensual y tenía tres veces más suscripciones que la de Percival. Y su público iba en aumento.

—¡Mira qué guapa estoy! —exclamó Caroline, abriendo los brazos—. Creo que mi vestido es tan bonito como el de Eliza. ¿No crees?

Hollis apenas alzó los ojos.

—En realidad, no puedo ver el vestido. Estoy cegada por tu humildad.

Caroline soltó un resoplido.

—Alguien tiene que prestarle atención a este vestido y, si nadie lo hace, lo haré yo.

—El vestido es maravilloso. Pero Beck tiene razón, Caro. Eres terriblemente vanidosa.

—Pero eso no es culpa mía. Hace tanto tiempo que me admiran, que no puedo evitar creer en mi atractivo.

Hollis miró a su amiga. Se había quedado sorprendida por la falta de humildad de Caroline.

Caroline se echó a reír.

—Te estaba tomando el pelo, Hollis. Aunque tienes que reconocer que hay algo de verdad en lo que he dicho. Vamos, mira mi vestido. Sinceramente, es incluso mejor que el tuyo, y yo pensaba que el tuyo era la cosa más bonita que había visto.

—Tu vestido siempre es mejor que el mío —respondió Hollis, y se echó hacia atrás para examinar a Caroline de los pies a la cabeza —. Tienes razón. Es precioso. Tú eres preciosa.

—Gracias —dijo Caroline, e hizo una pequeña reverencia. Después, se giró hacia el espejo nuevamente y, a causa del movimiento, se le desabrochó uno de los lados de la cola.

—Oh, vaya.

—Ven —le dijo Hollis, haciéndole un gesto, como si fuera una niña. Le abrochó la cola a Caroline con uno de los botones que impedía que se desplegara unos seis metros a su espalda.

—Acuérdate de no hacer movimientos bruscos. Se desabotona cuando te tuerces y das brincos.

—Yo no doy brincos, y tú, acuérdate de dejar hoy el lapicero — replicó Caroline—. Es la boda real, Hollis.

—Y mi hermana es la novia, ya lo sé. Y voy vestida para la ocasión, como puedes ver. Pero no voy a correr el riesgo de que se me olvide ni el más mínimo detalle, y la mejor forma de conseguirlo es apuntar las cosas cuando las observo.

Hollis tenía un brillo de determinación en la mirada. Caroline sabía que su amiga deseaba, por encima de todo, que todo el mundo tomara en serio su revista en Londres.

Cuánto se parecía Hollis a Eliza, a pesar de que su cabello fuera castaño oscuro y el de su hermana, del color del oro. Las dos eran mujeres muy atractivas. Si ella no las quisiera tanto, sentiría envidia.

—¿Sabes, querida? —le dijo, con picardía—. Si levantas la vista de tus notas, en un baile como este es muy posible que conozcas al hombre de tu vida.

A Hollis se le escapó un jadeo de indignación.

—¡Cómo te atreves a sugerirlo, Caro! Percival fue el hombre de mi vida, y nunca habrá otro. No es posible que haya otro amor como el nuestro.

Caroline se giró un poco para que su amiga no la viera poner los ojos en blanco. Tal y como Hollis hablaba de su difunto marido, cualquier mujer renunciaría al amor perfecto, porque Hollis y Percy lo habían encontrado y lo habían consumido entre los dos, y nadie podría volver a experimentarlo con la misma pasión.

Sin embargo, algunas personas creían, ella incluida, que la hermosa viuda Honeycutt había encontrado el amor, de nuevo, con su criado Donovan. Todos los que habían visitado alguna vez la casa de Hollis se habían fijado en el atractivo de su mayordomo. O sirviente. O cocinero, fuera cual fuera el papel que desempeñaba Donovan. Hollis era bastante misteriosa al respecto, y Donovan se dedicaba servilmente a ella. Caroline había asumido que estaban teniendo una aventura prohibida. Ciertamente, ella tendría la tentación si estuviera en el lugar de su amiga. Una mujer de su posición social no se asociaría públicamente con un sirviente, pero, a puerta cerrada… Después de todo, Hollis era viuda.

—Tú preocúpate del hombre de tu vida —murmuró Hollis.

Caroline no dijo nada. En realidad, cabía la posibilidad de que lo conociera, porque en aquel baile habría personalidades importantes de todo tipo. También estaría el dichoso príncipe Leopold, que siempre tenía una actitud tan distante como si pensara que estaba por encima de todos los demás. Pero no quería pensar más en él. Había pensado demasiado en él últimamente, cuando debería haber pensado en cosas más importantes.

Se miró atentamente al espejo. Practicó algún movimiento, con cuidado de no inclinarse demasiado, no solo por la complicada cola del vestido, sino, también, por el escote, que era tan bajo que cabía la posibilidad de que los asistentes al baile le vieran el ombligo.

A Beck le iba a molestar mucho. Sonrió.

Estaba segura de que, por el contrario, si el príncipe Leopold la veía, se complacería mucho con su figura, a no ser que ya estuviera borracho.

Lo más importante era conseguir que el príncipe la viera. No porque le preocupara mucho, sino por principios. Ahora eran casi parientes y, sin embargo, parecía que a él no le caía bien. Y ella no

entendía el motivo. No le había hecho nada malo. No había difundido ningún rumor sobre él. No había metido la pata en ninguna reunión social en su presencia.

Parecía que nunca podía pasar un instante a solas con él, porque estaba siempre rodeado de lacayos y nobles alucianos. Y de montones de mujeres. ¿Por qué había tantas mujeres en el mundo?

Empezó a sentirse inquieta y, como no conseguía que Hollis dejara de tomar notas, no quiso esperar cortésmente a que Beck llegara a buscarlas. Salió al pasillo sin que Hollis se diera cuenta. Durante aquel último mes, había descubierto que había un punto en el que el pasillo del piso superior se curvaba, justo debajo del tragaluz que iluminaba los pisos inferiores. Desde esa curva, uno podía asomarse a la barandilla de la escalera y ver hasta dos pisos más abajo, donde estaba la entrada a aquella parte del palacio.

Hollis, Beck y ella estaban alojados en un ala privada del palacio junto a los invitados de la familia y otros miembros de la familia real. A Caroline le gustaba ver a la gente sin que la vieran a ella, ya que el haz de luz impedía que las personas pudieran ver los pisos superiores desde la parte de abajo. Desde allí, había visto llegar a *lady* Senria Ferrassen una noche, en compañía del secretario privado del rey, y cómo se habían despedido con un beso rápido y furtivo. En otra ocasión, había visto a tres sirvientas reunirse en el vestíbulo y susurrar emocionadas antes de desaparecer rápidamente en diferentes direcciones justo cuando entraba *lady* Senria, con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas.

Como Caroline ya estaba arreglada para el baile, no fue más allá, se quedó allí escondida. Quería que vieran su vestido por primera vez cuando entraran en el salón de baile, para que tuviera el máximo impacto. Sin embargo, en aquel momento, la mayoría de la gente se estaba preparando para la fiesta o ya había salido en dirección al salón de baile de palacio. No había mucho que ver en el piso de abajo, salvo algún lacayo o sirvienta que recorría apresuradamente el vestíbulo de mármol blanco y negro.

Al final, se aburrió, y estaba dándose la vuelta para volver a su habitación cuando se abrió la puerta del vestíbulo y entró un hombre. Se detuvo, se pasó la mano por el pelo castaño y se puso en jarras. Para su sorpresa, era el príncipe Leopold. ¿Qué hacía a aquellas horas así vestido? Llevaba ropa normal y corriente y estaba

despeinado. Se tambaleaba un poco, como si acabara de recibir una mala noticia. Y, de repente, miró hacia arriba.

La miró directamente a ella con sus ojos azules como el mar, y Caroline sintió la intensidad de aquella mirada en todo el cuerpo. Dio un gritito de sorpresa y saltó hacia atrás, con una mano sobre el corazón. Pero, rápidamente, volvió a asomarse. Él seguía allí, y sonrió de un modo tan encantador, con tanta calidez, que a ella se le cortó la respiración. Le estaba sonriendo a ella, y ella le devolvió la sonrisa sin poder evitarlo.

—Vaya, parece que me has pillado, entonces —dijo él.

Caroline se rio. Por una vez, no supo qué decir. Si le daba la razón, estaría reconociendo que estaba espiando. Diría que estaba de paso, o…

—Te he sorprendido a tu gusto, espero —respondió una voz familiar.

Caroline dio un respingo y saltó de nuevo hacia atrás. Era la voz de su hermano, y llegaba desde el piso inferior al suyo. Claramente, iba de camino a recogerlas a Hollis y a ella. Así pues, el príncipe había sonreído a Beck. Al dichoso Beck, que siempre estaba en medio.

—Sí —dijo el príncipe.

—Vas al baile, ¿no? Tengo entendido que va a haber apuestas muy altas en la sala de juego.

Caroline se apartó de la barandilla y recorrió el pasillo con todo el sigilo que pudo, maldiciendo el crujir de la tela de su vestido. No oyó la respuesta del príncipe, porque los latidos de su corazón eran ensordecedores.

Entró bruscamente en la habitación.

—¡Por Dios, Caro, qué susto! ¡Mira lo que he hecho por tu culpa! —exclamó Hollis, y se levantó con enfado. Se le había caído el tintero y la tinta se había derramado sobre sus escritos.

—Lo siento muchísimo —dijo Caroline.

Se apretó el estómago con las manos para calmar la respiración. ¿Dónde había estado el príncipe, vestido de ese modo? Durante la recepción, se había preguntado qué había sido de él; ella estaba hablando con el embajador de Wesloria en Inglaterra, contándole una anécdota sucedida en una fiesta en una casa de campo, durante la que un caballo había salido desbocado y, para rescatar al jinete,

habían hecho falta cuatro hombres, cuando había notado que el príncipe ya no estaba en ninguna parte. ¡Se había escabullido sin que ella se diera cuenta! No porque ella lo estuviera vigilando, algo que no era cierto, sino porque tenía tendencia a notar las cosas.

Se había escapado para tener una aventura, claro. ¿Por qué, si no, había vuelto a palacio como si se hubiera caído de la cama? ¿Acaso los hombres tenían siempre un comportamiento sexual tan desesperado?

Llamaron a la puerta, y Beck entró acto seguido. Se quedó mirándolas.

—Tenía la esperanza de que alguien hubiera venido a llevaros ya al baile, para librarme de vosotras. Pero veo que mi sueño no se ha hecho realidad.

—Yo también te deseo una espléndida noche, Beck —respondió Hollis, alegremente.

—Deberías tratarme de milord, Hollis, según lo acostumbrado, pero te permito las confianzas debido a tu obvio delirio de felicidad por la boda de tu hermana.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Caroline—. Te estaba esperando.

—¿De qué hablas? Estaba dándote el tiempo suficiente para que pudieras admirarte en el espejo. ¿Estás preparada?

—Sí, ¿acaso no es evidente? Las dos estamos preparadas. Tenías que haber llegado hace media hora.

—Perdona, pero he salido con mis amigos alucianos. Son muy divertidos. ¿Qué le ha pasado al corpiño de tu vestido, Caroline? Parece que ha desaparecido.

—¿Con qué amigos estabas? ¿Seguro que eran amigos, y no amigas?

—Una de las dos posibilidades. ¿Es otro vestido nuevo?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo puedes preguntar eso? Pues claro que sí. No iba a llevar algo usado al baile de esta noche. Incluso tú lo sabes.

—¿Acaso crees que nuestro dinero es un pozo sin fondo? —le preguntó Beck, con enfado, mientras se dejaba caer en una silla—. Te compras los vestidos como si no valieran nada.

—Perdona, pero ¿no eres tú el que compró un caballo de carreras aluciano la semana pasada, Beck? —le preguntó Hollis,

mientras cerraba su cuaderno—. Tú compras los caballos como si no valieran nada.

Beck la señaló con un dedo.

—Tú no tienes permiso para dar tu opinión en este momento. ¿Es que nadie te ha dicho nunca que te ocupes de tus asuntos?

Hollis se echó a reír.

—Muchas veces. Pero te advierto una cosa: si no tengo permiso para dar mi opinión de viva voz, la escribiré.

Para cualquiera que no los conociese, aquel comportamiento entre Beck y Hollis hubiera parecido descortés, pero Beck conocía a Eliza y a Hollis desde hacía tanto tiempo como a Caroline. En realidad, eran familia. Eliza y Hollis habían veraneado muchos años con ellos en la finca de los Hawke. Caroline visitaba diariamente la casa de Justice Tricklebank, el padre viudo de sus amigas, que la trataba como si también fuera hija suya. Y cuando sus madres habían muerto de cólera, la madre de Caroline después de cuidar a la madre de Eliza y Hollis, Beck había tratado a las dos hermanas como si fuera su tutor.

En otras palabras, no les prestaba ninguna atención la mayor parte del tiempo, ni ellas a él.

Beck puso los pies en una otomana.

—Estoy agotado. Esta boda me está pasando factura. Podría dormir durante días…

—No, no, no —dijo Caroline, rápidamente—. No te pongas cómodo, Beck. ¡Ya llegamos tarde! Tenemos que ir al baile, porque sería muy descortés llegar después de los recién casados. Tú también, Hollis. Tenemos que irnos ya.

—Un segundo —dijo Hollis—. Voy a anotar una cosa sobre la compra de un caballo de carreras —añadió, mirando de reojo a Beck.

—¿Es que nunca voy a poder tener paz? —refunfuñó él—. Por el amor de Dios, vamos, vosotras dos. No sabéis lo feliz que voy a ser cuando estéis casadas y me vea liberado del deber de acompañaros por la ciudad.

—Qué absurdo lo que acabas de decir —respondió Caroline—. Nosotras somos el único motivo por el que puedes acudir a estos eventos sin que parezca que no tienes ningún amigo en el mundo. Nos necesitas, Beck.

—Lo que necesito es silencio y una cama —dijo él, mientras le ofrecía un brazo a Caroline y el otro, a Hollis—. Vamos a acabar con esto, ¿de acuerdo, señoras?

—Oh, Beck, qué encantador eres —le dijo Hollis, en un tono soñador—. Justo cuando empiezo a pensar que te odio, descubro que vuelvo a quererte.

Cuando lord Hawke y sus protegidas llegaron al abarrotado salón de baile, Caroline buscó al príncipe Leopold con la mirada. Lógicamente, después de su tarde de disipación, no estaba por ninguna parte.

Se exasperó por su ausencia. ¿Acaso no debería estar allí, cumpliendo con su deber de hermano del novio? Los recién casados iban a llegar en cualquier momento, pero el hermano del príncipe heredero no se había molestado en llegar a tiempo.

Bah, no importaba. Cuando se dignara a aparecer, se quedaría boquiabierto al ver lo maravilloso que era su vestido y lo atractiva que estaba ella. Pero, por supuesto, ya sería demasiado tarde para él, porque ella estaría rodeada de admiradores y no tendría huecos libres en su carné de baile. Después de todo, suscitar admiración era su fuerte.

Comprobó que la cola del vestido no se le hubiera desabrochado y siguió adelante para encontrarse con los caballeros.

Capítulo 5

Con lo emocionante que fue la boda real, la mayoría de la gente debería estar contenta de haber vivido una experiencia como esa. Para las familias de varias jóvenes, era la oportunidad perfecta para que empezara a hablarse de un nuevo matrimonio en el entorno del rey. Por desgracia, aunque se vio al príncipe Leopold bailando con una docena de muchachas, es del dominio público que se ha arreglado su compromiso con una mujer wesloriana y que pronto se hará el anuncio oficial.

Esta noticia no impidió que el único príncipe soltero que quedaba en Alucia se marchara del baile antes que nadie.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leopold necesitó dos tisanas y un baño frío para poder recuperar el control de sus facultades. En realidad, no estaba completamente bien. Aquel encuentro en el callejón le había puesto nervioso. Había sentido un gran miedo a la muerte, a que alguien estuviera conspirando contra él. Y, ahora, sentía miedo también por lo que pudiera decirle Lysander. No había recuperado la tranquilidad, el equilibrio.

¿Era cierto que había espías entre ellos?

Él pensaba que habían erradicado aquel cáncer después del asesinato de Matous, en Londres. Que aquellos que conspiraban para derrocar al rey habían sido expulsados del palacio. Parecía demasiado ingenuo creer que era posible acabar para siempre con las intrigas políticas, pero él nunca había tenido nada que ver con la

conspiración y las intrigas.

¿Qué era lo que quería Lysander?

Durante el baño, intentó acordarse de lo que había sucedido durante las revueltas contra los asilos para pobres que se habían producido hacía pocos años. Lysander era un sacerdote de las montañas del norte de Alucia, que estaban en la frontera con Wesloria. Había ido a la capital, como otra gente de las montañas, para buscar trabajo. Y, en ese momento, había descubierto cuáles eran las condiciones deplorables de los asilos.

En una ocasión, él estaba montando a caballo con sus amigos por las calles de Helenamar. Se habían topado con el hombre, que estaba subido a una caja de madera, gritándole a una multitud que lo escuchaba absorta.

—¡La gente se está muriendo! —gritaba—. ¡En los asilos no hay agua limpia ni comida decente!

Sus amigos se habían reído de lo que decía, pero él, no. Se había preguntado si aquello era cierto.

Le había atrapado aquel hombre enorme, con el pelo rubio y revuelto, y con el coraje suficiente para rebelarse contra aquella situación y arriesgarse a que lo detuvieran.

—¿Creéis que es cierto? —les preguntó a sus amigos.

—No —le dijo Edoard, inmediatamente—. Quiere llamar la atención, nada más.

—Tiene suerte de no haber llamado la atención de la policía metropolitana —dijo Jacques.

—Si Helenamar pretende ser la joya de Europa, ¿cómo puede permitir que sus habitantes sufran tan penosas condiciones? —le preguntaba Lysander a su público—. Si Alucia quiere encaminarse hacia el desarrollo económico, ¿puede tratar así a sus trabajadores?

La gente empezó a indignarse y a responder. *Pane er vesi. Pane er vesi.* Comida y agua.

—¿Va a escuchar algún miembro de nuestro gobierno a un hombre como yo? —gritó.

—¡Nooo! —rugió la multitud.

—No, pero sí nos escucharán a todos juntos —dijo Lysander.

—*Je, je, je, je!* —cantaron todos.

—Vamos —dijo Edoard—. Vamos antes de que esto se ponga feo.

Él sintió tanta curiosidad que, después de una quincena, encontró la manera de visitar de incógnito uno de aquellos asilos. No estaba en absoluto preparado para lo que iba a encontrarse allí, no se imaginaba cuáles eran las condiciones de vida de aquella gente. Los asilos, húmedos, atestados de gente y sucios, nunca habían formado parte de su educación. La gente estaba sufriendo de verdad, sin comida adecuada, ni ropa ni refugio. Les obligaban a trabajar durante todo el día a cambio de una existencia mísera. Él se había puesto furioso al presenciarlo. Y había recordado una vez más lo privilegiado que era. Aquello le había removido la conciencia.

Una noche, durante una cena familiar, se lo había contado a su padre.

—No hagas caso a los falsos profetas, Leopold. Ese hombre quiere la fama, nada más.

Había intentado mantener una conversación al respecto con su padre, pero, como de costumbre, el rey no tenía interés en lo que él pudiera decirle. Se había limitado a sonreír y le había dicho:

—Preocúpate de tus estudios, hijo.

Al final, había sido su madre quien había cambiado la situación.

—Creo que no debemos ignorar a ese hombre —le dijo a su marido—. Me parece peligroso.

Él no se había enterado de qué había sucedido después. Había vuelto a Inglaterra, a su activa vida social. Sin embargo, el Parlamento de Alucia se ocupó de aquel asunto, y los asilos fueron clausurados. Ahora, las fábricas proporcionaban moradas humildes a sus trabajadores.

Cuando terminó el baño, Leo había decidido que no importaba lo que quisiera Lysander. No iba a involucrarse. No iba a estar en el jardín al día siguiente, porque saldría de viaje para Londres a los dos días, pasara lo que pasara.

Llamaron suavemente a la puerta, y apareció Freddar, su ayuda de cámara, con una toalla grande.

—¿Quiere vestirse ya, Alteza?

Leo suspiró.

—*Je*.

No podía saltarse el baile. Aquella noche todos iban a estar pendientes de él. Era el nuevo semental de oro. Durante muchos

años, había sido testigo de cómo Bas tenía que soportar aquellas noches interminables en las que le presentaban a todo tipo de mujeres, bajas, gordas, altas y delgadas. Bellas y feas. Mujeres agradables o mujeres frías. Todas ellas querían tener la oportunidad de cortejar a un príncipe heredero. Él no lo era, pero, a partir de aquel día, era la segunda mejor opción. No importaba que su padre ya hubiera negociado un matrimonio, porque todos los ricos y poderosos de la corte querrían presentarle a sus hijas y sus hermanas.

Su levita negra de gala tenía jarreteras en los hombros, que indicaban su rango en el ejército. Un rango que le había sido otorgado en virtud de su nacimiento, y nada más. También se pondría una banda azul en la que colocaría las medallas con el apellido de su familia, sus logros militares y honores. Ninguno de ellos le pertenecía a él en persona. Esas medallas iban a complementar otras medallas más grandes, prendidas a su pecho y también concedidas por sus títulos y privilegios, no como reconocimiento a sus méritos. Como la gran flor hecha de cinta blanca, con un círculo de oro y perlas incrustadas en el centro, la Orden de la Jarretera del Rey, que le había concedido su padre. Tenía más medallas de la Marina y el Ejército, por ser el príncipe, y la Orden del Mérito y la Orden del Reeve, que le había concedido su padre también.

Y, por supuesto, la medalla de la coronación de su padre, otra gran pieza de oro con cintas azul oscuro y doradas, que celebraba el nacimiento del príncipe Leopold.

Iría cargado de símbolos de riqueza y privilegio, todos ellos de su familia, y no había hecho absolutamente nada por merecerlos. ¿Cómo podía ser justo que tuviera tanta fortuna solo por su nacimiento? ¿Cómo podía ser justo que otro niño, nacido en peores circunstancias, tuviera que luchar durante toda su vida y consiguiera muchas más cosas que él, sin que le concedieran una sola medalla? Cualquiera de las medallas que él iba a llevar en el pecho le proporcionarían prosperidad a una familia durante varios años.

«¿Por qué yo?». Aquella pregunta lo había atormentado en distintos momentos de su vida. Tenía ocho años la primera vez que se lo había preguntado. Se había hecho amigo de un niño de los

establos que se llamaba Tadd, o algo parecido. No recordaba su nombre, pero todavía veía su cara perfectamente, como si hubieran hablado el día anterior.

Tadd y él se habían hecho amigos por un caballo. Tadd le había enseñado mucho sobre los caballos: cómo se les cepillaban las crines y el pelaje y cómo se les limpiaban los cascos.

Leo había tenido la idea de que salieran a montar a caballo a escondidas. El pecoso muchacho no quería hacerlo, pero, al final, había accedido.

Cuando los descubrieron, a Tadd lo bajaron a rastras del caballo y le dieron una paliza delante de él, aunque él le gritara al jefe de los establos que se detuviera. Después, Tadd había desaparecido sin más. Leo se había quedado con un sentimiento de culpabilidad e injusticia después de todo aquello.

Era la primera vez que tomaba conciencia de que gozaba de unos enormes privilegios, y de que había hecho muy poco para merecerlos.

Con los años, había aprendido a ignorar aquellos sentimientos y a aceptar la vida tal y como era, con agradecimiento. Le había resultado fácil, porque estaba rodeado de los hijos de los aristócratas, que tenían una vida igual que la suya, regalada también por el destino. Era fácil, sí, cuando podía pasar todo el día con sus amigos, o en el extranjero. Se había hecho perezoso por culpa de la riqueza. Nadie esperaba nada de él, aparte de que terminara sus estudios y no dejara encinta a ninguna sirvienta.

Había aprendido a mitigar el tedio y la sensación de injusticia con el alcohol. Lo que quería era volver a Inglaterra y recuperar su forma feliz y disoluta de vivir.

La fanfarria con la que anunciaron su llegada al baile le dio dolor de cabeza. Dos lacayos lo acompañaron hasta el estrado donde estaban sus padres, sentados en el trono. Según avanzaba, la gente que estaba a ambos lados del camino se inclinaba y le hacía reverencias. Qué ritual. Qué pompa tan innecesaria.

Junto al rey habían añadido dos asientos, uno para Bas y otro para Eliza.

Leo saludó con rigidez a su padre.

—Tienes buen aspecto —le dijo el rey, inspeccionándolo con la

mirada.

—¿Dónde has estado, cariño? —le preguntó su madre—. Llegas tarde.

—He salido —dijo él, mientras le daba un beso en la mejilla.

La reina Daria estaba majestuosa con su corona de diamantes y zafiros. Llevaba un vestido dorado y casi tantas medallas como él. Era una mujer bella y, cuando él era pequeño, la adoraba. Siempre había anhelado su atención y sus sonrisas, pero, para él, todo eso había sido escaso.

En aquel momento, la reina le sonrió y lo tomó de la barbilla con una mano.

—Este ha sido uno de los días más felices de mi vida por tener aquí a mis dos hijos. Estoy deseando que tú me des la misma satisfacción que Sebastian me ha dado hoy.

Leo se contuvo para no gruñir.

—No vas a tener que esperar mucho, mi amor —le aseguró el rey.

Su madre se inclinó hacia delante y le susurró a Leo:

—¿Has conocido a *lady* Eulalie? Es muy atractiva.

Leo hizo un gesto negativo. Si hablaba, no iba a poder disimular su ira.

—Es muy bella. Creo que te gustará.

—Esperemos —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¡Claro que sí! Hemos tenido en cuenta lo que te agrada y lo que no.

Eso era absurdo. Él nunca les había contado a sus padres quién le parecía atractiva y, si de verdad hubieran tenido en cuenta lo que no le agradaba, sabrían que aquello le desagradaba mucho.

—Ah, aquí está sir Ravaneaux —dijo su madre. Se giró a mirar a su secretario privado, que se acercaba al estrado—. Sir Ravaneaux se va a encargar de la presentación entre *lady* Eulalie y tú.

¿Acaso no le iban a dejar ni siquiera que se tomara una copa de vino antes de empezar con el fortalecimiento de los lazos entre Alucia y Wesloria?

—¿No debería felicitar primero a la feliz pareja?

Su madre entrecerró ligeramente los ojos.

—¡Pero si ya los has felicitado, hijo! Todos lo hemos hecho. Por favor, sir Ravaneaux —dijo, y le hizo un gesto a Leo para que se

marchara, como cuando era pequeño y se ponía revoltoso.

Ravaneaux precedió a Leo por el salón abarrotado, con dos lacayos detrás. La gente se apartaba para dejarles paso y susurraba entre sí. Cuando llegaron al otro extremo del salón, una mujer atractiva se adelantó junto a un hombre que debía de ser su padre, atlético, de rasgos fuertes y vestido con las galas de un aristócrata. La mujer era menuda, y llevaba un vestido de seda y joyas. Cuando se inclinó ante él, lo hizo de la forma que enseñaban en las mejores escuelas. Llevaba un parche de color verde oscuro, la señal de Wesloria, prendida al pecho. El caballero llevaba una banda en el brazo.

Ravaneaux le dijo:

—Alteza Real, permítame que le presente a *lady* Eulalie Gaspar de Wesloria y a su padre, el duque de Brondeny.

Leo se inclinó.

—Excelencia —le dijo al duque—. *Milady*.

Intercambiaron las cortesías de rigor y el duque le felicitó por la boda de su hermano. Después, hábilmente, se alejó un poco con el pretexto de hablar con sir Ravaneaux, y lo dejó a solas con *lady* Eulalie. A solas, salvo por la presencia de cientos de observadores.

Lady Eulalie tenía los ojos pequeños, castaños, y los labios, carnosos. Su pelo era del color del té. Enarcó una ceja y lo miró con atención.

—Tengo entendido que debemos entablar amistad, Alteza, y hacerlo rápidamente.

Él le agradeció la sinceridad y la falta de artificio.

—Yo tengo entendido eso mismo.

—Hace muy poco que tengo noticia de esta amistad, así que, si me permite, me gustaría pedirle algo.

Él asintió.

—Me gustaría que fuera algo rápido —dijo la dama, y miró al otro lado del salón.

Leo siguió su mirada y se fijó en un majestuoso capitán wesloriano que la estaba mirando. Bien, también era sincera en cuanto a sus verdaderas intenciones. Él no sabía exactamente qué pensar de tanta franqueza, pero la admiraba por ello.

—Sí, haré que este primer encuentro sea tan rápido como el caballo del que alardea su embajador.

Ella se echó a reír, sorprendida.

—Sí, alardea mucho. Yo primero, ¿me lo permite?

—Por supuesto.

—Me gustaría felicitarlo por la alegría que ha demostrado hoy su hermano. Y la novia es encantadora.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Es una plebeya inglesa, ¿no es así?

Aunque Leo supuso que *Lady* Eulalie solo quería mantener una charla superficial, tal y como requería la situación, la pregunta le molestó. Detestaba aquel tipo de comentarios que solo pretendían dejar claro quién estaba por encima de quién. Ojalá pudiera estar en el Foxhound tomándose una jarra de cerveza en vez de tener que estar allí, jugando a aquel juego.

—No —dijo, amablemente—. Por lo menos, ya no.

Lady Eulalie se echó a reír.

—Sí, eso es cierto —dijo, asintiendo.

De repente, las trompetas comenzaron a sonar para anunciar la llegada de los recién casados.

—Ah, ya están aquí el guapísimo príncipe y su afortunada esposa —dijo *lady* Eulalie, y estiró el cuello para poder verlos.

Entró una fila de soldados ingleses, seguida por otra fila de soldados alucianos. Todos ellos desenvainaron las espadas y las alzaron, cruzando los extremos para formar un corredor por el que entraron un momento más tarde Eliza y Bas. Su hermano llevaba las galas militares que le correspondían, y Eliza, un vestido vaporoso de color melocotón. La novia llevaba una corona que pertenecía a la colección real, e iba agarrada del brazo del príncipe. Leo percibió un ligero temblor en ella. Esperaba que llegara pronto el día en que pudiera acostumbrarse a toda aquella atención, porque iba a tener que lidiar con ella durante toda la vida.

A medida que avanzaba el matrimonio, todos iban inclinándose respetuosamente a su paso. Cuando él se irguió, miró a su izquierda para ver su recorrido hacia el estrado, pero lo que vio fue a la hermana de lord Hawke, con sus ojos verdes y brillantes. Claramente, estaba muy convencida de su propio atractivo. ¿Cómo se llamaba, por el amor de Dios? ¿Por qué no era capaz de recordar su nombre?

A él le caía muy bien Hawke. Lo había conocido hacía unos

meses en un club masculino en Londres, y habían terminado jugando a las cartas. Se habían reído. Después, se habían reunido de nuevo en varias ocasiones. Y, desde que Hawke había llegado a Alucia, su amistad se había fortalecido. Leo había pasado mucho tiempo en compañía del caballero y lo consideraba un amigo.

Sin embargo, su hermana era un fastidio. Incluso en aquel momento en el que todo el salón comprendía que *lady* Eulalie y él debían ser el foco de atención, ella lo estaba sonriendo con el entusiasmo de alguien que quería ponerse a su lado a parlotear.

Desvió la mirada. Se le daba muy bien ignorar las miradas elocuentes de todo el mundo. Ignoraba las miradas de las mujeres que querían que les ofreciera un reino, y las miradas de los hombres que esperaban conocerlo para sacar algún provecho, las de los políticos que querían susurrarle algo al oído.

Una inglesa guapa de ojos verdes era pan comido para él.

Eliza y Bas ya estaban ante los reyes, y Eliza hizo una reverencia. El rey bajó de su trono, la tomó de la mano y la acompañó a la silla que estaba a su lado. Bas se sentó junto a ella. Su padre señaló al matrimonio y todos empezaron a aplaudir.

—*¡Vivat regiis reginae!*

Larga vida a la princesa real.

La orquesta comenzó a tocar y todo se hizo oficial: Eliza Tricklebank era una Chartier, un miembro de la familia real de Alucia.

—La gente nos está mirando —murmuró *lady* Eulalie.

—Siempre miran —dijo Leo, tratando de disimular su amargura al respecto.

—Sí, supongo que sí. A nosotros dos nos han puesto en un pequeño bote en medio de este mar de la diplomacia, y debemos tratar de cumplir lo mejor posible con nuestro cometido.

Por lo menos, entendía las reglas del juego.

—Sí, eso parece.

Miró a *lady* Eulalie, pero ella estaba mirando al otro lado del salón, a su amante. Él supuso que debería sentirse molesto por aquella descarada muestra de afecto por su amante mientras estaba junto al que iba a ser su prometido, pero, en realidad, no le importaba nada. Tal vez debieran empezar aquella etapa sin la más mínima expectativa, con la mente abierta…

Leo se quedó sorprendido al notar el golpe de un codo, o de un hombro, en la espalda. Se dio la vuelta y se encontró directamente con los ojos verdes de la hermana de Hawke.

—¡Oh, Dios santo, le pido disculpas! —dijo ella, con una sonrisa tan resplandeciente que a él se le olvidó que se había chocado con su espalda—. ¡Qué torpe soy! Me he tropezado con la cola del vestido.

Tiró de la cola y, con una mano, comenzó a abotonarla a un lado del traje.

—Admiro mucho los vestidos alucianos, pero las colas son muy complicadas de llevar.

Una vez más, se había acercado a él sin titubear, y estaba interrumpiendo su conversación con *lady* Eulalie. Sonreía y se dirigía a él como si fueran viejos amigos. No entendía cómo era posible que la hermana de un barón inglés tuviera tan poco respeto por las normas sociales.

—*Lady*… —dijo él, pero se quedó callado, puesto que no recordaba su nombre.

—Caroline —le dijo ella—. Caroline Hawke. Soy la hermana de lord Hawke.

—Sí, por supuesto, *lady* Caroline —respondió él, e inclinó la cabeza. ¿Dónde estaba su hermano? Mejor aún, ¿dónde había un sirviente con una bandeja de copas de champán? De veras, Hawke debería vigilar mejor a su hermana.

Iba a pedirle que fuera a buscar a su hermano, pero *lady* Caroline se había inclinado para poder ver más allá de él, y estaba sonriendo. Él se dio cuenta de que *lady* Eulalie y ella se habían visto, y de que *lady* Caroline estaba intentando ver bien a *lady* Eulalie. Así no era como debería ir su primer encuentro con su futura esposa, pero Leo no tenía ni energía ni ganas de cambiarlo. Suspiró y dijo de mala gana:

—¿Me permite que le presente a *lady* Eulalie de Wesloria?

—¡Una wesloriana! —exclamó *lady* Caroline, con entusiasmo—. ¿Cómo está? No he conocido a nadie de Wesloria todavía. Claro, lleva usted la señal verde en el traje. Me sorprende no haberme dado cuenta desde el principio, porque soy muy observadora. Qué interesante es la costumbre de llevar algo verde para indicar cuál es su patria, ¿verdad? Supongo que es un poco como los escoceses con

su tartán. Ojalá en Inglaterra hiciéramos algo parecido. Deberíamos llevar algún tipo de lazo para indicar que somos ingleses, de color amarillo, porque es el color de la felicidad y, sinceramente, va muy bien con el color de mi piel. Pero, bueno, supongo que el color del lazo debería elegirlo la reina, ¿no?

Leo no sabía qué decir, y *lady* Eulalie, tampoco. La dama estaba mirando con estupor a *lady* Caroline. Sin duda, por su educación, sabía que una mujer debería ser más contenida en presencia de los caballeros y, en particular, de un príncipe.

—*Lady* Caroline Hawke, de Inglaterra —dijo Leo, innecesariamente—. Como, sin duda, acaba usted de oír.

Lady Caroline hizo una reverencia. En aquel momento, Leo se dio cuenta de que todos estaban prestando atención al estrado, porque Bas y Eliza acababan de acercarse a la zona del baile y la orquesta había empezado a tocar una danza tradicional aluciana.

—Encantada de conocerla —dijo *lady* Caroline, al incorporarse —. Su vestido, si me lo permite, es extraordinario. Le preguntaría el nombre de su modista, pero, como me marcho a Inglaterra muy pronto, no merece la pena. Además, creo que mi hermano pediría mi cabeza si me gastara otro penique más en vestidos —explicó, y se echó a reír alegremente, como si fuera una nadería que su hermano se molestara por los gastos—. ¿No les parece un baile maravilloso? Todo el día ha sido delicioso, y estoy deseando empezar a bailar. Es mi actividad favorita. Lo adoro. ¿Y usted, *lady* Eulalie? ¿Y usted, Alteza?

Lady Eulalie pestañeó.

—Ah…

Miró a *lady* Caroline y lo miró a él, tratando de dilucidar qué tipo de relación había entre ellos.

Leo tenía que alejar a aquella belleza antes de que todo el mundo empezara a hablar. Sin embargo, antes de que se le ocurriera cómo hacerlo, *lady* Caroline dijo:

—Recuerdo haberle visto bailar en Kensington, Alteza. Tiene usted un estilo admirable.

¿Había bailado con ella allí? Aquella noche también había ingerido demasiado alcohol, y no recordaba claramente las cosas. Tal vez eso explicara por qué ella lo trataba con tanta familiaridad. Por segunda vez aquel día, tuvo ganas de patearse el trasero a sí

mismo.

—El duque y la duquesa van a empezar su baile —dijo *lady* Eulalie.

Al ver a los duques situarse bajo una de las doce arañas de cristal que iluminaban el salón, *lady* Caroline sonrió con deleite. Sin embargo, acto seguido, se le escapó un jadeo.

—Oh, vaya, la cola de su vestido… —gimió, y se inclinó contra él como si fuera a contarle un secreto—. ¿No lo ve? Se le ha desabrochado por un lado. Seguro que no lo sabe… ¡Ah! Ahí está Hollis. Hollis lo arreglará todo. Hollis la cuida muy bien, en realidad. Y yo, también. No sé qué va a hacer Eliza cuando nos vayamos. Dice que va a tener una doncella, pero no es lo mismo, creo. Por desgracia, tenemos que volver a Londres. Yo tengo demasiados amigos allí, como sabe usted, y Hollis, bueno… —dijo la dama, y miró a *lady* Eulalie—. Su padre la necesita desesperadamente. Es ciego.

Lady Caroline era asombrosa. Él nunca había conocido a nadie tan desinhibido como ella, ni siquiera a un hombre. Tampoco había conocido a nadie que expusiera sus excentricidades con tanta seguridad en sí mismo.

En aquel momento, ya no le estaba prestando ninguna atención. Sus ojos estaban puestos en la pareja real. Comenzó la música, y Bas sonrió a Eliza para darle ánimos al dar los primeros pasos de baile. La pobre Eliza se puso muy colorada, y siguió con la mirada los pies de su marido para poder coordinarlos con los suyos.

—Dios mío, baila tan mal como me esperaba —dijo *lady* Caroline, sin reparos—. No es su culpa, en realidad. Uno nace para bailar, o no, ¿verdad? —preguntó, y lo miró a la espera de su respuesta.

Él no dijo nada. No se atrevería a criticar abiertamente a Eliza.

—He conocido a más de una dama que ha recibido clases de baile y no ha sido capaz de aprender los pasos. Eliza lo intenta con todas sus fuerzas, pero es como si no pudiera oír la música.

—Oh, vaya —dijo *lady* Eulalie, sin poder contener la sonrisa.

Lady Caroline pestañeó como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—Oh, no se preocupen por nada de lo que digo. Si Eliza estuviera aquí, sería la primera en admitir que no baila bien. A ella

le parece muy divertido.

Claramente, *lady* Caroline no debería hacer esos comentarios sobre una duquesa real, y menos, llamarla por su nombre de pila. Ni siquiera él era tan irreverente. Tuvo el extraño impulso de defender a su nueva cuñada.

—Si me lo permite, *lady* Caroline, creo que debería decir Su Alteza Real.

En vez de disculparse, *lady* Caroline abrió los ojos como platos y se echó a reír.

—¡Eliza, por supuesto!

Leo se quedó horrorizado. Eliza era la futura reina de Alucia y, claramente, Caroline no entendía que incluso ella le debía el máximo respeto. Si quería dirigirse a la duquesa por su nombre de pila en privado, eso era una cosa. Pero ¿en público? No podía tolerarse. Se giró hacia ella y le dio la espalda a *lady* Eulalie.

—No quisiera avergonzarla —le dijo suavemente—, pero creo que alguien debería haberle explicado estas cosas antes.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, con los ojos muy brillantes.

—Su amiga es la futura reina de Alucia y, como tal, usted tiene que demostrar el mismo respeto por su persona que todos los habitantes de Alucia. Y eso incluye su forma de nombrarla, especialmente, en público.

Lady Caroline se quedó boquiabierta. Al instante, entrecerró los ojos con enfado.

—Disculpe, Alteza. Sé perfectamente que Eliza es la futura reina, pero yo soy su mejor amiga y no creo que tenga usted que decirme cómo debo llamarla —respondió, enarcando una ceja.

Aquella réplica dejó asombrado a Leo. Y, al mismo tiempo, también lo dejó impresionado por su firmeza. Sin embargo, no podía tolerarlo. Así que la miró fijamente para que ella no pudiera pasar por alto su desagrado.

—Solo debería dirigirse a la duquesa llamándola «Excelencia», y tampoco puede hablarme a mí en ese tono.

—¿Acaso usted llama «Excelencia» a su hermano y se inclina ante él?

—Claro que no. Es mi hermano, y yo soy un príncipe también, por si se le ha olvidado.

—¡Olvidado! —exclamó ella, y se echó a reír—. No creo que

pudiera olvidarlo, porque lleva usted su condición como si fuera un escudo.

El asombro de Leo no conocía límites.

—¿Ha pensado que eso es, quizá, porque soy un príncipe?

—¡Lo sé muy bien! Me lo dijo en Chichester. Aunque allí no era necesario, en realidad. Pero usted se aseguró de que saliera a relucir durante la conversación.

¡Chichester, otra vez!

—Por el amor de…

Leo giró el cuello para mirar a *lady* Eulalie, que estaba intentando no perder ni un detalle de la conversación.

Tomó a *lady* Caroline del codo, sin miramientos, y la alejó unos pasos para poder hablar con ella en privado.

—Sinceramente, no me sorprendería haberlo mencionado porque, algunas veces, es necesario, y estoy seguro de que Chichester fue una de esas ocasiones. Pero, por favor, compréndame, *lady* Caroline, yo no recuerdo haber mantenido ninguna conversación con usted, no recuerdo haberla conocido allí. Sinceramente, estaba ebrio y no recuerdo nada sobre aquel fin de semana en concreto. Tiene que pensar en que yo asisto a muchas fiestas y veladas, y que conozco a menudo a mujeres, a grupos de mujeres, y que no puedo recordarlas a todas.

A ella se le escapó un jadeo, y sus labios formaron una «o» perfecta. Sus ojos se llenaron de furia o de horror, una de las dos cosas.

—Siento terriblemente que la verdad pueda causarle una ofensa.

—¿Qué verdad? ¿Que usted estaba más borracho que una cuba?

—Bueno, yo no lo expresaría con tanta crudeza, pero, sí.

—Eso no me ofende —dijo ella—. Sé distinguir si un caballero está borracho. Lo que me ofende es que me meta en el mismo saco de todas las mujeres a las que conoce a menudo y en grupos, como si fuera una bandada de gallinas. Yo no soy una gallina, Alteza. Soy única.

—¡Gallinas! No me ha entendido usted —dijo él, exasperado.

—El que no lo ha entendido ha sido usted, Alteza. Debería haberse dado cuenta de que, normalmente, yo destaco entre una multitud.

Leo no supo qué decir. Era cierto que destacaba en medio de

todos los demás. En aquel preciso instante, estaba destacando en toda su gloria.

—¿Está usted alabándose a sí misma? —le preguntó él, con incredulidad.

—¡No me alabo! Simplemente, he dicho algo que es obvio para todo el mundo, salvo para usted, por lo que se ve.

—Pero… ¿qué demonios está pasando aquí?

Por fin, gracias a todos los santos, había llegado lord Hawke.

—Creo que Su Alteza Real y la dama están teniendo una discusión —dijo *lady* Eulalie, con deleite.

Lady Caroline se dio la vuelta y estuvo a punto de chocarse con su hermano. Hawke inclinó la cabeza.

—Alteza, mi hermana y yo le damos la enhorabuena por el matrimonio de su hermano y le pedimos disculpas por cualquier cosa que se haya dicho y haya podido ofenderle —dijo, y tomó con fuerza a su hermana del codo para obligarla a retroceder.

Leo inclinó la cabeza para dar a entender que aceptaba la disculpa. Tenía el corazón acelerado a causa de la indignación, y aquel pequeño demonio tenía los ojos relucientes de enfado.

Hawke sonrió a Leo.

—¿Nos disculpa?

Entonces, obligó a su hermana a alejarse con él.

En silencio, pero con petulancia, Leo alabó a su amigo al verlo marchar con su hermana. Sin embargo, la obcecada *lady* Caroline miró hacia atrás con una expresión huraña antes de desaparecer en medio de la multitud.

Leo se quedó mirando en dirección a ellos durante unos instantes, intentando comprender qué acababa de ocurrir. Entonces, se acordó de *lady* Eulalie y se giró hacia ella.

La dama estaba encantada.

—Por favor, ¿quién era esa mujer?

—Solo una inglesa —murmuró Leo.

La inglesa más exasperante, ridícula y atractiva que había conocido. Aunque, ciertamente, tenía razón en una cosa: que destacaba en medio de una multitud, y en muchos sentidos.

—Ah, los ingleses —dijo *lady* Eulalie—. Están demasiado aislados en su isla, creo. No saben cómo se mueve el mundo.

Leo no respondió. Solo podía pensar en la carga que debía de

suponer *lady* Caroline para su hermano, a quien él consideraba un buen hombre y un amigo. Tal vez fuera muy bella, pero esa belleza iba de la mano de un comportamiento escandaloso.

Lady Eulalie estaba sonriendo. Claramente, había disfrutado del espectáculo. Leo se dio cuenta de que había mucha gente observando la escena, y de que tenía que comenzar con la farsa del cortejo.

—Ahora que nos hemos librado de eso, ¿me concede el honor de este baile?

—Sería un honor, Alteza —dijo *lady* Eulalie, con elegancia, tal y como una mujer debía responder a un príncipe.

Dichosa inglesa.

Aquella no fue la última vez que Leo vio a *lady* Caroline aquella noche. La vio bailando con lord Sonderstein. El viejo estaba, prácticamente, babeando en su escote. Ella miraba a un lado y parecía que estaba aburrida, como si hubiera bailado mil veces con viejos libidinosos.

La vio otras dos veces; una, riéndose con un capitán de la marina aluciana y, la otra, con un inglés a quien él había conocido en una fiesta el otoño anterior.

Más tarde, pudo despedirse de su supuesta prometida y escapar a la sala de juego. Se encontró con lord Hawke y se sentó en su misma mesa. Mientras otro caballero repartía las cartas, Leo le dijo a su amigo:

—Espero que su hermana no se haya enfadado mucho.

Hawke puso los ojos en blanco.

—No, está perfectamente. Lo único que pasa es que se indigna con facilidad.

—Como todas —dijo Leo.

Los demás caballeros, su amigo y él se echaron a reír con ganas.

Capítulo 6

La muy querida duquesa de Tannymeade, lady *Eliza Tricklebank de Inglaterra, ha obsequiado generosamente a sus invitados británicos con preciosas teteras de porcelana, conmemorativas de su matrimonio con el príncipe Sebastian de Alucia. Varios miembros del cortejo británico han encontrado la seda aluciana muy de su agrado, y han comprado baúles para llevar las mercancías a casa. Seguramente, esas telas deslumbrantes se verán en los eventos sociales de otoño.*

Las celebraciones de la boda fueron tan festivas que muchos invitados no querían volver a casa. A una invitada inglesa le resultó difícil separarse de su nuevo amigo, un caballero en su mejor momento. Pero a casa se marchó, con otro caballero del que se rumorea que también está llegando a su mejor momento.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Bien.

Resultó que ni su impresionante vestido ni su evidente atractivo fueron suficientes para el príncipe Leopold. Ella no tenía ningún interés en impresionar a aquel grosero, pero él debería haberse quedado impresionado. Sin embargo, ella era la que había tenido que ir a buscarlo e iniciar una conversación con él y… ¿cómo se atrevía a no recordarla y a ponerla al mismo nivel que al resto de las debutantes que se agrupaban a su alrededor en los eventos sociales?

—¿Por qué no se acuerda de mí? —les preguntó a Eliza y a Hollis, la tarde siguiente, durante un paseo por los jardines—. Todo el mundo se acuerda de mí. Es un grosero. Es altivo y yo ya me he cansado de lo engreído que es.

—Ja —respondió Hollis, soltando un resoplido—. No te lo crees ni tú.

—¡Claro que sí! ¿De verdad piensa que voy a llamar «Su Alteza» a Eliza? He estado llamándola Eliza Picklecake hasta que teníamos veinte años.

—¡Ah! —exclamó Eliza, con una sonrisa de afecto—. Se me había olvidado por completo ese mote.

Caroline la ignoró.

—¡Qué hombre más pomposo! Se cree superior. Tuvo suerte de que Beck interviniera a tiempo, o yo… Bueno, no sé qué habría hecho, pero me habría gustado…

—Pedirle que bailara contigo —dijo Hollis, alegremente—. Te morías por bailar con él.

—Bueno, sí, quería bailar con él, aunque solo fuera para que todos admiraran mi vestido. Solo digo que me importa un comino quién sea. Es un maleducado.

—¡Caro! Baja la voz —le susurró Eliza, y miró hacia atrás, porque iban seguidas por un par de guardias de palacio.

Caroline refunfuñó.

—Pues, ¿sabes una cosa? Que no me importa si se acuerda o no se acuerda de mí.

Hollis soltó una risita de incredulidad.

—Es una cuestión de orgullo, Hollis. Yo tampoco me acuerdo de todo el mundo a quien he conocido, pero me gustaría pensar que sí de la mayoría. Y hay dos de quienes me acuerdo a la perfección.

—Me muero de ganas de saber quiénes son —dijo Eliza.

—Pues uno es Su Alteza Real, el idiota del príncipe Leopold, cosa que me parece obvia.

—¡Caro! —exclamó de nuevo Eliza—. ¡Estás en Alucia! ¡En los jardines de palacio! No puedes insultar a Leo.

—Y el segundo es el caballero aluciano de la nariz aguileña —prosiguió Caroline, como si Eliza no hubiera dicho nada—. ¿Te acuerdas, Hollis? Te lo señalé en el baile.

—¿Ah, sí? —preguntó Hollis, frunciendo el ceño—. ¡Sí, ya me

acuerdo! El caballero que no te miró ni una sola vez, ¿no? ¿Te refieres a ese?

—¡Ese mismo!

—Él se lo pierde, querida —le dijo Eliza.

—¿A que sí? —preguntó Caroline—. Gracias por decirme eso, princesa Eliza.

—¿Princesa? ¿O es duquesa? —inquirió Hollis, con curiosidad.

—No lo sé —dijo Eliza—. Me lo han dicho, pero no me acuerdo. ¿Y qué importa? A mí me parecen bien las dos cosas.

—Pues eso no puede ser, Eliza —dijo Caroline—. Una es mejor que la otra. ¿Cómo es posible que no te acuerdes de si hay que dirigirse a ti como princesa o como duquesa?

—Creo que, con que la llamemos Su Alteza, están cubiertas las dos posibilidades.

Caroline puso los ojos en blanco.

—Muy bien, Su Alteza, pero has sido Eliza para mí desde que tú tenías seis años y yo, tres.

—Por el amor de Dios, Caro, a mí no me importa lo que me llames —dijo Eliza—. Solo te pido que no hables tan desdeñosamente de Leo. Es una falta de educación tremenda, y más, cuando has sido la invitada de su familia durante más de un mes.

Caroline no podía negarlo. Todos los demás alucianos, miles o millones de ellos, habían sido muy hospitalarios y amables, y ella estaba siendo desconsiderada.

—Tienes razón, para variar —dijo, con un suspiro—. Está bien, consideradlo oficialmente olvidado.

—Pues mejor que mejor, querida, porque el rey va a anunciar su compromiso muy pronto.

—¿Su compromiso? —preguntó Caroline, un poco más alto de lo que hubiera querido—. Pero… si Beck dice que va a volver a Inglaterra.

—Sí, a recoger sus cosas. Tiene que volver antes del verano y, entonces, se anunciará formalmente. Pero, por lo que tengo entendido, ya está todo arreglado.

Caroline se quedó muda. Por un momento.

—Bueno, pues le deseo buena suerte a la dama. La va a necesitar. Aunque se convierta en princesa, duquesa, o lo que sea, va a estar casada con él. La llamarán Su Alteza, pero lo tendrá

enfrente en la mesa a la hora de desayunar.

Dos mujeres que se acercaban hacia ellas por el camino se hicieron a un lado y se inclinaron a su paso. Caroline se quedó mirándolas. Todavía le causaba asombro que Eliza suscitara aquel tipo de reacción.

—¿De verdad? A mí me gustaría que me llamaran señora Chartier —dijo Eliza.

Caroline se echó a reír.

—¡Eres imposible, querida! ¿Por qué no aceptas tu título y lo llevas con orgullo? ¿Cómo te las vas a arreglar tú sola cuando nos vayamos?

—Bueno, ahora tengo a Bas —dijo Eliza, con los ojos brillantes.

—Pero no es lo mismo —dijo Caroline—. Él te alabará siempre, no te encontrará ninguna falta.

Eliza tomó a Caroline del brazo.

—Os voy a echar muchísimo de menos, pero me las arreglaré. Siempre habrá alguien que me dirá lo que tengo que hacer.

—¿Y qué voy a hacer yo sin ti? —preguntó Caroline, con melancolía—. ¿Quién me va a sacar los defectos a mí? Dios sabe que me hace falta de vez en cuando. ¿Quién va a alabar los vestidos que hago, aunque no sean buenos? Yo sí que necesito eso.

—Beck.

Caroline la miró con tanta incredulidad, que Eliza y Hollis se echaron a reír.

—Claro que no será Beck —dijo Eliza—. Será Hollis, por supuesto.

—¡Hollis! Pero si siempre va a estar ocupada en la dichosa revista.

—Si me ayudas, Caro, te prometo que alabaré todo lo que hagas —dijo Hollis—. Pero no te preocupes más por eso. Estoy deseando contaros una cosa. Esta mañana, estaba tomándome el té en la terraza de la habitación y… ¿a que no sabéis a quién he visto flirteando con el primer ministro de Alucia?

—Oh —dijo Eliza—. ¿Cómo se llama él? ¿Lord Cebutari?

—Sí —dijo Hollis—. Estaban aquí, en este jardín, dando un paseo. Estaban tan cerca que ella estaba casi en su bolsillo. No puedo prometer que no tuviera la mano en su bolsillo, de hecho.

—¿Quién? —preguntó Caroline.

Hollis miró a su alrededor y susurró:

—*Lady* Russell.

Eliza y Caroline dieron un jadeo al unísono.

—No —susurró Eliza—. Él tiene más de cincuenta años, y ella es muy joven.

—Desaparecieron detrás del seto —susurró Hollis—. Y, cuando salieron, ella tenía el pelo revuelto. Está enamorada, os lo digo yo. Es muy irónico, porque se rumorea que su marido va a ser el próximo primer ministro de Inglaterra. Tengo entendido que Peel va a dejarlo muy pronto.

—Si está enamorada del primer ministro aluciano, ¿qué va a hacer cuando vuelva a Inglaterra? —preguntó Caroline, susurrando.

—¿Qué hace una mujer casada cuando encuentra el amor verdadero? Se lo cuenta a sus amigas, naturalmente —dijo Hollis—. Y después, intenta por todos los medios que su marido no se entere.

Siguieron caminando un rato, pensativamente.

—Me duelen muchísimo los pies —dijo Eliza—. He estado en pie demasiado tiempo esta semana —añadió—. Ojalá apareciera un banco justo ahora.

—Excelencia —dijo uno de los guardias—. Si me lo permite, hay bancos justo después de esta curva —le explicó, señalando hacia delante—. Hay un claro con una fuente, para sentarse.

Las tres mujeres se detuvieron y miraron al guardia, que volvía junto a su compañero.

—Ah… Gracias —dijo Eliza. Se giró hacia Hollis y Caroline, las tomó del brazo y las acercó—. ¿Lo han oído todo? —susurró.

—¡No lo sé! —dijo Caroline—. Dios, ¿cuánto va a continuar este asunto de los guardias?

—¿Para siempre? —respondió Eliza, con inseguridad.

—¡Aquí estás, Eliza!

Dieron un respingo al oír aquella voz, la del príncipe Sebastian, y se detuvieron. El príncipe llegaba por un camino que se cruzaba con el que ellas estaban recorriendo. Iba acompañado por el príncipe Leopold, *lady* Eulalie y la reina. Tras ellos llegaban más guardias.

—Sé amable —dijo Hollis—. Es ella. Su prometida.

—¿Cómo? —murmuró Caroline, mientras hacían una reverencia a la reina.

—Te estaba buscando, querida —dijo el príncipe Sebastian.

Tomó a Eliza entre sus brazos y le dio un beso. A Caroline se le aceleró el corazón y, sin darse cuenta, miró al príncipe Leopold. Él estaba mirando al suelo, con las manos agarradas a la espalda. Tenía mal color. Caroline se dio cuenta de que *lady* Eulalie la estaba mirando fijamente con una sonrisita.

—¿Cómo estás, querida mía? —le preguntó la reina a Eliza.

Mientras Eliza empezaba a hablar de su buena salud, Caroline se dirigió a *lady* Eulalie.

—Buenas tardes —le dijo, cortésmente.

Lady Eulalie asintió con un gesto sereno. Después, se inclinó ante Eliza.

—Excelencia —dijo, e hizo una reverencia tan perfecta que Caroline no supo si debería admirarla u odiarla.

—Oh —dijo Eliza, que todavía no se había acostumbrado a las reverencias—. Gracias.

«No des las gracias, Eliza», pensó Caroline. Se mordió el labio y se miró los pies.

—¿Conocen ya a *lady* Eulalie? —preguntó la reina—. Proviene de una buena familia wesloriana. De los weslorianos que consideran amigos a los alucianos, y no enemigos.

Se rio. Todos se rieron con ella.

Caroline rio más que ninguno. No era tonta. Y, al hacerlo, miró al príncipe Leopold. Él tenía la mirada perdida, como si aquella reunión le aburriera. Lentamente, él desvió su mirada hacia ella. Caroline enarcó una ceja, lo miró y alzó una mano con la palma abierta, preguntándole en silencio por qué la miraba.

Él frunció el ceño y puso los ojos en blanco con exasperación. Después, volvió a apartar la mirada.

Había puesto los ojos en blanco.

Se acabó. Ya le había dado todas las oportunidades posibles. Él se lo perdía, como le había dicho Eliza. No sabía lo mucho que se perdía, en realidad.

—*Lady* Caroline, Hollis… ¿nos permiten que nos llevemos a mi esposa? —preguntó el príncipe Sebastian—. Tenemos una pequeña sorpresa para ella.

—¡Una sorpresa! —exclamó Eliza—. Creo que ya no puedo soportar más sorpresas.

—Esta te va a gustar —le dijo la reina.

—La devolveremos para el té, lo prometo —les dijo Sebastian a Caroline y Hollis. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a su cuñada.

—Majestad, pido permiso para marcharme —dijo el príncipe, y también besó a su madre en la mejilla.

—¿Cómo? ¿Adónde vas? ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Tengo un compromiso —dijo él. Asintió con firmeza para despedirse de todo el mundo y se alejó antes de que nadie pudiera decir nada.

La reina lo miró mientras se alejaba. Después, suspiró y sonrió comprensivamente a *lady* Eulalie. Pero *lady* Eulalie se encogió de hombros ligeramente, como si no le importara en absoluto.

Sebastian le ofreció la mano a su esposa, y Eliza se la estrechó con una sonrisa de adoración. El afecto que había entre aquellos dos estaba empezando a empalagar a Caroline. ¿Era posible que dos personas estuvieran tan enamoradas? Ella nunca había sentido nada parecido. Solo había sentido algún encaprichamiento pasajero. Algunas veces, se preguntaba si no le ocurría algo raro, si no tenía un corazón demasiado pequeño, o algo por el estilo.

—¡Venid a tomar el té! —dijo Eliza, mientras se alejaba en compañía de Sebastian, la reina y *lady* Eulalie, seguidos por todos los guardias.

Hollis y Caroline se dieron cuenta de que se habían quedado solas en aquel enorme jardín. Y Caroline pensó que en un par de días estarían igual de solas, porque volverían a Inglaterra sin Eliza.

—Oh, Dios —dijo, y se agarró a la mano de Hollis—. Cuánto la voy a echar de menos.

—Yo, también —dijo Hollis, con un hilo de voz—. Yo también.

Suspiró y tomó del brazo a Caroline.

—¿Volvemos a la *suite*? Debería tomar unas cuantas notas antes de que empecemos a hacer el equipaje.

Hacía un día precioso y, en realidad, era la primera vez que estaban al aire libre desde que habían empezado las celebraciones de la boda.

—Creo que a mí me gustaría quedarme un poco más —dijo Caroline.

—De acuerdo —respondió Hollis, y la soltó—. ¿Soy yo, o es raro

pasear sin un guardia detrás?

—Eres tú —dijo Caroline, y se rio—. Yo espero no volver a ver un guardia.

Hollis se marchó en dirección al palacio, y Caroline se quedó a solas, libre para disfrutar del sol y el aire. Después de recorrer todos los jardines, recordó que el guardia de palacio le había dicho a Eliza que había una pequeña plazoleta con una fuente y bancos para sentarse. Se encaminó hacia el centro del jardín, sin prisa, admirando las flores y los arbustos topiarios. Cuando llegó al punto en el que Eliza las había dejado, oyó unas voces masculinas.

Se detuvo y se puso a escuchar junto a la zona de descanso, intentando ver a través de un seto. Entonces, apareció un hombre en su línea de visión, de espaldas a ella. Hablaba en aluciano. Pero, de pronto, dijo el otro en inglés:

—No puede venir aquí a dar esta noticia.

Se quedó helada. Era el príncipe Leopold. Se inclinó para ver mejor a través del seto y lo vio. ¿Con quién estaba hablando?

Su interlocutor respondió de nuevo en aluciano. Al captar un atisbo del hombre desconocido, sintió aún más curiosidad. Por su aspecto, estaba claro que no era un privilegiado como el príncipe. Era ancho y su ropa era humilde. Tenía el pelo rubio y revuelto.

El príncipe Leopold habló en aluciano, y su tono de voz fue frenético. El otro hombre sonrió con tristeza ante lo que le decía el príncipe, asintió con solemnidad y dijo:

—*Je*.

Ella sabía que significaba «sí».

El príncipe Leopold se rascó la cabeza y miró al hombre. Después, sin más, se marchó de la plazoleta.

Ella siguió escondida tras el seto. Esperó a que el hombre se fuera, pero él se acercó a la fuente y se mojó la cara y el pelo. Se sentó y se quedó pensativo. Caroline quiso escabullirse, pero se dio cuenta de que se le había enganchado la dichosa cola del vestido en los arbustos. Si se desenganchaba, haría ruido y él la oiría.

Tras unos instantes, él se levantó y comenzó a caminar hacia la salida del claro. Para entonces, sin embargo, ella había oído otro sonido. Miró hacia el camino. Los guardias de palacio avanzaban sigilosamente hacia la plazoleta. A ella se le cortó la respiración.

Tuvo el impulso de avisar al hombre, pero ya era demasiado

tarde.

El hombre trató de correr, pero los guardias eran más jóvenes y atléticos, y lo alcanzaron. Lo derribaron y, entre tres, pudieron atarle las manos y ponerlo en pie. Otros dos guardias más aparecieron para llevárselo.

Cuando se marcharon, Caroline se quedó paralizada en el sitio, temblando. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué lo habían detenido? ¿Había ordenado el príncipe Leopold que lo detuvieran?

¿Qué era lo que acababa de presenciar?

Capítulo 7

Se celebró una cena como broche final a las festividades nupciales, a la que asistieron los pocos dignatarios extranjeros que aún permanecían en Helenamar. La duquesa de Tannymeade fue la anfitriona de la cena, su primer acto oficial. Para la ocasión, la reina Daria le prestó una tiara de esmeraldas a juego con unos pendientes que le había regalado.

Aquel último evento reunió a muchas personalidades notables, pero ninguna tan fascinante como el carrizo de Wesloria. Se cree que su canto es lo que cautivó al príncipe real. Y corre el rumor de que el matrimonio ya está concertado. El anuncio formal se hará a finales de verano.

Señoras, cuando viajen por mar, es mejor dejar sus mejores telas en los baúles, porque la sal puede destrozar cualquier tejido y mantener la humedad en sus prendas.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Kadro, el guardia de Leo, le dijo que habían detenido a Lysander. Aquella noticia fue como una puñalada para él.

—¿Cuándo?

—Esta tarde —dijo Kadro—. En los jardines de palacio.

¿Justo después de que hablaran? ¿Después de que él se hubiera marchado de los jardines con aquella terrible inquietud?

Aún no sabía por qué había ido al encuentro de Lysander. Tal vez, porque no quería oír a Eulalie cantando otra vez. Había estado sentado durante dos canciones, pero solo quería estar en cualquier

otro sitio.

Su madre, por el contrario, estaba embelesada.

—La duquesa tiene que escuchar esto —dijo, y todos habían tenido que salir en busca de Eliza.

O quizá hubiera ido a hablar con Lysander porque le daba miedo tener que pasar el rato con *lady* Caroline si se quedaba con el grupo. No sabía si iba a ser capaz de contener el deseo de taparle la boca con el pañuelo que llevaba al cuello. Se lo imaginó por un momento: *lady* Caroline, amordazada y fulminándolo con la mirada.

Fuera cual fuera el motivo, había ido a la cita.

Lysander era mucho más grande de lo que él recordaba, en el físico y en su comportamiento. Rápidamente, él le había dicho que no estaba interesado en lo que tuviera que contarle, y que solo había ido a verlo para poder decírselo, por su propio bien.

—Ah. Entonces, ¿no le importa lo que hace su futuro suegro? —le había preguntado Lysander, con astucia—. ¿El duque de Brondeny?

Aquello, por supuesto, le había alarmado.

—¿Qué pasa con él?

Entonces, Lysander le había contado algo tan indignante y horrible que él se había quedado sin habla. Le había advertido que lo que decía eran calumnias y que no lo creía.

—Es mentira. Quien se lo haya contado le ha mentido.

—Cuando vuelva a Inglaterra, puede conocer a una joven que le demostrará que lo que digo es cierto. Está empleada en casa de lord Hill. Se llama Ann…

—No me importa —dijo Leo.

Sin embargo, Lysander continuó pacientemente:

—Se llama Ann Marble, y trabaja de doncella en casa de un hombre importante. Ha ayudado a una de nuestras…

—No puede venir aquí con esa noticia —le dijo Leo, en voz baja, siseando. Después añadió, en aluciano—: ¡Aquí, no! ¿Es que no se da cuenta de que aquí hasta las paredes tienen oídos?

—*Mans princis*, ¿va a darle la espalda a este asunto? —le preguntó Lysander. «Mi príncipe».

Aquello puso aún más nervioso a Leo. ¿Era él el príncipe de alguien? En realidad, solo era un borracho con mucho talento para

evitar los conflictos, los deberes y las responsabilidades. Tuvo ganas de marcharse en cuanto Lysander dijo que era «su príncipe». Pero se había quedado allí porque, si había algo de verdad en lo que le estaba contando el sacerdote, él no podía marcharse.

Aunque tampoco podía quedarse allí.

—Reúnase conmigo mañana en casa de Jean Franck, el financiero. Es amigo mío. ¿Lo conoce? ¿Sabe dónde está su casa? —le dijo a Lysander.

Lysander vaciló, pero terminó por asentir.

—*Je*.

—A las dos en punto —le dijo él.

Después, se alejó pensando en lo que le había contado Lysander, tratando de controlar la ansiedad que le había producido. Al llegar a la entrada del palacio, se cruzó con cuatro guardias que se inclinaron ante él. Uno de ellos lo saludó, incluso. ¿Qué hacían allí? ¿Estaban patrullando, o buscando a alguien? Parecía que caminaban sin ninguna prisa, como si estuvieran haciendo un recorrido rutinario. ¿Habían detenido a Lysander?

No conseguía librarse de la inquietud que lo había invadido el día anterior. Desde la muerte de Matous, todo lo que se saliera de lo común le producía angustia.

Se vistió para ir a la cena de su hermano y de los últimos invitados que quedaban en palacio. Los reyes no estarían presentes aquella noche, y él se alegraba, porque todo sería menos formal, empezaría más tarde y terminaría antes. Quería prepararse para embarcar al día siguiente.

En cuanto entró al salón donde iba a celebrarse la cena, lo abordó un caballero marroquí, el señor Harrak. Harrak quería hablar del comercio de opio en el Mediterráneo y de cómo podía aportar riqueza tanto a Marruecos como a Alucia. Sin embargo, el experto en comercio era Bas, no él.

Harrak comenzó a despotricar contra el imperialismo de Inglaterra y, mientras hablaba, él miró al otro extremo del salón y vio a Eliza con *lady* Caroline. Su cuñada llevaba un vestido amarillo claro y estaba radiante. Llevaba una banda verde oscura en el pecho y, prendidos en la tela, el broche de zafiros que le había regalado Bas y una medalla nueva que conmemoraba su entrada en la familia. La marca real. Normalmente, Eliza siempre tenía algún

detalle incorrecto en su vestimenta, pero resultaba un tanto encantador. En aquella ocasión, la tiara que le había prestado su madre se le caía hacia un lado. Cada vez que Eliza se la colocaba correctamente, *lady* Caroline le decía algo para hacer que se riera, y la tiara se le deslizaba de nuevo. Mientras Harrak continuaba hablando, él pensó que *lady* Caroline era la verdadera belleza de las dos, al menos, en su opinión. Tenía los ojos verdes, grandes, brillantes, y, cuando sonreía, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas.

Lástima que fuera un poco necia.

—Al contrario de lo que puedan creer los británicos, ellos no gobiernan el mundo y, mucho menos, el mar —opinó el señor Harrak.

—Umm —murmuró Leo.

Vio que *lady* Eulalie se acercaba a Eliza junto a otro wesloriano. Eulalie Gaspar era una mujer interesante. Parecía agradable y tenía sentido común. Sin embargo, él percibía algo en ella, en su sonrisa, que le causaba incomodidad. Le producía una sensación extraña, como cuando alguien se reía de uno por la espalda. Sin embargo, quizá fuera una impresión equivocada, puesto que solo había hablado y bailado con ella en una ocasión.

¿Sabría ella lo que se decía de su padre? No, no podía ser. Pero… ¿y si lo sabía?

Bien; seguramente, estaba permitiendo que la ansiedad le hiciera pensar en lo peor. No había nada raro, ni a su espalda, ni de ningún otro modo. Eulalie estaba tan molesta como él por el matrimonio arreglado que les habían impuesto, eso era todo.

—Entonces, ¿hablará usted con el rey? —le preguntó Harrak.

Él no había oído ni una palabra de lo que le había dicho aquel hombre.

—*Je*, por supuesto —dijo Leo, mintiendo.

Harrak sonrió.

—Gracias, Alteza. Gracias.

Leo sonrió apagadamente y se excusó. La gente pensaba que él tenía influencia en aquel reino, cuando, en realidad, no tenía ninguna. Si él le dijera a su padre que no todo el mundo valoraba el imperialismo inglés, su padre pensaría que se había vuelto loco.

—¿Leo?

Leo se giró y vio a su hermano, que sonreía.

—Demonios, Bas —le dijo, riéndose—. ¿Has dejado de sonreír un instante desde tu boda?

—No —respondió el príncipe—. Estoy deseando que acabe esta noche y poder marcharme con mi esposa. No te voy a mentir, siento impaciencia por llegar a Tannymeade.

—Vaya, sí que estás lujurioso.

—Increíblemente —dijo Bas, guiñándole un ojo a su hermano.

—Te envidio —dijo Leo—. ¿Has conocido a la mujer que va a ser mi esposa?

—¿Eulalie? —preguntó Bas, y se encogió de hombros—. Es bastante guapa.

Sí, era guapa, pero no tenía el mismo encanto innato de Eliza.

—¿Por qué esa cara tan larga, hermano? —inquirió su hermano —. ¿Acaso esperabas que tu futura esposa fuera guapísima y compatible contigo en todos los sentidos? —bromeó—. ¿Te acuerdas de lo que me decías tú siempre?

Leo cabeceó.

—Cásate con ella, acuéstate con ella, déjala embarazada y sigue tu camino.

Leo se estremeció. Sí, era cierto que le había dicho cosas de ese estilo en más de una ocasión. Era un consejo fácil de dar, pero difícil de seguir.

Bas le dio una palmada en el hombro.

—Vamos, chico —le dijo—. Vamos a terminar con esta cena para que me pueda ir a la cama con mi mujer.

—Dios santo —dijo Leo. Bas se echó a reír.

Se reunieron con las damas. Eliza los vio primero, y sonrió.

—¡Querido! ¿Conoces ya al duque de Sonderstein? Nos estaba contando que en Wesloria hay un círculo de piedras muy antiguo que se alinea con las estrellas y la luna.

—Alteza —dijo el duque, mientras *lady* Eulalie se inclinaba. *Lady* Caroline también se inclinó, pero Leo se dio cuenta de que estaba sonriendo. Siempre tenía aquella sonrisa resplandeciente, que le dedicaba a él como si estuvieran compartiendo un secreto.

—¿Me permite que le dé mi enhorabuena personal por su matrimonio? —preguntó Sonderstein—. Es muy afortunado al estar rodeado de tanta belleza.

—Sí, es cierto —dijo Bas.

—Mi buena suerte ha sido poder bailar una danza tradicional con *lady* Caroline —continuó el hombre, e hizo unos movimientos con los codos, que, seguramente, imitaban el baile.

Lady Caroline sonrió y dijo, mirando a Leo de reojo:

—Su Excelencia ha dicho, muy amablemente, que mis pasos son excelentes.

—Ciertamente —confirmó el duque—. Creo que nunca había bailado con una pareja tan experta.

—De no haber sido por las clases de Caroline, yo no sabría bailar nada en absoluto —añadió Eliza.

—Oh, Dios mío, no me hagas responsable de tus bailes —dijo Caroline, y Eliza y ella se echaron a reír.

—*Lady* Caroline, va a volver a Inglaterra pronto, ¿no es así? —preguntó *lady* Eulalie, de repente.

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí! Embarcamos mañana. ¿Y usted?

—Yo no me marcho hasta dentro de unos días. Mi padre tiene asuntos importantes que terminar con el rey —dijo *lady* Eulalie, y miró con astucia a Leo.

Él tuvo un escalofrío. No le gustó aquella insinuación. Si había que hacer algún anuncio con respecto a él, lo haría él mismo. Mantuvo una expresión neutral y apartó la vista del grupo.

—Creo que habrá un buen tiempo para la navegación —dijo el duque.

—¿No vuelves tú también a Inglaterra, Leopold? —preguntó Eliza.

—Pues sí, yo también embarco mañana.

Lady Caroline dio un jadeo.

—¡Como yo! ¡Qué coincidencia! Será muy agradable compartir el barco con usted, Alteza. Se me da muy bien jugar al *whist*, señor, se lo advierto.

—Oh, Caro… Creo que Su Alteza irá en un barco diferente —dijo Eliza, con un pequeño gesto de contrariedad.

—¿Ah, sí? ¿Hay tantos barcos que salen para Inglaterra de Helenamar el mismo día? —preguntó Caroline, jovialmente—. ¿Una flota entera?

—Bueno, no es eso exactamente —dijo Eliza—. Pero creo que hay un barco especial para la familia real, ¿no?

Lady Eulalie tosió. Parecía que quería disimular una carcajada.

—¡Ah! —dijo Caroline. Entonces, volvió a sonreír con tanto brillo que Leo se quedó asombrado. Era atrevida, fresca y muy difícil de amedrentar—. Es lógico que necesite un barco especial, Alteza —dijo—. ¿Cómo no lo había pensado? Qué boba soy con estas cosas.

—No eres boba, Caro —dijo Bas—. Es un error que cualquiera podría cometer.

—Bueno, tal vez no cualquiera —murmuró *lady* Eulalie, y sonrió mientras jugueteaba con uno de los pendientes que llevaba colgando en las orejas.

Sin embargo, Leo se dio cuenta de que su sonrisa no era de diversión, sino la sonrisa que la gente esbozaba para tratar con un niño estúpido.

—¿Por qué ibas a saber cómo van y vienen los barcos? —le preguntó Eliza—. No es el tipo de educación que requieren las señoritas de bien —dijo, y *lady* Caroline y ella se echaron a reír de nuevo. Aparentemente, tenían su propio sentido del humor, y era muy particular.

—Tu hermano te va a echar mucho de menos —añadió Eliza, dirigiéndose a él—. Y yo también. Me has ayudado mucho.

—Ha sido un placer —dijo él, con sinceridad. Le había tomado mucho afecto a su cuñada.

Se dio cuenta de que *lady* Caroline le estaba sonriendo como si hubiera hecho aquel comentario por ella. Su sonrisa era tan resplandeciente que, sin querer, se quedó mirándola un poco más de lo que hubiera debido. Después, rápidamente, miró a Eliza.

—Volveré pronto a Alucia, en cuanto haya zanjado mis asuntos en Inglaterra —le aseguró. No sabía cuándo sería, pero todo el mundo se quedó conforme con su promesa—. Cuando vuelva, espero enterarme de la feliz noticia de que voy a tener un sobrino o sobrina.

—¡Ja! ¡Ja, ja!

Eliza se rio con histerismo.

—Por la gracia de Dios —dijo Eulalie.

—Cuando sea el momento —añadió Bas.

—Ah, ahí está —dijo el duque, mirando más allá de su hija Eulalie—. Ha llegado el primer ministro wesloriano. Si me lo

permite, Alteza —le dijo a Bas, y, cuando el príncipe asintió, él le ofreció el brazo a *lady* Eulalie y se alejó con ella en busca del primer ministro.

Bas suspiró de alivio.

—Ahora que el primer ministro se ha dignado a reunirse con nosotros, podemos cenar. Estoy muerto de hambre.

—¿Reunimos a todo el mundo? —preguntó Eliza—. Ay, Dios mío, ya se me ha olvidado el orden…

—No te preocupes, querida —le dijo Bas—. Vamos a hacerlo de modo informal, y que cada uno busque un sitio. Leo, tú ve con Caro, ¿de acuerdo?

El príncipe se giró y llamó al mayordomo:

—¿Jando? ¡Jando!

Leo miró a *lady* Caroline. Ella frunció el ceño.

—Jando, que todo el mundo se siente donde quiera y que se sirva la cena —le dijo Bas al mayordomo. Después, le ofreció el brazo a Eliza—. La duquesa primero, por supuesto.

Con otra sonrisa gloriosa, Eliza puso la mano sobre el brazo de su marido y los dos se adelantaron, completamente perdidos el uno en el otro.

A él debió de escapársele un suspiro, porque *lady* Caroline frunció el ceño aún más.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con enfado—. Yo no he dicho nada de que me acompañara usted. A mí tampoco me hace gracia.

—Yo no he dicho ni una palabra.

—No es necesario, porque el disgusto está perfectamente reflejado en su cara. De veras, ¿por qué me odia? —le preguntó ella, mientras ponía una mano en su brazo.

Él enarcó una ceja de la sorpresa.

—En mi cara no hay nada perfectamente reflejado salvo el tedio de tener que pasar por otra celebración de bodas. Y no la odio. ¿Cómo iba a odiarla, si no la conozco? Bueno —dijo Leo, después de un pequeño titubeo—. Supongo que ahora ya sí la conozco, ¿no? Usted se ha cerciorado de ello.

—Ya veo que no asimila el concepto de lo que es la cordialidad, Alteza. Sin embargo, muchos de los que no vivimos en palacios la practicamos con frecuencia.

—¿Cordialidad? ¿Así es como lo llama usted?

—Lo llamo cortesía, educación, conducta adecuada en sociedad… Amistad, incluso, ya que ahora somos prácticamente familia a través del matrimonio de su hermano y Eliza. Debería usted consultar todos estos términos en el libro de protocolo de palacio. Creo que encontrará algunos datos sorprendentes bajo el epígrafe *Rasgos envidiables de los plebeyos*.

Él dio un resoplido.

—Y, seguramente, usted encontraría datos sorprendentes bajo el epígrafe *Rasgos cuestionables de los plebeyos*, señora, sobre todo, en cuanto a las normas de trato con la realeza.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Me está acusando de falta de decoro?

—Pues, sí. ¿Le importaría seguir caminando?

Caroline movió los pies.

—Una vez más, me asombra su concepto de lo que es la buena conducta social. Confunde usted la cordialidad con el hecho de pasar por alto alguna antigua norma de etiqueta que ya ha sido olvidada por todo el mundo. Yo soy respetuosa, señor, pero, por su culpa, podría dejar de serlo.

—Ay, qué obstinada es usted, *lady* Caroline. No recuerdo a nadie que haya reaccionado con tanta vanidad a un reproche bien merecido. Es de extrañar que su hermano no se lo haya dicho.

—¡Ja! ¿Y por qué piensa usted que no me lo ha dicho? Él es tan insufrible y se cree tan superior como usted, cosa que deben de haber notado los dos, a juzgar por las buenas migas que han hecho. Yo preferiría ser vanidosa a ser tan maleducada como usted.

Él estuvo a punto de atragantarse.

—¿Maleducado? ¡Su orgullo es asombroso! No estoy acostumbrado a que me contradigan absolutamente en todo lo que digo. ¿Trata usted así a todos los caballeros a los que conoce, o reserva esta actitud solo para los príncipes?

Lady Caroline lo miró con los ojos entrecerrados.

—Yo podría preguntarle lo mismo a usted, Alteza. ¿Trata a todas las damas a las que conoce con tanto desprecio? ¡Soy orgullosa! ¿Por qué no iba a serlo? Soy una buena amiga, una persona afectuosa y agradable. ¡Y soy una excelente modista, además! Por lo tanto, sí, puedo estar orgullosa de mí misma. ¿Es que usted no se siente orgulloso?

Habían llegado al salón, y él se giró hacia ella y la miró. *Lady* Caroline tenía los ojos encendidos, tanto como el fuego que él sentía en el pecho. Su rostro era muy bello y estaba lleno de desafío y, demonios, de repente, él sintió una excitación tan intensa como los martillazos que lo atormentaban en las sienes.

—¿Es que no soy lo suficientemente recatada para usted? ¿Le cuesta hacer amistades? ¿Piensa que las mujeres deben ser vistas pero no escuchadas?

Inexplicablemente, su mirada se clavó en su boca y sus deliciosos labios, y permaneció allí un segundo más de lo que él hubiera querido, como en su sonrisa un poco antes. Leo apartó los ojos.

—A lo mejor me he equivocado, *lady* Caroline. Si me lo permite, quisiera pedirle, como caballero y como príncipe, que abandone esta fantasía de que existe cualquier tipo de amistad entre nosotros. Si le agrada, puede considerar que somos conocidos.

Ella tomó aire y volvió a entornar los ojos.

—Vaya, gracias por la aclaración de que no somos amigos, puesto que esa suposición es una completa falta de decoro. Es usted muy generoso por permitirme que piense que somos conocidos. Lo que sí puedo decirle es que nunca me habían tratado de un modo tan abominable. Puede que sea usted un príncipe, pero de caballero no tiene nada.

Y, con aquellas palabras, *lady* Caroline se dio la vuelta y se alejó.

Él la observó mientras atravesaba el salón, ocupaba una silla y se agarraba al respaldo con ambas manos. Al darse cuenta de que los invitados aún no debían sentarse, la dama alzó la vista, y sus miradas se cruzaron de nuevo. Ella cabeceó y giró la cabeza.

Leo no sabía si debería sentirse ofendido.

O inspirado.

Capítulo 8

Londres, Inglaterra

> *La ausencia no siempre fortalece el cariño. Una señora casada, de la que es bien sabido que disfruta en compañía de caballeros mayores, acaba de volver de una boda en Alucia. Se dice que ese deleite que experimentó al contar con las atenciones de un maduro caballero aluciano ha enfriado el corazón de su marido, que se ha vuelto contra ella y la ha enviado a la casa de campo que el matrimonio posee en Kent, para que ella pueda reflexionar sobre su mal comportamiento.*
>
> *En una cena que se ha celebrado recientemente para veinticuatro invitados,* lady *Elizabeth Constantinople llevaba un vestido de seda verde con sobrefalda, y los bajos de las diferentes piezas iban rematados con una cinta de encaje belga que complementaba los adornos del corpiño y las mangas. El resultado era sereno, y auguramos que el estilo será adoptado por las damas el próximo otoño.*
>
> *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas*

Había pasado una semana desde que Caroline había vuelto a casa desde Alucia. El viaje había sido brutal. El mar estaba muy picado y ella pasó la travesía enferma de mareo. De no haber sido por los cuidados de Hollis, tal vez hubiera muerto. Incluso Beck se asustó al pensar que pudiera ocurrir lo peor. Ella tenía un recuerdo vago de haber visto a su hermano entrando en el camarote e

inclinarse sobre ella para animarla a que se recuperara.

—Me disgustaría terriblemente que murieras así.

—¿Te gustaría una muerte más espectacular? —le había preguntado Hollis, antes de echarlo al pasillo.

Caroline pensaba que estaba recuperada cuando llegaron a Londres. La debilidad que sentía era solo fatiga. Después de todo, no había podido comer nada durante una semana, y toda la ropa se le había quedado grande. Y ¡cuánto se alegraba de haberse liberado de las colas alucianas! Tenía muchas ideas para reinventar esa cola de modo que resultara algo más práctico de llevar.

Se había pasado la semana deshaciendo el equipaje y durmiendo más de lo normal. Y, aquellos dos últimos días, se sentía como si se hubiera resfriado. Estaba irritable, enfadada con todo y con todos. Incluso su doncella de toda la vida, Martha, le resultaba molesta. Y apenas podía comer. Por fin, decidió que debía ponerse algo para aliviar el dolor de garganta y, al bajar las escaleras, se alarmó al ver lo mareada que estaba y lo mucho que le temblaban las piernas.

Cuando bajaba, oyó voces y risas en el salón. Parecía que había docenas de personas. Mientras ella estaba en su habitación, al borde de la muerte, Beck se había llevado a casa, de juerga, a sus amigotes. Debería morirse de verdad, solo por molestar a su hermano.

Caroline se desvió por el pasillo hacia las escaleras de servicio y terminó de bajar apoyándose en la pared. En el piso principal, se encaminó en dirección opuesta al salón, pero, cuando entró en el pasillo que llevaba a la cocina, vio a un hombre y a una mujer en la penumbra. Estaban susurrando. ¿Serían susurros de amor? No se le ocurría otro motivo por el que pudieran estar allí…

Tal vez fuera una de las nuevas sirvientas. Recientemente, Beck había contratado a dos doncellas de casa de lord Hill, que se había marchado al campo después de jurar que no volvería a Londres hasta que el aire estuviera limpio de humo y hollín. Beck decía que, en ese caso, no iba a volver nunca.

Caroline se acercó un poco, sigilosamente. El hombre no era ninguno de los mozos de la casa; era demasiado alto. Así pues, solo podía ser uno de los amigos de Beck. ¿Con quién estaba tonteando? Siguió acercándose hasta que casi podía tocar la chaqueta del caballero. Y, de repente, tuvo un ataque de estornudos tan fuerte

que no pudo contenerse. Cuando terminó de estornudar, la mujer había desaparecido, y el hombre se había girado hacia ella, con las piernas separadas, como si pensara que tenía que luchar.

Caroline se sonó la nariz con el pañuelo y miró al hombre. Se le encogió el estómago. Dios santo, era él. El idiota de Alucia.

—Usted —dijo, con dramatismo.

—Usted —repitió él, y se relajó. Se apoyó contra la pared con los brazos cruzados—. Vaya, vaya, *lady* Caroline. Tenía entendido que había salido usted esta noche.

—Pues ya ve, no —dijo ella, y volvió a estornudar—. Parece que es usted una pesadilla que me persigue. ¿Dónde está su tortolita? —le preguntó, mientras estiraba el cuello para poder ver.

—No es ninguna tortolita. Es una amiga.

—¡Ja! Puede que esté enferma, señor mío, pero no soy tonta.

—Yo nunca he dicho tal cosa. He dicho que es usted molesta.

Caroline estaba a punto de reprocharle que tonteara con una sirvienta en su casa, pero aquella última frase le dio qué pensar.

—¿Cuándo ha dicho usted eso?

—No lo sé. Si no lo dije en voz alta, desde luego, lo pensé —respondió él, y sonrió.

Era la primera vez que le sonreía. Que le sonreía a ella. A no ser que Beck estuviera a su espalda y no se hubiera dado cuenta. Pero estaba segura de que no había nadie más que ellos en aquel pasillo y, al ver aquella sonrisa, se sintió aún más mareada.

—Teniendo en cuenta de quién viene, me tomaré eso como un cumplido muy agradable.

Él dio un paso hacia ella, pero, de repente, Caroline recordó su aspecto. Estaba en camisón y despeinada, y tenía los ojos hinchados y la nariz, colorada. Se sintió mortificada y retrocedió hasta que su espalda tocó la pared.

No era así como quería que él la viera. Quería estar bien peinada y llevar un precioso vestido, quería estar bella. Sin embargo, el príncipe se inclinó hacia ella de todos modos y la miró con los ojos entrecerrados en la penumbra.

—*Lady* Caroline… Tiene muy mala cara.

—Cómo se atreve —dijo ella, con un hilo de voz.

—¿La ha visto algún médico?

—No lo necesito.

—A mí me parece que sí.

—No intente distraerme, señor. ¿Qué está haciendo en este pasillo?

—¡Hawke! —gritó él, de pronto, y ella se asustó. Él le puso una mano en el brazo, como si quisiera sujetarla.

Ella miró su mano.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Está usted tambaleándose. ¡Hawke! —gritó, de nuevo.

Después, la agarró por el codo.

—¡Disculpe! —exclamó ella, y tuvo que apoyarse en la pared, porque no podía mantenerse erguida.

—Vaya —dijo él, y la sujetó por la cintura.

—¿Qué me ocurre? —preguntó ella. Estaba muy mareada. Todo daba vueltas a su alrededor.

Se abrió una puerta tras ella, y oyó el paso familiar de su hermano, que se acercaba con un candelabro.

—¿Qué sucede? —preguntó. Cuando llegó hasta ellos, miró a Caroline y dio un jadeo—. Dios santo, qué mal aspecto tienes.

—Vaya, gracias a todo el mundo, es que no he tenido tiempo de vestirme.

—¿Dónde está Martha? —preguntó. Le pasó un brazo por los hombros y le dio el candelabro al príncipe—. Vamos, tienes que volver a la cama.

—Creo que debería verla un médico —dijo el príncipe, y alzó el candelabro para que Beck pudiera examinar a su hermana—. Está un poco verdosa, ¿no?

—Muy verdosa. ¿Martha? ¡Martha! —gritó Beck, y le puso una mano en la mejilla a su hermana—. ¡Dios mío, tienes mucha fiebre!

—¡Beck! ¡Me estás haciendo daño en los oídos! —dijo Caroline, estremeciéndose. Le dolía todo el cuerpo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el príncipe.

—No —dijo ella, al mismo tiempo que Beck respondía:

—Gracias, creo que puedo arreglármelas.

Tomó a Caroline en brazos y se la llevó por el pasillo.

—Se me ha caído el pañuelo —protestó ella—. ¿Y qué pasa con mi sopa?

—Tengo a cientos de sirvientes para que alguien te lleve la sopa a tu habitación en situaciones como esta —dijo Beck, mientras

caminaba—. ¿Por qué no has llamado a alguno? ¿Por qué no me has llamado a mí?

—Tú no habrías venido. Estabas de juerga con tus amigos. ¿Por qué has traído a una docena de amigotes a casa?

—Pero ¿qué dices? Solo somos cuatro y estamos cenando, nada más —dijo Beck, mientras empezaba a subir las escaleras.

—Pero ¿por qué a él, Beck? —gimió ella, y apoyó la cabeza en su hombro.

Beck se detuvo en el primer descansillo a tomar aliento.

—Dios santo, pesas más de lo que parece. ¿Por qué? ¿A quién se refiere? —preguntó, entre jadeos.

—Al idiota de Alucia, a ese.

Desde algún sitio, se oyó una ligera tos.

—Por el amor de Dios, Caro, ¿por qué no me has dicho que estabas tan enferma?

—No estoy tan enferma —dijo ella, aunque se le estaban cerrando los ojos.

—¿Quieres que siga yo?

Caroline abrió los ojos de golpe. ¿Había tenido la frescura de seguirlos escaleras arriba? Y, peor aún, ¿la había oído quejarse de él?

—No te preocupes —dijo Beck, y siguió su camino escaleras arriba.

—Tiene mucha fiebre —dijo otro hombre.

Caroline reconoció la voz de Robert Ladley, el conde de Montford. Para empeorar aún más la situación, ahora eran tres.

—Beck —le rogó a su hermano.

—Por aquí —dijo Beck.

Parecía que los estaba siguiendo un pequeño ejército. Caroline escondió la cara en el cuello de Beck para no tener que ver al idiota de Alucia. Y para que él no pudiera oler su aliento, que seguramente era espantoso, ni ver lo agrietados que tenía los labios. Sin duda, aquello era una gran humillación.

Beck abrió la puerta de su habitación, la acostó y la tapó con la manta. Caroline no se atrevía a abrir los ojos, pero, cuando lo hizo, vio a cuatro hombres que la observaban con preocupación y horror. Era peor de lo que había pensado.

—¿Voy a buscar al doctor Callaway? —preguntó Montford.

—Sí, creo que sí —dijo el príncipe, tocándole la mejilla a Caroline con el dorso de la mano, sin pedir permiso—. Está ardiendo.

—Salid de aquí todos —dijo Beck—. No quiero que os contagiéis.

—Yo voy —dijo Montford.

—Yo voy contigo —dijo sir Charles Martin.

—¡Martha! ¿Dónde estabas? —dijo Beck, malhumoradamente, cuando llegó la doncella—. ¿Por qué no se me informó de que estaba tan enferma?

—Oh, Dios santo —musitó Caroline, y se puso de costado para no ver el espectáculo.

—No lo sabía, milord —dijo Martha, y se sentó en la cama de Caroline. Le apartó el pelo de la frente y añadió—: La última vez que la he visto estaba durmiendo.

Caroline se agarró a la mano de Martha y susurró:

—Que se vayan.

Martha se puso de pie.

—Dejen que yo la atienda.

—De acuerdo, procura hacerlo bien —dijo Beck.

Caroline no supo cómo lo consiguió, pero Martha echó a todos los hombres de su habitación y, un momento más tarde, volvió a su lado.

—Le voy a poner una compresa fría en la frente —dijo, suavemente, y desapareció.

Caroline cerró los ojos, pero tuvo la sensación de que no estaba sola, y volvió a abrirlos. Vio que el idiota de Alucia estaba sobre ella.

Volvió a tocarle la mejilla y se estremeció.

—Nunca la había visto tan callada.

Caroline quiso poner los ojos en blanco, pero le dolían.

—Yo nunca lo había visto tan sobrio —murmuró.

Él volvió a sonreír, con un brillo de deleite en la mirada.

—Por favor, Alteza, permítame atenderla —dijo Martha.

El príncipe desapareció, y Martha se sentó a su lado y le puso una compresa fría en la frente.

—¿Me estoy muriendo? —preguntó Caroline, débilmente—. ¿Los has visto a todos? Estaban aquí reunidos como si pensaran que me

fuera a morir en cualquier momento. Si me muero, Martha, por favor, que me entierren con el vestido amarillo con ramitas verdes. Me costó tanto bordar esas dichosas ramitas que quiero que todo el mundo las vea.

—Lo único que tiene es fiebre, *milady*. Los hombres se aterrorizan con las enfermedades y con los asuntos femeninos. No le haga caso a sus tonterías.

—Gracias, Martha —dijo ella, con un suspiro—. ¿Puedes pedirle a alguien que me traiga un poco de sopa? —murmuró. Sin embargo, notó que se quedaba dormida sin poder evitarlo.

—Sí, señorita —dijo Martha, desde muy lejos.

El peso que había en su cama se levantó y Caroline oyó que Martha iba al vestidor. Se incorporó con esfuerzo y se miró al espejo del tocador, que estaba al otro lado de la habitación.

—Oh, Dios mío —susurró, y se dejó caer sobre la almohada. De todos los días del año, aquel dichoso príncipe tenía que aparecer precisamente en ese.

Se puso la almohada sobre la cabeza, y estaba tapándose de nuevo con la manta cuando la puerta se abrió bruscamente y entró Beck. La miró con el ceño fruncido.

—Me has preocupado horriblemente —le dijo, en tono de acusación.

—¿Te has hecho amigo suyo? ¿Sois amigos del alma? —le preguntó ella—. ¿Leopold y tú?

—¿Todavía sigues con eso? Debes de estar delirando. Para empezar, él es Su Alteza Real para ti. Y ¿qué importa si es mi amigo o no?

—Es terrible —gimoteó ella. Lo peor de todo era que su hermano nunca entendería lo desleal que era por haberse hecho amigo de aquel hombre.

Beck se sentó al borde de la cama y le acarició toscamente la cabeza húmeda.

—Han ido a buscar al doctor Callaway —dijo, con suavidad—. Caro, no debes asustarme así. Tienes que ponerte bien. Ya hemos pasado por esto en el barco.

Martha apareció con una palangana y un trapo, y Beck se puso en pie para cederle el sitio.

—Tienes que ponerte bien, Caro —repitió, con inseguridad.

Martha, que estaba de espaldas a él, puso los ojos en blanco con resignación.

Beck se inclinó y le apretó la pierna con suavidad a Caroline.

—La casa estaría muy vacía sin ti.

—No me voy a morir, Beck. ¿Cómo me voy a morir? Te quedarías completamente perdido sin mí —dijo ella, mientras cerraba los ojos—. Y, ahora, ¿te importaría decirle a todo el mundo que se marche? Y me refiero a todo el mundo. Me gustaría no volver a verlo jamás.

—Está delirando —dijo Beck, con un hilo de voz—. Ni siquiera sabe lo que está diciendo.

Oh, claro que sabía lo que estaba diciendo, pero no tenía fuerzas para explicarlo.

Capítulo 9

El venerable lord Russell, nuestro primer ministro, organizó una fiesta para celebrar la victoria de su partido. A la reunión estaban invitados sus señorías Hill, Eversley y Wellington, así como Su Alteza el príncipe Leopold. La gran ausente de la velada fue lady *Russell, a quien no se ha visto mucho desde su regreso de Alucia. Corre el rumor de que la celebración del primer ministro se prolongó hasta el amanecer, momento en el que se vio salir de la mansión a varios de los invitados; tal vez, con la notable excepción del príncipe, de quien se dice que abandonó la fiesta a medianoche, y no sin compañía.*

Lady *Caroline Hawke, habitual invitada en este tipo de reuniones, no asistió a la fiesta en esta ocasión, ya que está recuperándose de una enfermedad causada por una mar revuelta y por el contaminado aire de Londres.*

Señoras, un preparado con una parte de arsénico y dos partes de miel servirá para calmar el dolor de garganta y la fiebre.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leo dejó sobre la mesa la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas*, y un lacayo del hotel se apresuró a recogerla. Leo casi no lo vio, porque los empleados del Hotel Clarendon estaban preparados para ser invisibles.

Leo había reservado para sí medio piso del hotel, en Bond Street. Era un establecimiento muy utilizado por aristócratas y dignatarios.

Estaba en el centro de Londres y había sitio suficiente para sus sirvientes y sus empleados, entre los que estaban los guardias, Kadro y Artur, su ayuda de cámara, Freddar, y su secretario, Josef Pistol. Josef era quien estaba atento a todos los dimes y diretes de la ciudad y quien le había llevado la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas* aquella mañana.

Josef estaba sentado en la biblioteca con él, con una taza de té, tomando notas sobre aquella semana, mientras Leo tamborileaba con los dedos en el brazo de la butaca de cuero, pensando en los chismes que había leído en la revista. Aquellas noticias ya tenían más de una semana, pero seguían fastidiándolo.

—¿Va a visitar hoy a lord Hawke, Alteza? —preguntó Josef, sin dejar de escribir.

—Sí, dentro de poco. ¿Quién crees que me vigila tan estrechamente, Josef? —le preguntó.

—Todo Londres —respondió Josef, en un tono monótono, como si ya se lo hubiera dicho en varias ocasiones.

Él sabía que en los periódicos matinales informaban de sus idas y venidas. Al fin y al cabo, era un príncipe, y uno de los solteros más codiciados en más de un país. No le sorprendía que se comentara su asistencia a la fiesta de lord Russell. Lo que no se esperaba era que nadie, aparte del propio Russell, supiera que se había escabullido de la mansión a medianoche. Había sido muy cuidadoso, incluso le había pedido al mayordomo que le permitiera utilizar la puerta de servicio. Sin embargo, estaba claro que pasar desapercibido no era su fuerte.

Sinceramente, estaba descubriendo que solo era competente a la hora de pasárselo bien. En los asuntos serios era un inepto. Sus peores temores se estaban confirmando: era un inútil. Le había quedado claro durante aquella última quincena, porque, en sus esfuerzos por investigar el asunto del que le había hablado Lysander, había metido la pata a cada paso que daba.

—Alteza, el carruaje vendrá a recogerlo a las dos y media —dijo Josef, y cerró el diario—. ¿Quiere que envíe a alguien a buscar flores?

—¿Flores? —preguntó él.

—Para *lady* Caroline.

—Ah, sí. Por supuesto.

Hawke apenas había salido de casa durante la enfermedad de su hermana. Leo había ido a verlo todos los días, no solo porque lo consideraba su amigo, sino porque necesitaba hablar una vez más con la nueva sirvienta de Hawke, y le estaba resultando verdaderamente difícil. Había hecho tres intentos de encontrarla y, justo cuando pensaba que lo había conseguido, *lady* Caroline los había sorprendido en el pasillo, a pesar de que se tambaleaba y tenía el aspecto de un fantasma.

Desde aquella noche, él había vuelto a tratar de hablar con la doncella, pero había sido en vano. Cada vez que iba de visita a la casa de Upper Brook Street, se sentía obligado a sentarse con Hawke, que estaba muerto de preocupación por su hermana, aunque el médico le había dicho que iba a recuperarse por completo. Y, sin embargo, él no conseguía salir de su estudio. Todas las excusas que le daba, por ejemplo, salir a buscarle un vaso de agua, eran desechadas por su amigo con un movimiento de la mano, o tirando de la campana para llamar al servicio.

No sabía cómo conseguir su propósito. Lo único que sabía, porque Lysander se lo había dicho en los jardines del palacio de Helenamar, era que la muchacha se llamaba Ann Marble y que había estado trabajando en casa de lord Hill.

Pero ya no estaba al servicio de aquel aristócrata. Por una carambola del destino, Ann había ido a parar a casa de lord Hawke.

Lógicamente, él no lo sabía, y había tenido que ingeniárselas para conseguir una invitación a la casa de lord Hill. No lo conocía mucho, solo había hablado con él en un par de ocasiones en el club masculino que frecuentaba, y en alguna cena formal a la que ambos estaban invitados. Había tenido que pensar mucho, pero, al final, había tenido una idea para conseguir la invitación.

—¿Alteza? —le preguntó Josef.

—Sí, sí, flores —dijo Leo, volviendo al presente.

—Algo alegre y colorido —le sugirió a Josef. En aquellos momentos, hacía falta en casa de su amigo—. Y algo de *whisky* para Hawke.

Josef se inclinó ante él.

—Con su permiso, Alteza, me marcho ya.

Leo asintió, suspirando. Aún le quedaba una hora para que el carruaje fuera a recogerlo para llevarlo a casa de Hawke; en aquella

ocasión, con regalos.

Más pretextos.

Así era como había conseguido visitar a lord Hill, con excusas. Después de mucho pensar, recordó que había coincidido con Hill un día de caza, un otoño, en Sussex. El grupo se había detenido en las ruinas del castillo de Herstmonceux para que los caballos pudieran descansar, y el lugar estaba muy cerca de las tierras de la familia del aristócrata.

Un día, se había acercado a lord Hill en el club, y le había preguntado si recordaba aquel castillo en ruinas por el que habían pasado hacía pocos años.

—Por supuesto que lo recuerdo —le dijo Hill.

—¿Está en venta? —le preguntó Leopold.

Hill se quedó desconcertado.

—¿A la venta, ese montón de piedras?

—Todavía tiene los muros —le recordó Leo—. Se me ha pasado por la cabeza rehabilitarlo.

—¡Rehabilitarlo! —exclamó Hill, y se echó a reír—. Costaría una verdadera fortuna.

Leo se encogió de hombros.

—Es una especie de afición. ¿Podría enseñármelo otra vez?

Hill sonrió.

—Bueno, Alteza, en realidad, me imagino que usted dispone de dinero suficiente. Pero déjeme que le advierta que será muy costoso. Seguramente, la madera ya estará completamente podrida. De cualquier modo, venga a visitarme a Sussex. Los dueños son vecinos míos. Hablaré con ellos para averiguar si están dispuestos a venderlo, si usted quiere.

—Estaría en deuda con usted —respondió Leo.

Un día después le había llegado una invitación a Sussex, y se había sentido muy orgulloso. Tal vez fuera más listo de lo que pensaba. Llegó a casa de lord Hill muy seguro de sí mismo, hasta que le había preguntado a un lacayo si podía hablar con la señorita Ann Marble antes de su partida.

—La señorita Marble ya no trabaja aquí, Su Alteza. Tiene otro empleo en casa de lord Russell.

La sonrisa se le había borrado de los labios. Aquello no podía ser cierto. Después de conseguir una invitación a casa de lord Hill, ella

tenía que estar allí. Sin embargo, no se le había pasado por la cabeza que Ann Marble no estuviera donde Lysander le había dicho que estaba.

—Ah. Bien —dijo, con desconcierto.

—¿Quiere que le envíe un mensa…?

—No, no. No es necesario. Gracias —dijo Leo. Sonrió forzadamente y se alejó.

Para rematar, se dio cuenta de que no tenía una buena excusa para perder de repente el interés por el castillo, después de que lord Hill se hubiera molestado tanto en hacer averiguaciones para él. Aquella tarde se había marchado con la inquietud de que acababa de comprarse unas ruinas abandonadas.

Debería haberse rendido en aquel momento, haber reconocido que no tenía los recursos necesarios para solucionar aquel problema. No podía moverse libremente por Londres sin llamar la atención.

Miró con resentimiento la revista que el lacayo había depositado en otra mesa, junto a los demás periódicos de aquel día.

Por desgracia, no podía dejarlo, porque su conciencia, que había decidido repentinamente hacer acto de presencia, no se lo permitía. Los cinco nombres que llevaba en el bolsillo tampoco se lo permitían. Aquella lista de cinco nombres que no podía olvidar: Nina, Isidora, Eowyn, Jacleen, Rasa.

Eran los nombres de las mujeres weslorianas que habían sido vendidas como esclavas. O algo peor. Leo intentó no pensarlo.

Eso era lo que quería decirle Lysander en el jardín de su palacio. Quería explicarle que había hombres ricos y poderosos que se habían asociado para comprar a mujeres de familias pobres y venderlas a otros hombres poderosos que tuvieran influencia en la política comercial e internacional. Estaban pagando favores políticos con seres humanos.

Leo se había angustiado tanto cuando Lysander se lo había dicho que no había querido escuchar más.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? Yo no puedo ayudarle —le había dicho.

Lysander no había perdido su extraña sonrisa.

—Al contrario, Alteza, puede que usted sea la única persona que puede ayudarme.

Sin embargo, él estaba cabeceando antes de que Lysander terminara de hablar.

—Yo le pondré en contacto con quien pueda terminar con esta práctica, señor, pero no puedo ayudarle. Me marcho mañana mismo a Inglaterra.

—Uno de los hombres que está involucrado en esta red de tráfico de seres humanos es un caballero aluciano que ha hecho una fortuna con las herrerías aquí, en Alucia. Tal vez haya visto las chimeneas y el humo a las afueras de Helenamar. Puede que lo conozca, Alteza, porque acompañó a su hermano a Inglaterra formando parte del grupo de asesores que participó en las negociaciones del tratado de comercio. Es lord Vinters.

Leo se quedó petrificado. Marcellus Vinters era uno de los consejeros de su padre. El rey tenía mucha confianza en él.

—Tiene fuertes vínculos con Inglaterra y ha decidido aprovechar los avances británicos para modernizar su negocio. Él es el intermediario, por decirlo de algún modo.

—El intermediario —repitió Leo, sin comprenderlo.

—Los weslorianos quieren acceder a esos avances. El acuerdo es un sencillo intercambio de bienes. Ellos pagan con las muchachas. Lord Vinters las cambia por los conocimientos técnicos e industriales y por condiciones comerciales favorables para los weslorianos.

Así pues, eso significaba que Vinters estaba actuando en contra de los intereses de Alucia. Leo estaba asimilando toda aquella información cuando Lysander añadió:

—El intermediario de Wesloria es el duque de Brondeny.

A él se le encogió el estómago al oír el nombre del padre de *lady* Eulalie. Eso era imposible. Sus actividades tenían que haber sido bien analizadas en Alucia. De ser ciertas las acusaciones de Lysander, los alucianos no habrían permitido que se arreglara su matrimonio con *lady* Eulalie, puesto que se expondrían a un grave escándalo. Entonces, el rey Karl no podía saber nada del asunto.

—Es imposible. Vinters es uno de los asesores más valiosos de mi padre. Él no negociaría en favor de los weslorianos. Y no participaría en una red de venta de esclavos.

—La industrialización depende del hierro —dijo Lysander—. La industria es necesaria para sobrevivir y ser fuerte. Wesloria necesita

industrializarse, y su gobierno está dispuesto a pagar el precio.

—¿Y Vinters? ¿Qué gana él?

Lysander se encogió de hombros.

—¿Favores, tal vez? Muchos creen que Wesloria nunca será tan fuerte como Alucia si no hay un Oberon en el trono, y muchos más que piensan que un Oberon en el trono sería el fin de Alucia. Tal vez Vinters esté apostando —dijo Lysander—. Ya sabe cómo suceden estas cosas.

—No, no lo sé. No sé nada. Yo no soy mi hermano, señor. Yo soy el de repuesto.

Lysander lo miró fijamente con sus ojos dorados, y Leo se sintió como si pudiera ver el fondo de su alma.

—No puede darme estas noticias aquí —dijo, rápidamente, pero Lysander continuó y le dio el nombre de Ann Marble. Entonces, Leo le pidió que se reuniera con él al día siguiente, en casa de Jean Franck. Allí podría oírles todo el mundo, incluido el rey.

Sin embargo, Lysander no apareció en casa de su amigo, porque lo habían detenido aquella misma tarde en los jardines del palacio del rey. Leo no supo nada más hasta que estuvo a punto de salir hacia el muelle para embarcar hacia Inglaterra. Mientras esperaba a que los sirvientes subieran su equipaje en un carro, oyó hablar a dos hombres del gobierno. Decían que habían enviado a Lysander a Wesloria para que lo juzgaran por los crímenes que había cometido allí.

—Muy bien, que lo tengan los weslorianos —dijo uno de los hombres—. Lo liquidarán rápidamente.

A Leo se le formó un nudo en la garganta, y tuvo que tragar saliva. Entonces, todo había terminado. ¿Qué iba a poder hacer él sin los consejos de Lysander?

Pero no. No había terminado.

Cuando el barco llegó a Londres, en pleno día, los muelles estaban en su pico de actividad. La tripulación de su barco estaba deseando descargar el equipaje, terminar con sus deberes y quedar libre por un tiempo. Mientras Leo observaba trabajar a los hombres moviendo baúles y cajas, uno de los marineros se chocó con él y le tocó la mano. Él se sobresaltó y se dio cuenta de que el hombre le había puesto un papel en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Leo.

—Es de Lysander —dijo el marinero—. Encuéntrelas y llévelas a casa, y deje que la polvareda se pose donde caiga.

—¿Disculpe? —preguntó él, confuso.

Sin embargo, el marinero había desaparecido entre la multitud de trabajadores.

Leo desplegó la hoja y vio cinco nombres. Esos nombres, y las caras que imaginaba, eran el motivo por el que no podía cejar en su empeño, por muy torpe que fuera. Tenía que hablar con Ann Marble. Ella tenía que saber algo.

Su primer impulso había sido enviarle la lista a Bas, junto a una carta explicándole lo que sabía. Pero Bas estaba de luna de miel. Además, su hermano ya tenía suficientes responsabilidades. Sebastian siempre había trabajado para que las cosas mejoraran en Alucia, mientras que él había evitado todas las responsabilidades. Bas se había ganado la reputación de ser inteligente y capaz, mientras que él se había ganado la reputación de ser un mujeriego y un juerguista. Y aquello tan terrible estaba ocurriendo en Inglaterra, delante de sus narices.

Tal vez, después de vivir con tantos privilegios, había llegado el momento de hacer algo por los demás.

Aunque no conocía bien el mundo real, porque siempre había alguien cerca para hacer lo que él necesitaba, se le había pasado por la cabeza que Lysander tenía razón: él estaba cualificado para hacer algo al respecto, precisamente porque era un príncipe inútil. Su título le proporcionaba entrada a casi todas las residencias de Londres, atraía la atención de las mujeres y le facilitaba la oportunidad de poner en marcha su encanto. Si había un hombre que pudiera entrar en las casas donde estaban esclavizadas aquellas mujeres, era él.

Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Ann Marble. Y, después de visitar la casa de lord Hill, y buscarla en casa de lord Russell, había descubierto que estaba limpiando habitaciones en casa de lord Beckett Hawke.

Qué pequeño era el mundo.

Había empezado a caer una ligera lluvia cuando Leo llegó a la casa de Upper Brook Street donde Hawke y su hermana vivían la mayor parte del año. Hawke le había contado una vez que, durante

los insoportables meses de verano, se marchaban a la casa familiar que tenían en los Cotswolds. Leo iba acompañado por Kadro y Artur. Cuando Kadro llamó a la puerta, se apartó para cederle el paso, pero pasaron unos instantes antes de que la puerta se abriera y lord Hawke apareciera en el vano. Iba en bata, tenía ojeras y estaba muy despeinado. Leo pensó que *lady* Caroline había muerto.

Sin embargo, Hawke sonrió y dijo, alegremente:

—¡Leopold! Llegas justo a tiempo. Anoche le bajó la fiebre.

—Qué buena noticia, amigo mío.

Hawke le echó el brazo por los hombros a Leo y lo metió en su casa.

—Vamos, vamos, entrad todos. No es necesario hacer guardia aquí, ¿eh, chicos? Vamos a tomar cerveza. ¡No! Mejor aún, ginebra. Un brindis por la salud de mi hermana. ¡Garrett! ¿Dónde estás, Garrett?

Kadro y Artur no se movieron de la puerta. Hawke no se dio cuenta. Soltó a Leo y entró al salón, descalzo. La bata flotaba tras él, hinchada por el aire.

—¡Garrett, ven aquí!

Leo miró a sus guardias y les hizo un gesto con la barbilla para indicarles que salieran a esperar junto a la puerta. Después, siguió a su amigo hacia el estudio.

La sala estaba muy desordenada. Había libros y papeles por el sofá, por las butacas, junto a la chimenea… Había ropa tirada y platos de alguna comida previa. Parecía que Beck estaba viviendo en aquella habitación.

Garrett entró e hizo una reverencia. Después, se ofreció a tomar el ramo de flores y la botella de *whisky* que él llevaba en las manos.

—Me alegro muchísimo de saber que tu hermana ya se ha recuperado —le dijo a Hawke.

—Todavía no está bien por completo. Se queda dormida a ratos sí y a ratos no, y no ha comido nada —explicó Hawke, mientras servía ginebra en dos vasos.

—¿Ha dicho algo?

Hawke miró a Leo y sonrió.

—Eso, sí, por supuesto. Me ha acusado de provocarle la fiebre por estar siempre pegada a ella en su habitación —dijo, y se echó a reír—. Eso es muy buena señal. Si está enfadada conmigo, es que

vuelve a ser ella misma. ¿Verdad, Garrett?

—Sí, milord.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—El médico, el médico —dijo Hawke, cabeceando—. Dice lo que ha dicho todo el tiempo. La ausculta y dice que el corazón le late con fuerza y que no hay nada que temer. Pero yo te digo que ha estado a punto de morir. Si no hubiéramos abierto su ventana para ventilar la habitación y la señora Green no le hubiera preparado una buena cataplasma para bajar la fiebre, se habría muerto.

—Entonces, la buena fortuna te ha sonreído, amigo mío, aunque ella no lo haya hecho.

—No. Ella, no —dijo Hawke, y se quedó pensativo. Después, asintió y miró a Leo—. Me has convencido.

—¿De qué?

—De que ha recuperado la salud.

—¿Yo? —preguntó Leo, desconcertado.

—¡Vamos al club! ¿Te importaría esperarme mientras me aseo? Insisto en que me acompañes y me cuentes qué has estado haciendo estos días —dijo Beck. Tomó el vaso de ginebra y lo apuró—. Sospecho que has sido malo. Garrett, por favor, que suban agua caliente a mi habitación. Y haz algo con eso —dijo, señalando el ramo y el excelente *whisky*—. A Caro le gustará que las flores le alegren la habitación. Ah, y ocúpate de que Su Alteza Real esté cómodo hasta que yo vuelva.

—Sí, milord.

—Ponte cómodo, Leopold —le dijo Beck, y salió de la habitación.

Leo no sabía si podría estar cómodo en una habitación tan caótica como aquella. Además, lo que quería era salir de allí y encontrar a la señorita Marble. Tenía la impresión de que, en cuanto *lady* Caroline se hubiera restablecido, su acceso a aquella casa iba a ser muy limitado.

Se acercó a la puerta para poder ver el pasillo. Estaba delante de un cuadro de Beckett, montado a caballo. A lo lejos se atisbaba una mansión que, seguramente, era la casa de campo de la familia. Estaba observando a los perros que corrían alrededor de aquella versión idealizada de Beckett cuando oyó al mayordomo en el pasillo, justo al lado de la puerta.

—¿Susan? ¡Susan!

Leo escuchó.

—¿Qué llevas ahí?

—Sábanas, señor Garrett. Hemos cambiado la cama de *lady* Caroline.

—Ve a buscar a Ann. Que le lleve estas flores a *lady* Caroline, de parte de Su Alteza Real el príncipe Leopold.

Leo se estremeció. Estaba seguro de que *lady* Caroline iba a darle a aquel ramo más importancia del que tenía.

—Disculpe, señor Garrett, pero Ann ha ido a tomarse su sopa.

Leo aguzó el oído.

—Entonces, llévalas tú —dijo Garrett—. Yo tengo que atender al señor.

Hubo movimiento, ruido de ropa, un pequeño sonido de exasperación. Entonces, Leo oyó que Garrett se alejaba con paso firme. Y, de repente, se le ocurrió una idea, y salió al pasillo antes de que Susan se alejara.

La vio con un montón de sábanas en un brazo y las flores en la otra mano. Cuando ella lo vio, abrió unos ojos como platos y miró al extremo del pasillo, como si quisiera salir corriendo.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó él, con una de sus sonrisas más encantadoras.

La doncella pestañeó.

—Yo… eh… Yo puedo… no es…

Leo salió al pasillo.

—Susan, permíteme que te ayude —le dijo, suavemente.

Capítulo 10

Una mecenas incondicional de la ópera ha empezado a montar a caballo en Rotten Row por las noches. Se dice que no faltará nunca a la cita, porque su marido le ha regalado unas clases de equitación a cargo de un instructor que no solo es un excelente jinete, sino que, además, tiene los ojos del color del cielo de verano. Nuestra dama prefiere el verano a las demás estaciones.

La nueva tendencia a la hora de adquirir una vivienda, que ha iniciado un visitante real en nuestro país, es encontrar ruinas abandonadas para rehabilitarlas, con unos fines que desafían a la imaginación de esta escritora.

Señoras, nunca es tarde para enseñarles a sus hijos a ser obedientes. Los expertos aconsejan que, cuando empiecen a expresar lo que quieren, o con gestos o con palabras, la obediencia debe ser lo primero.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Caroline se sentía como si hubiera estado viviendo en una cueva, lejos de Londres y del mundo, y esa experiencia la hubiese dejado muy cansada y enfadada.

—¿Voy a vivir, Martha? —le preguntó—. Por favor, dime la verdad. No quiero que me des falsas esperanzas.

—Va a vivir una vida larga y feliz, *lady* Caroline —le dijo Martha, e hizo que se pusiera de costado.

Martha y otra de las doncellas estaban poniendo sábanas limpias en su cama, y eso requería rodar mucho de un lado a otro.

—¿No podría esperar todo esto? —se quejó.

—No, *milady*, no puede ser —dijo Martha, con firmeza, y le limpió la cara con una compresa fría.

Caroline le apartó la mano. Se sentía sucia y pegajosa y, cuando se tocó el pelo, estuvo a punto de echarse a llorar. Estaba áspero y enredado. Seguramente, iba a tardar semanas en recuperar su belleza.

Por fin, todo quedó tranquilo, y ella cerró los ojos una vez más, ignorando los susurros de las doncellas. Oyó que alguien mencionaba la sopa, y dijo:

—Ah, sí, sopa, por favor.

La puerta se abrió y se cerró y, por fin, gracias a Dios, nada. Pero, de repente, percibió un olor dulce y abrió un ojo. Le pareció ver a un hombre junto a su cama, pero debía de ser una alucinación. Alzó la cabeza y vio, claramente, al idiota de Alucia, sonriéndole con un ramo de flores en uno de los jarrones de su abuela. Eran de color amarillo y olían muy bien.

—¿Molesto? —le preguntó él, agradablemente, como si estuvieran en una fiesta.

¿Qué demonios hacía en su habitación? ¿Y por qué tenía aquellas flores? Con esfuerzo, se incorporó, apoyándose en un codo, y lo miró.

—¿Es que… ahora vive aquí? —preguntó, con incertidumbre. Con Beck, cualquier cosa era posible.

Él se echó a reír.

—No, pero estoy muy cerca. Me alojo en el Clarendon.

Caroline se dejó caer sobre el colchón y rodó para ocultarse la cara con la almohada.

—Esto es increíble —dijo—. ¿Ha estado aquí todo el tiempo?

—¿Todo el tiempo?

—Durante los dos días de mi enfermedad.

—No. Pero he venido con frecuencia a ver a su hermano. Estaba angustiado por usted. Sin embargo, no han sido dos días, creo que este es el cuarto día de fiebres, *lady* Caroline. Pero usted ha conseguido superarlo.

—¿Cuatro días? —repitió ella—. Eso no es posible.

Giró la cabeza y miró hacia la ventana. Por la abertura de las cortinas entraba una luz gris. ¿Era posible que hubiese estado

enferma tanto tiempo? Dios santo, seguramente se le habían quedado las piernas inservibles. Se imaginó en una silla de ruedas, y a Hollis, empujándola.

—Es totalmente posible, *lady* Caroline. Y, de nuevo, ha creado usted bastante revuelo.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella, y se giró para mirarlo.

—¿Ha olvidado los revuelos que causó en Helenamar?

Ella se quedó pensativa.

—Es cierto que llevé algunos vestidos deslumbrantes —admitió.

—Yo no me… Eso no es lo que…

Leo agitó la cabeza.

—¿Qué es eso?

Él miró el jarrón que tenía entre las manos.

—Flores.

—Sí, pero… ¿me las ha traído a mí?

Él miró el ramo como si no estuviera seguro de por qué se las había llevado.

—Eran… Sí. Son para usted.

—Oh, vaya. Sí que debía de temer que muriera. Sin duda, va a pedirme que me disculpe por no haberlo hecho, pero no lo conseguirá.

Él sonrió irónicamente.

—Si usted se disculpara por algo, sí pensaría que está al borde de la muerte. ¿Puede incorporarse?

—Por supuesto que puedo sentarme —respondió ella, irritada, y trató de incorporarse, pero el esfuerzo era demasiado grande.

Él dejó el jarrón en la mesilla de noche, se inclinó y le pasó las manos por debajo de los brazos para levantarla.

—¡Ya basta! —exclamó Caroline—. Soy perfectamente capaz de hacerlo sola.

—No, no puede —dijo él. Puso algunos almohadones a su espalda y la ayudó a colocarse—. ¿Está bien así?

—Sí —respondió ella, de mala gana, y lo miró mientras él permanecía junto a ella, vacilante—. ¿Por qué se queda ahí pasmado?

—Su hermano tiene razón. Está enfadada. Voy a informarle de que no hay ningún peligro de que deje este mundo. Tengo entendido que la gente que está en su lecho de muerte muestra más

arrepentimiento.

—¿Y por qué iba a tener que arrepentirme yo? Además, ¿qué hace usted aquí? Creía que se había marchado después de su intento fallido de seducir a nuestra doncella. ¿Quién era?

—¿De qué está hablando? —preguntó él, con una sonrisa y, al mismo tiempo, una expresión de desconcierto.

—Un pasillo oscuro es un sitio extraño para reunirse con un conocido —dijo ella.

El príncipe se apoyó en uno de los postes de la cama.

—Debía de estar delirando y ha creado una fantasía.

—No fue ninguna fantasía, Alteza. Estaba usted en el pasillo de servicio con una mujer, y ahora está en mi habitación. Pero… ¿cómo? Garrett nunca lo habría permitido.

—No sabe que estoy aquí.

Ella pestañeó.

—¿Cómo? ¿Dónde está Beck?

—Preparándose para salir esta noche. Por eso Garrett no ha podido venir a traerle las flores, y he pensado en hacerlo yo.

Caroline observó su magnífica figura. La perfección de su aspecto le recordó cómo debía de estar ella. Quería volver a taparse y esconderse bajo la manta.

—No estoy preparada para recibir visitas —dijo—. No estoy completamente bien. Me siento muy débil, así que debería usted volver al estudio a esperar a Beck.

—Dentro de muy poco se sentirá mejor. Creo que le están preparando una sopa.

Sonrió con calidez, y ella tuvo un pequeño cosquilleo en el estómago.

—Creo que el gobierno de Alucia querría que usted se alejara de la enfermedad lo más rápidamente posible.

—Sospecho que, si el gobierno de Alucia la viera a usted en este momento, le daría la razón.

Caroline dio un resoplido.

—Su hermano ha estado muy preocupado.

Caroline tenía vagos recuerdos de Beck a su lado, con el flequillo colgándole por la frente.

—Yo perdí a una hermana por culpa de las fiebres, ¿sabe? —preguntó él.

—¿Cómo dice?

—Era muy pequeña. Solo tenía tres años cuando murió.

—No sabía que tenía usted una hermana.

—Fue hace mucho tiempo. Yo también era muy pequeño, pero me acuerdo muy bien. Está claro que Hawke tenía terror a perderla, por mucho que proteste por el gasto que, según él, hace en modistas, costureras y comerciantes de telas.

—¿Ha vuelto a quejarse? —preguntó Caroline, con un suspiro de cansancio—. Intento interceptar las facturas antes de que las vea —añadió, aunque, en realidad, no tenía la intención de decir aquello último en voz alta.

El príncipe se echó a reír y se sentó a los pies de su cama.

—La cuida muy bien.

Eso era cierto. Beck podría habérselo hecho pasar muy mal después de que murieran sus padres, pero siempre había sido muy protector con ella.

—Yo también cuido de él. Estamos solos, ahora —dijo, con melancolía. Y, por algún motivo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Dios—. Ha sido como un padre para mí. Yo casi no me acuerdo de mi padre. Tiene suerte de tener a sus padres aún con vida.

Se enjugó una lágrima. ¿Era eso lo que le había hecho la enfermedad? ¿Convertirla en una llorona?

—En realidad, mi padre nunca se comportó como tal —dijo él.

Caroline esperó a que se explicara, pensando que lo había dicho en broma. Pero el príncipe no sonrió. Se encogió de hombros, y prosiguió:

—Mi hermano fue quien recibió toda la atención de mi padre. Se pasó toda nuestra niñez y juventud preparando a Sebastian para el trono. Yo… solo estaba allí. No se fijaba en mí en absoluto.

No podía ser cierto. Caroline no podía imaginarse tener a un padre que no le hiciera caso. Lo poco que recordaba del suyo le producía sentimientos cálidos y de afecto.

—Ah, pero esos son los peligros de ser el segundo hijo de un rey —añadió Leopold, con tristeza.

Alguien llamó suavemente a la puerta. El príncipe se levantó y abrió, y la nueva doncella pasó con una bandeja en la que había un plato de sopa.

—No te preocupes por él, Ann. No debería estar aquí.

Pero Ann sí se preocupó. Se puso muy colorada y evitó a toda costa establecer contacto visual con él, y Caroline se dio cuenta.

Ann dejó la bandeja en el regazo de Caroline y estuvo a punto de derramar la sopa cuando Beck entró por la puerta. El pelo le goteaba porque aún lo tenía mojado del baño.

—¡Caro! ¡Estás despierta! Qué alivio verte sentada. Martha dice que deberíamos ponerte la cataplasma una vez más, aunque ya no tengas fiebre, para curarte por completo y prevenir una recaída. Espero que nunca vuelvas a ponerte tan enferma. Hemos estado a punto de ponerte sanguijuelas.

—¡No! —exclamó Caroline, mientras Beck le colocaba debidamente la bandeja en el regazo.

—Sí, sí. Por eso necesito que vuelvas a ponerte la cataplasma —le dijo él. Hizo un gesto para que se incorporara y quitó algunos de los almohadones que ella tenía a la espalda—. Oh, Dios mío, qué pelos tienes. Bueno, Martha te lo arreglará. Creo que va a tener que cortarte algunas partes…

—¡Beck!

—Ah, aquí viene Martha con la cataplasma —dijo él, mientras la doncella se acercaba a la cama. Llevaba algo que olía muy mal.

—¿Puedo tomarme la sopa antes? —rogó Caroline—. Estoy muerta de hambre.

—¡Sí, por supuesto! —respondió Martha, alegremente—. Y, después, le pondremos esto en el pecho.

Ayudó a Caroline a inclinarse hacia delante y recolocó los almohadones que Beck acababa de quitar. Después, le apartó el pelo de la cara a Caroline.

—Dios santo —dijo, estremeciéndose—. Vamos a tener que trabajar mucho con esto.

Era agotador. Caroline solo quería tomarse la sopa y volver a dormir. Miró a su alrededor para ver si el príncipe todavía estaba en la habitación, pero había desaparecido.

Y Ann, también.

De la presencia del príncipe solo quedaba el alegre ramo de flores en la mesilla de noche.

Caroline frunció el ceño y miró la sopa. Mientras, Beck seguía hablando del alivio que sentía por su recuperación, y por el hecho de que pudiera asistir al baile de los Montgomery.

—Sé lo mucho que te gustan los bailes —dijo, satisfecho consigo mismo por recordarlo. Ella había estado muy enferma, sí, pero todavía le quedaba entendimiento suficiente como para saber cuándo un hombre estaba persiguiendo a una mujer.

Y aquel príncipe mujeriego estaba persiguiendo a una de sus sirvientas.

Capítulo 11

Ya se han enviado las invitaciones del baile de los Montgomery, un evento anual que da comienzo a la temporada social de verano. Al baile asistirán todas las personalidades importantes, incluido el nuevo primer ministro. Sin embargo, una de las grandes ausentes será su esposa, porque, según se dice, está disfrutando mucho en su huerto de coles de Kent. En la lista de invitados también figuran un conde que ha enviudado recientemente y cuya presencia es muy demandada y, por supuesto, un príncipe que está de visita en nuestro país.

Señoras, un toque sutil de rojo en las mejillas al atardecer les proporcionará un brillo saludable y juvenil que deleitará a sus esposos y los mantendrá en casa.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Ann Marble era muy menuda y asustadiza, y Leo no entendía cómo había podido verse envuelta en un asunto como aquel.

La interceptó en el pasillo, cuando Beck entró en la habitación de *lady* Caroline. En realidad, la acorraló de un modo que no le hacía sentirse orgulloso, sobre todo, porque parecía que él le causaba terror.

—No tienes nada que temer —le aseguró—. Necesito que me ayudes.

Ella miró a su alrededor frenéticamente, con los ojos muy abiertos.

—¡Ya le he dicho que puedo perder mi empleo!

Leo no estaba acostumbrado a que nadie le dijera que no, y tenía la intención de convencerla de que hiciera lo que él le pedía sin montar una escena.

—Es importantísimo que hable contigo…

—Aquí no —dijo ella, rápidamente—. En el mercado, el miércoles —añadió, mirándolo con recelo.

—¿En el mercado? ¿Qué mercado?

Ella susurró algo.

—¿Disculpa? No lo he oído. No… Yo no conozco los mercados.

—A las dos y media. Voy a comprar pollo —dijo ella—. Los buenos pollos llegan los miércoles.

Después, se dio la vuelta y salió corriendo por el pasillo.

Leo se quedó pensando. ¿Qué le había dicho? Solo había oído «las dos y media», «pollo» y «miércoles». Pero ¿qué mercado? Y ¿cómo iba a pasearse él por un mercado sin llamar la atención? Todo eran dificultades, pero, pensando en la importancia de lo que se proponía conseguir, tendría que superarlas de algún modo.

Por fin, Beck salió de la habitación de su hermana. Había vuelto a ser la misma persona alegre y jovial de antes, y no dejaba de hablar de la recuperación de su hermana y del hecho de que se hubiera tomado un plato de sopa con muchas ganas. Se fueron al club, donde Beck recorrió toda la sala diciéndole a todo el mundo que su hermana se había restablecido y que volvía a estar sana como un roble.

Después, Beck se sentó y le hizo notar a Leo que casi no había tocado la ginebra. Le preguntó el motivo.

—No te habrás puesto malo tú también, ¿no? Tal vez la enfermedad de Caro fuera muy contagiosa.

—Estoy perfectamente —dijo Leo.

Ya no le apetecía beber alcohol. Solo podía pensar en que tenía que averiguar en qué mercado de Londres se compraban los buenos pollos, y en cómo iba a entrar en aquel mercado sin delatarse. Estaba muy afectado por la suerte de aquellas pobres mujeres weslorianas e indignado por los hombres que les habían hecho aquello. Además, le angustiaba estar tan poco preparado para solucionar el problema. La noche anterior no había podido dormir. No podía dejar de dar vueltas en la cama ni dejar de preguntarse qué sentido tenía su vida. Era como si, a los veintinueve años,

hubiera descubierto de repente que su vida estaba vacía. Nunca había hecho nada que mereciera la pena.

Estaba avergonzado de sí mismo. Pero, por otro lado, hubiera preferido tener que enfrentarse a algo más sencillo que liberar a mujeres a las que habían vendido como esclavas.

Al poco rato, dos hombres más se unieron a Beck y a él, el señor Humble y sir Granbury. Ambos estaban deseosos de celebrar la recuperación de *lady* Caroline, aunque parecía que ninguno de los dos la conocía. Cuando la conversación se volvió ruidosa, y Beck empezó a quejarse de que tenía hambre, se empeñó en que siguieran la velada en un restaurante en el que, según él, preparaban un asado muy bueno.

Leo vio su oportunidad, y dijo con torpeza:

—Hace tiempo que tengo ganas de comer un pollo de los buenos.

—¡Ah! Si lo que le apetece son aves, yo tengo las mejores en Lancashire —dijo el señor Humble—. No encontrará mejor carne que la que se produce en mis tierras. Aves bien rollizas —explicó, gesticulando para indicar lo rollizas que eran sus gallinas.

—Es verdad, muy buenas aves, Davis. Eso hay que reconocerlo —dijo Beck, asintiendo.

—Tal vez algo más cercano que Lancashire —sugirió Leo—. Tiene que haber algún mercado…

—¿Y para qué tienes los sirvientes? —le preguntó Beck—. Mándales a ellos a que compren una buena gallina y no te preocupes.

Los tres hombres asintieron. Leo también habría asentido en otras circunstancias, porque, en realidad, si quería pollo o carne de ave, se lo decía a alguien, y aparecía en su plato como por arte de magia.

—A decir verdad, señores… mi sirviente no tiene buen ojo para las gallinas gordas.

—Yo tampoco —dijo sir Granbury, y los tres hombres se echaron a reír.

Hubo varias bromas sobre los apéndices masculinos y sobre lo mucho que les gustaría introducir esos apéndices en gallinas gordas, mientras Leo trataba de pensar en otro modo de preguntar por el mercado.

Cuando cesaron las risotadas, dijo:

—Pero ¿hay algún mercado bueno para las aves? ¿Algún sitio al que pueda enviar a mi sirviente?

El señor Humble se encogió de hombros.

—Está Leadenhall. O Newgate.

¡Leadenhall! Eso era lo que había susurrado Ann Marble.

—No, Newgate no —dijo Beck—. Leadenhall para las aves, Newgate para la carne de vacuno. Todo el mundo lo sabe —explicó, y miró a Leo—. Manda a tu hombre a Leadenhall.

—Sí, gracias. Lo haré.

Ya tenía su respuesta. Sin embargo, mientras empezaban a levantarse para ir al restaurante a cenar, se preguntó cómo iba a convencer a la señorita Marble para que le dijera lo que necesitaba saber.

El miércoles, Leo también tuvo que convencer a su ayuda de cámara, Freddar, de que quería vestirse como un inglés común y corriente.

—Pero… el corte de los trajes ingleses no favorece su figura, Alteza —le dijo Freddar, ofendido.

—Sí, no te preocupes. Además, quiero un sombrero, Freddar. No un gorro. Algo que llame menos la atención que un gorro.

—Que llame menos la atención —repitió Freddar, como si no lo entendiera.

—Sí, un sombrero sencillo.

Freddar frunció el ceño.

—Como desee, Alteza —dijo, como si tuviera que ceder ante una horrible coacción.

También Kadro y Artur reaccionaron como si tuvieran que ir de excursión al mercado bajo coacción. Oyó a Kadro quejarse de que los abrigos ingleses eran muy restrictivos.

Sin embargo, a él le gustaba la ropa. Y el sombrero de ala ancha. Pudo caminar por las amplias calles del mercado de Leadenhall sin que nadie se fijara en él.

El mercado era fascinante. Había muchísima gente y muchísima carne. Él había visitado algunos mercados en Helenamar, pero acompañado por un séquito de observadores reales, y las visitas habían sido preparadas para que él viera lo que ellos querían que

viera.

Allí, en Inglaterra, nunca se le había pasado por la cabeza visitar un mercado, y no sabía lo que se estaba perdiendo. Les había ordenado a Kadro y a Artur que lo esperaran en un bar público que había cerca de la entrada del mercado, para poder pasear a su antojo.

Los vendedores callejeros se movían entre los compradores, anunciando a gritos su género, cantando los nombres de las frutas y las verduras, de las hierbas aromáticas y las flores. La gente se agrupaba alrededor de los puestos y regateaba. Había carros que vendían cerveza y caballeros que se acercaban con jarras de hojalata.

En uno de los pasillos se vendían artículos de cuero. Cinturones, fundas para los cuchillos, sillas de montar y calzado. Leo pasó por delante de un puesto en el que el vendedor y un comprador discutían sobre el precio del cuero para hacer unas botas; el comprador lo consideraba excesivo, y el vendedor lo acusó de manchar su reputación.

Leo continuó hacia los puestos de aves y fingió que estaba muy interesado en la carne. Sin embargo, no dejaba de buscar a Ann Marble con la mirada, hasta que, por fin, la vio. Iba caminando con otra mujer, conversando.

Él no contaba con que estuviera acompañada. Eso ya era lo suficientemente alarmante, pero, entonces, Leo se dio cuenta de algo aún peor. Detrás de la señorita Marble divisó un sombrero adornado y un puñado de tirabuzones rubios que se movían directamente hacia él, como la proa de un barco que avanzara hacia el muelle. Dios santo, era *lady* Caroline, que caminaba por el pasillo central del mercado tomada del brazo de un hombre.

¿Qué demonios estaba haciendo allí, en el mercado? Solo habían pasado tres días desde que él la había visto postrada en la cama, como si acabara de escapar de la muerte. ¿Cómo podía haberse desenredado el pelo y haberse hecho aquellos tirabuzones? ¿Y cómo podía estar tan bella después de estar tan demacrada?

La señorita Marble y su acompañante se detuvieron ante uno de los puestos para examinar las aves. Leo se escondió detrás de unas cajas apiladas y esperó a que *lady* Caroline pasara de largo. Se dio cuenta de que su amigo y ella no estaban solos. Había dos damas

vestidas de un modo parecido a *lady* Caroline que iban un poco por detrás, caminando relajadamente.

Al ver que el grupo torcía por una esquina, él salió de su escondite y se dirigió hacia la señorita Marble. Su amiga era, en realidad, otra de las sirvientas de casa de Hawke. Demonios, ¿quién sería el próximo? ¿El mayordomo? ¿Beck, en persona? Se desvió un poco para poder seguirlas sin que lo vieran y se encontró cara a cara con un muchacho que llevaba una cesta de pasteles. El chico le ofreció uno. Leo se sacó una moneda del bolsillo y se la dio a cambio del pastel.

—¿Una corona?

Leo se fijó en la moneda por un momento.

—Eso parece —dijo, asintiendo.

—Pero, milord, el pastel vale medio penique.

—¿De veras? —preguntó Leo. Le parecía demasiado barato—. Bueno, entonces, date un lujo —dijo, y le dio una palmadita en el hombro.

Después, continuó su camino, siguiendo a la señorita Marble y a la otra sirvienta mientras se comía el pastel.

Por suerte, al llegar a una bifurcación, la amiga de la señorita Marble se encaminó por un pasillo diferente, y la señorita Marble se detuvo ante el puesto de un pollero. Él se puso a su lado.

—¿Señorita Marble?

Ella jadeó y se llevó la mano a la garganta. El pollero los miró con curiosidad.

—Por favor, no llame la atención —murmuró Leo.

Por desgracia, la muchacha no pudo reaccionar de otro modo. Estaba paralizada de terror. Ella era la que le había dicho que se vieran allí. ¿Acaso había pensado que él no iba a acudir?

—Diga algo —le pidió él, y miró con una sonrisa forzada al pollero.

—¿Algún problema? —preguntó el hombre.

La señorita Marble recuperó la compostura y le dijo:

—Dos de sus mejores pollos, por favor. Que sean los mejores. Son para lord Hawke.

El hombre asintió y comenzó a preparar el pedido.

—Envuélvalos bien —dijo ella. Después, le hizo una seña a Leo para que la acompañara al pasadizo estrecho que había entre dos

puestos. Ella entró tras él, miró hacia atrás y le hizo una reverencia.

—No, no —dijo Leo, y la levantó—. No es necesario, al menos, en este lugar.

—Por favor, Alteza, ¿qué quiere de mí? —le preguntó ella, quejumbrosamente—. He hecho todo lo que podía. Le dije al caballero que no podía ayudar más.

—¿A qué caballero? ¿Te refieres a Lysander? Pero… él me dio tu nombre…

—¿Quién?

—Lysander, el aluciano.

Ella hizo un gesto negativo, y Leo se quedó desconcertado.

—Pero… él me dio tu nombre. ¿A qué caballero te refieres tú?

—No lo sé. Yo solo conozco a la chica de Wesloria.

—¿A cuál?

—Isidora Avalie —dijo ella.

A Leo se le encogió el corazón. Ese era uno de los nombres.

—Esa es la que quiere usted, ¿no? Pero ya le he dicho que no puedo ayudarle. También se lo dije al otro caballero cuando fue a buscarla. Lord Hill nos echó a las dos, y sin paga. A lord Russell no le gustó lo que había hecho lord Hill y fue muy bueno, me acogió hasta que yo pudiera encontrar otro trabajo. Pero Isidora… a ella no la acogió porque es de Wesloria, y dijo que no podía involucrarse en eso. Eso es todo lo que sé, y ahora tengo que irme, Alteza. ¡Voy a perder el trabajo! Y, si ocurre eso, no tendré dónde ir…

—Hawke no te echaría…

—Sí, Alteza, sí. Por favor, permita que me marche.

—Vamos, cálmate. Respira —dijo él, aunque también sentía una opresión en el pecho. Aquello estaba muy lejos de su alcance.

—Intenté ayudar a Isidora, se lo prometo, pero ella… ella…

La señorita Marble se echó a llorar.

—Oh, por favor, no —dijo Leo, y alzó ambas manos—. Por favor, señorita Marble, no llore. ¿Por qué llora?

—Isidora tampoco tenía adónde ir, y ahora ella… Ella es un alma perdida. ¡Perdida!

Leo se quedó sin aliento.

—¿Quiere decir que ha desaparecido? ¿Ha muerto?

—No, no. Está trabajando en una casa de perdición, Alteza. En

Charing Cross. ¿Qué iba a hacer, la pobre? Yo le rogué a la señoría Mansfield que encontrara otra cosa para ella, pero…

—¿Quién es la señora Mansfield? —preguntó Leo.

La señorita Marble entrecerró los ojos.

—Es la dueña de la casa en la que está Issy, Alteza. Dijo que Issy está tan segura con ella como estaría en una gran casa, y que yo también podía quedarme allí.

Miró hacia atrás, al pasillo central, y dio un jadeo.

—¡Molly me está buscando! Por favor, Alteza, no me pregunte más, se lo ruego.

—Lo último. ¿Quién es el otro caballero que te preguntó por tu amiga?

—No lo sé —dijo ella.

—¡Espera! ¿Dónde puedo encontrar a la señora Mansfield?

—En Charing Cross —repitió ella, con irritación.

—Pero Charing Cross es muy…

Demasiado tarde. La señorita Marble se había ido al puesto para recoger el pollo y, después de pagar, volvió con su amiga sin mirar atrás.

Leo salió de aquel espacio entre los dos puestos y miró a su alrededor. ¿Cómo demonios iba a encontrar un burdel con el único dato de que estaba en Charing Cross? Aquello no era una calle, sino el cruce de muchísimas calles.

Echó a andar pensativamente. No sabía lo que estaba haciendo, y tampoco sabía lo que iba a hacer si encontraba a aquellas mujeres.

—Dios santo, es usted.

Al instante, Leo se detuvo. Se giró ligeramente y se encontró con los ojos verdes de *lady* Caroline.

—Disculpe. Es usted.

De repente, ella sonrió. Al ver su ropa, su sombrero, la sonrisa se volvió resplandeciente. Claramente, le divertía aquel encuentro.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Cuál es su propósito de hoy, Alteza? ¿Quiere encontrar una buena pierna de cordero?

Era imposible imaginar que aquella mujer, que estaba tan enferma hacía pocos días, pudiera estar tan bella. Seguía un poco delgada, pero había recuperado el color saludable en las mejillas y tenía los ojos muy brillantes.

—Puede que le sorprenda, *lady* Caroline, pero a mí me gusta un buen asado tanto como a cualquier otro hombre.

—¿Sabe lo que me resulta más interesante?

—No, pero, sin duda, usted me lo va a decir.

—Que el último caballero aluciano que vi así vestido era su hermano. Estaba husmeando algo, puede que lo recuerde. ¿Usted también está husmeando algo?

—Veo que ha recuperado por completo su impertinencia. Es increíble que tenga que decírselo, pero lo que yo haga no es asunto suyo. Creo que la pregunta más importante es ¿qué hace usted aquí? Hace solo dos días que estaba en cama, recuperándose de una enfermedad.

—Tres —dijo ella—. Pero tengo una salud de hierro, y me recupero estupendamente bien. ¿Por qué está brincando por el mercado de Leadenhall así vestido, como un inglés?

—No estoy brincando, estoy paseando. Usted no puede entenderlo, porque no es un príncipe, pero, algunas veces, es más fácil caminar disfrazado de inglés.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, con escepticismo.

—Sí. ¿Quiere que llame a alguien para que la acompañe a su carruaje? No debería estar aquí.

Ella frunció el ceño sin dejar de sonreír, y se acercó un poco a él.

—¿Por qué no me complace diciéndome qué hace aquí, Alteza?

Él también se acercó a ella y la miró a los ojos.

—¿Por qué no me complace usted explicándome por qué piensa que tiene derecho a interrogarme? ¿Por qué viene alguien a un mercado de carne? Quiero un pollo.

Lady Caroline enarcó las cejas y sonrió con deleite. Se inclinó hacia delante.

—¿Un pollo? —le preguntó, mirando sus labios.

—Sí, un pollo, *lady* Caroline —dijo él, mirando su corpiño—. El pollo que dan en el hotel no es de mi gusto.

Subió la mirada y se fijó en su nariz respingona y en sus labios carnosos.

—Pero usted tiene sirvientes.

—Parece usted su hermano.

—¿De veras? Es una noticia un poco alarmante, pero yo sé que la diferencia entre mi hermano y yo es que Beck habría aceptado su

explicación sin dudarlo. Yo no.

Lady Caroline ladeó la cabeza y miró su mandíbula y su oreja.

—Esa es la cuestión, *milady*. Yo no necesito ni quiero su aprobación.

Estaba desesperado por tomarla de la barbilla y obligarla a que lo mirara a los ojos. Se acercó tanto que ella tuvo que mirar hacia arriba.

—Espero que no se ofenda —le dijo, en un tono impertinente.

Ella sonrió y volvió a mirarle los labios.

—No se preocupe, no me ofendo.

—Excelente. Ahora, ya podemos seguir cada uno nuestro camino.

Leo se tocó el ala del sombrero y la rodeó. Al hacerlo, sus manos se rozaron, y él se sintió como si ardiera de repente.

—Buenos días, *lady* Caroline. La dejo para que pueda seguir haciendo el saltimbanqui por el mercado.

—Usted se está escabullendo como si fuera un hombre culpable, Alteza. ¿Y el pollo?

—¿*Lady* Caroline?

Leo se sobresaltó casi tanto como la dama. Ella se giró rápidamente.

—¡Señor Morley! ¡Me ha encontrado!

El caballero era de la misma estatura que ella. Se había acercado con una cesta llena de pan y flores.

—Pensaba que la había perdido —dijo, con una sonrisa nerviosa —. Aquí es muy fácil perderse, creo —añadió, y miró a Leo—. Le ruego que me disculpe, señor. ¿Podría…?

—Oh, soy yo la que debe pedir disculpas, señor Morley —dijo *lady* Caroline.

Leo se preparó para que lo presentara como el príncipe aluciano, de modo que él tendría que inventarse una elaborada excusa para explicar su presencia allí. Sin embargo, ella dijo:

—Le presento al señor Chartier. Señor Chartier, mi amigo, el señor Morley.

Leo se quedó sorprendido y aliviado. Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—Es un honor que me considere su amigo, *lady* Caroline —dijo el señor Morley, sonriendo como un muchacho—. Encantado, señor

Chartier.

Leo asintió.

—Entonces, ¿es usted londinense? —le preguntó el señor Morley, mientras se acercaban las dos señoras a quienes había visto antes, cada una de ellas con un pastel.

—En este momento, sí —dijo Leo—. Es un placer conocerlo, señor. Si me disculpan, tengo un poco de prisa. Les deseo un buen día —añadió. Se tocó el ala del sombrero y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Buenos días, señor Chartier! —exclamó *lady* Caroline, en tono burlón, a su espalda.

Notaba que ella lo estaba siguiendo con la mirada, y casi pudo oír su risa.

«Insolente, irreverente, preciosa mujer. Insolente, irreverente, preciosa y seductora mujer».

Con una boca que a él le gustaría besar hasta volver obediente.

Capítulo 12

Una caja de aves vivas que ha sido entregada en el Hotel Clarendon ha molestado tanto a los aristocráticos huéspedes que han presentado quejas a la dirección. Las gallinas eran un regalo para un príncipe, de parte de un amigo de Lancashire. Se dice que el príncipe estaba tan interesado en encontrar buena carne de ave que decidió aventurarse en el mercado de Leadenhall. Tal vez se embarque en la empresa de criar sus propias aves perfectas en las ruinas del castillo de Herstmonceux.

Recientemente se produjo un encuentro en Gunter's Tea Shop, entre un caballero cuyas deudas fueron cuestionadas y otro caballero, que fue quien las cuestionó. La reunión no se rigió por los dictados de la buena educación, y ambos fueron expulsados del establecimiento. Que sirva como solemne recordatorio de que siempre hay que saludar con educación a un conocido, incluso si ese conocido es el enemigo.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Caroline se había recuperado por completo. Aquel paseo por Leadenhall, que Beck había estado a punto de prohibirle, había sido beneficioso para ella, después de todo. Ella no quería ir; no había nada que pudiera parecerle menos atractivo que un mercado de carne. Sin embargo, el señor Morley y sus hermanas habían ido a visitarla, y Caroline estaba desesperada por escapar de ellos. Así pues, les había dicho que tenía que acompañar al mercado a una

sirvienta nueva, con la esperanza de que la excusa surtiera efecto. Pero, para su consternación, el señor Morley le dijo que a él le encantaría acompañarla, y les preguntó a sus hermanas si no necesitaban que les enviaran algo de carne a casa.

El día había sido agotador, físicamente, porque todavía estaba recuperándose, y emocionalmente, porque le resultaba difícil ser recatada tanto tiempo seguido. Pero, al final, estaba satisfecha, porque había comprobado que sus piernas no habían perdido la utilidad y que iba a poder bailar otra vez.

El otro afortunado suceso de la excursión a Leadenhall era el encuentro con el príncipe Leopold. ¿Qué hacía merodeando por allí, disfrazado de inglés, como si fuera un inspector de aves?

Ella lo había visto hablando con Ann Marble. Se había dado cuenta porque había visto a Molly, la sirvienta de la cocina, paseando sola, y había buscado a Ann con la mirada. Sentía tanta curiosidad por aquella conversación tan privada que se había separado astutamente del señor Morley y sus hermanas y había caminado en dirección al príncipe.

Era obvio lo que ocurría entre aquellos dos. Ella conocía la naturaleza de los hombres. ¡Era un mujeriego! La cuestión era… ¿qué iba a hacer ella al respecto?

Se preguntó qué diría Beck si se enterara de aquella aventura. Ella no iba a contárselo, por supuesto; al menos, por el momento. Para empezar, no quería que su hermano despidiera a Ann. Era buena empleada doméstica y, además, por lo que le había contado Martha, la pobre muchacha estaba sola en el mundo. Beck también se lo había dicho cuando la había llevado a casa.

—Russell no quería tenerla en su mansión, y yo no podía soportar que se quedara en la calle —le explicó, con un gesto de contrariedad.

Sin embargo, ella no podía permitir que la aventura continuara. Para el príncipe sería algo intrascendente, pero, para Ann, sería una catástrofe. Los hombres no pensaban en las consecuencias de lo que hacían, solo pensaban en satisfacer sus deseos más inmediatos.

Se había dado cuenta después de su debut. Siempre había sabido que era atractiva, pero, hasta esa noche, no sabía cuánto. Se había deleitado con tanta atención y tantos cumplidos y, después de ese momento, en cada fiesta y cada evento había buscado la misma

sensación de ser admirada y deseada.

Pero… con el paso de los años, se había dado cuenta de que toda esa atención no era algo gratificante. Entendía por qué los hombres la miraban así. Los atraía por su figura perfecta, su cara, su boca, su pelo… Su apariencia, en suma. Pero nadie se sentía atraído por ella.

Se lo dijo a Hollis la tarde en que su amiga fue a visitarla, después de su enfermedad.

—Nadie se preocupa de cómo estoy en realidad —se quejó.

—¡Eso no es cierto! —respondió Hollis.

Estaba probándose el último vestido de Caroline y admirándose en el espejo.

Caroline estaba sentada, mirando por la ventana, sin demasiado interés.

—Sí lo es. Lo que más comentaban era mi aspecto. «Oh, querida, ¿tendrá arreglo ese pelo?», o «Estás de color grisáceo», o «¡Se te han quedado grandes los vestidos, tienes que comer más!».

—Pero eso son muestras de verdadera preocupación, cariño —le dijo Hollis—. Este vestido no te puede quedar grande. Dios mío, yo casi no puedo respirar con él.

—Pero nadie me ha preguntado por mí, Hollis. Tú eres la única que me has preguntado si me doy cuenta de lo cerca que he estado de la muerte, y cómo me he sentido.

Hollis arrugó la nariz.

—Bueno, eso suena espantoso, dicho así. Pero tenía curiosidad y, si no puedo preguntártelo a ti, ¿a quién se lo voy a preguntar?

—Eso es lo que quiero decir. Tú tienes curiosidad sobre mí. No te importa solo cómo tengo el pelo. Por supuesto que puedes preguntarme esas cosas, porque nos queremos mucho. ¿No lo entiendes?

Hollis se echó a reír mientras se sacaba el vestido por la cabeza.

—Creo que todavía tienes algo de fiebre, Caro.

No, no tenía fiebre. Lo que tenía era una incapacidad para expresarse.

En realidad, aquella decepción que sentía era culpa suya. Había hecho una especie de juego consigo misma. ¿A cuántos caballeros podría reunir a su alrededor? ¿Cuál le preguntaría por sus intereses? ¿O por lo que pensaba sobre el tratado de comercio entre Alucia y el Reino Unido? ¿O por algo tan significativo como la edad que

tenía cuando habían muerto sus padres?

Y, a medida que habían pasado los años, se había dado cuenta de que había algo terrible en ese juego. Seguía atrayendo a los caballeros hacia ella, pero el juego tenía una función nueva: lo utilizaba para enmascarar su miedo, porque, en realidad, no sabía si tenía algo que pudiera gustar a los demás. ¿Y si descubría que no era tan guapa por dentro como por fuera? ¿Y si su fealdad salía a la superficie cuando alguien se acercara demasiado a ella? ¿Y si estaba completamente vacía por dentro y lo único que tenía que ofrecerle al mundo era su belleza exterior?

Por suerte, gozaba de la riqueza y los privilegios necesarios para jugar a ese juego, y no tenía que esforzarse demasiado pensando en las respuestas. Pero Ann no tenía ningún privilegio, y ella quería protegerla.

Hasta que no supiera cómo actuar con respecto a aquella aventura del príncipe, no iba a desvelar el secreto, y haría todo lo que pudiera para evitar que él se aprovechara de otras doncellas.

Era un mujeriego. Un mujeriego guapo y encantador. Los peores.

Una semana después de su excursión a Leadenhall, Caroline aceptó la invitación para visitar a *lady* Priscilla Farrington. Caroline conocía a Priscilla desde hacía mucho tiempo. Su amiga se había casado muy joven y enseguida había tenido tres niños seguidos. Durante ese tiempo, su marido había aumentado la fortuna familiar con la importación de algodón. Recientemente, había entrado a formar parte de la Cámara de los Lores.

Caroline siempre había disfrutado de la compañía de Priscilla. Era alegre y risueña. Tenía una rivalidad cada vez mayor con *lady* Pennybacker, cuyo marido también había obtenido un escaño en la Cámara de los Lores.

Priscilla estaba deseosa de que ella le diseñara un vestido, porque *lady* Pennybacker no iba a tener ninguno. Y, durante su convalecencia, Caroline había dibujado un boceto y necesitaba probarle el vestido a su amiga, que era de complexión fuerte.

Cuando llegó a la casa, fue recibida en un salón donde la saludaron cuatro perritos que querían una caricia en la cabeza. Priscilla estaba tendida en un diván, con un quinto perrito. La habitación, llena de adornos, olía un poco a perro.

—¡Querida! —exclamó Priscilla, con entusiasmo, y le hizo gestos a Caroline para que se acercara. Un sirviente la seguía con la caja del patrón de muselina que había hecho para el vestido—. ¡Qué bien se te ve! Te has recuperado, ¿verdad? Oh, pero estás terriblemente delgada.

—Es temporal —dijo Caroline—. Pero, sí, estoy recuperada.

Se abrió paso entre los perritos y se inclinó para darle un beso en la mejilla a Priscilla. Después, se sentó frente a su amiga. Uno de los perros se subió a su regazo, y ella lo empujó cuidadosamente al suelo. El perrito volvió a subir.

—¡Tienes que contármelo todo! —dijo Priscilla—. Pero todavía no. Van a venir Felicity Hancock y Katherine Maugham a tomar el té.

Priscilla no se lo había dicho al enviarle la invitación. Katherine Maugham había intentado por todos los medios comprometerse con el príncipe Sebastian cuando él estaba en Londres, y aún no le había perdonado a Eliza que fuera ella la elegida. Caroline, Eliza y Hollis la llamaban el pavo real a sus espaldas.

—Qué maravilla —dijo Caroline, y volvió a empujar al perrito al suelo. Sin embargo, el perro no se dejó amedrentar. Volvió a saltar a su regazo y se acurrucó allí para tomar el té.

—¿Es nueva? —preguntó Caroline, mirando la alfombra.

—¡Sí! Nos la hicieron en Bélgica, especialmente para nosotros, y nos la han traído la semana pasada. Tom también tiene pensado contratar más sirvientes, ¿te lo he dicho? Pero solo extranjeros. Las muchachas extranjeras son mucho mejores que las nuestras, ¿no crees?

Caroline no tuvo que responder a aquella pregunta tan ridícula, porque entró un lacayo para anunciar la llegada de dos damas. Katherine entró como si fuera una actriz saliendo al escenario, al principio, con la intención de acaparar toda la atención… hasta que vio a Caroline. Entonces, ralentizó el paso y pestañeó. Felicity Hancock se tropezó con el borde de la alfombra nueva y se chocó con la espalda de Katherine.

Caroline bajó al perrito al suelo y se levantó para saludar a las recién llegadas.

—¡Es todo un placer! —exclamó, abriendo los brazos hacia las dos mujeres.

—Caroline, has vuelto con nosotras —dijo el pavo real—. Pensaba que ibas a quedarte junto a tu queridísima amiga. Temía que no volveríamos a verte. ¿A que te lo he dicho, Felicity?

—¿A quién te refieres? —le preguntó Caroline, con dulzura—. ¿A la duquesa y futura reina de Alucia? Oh, voy a verla muy pronto. Volveré a visitarla en primavera. Puedo ir siempre que quiera, ¿sabe?

—¿Otro viaje, de verdad? —preguntó Priscilla—. Pero Tom me ha dicho que te pusiste verdaderamente enferma. Que estuviste a punto de morir.

—No fue para tanto, pero, de todos modos, iría.

—Quiero enterarme de todo —dijo Felicity, y se sentó junto a Caroline—. ¿Fue tan maravilloso como contaban en la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas*?

—Tan maravilloso, y más aún —respondió Caroline, con sinceridad.

Era difícil expresar lo bella y asombrosa que había sido la boda.

—Cuéntanos, cuéntanos —insistió Priscilla, mientras le hacía una seña al lacayo para que les llevara el té.

Caroline procuró no olvidar ni el más mínimo detalle. Les contó lo enorme que era el palacio, y que Eliza siempre tenía a dos damas de compañía esperando para atenderla. Que los reyes le habían regalado joyas propias y que la habían recibido en la familia real. Que el príncipe Sebastian estaba locamente enamorado de ella. Caroline se cercioró de darles todos los motivos posibles para envidiar a Eliza y, al final, se sintió satisfecha con sus esfuerzos.

—No puedo creer que Eliza Tricklebank se haya casado con un príncipe —dijo Priscilla, en un tono maravillado—. Eliza Tricklebank, precisamente.

—¿Por qué no Eliza Tricklebank? —protestó Caroline—. Es la mejor persona que conozco.

—Pero no eras tú, Caroline. En mi opinión, tú eres más adecuada para ese matrimonio que ella.

Bueno, eso era cierto, obviamente. Pero Eliza se lo merecía más de lo que nunca se lo hubiera merecido ella. Sonrió y se encogió de hombros.

—El destino nos pone a todos en nuestro sitio.

—Cierto —dijo Katherine—. Hablando del destino… ¿Y el

príncipe Leopold? ¿Conseguiste llamar su atención?

Priscilla y Felicity la miraron con expectación.

—Oh, por supuesto —dijo Caroline—. Pero, francamente, me pareció tedioso.

—¿De verdad? —preguntó Katherine, posando la taza de té en el plato—. Creía que ibas a contarnos muchas anécdotas sobre su devoción por ti.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Bueno, porque tú misma lo dijiste, querida —respondió Priscilla, suavemente—. ¿No te acuerdas? Dijiste que estaba embelesado contigo y que tenías miedo de verte obligada a rechazarlo una y otra vez, ya que había muchos caballeros a los que tenías que conocer en Helenamar.

Caroline se sonrojó. Algunas veces se mostraba demasiado segura de sí misma.

—Bueno, creo que nunca he dicho que temía tener que rechazarlo una y otra vez.

—Sí, lo dijiste —afirmó Felicity—. Incluso hiciste gestos imitando cómo lo ibas a alejar —dijo, y fingió que empujaba algo desde su pecho—. Claramente, pensabas que iba a ser muy molesto.

Caroline lamentó no tener nada con lo que abanicarse. Tal vez pudiera aducir que todavía tenía un poco de fiebre. Pero no serviría de nada. Tenía tendencia a fanfarronear, como le decía Beck.

Además, era cierto que, antes de embarcar para Alucia, pensaba que el príncipe se sentiría atraído por ella. Ahora, sin embargo, ya sabía que Leopold no sentía ni la más mínima atracción, y se preguntaba si estaba perdiendo todo el encanto. Tenía veintiséis años, estaba convirtiéndose en una solterona y aquel guapísimo príncipe prefería a su sirvienta antes que a ella.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Katherine, con mucho interés.

—Me pareció muy aburrido, nada más. Además, han arreglado su compromiso con una heredera de Wesloria, y lo van a anunciar formalmente a finales de verano.

Las tres damas se quedaron mirándola fijamente.

—¿De verdad? —preguntó Felicity, con incredulidad—. ¿Un matrimonio arreglado? Pero… si está echando canas al aire en Londres.

—Claro —dijo Priscilla, con un resoplido desdeñoso—. Todo el

mundo quiere que se lo presenten. Y él está lejos de su casa, puede hacer lo que quiera.

—Pero es que… los vieron al señor Frame y a él entrando a un burdel esta misma semana —susurró Felicity—. Y he oído decir que él se llevó a una mujer.

—¿Cómo? —preguntó Caroline—. ¿Qué hizo?

—Que se la llevó —respondió Felicity—. Salió del establecimiento con la… mujer.

—¿Y dónde se la llevó? —preguntó Katherine.

—Ya sabes —dijo Felicity, que se había puesto muy colorada—. A su… castillo, o donde viva.

Caroline notó un sabor amargo en la boca. Pensaba que era un mujeriego, pero aquello era despreciable.

—¿Estás segura, Felicity? ¿No lo habrás entendido mal?

—¡Sí, estoy segura! La hermana del señor Frame es muy amiga de la mía, y me lo contó. Ella tuvo una buena bronca con su hermano por ese motivo, que les va a estropear las Navidades.

—Quedan meses para las Navidades —dijo Katherine.

—Pues así de fuerte fue la bronca.

Katherine miró a Caroline.

Caroline no podía demostrar ni la más mínima decepción.

—Bueno, no me sorprende. Es un príncipe, y muy pronto se hará público su compromiso, sea cual sea su conducta. Pero yo no querría que mi hija se casara con él.

—¿Tu hija no, pero tú sí, quizá? —preguntó Katherine, con sorna.

—¿Después de las doncellas y los burdeles? ¡Por supuesto que no! —dijo ella, remilgadamente.

—¡Las doncellas! ¿Qué doncellas? —preguntó Priscilla, mientras quitaba la tapa de la caja del patrón que había hecho Caroline.

Se le había escapado. No era su intención contar aquel secreto, sobre todo, porque estaba relacionado con su casa. Se puso en pie y atravesó la sala para reunirse con Priscilla.

—He oído rumores de que, de vez en cuando, tiene una aventura con una doncella, eso es todo.

—¿De qué casas? —preguntó Priscilla, en un tono de ofensa.

—No lo sé, de verdad —dijo Caroline, mientras desplegaba el patrón de muselina—. Lo que quiero decir es que es un príncipe, sí,

pero también es un mujeriego.

—Pero esto es terrible —dijo Katherine, mientras se levantaba para poder echar un vistazo al patrón.

A Caroline no se le escapó la mirada que intercambiaban Katherine y Felicity. Y no le gustó. Era una mirada de juicio. ¿Hacia ella? ¿Hacia el príncipe? No tenía importancia, en realidad. El príncipe Leopold estaba corrompiendo a su doncella, y Caroline sentía ira y envidia a la vez. De repente, estaba muy cansada, y no quería tener nada más que ver con él.

—Debería contárselo a *lady* Montgomery —dijo Priscilla—. A ella no le gustaría que se hablara de ese tipo de escándalo en su baile. Ya sabéis cómo es.

Caroline se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—Sí, lo sé —dijo, asintiendo—. A lo mejor no deberíamos disgustarla con estos chismorreos.

—¡Caroline! ¿Vas a hacer este vestido? —preguntó Felicity.

—Sí.

—¡Es maravilloso! ¿Me haces uno a mí también? —le pidió Felicity.

—¡Oh, querida, deberías! —le dijo Priscilla, y le pasó el perro que tenía en brazos a Caroline, para poder sujetar las mangas de la muselina.

Cuando Caroline salió de casa de Priscilla, tenía otros dos vestidos encargados, ambos para Felicity. Katherine Maugham los había mirado con envidia, pero no había sido capaz de pedirle a Caroline que le hiciera uno a ella también.

Capítulo 13

De la lista de invitados al baile de los Montgomery ha desaparecido un nombre. Esto debe recordarnos a todos que incluso un príncipe puede ocultar ciertos secretos sórdidos que una dama joven y respetable no querría relatar a su familia.

Se dice que un caballero muy rico, de estatus social más alto que el de la mayoría, ha sido visto en ciertos lugares de mala fama. Se rumorea que este caballero, tal vez, ha tomado una falda muy ligera de apariencia y la ha trasladado a la cocina de una buena casa. Hay varias teorías para explicar el motivo, pero la más sórdida es la más verosímil.

Señoras, si tienen predilección por la compañía canina, abran las ventanas y utilicen un cepillo para no ofender a sus invitadas con olores inapropiados y pelos poco deseables en los bajos de las faldas.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leo tardó varios días en convencer al señor Frame de que lo llevara al burdel del que tanto hablaba. El caballero, que hasta el momento no había dado muestras de moralidad alguna, comenzó a imponerla cuando Leo le pidió el favor. No le parecía adecuado que un príncipe hiciera semejante visita.

Al final, consiguió convencerlo prometiéndole una valiosa botella de vino de Alucia, que le sería entregada en su casa… en cuanto él la recibiera en Londres.

Por suerte, la señora Mansfield, la dueña de aquel burdel decrépito, oscuro y húmedo, no sabía quién era él. Lo único que dedujo al verlo era que se trataba de un caballero importante, y le pidió una exorbitante cantidad de dinero para presentarle a Isidora Avalie.

—¡Sí, por supuesto! Es una muchacha muy guapa —dijo la señora Mansfield, mientras tiraba de los hilos de la tapicería de su butaca.

Aquella mujer tenía una talla que hablaba del éxito de su despreciable negocio. Junto a ella había una mesa y, sobre la mesa, un decantador de vino y un plato lleno de embutidos, queso y nueces, como si tuviera previsto dedicarse a comer toda la noche mientras las mujeres tenían que pasar por Dios sabía qué indignidades en las habitaciones de su burdel.

—Es un cumplido que preguntéis por ella con su nombre —dijo la señora Mansfield, observando su ropa—. Me resulta familiar, milord. ¿Nos ha visitado más veces?

—¿Cuánto pide por la chica? —preguntó Leo, con frialdad.

—Bueno, es una de las mejores que tengo. Es de Wesloria, ¿sabe? Y ellas tienen una habilidad especial en el arte del placer. Pido un precio alto por ella.

Leo nunca había tenido tantas ganas de darle un puñetazo a alguien. Tuvo que negociar una suma enorme por la muchacha y, cuando entregó el dinero, la señora Mansfield se levantó de su butaca y le indicó que lo siguiera. Le mostró una habitación pequeña y destartalada en la que había un asiento de terciopelo rojo que debía de haber visto los traseros de muchos hombres. Había una cama repugnante en un rincón, con las sábanas arrugadas por el uso. La señora Mansfield llamó a Isidora Avalie, que salió por una puerta que había en la habitación.

—Date prisa, muchacha, hay un caballero que ha preguntado por ti.

Isidora entró en la habitación con timidez. Estaba muy incómoda. Solo llevaba un camisón. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y Leo sintió mucha tristeza al ver su mirada perdida. Lo observó ciegamente y, después, bajó los ojos hacia el suelo.

—¿Qué haces ahí parada? —preguntó con irritación la señora Mansfield, y la empujó hacia el centro de la habitación, de modo

que quedara frente a Leo.

—Tiene una hora, milord —le dijo la señora Mansfield—. Llamaré a la puerta diez minutos antes para que tenga tiempo de vestirse.

Y, con esas palabras, se marchó.

Isidora no alzó la vista. Estaba temblando.

—*Bon den* —dijo él—. ¿Weslorina?

Él no quería asustarla. Solo quería darle ánimos hablándole en su idioma. Sin embargo, ella dio muestras de pánico. Se giró y corrió hacia la puerta. Por suerte, Leo consiguió interponerse en su camino antes de que pudiera salir. Entre lágrimas, la muchacha le pidió en su idioma, y en inglés, que no le hiciera daño, que la dejara marchar.

—Por el amor de Dios, no voy a hacerte daño. Quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque sí, Isidora. Te mereces algo mejor que esta vida. Ayúdame a encontrar a las demás, a llevar ante la justicia a los hombres que os han hecho esto.

—¡No sé de qué está hablando!

—Sí lo sabes —dijo él—. Permíteme que os ayude a ti y a las demás.

Al instante, ella se echó a llorar.

—No puedo —dijo—. Obligarán a mi padre a que devuelva el dinero. Y mi familia no me va a aceptar después de esto. No tengo ningún sitio al que ir, salvo la calle.

—Sí tienes un sitio —dijo él, aunque no tenía ni idea de cuál. Todavía tenía que pensarlo. Pero se le ocurriría algo.

Le pidió que se sentara en el repugnante sofá y que le contara cómo había llegado hasta allí. Su familia era de las montañas de Wesloria, de un lugar casi en la frontera con Alucia. Aquellas montañas eran una parte pobre de ambos países. La mayoría de los hombres de la zona trabajaban en las minas de carbón. La muchacha le explicó que, un día, había aparecido un caballero en su casa, y que le había ofrecido mucho dinero por ella a su padre, y que su padre había tenido que aceptarlo para salvar al resto de su familia del hambre.

Leo recordó vagamente a su hermano hablándole de la falta de oportunidades económicas que había en algunas partes del país. Él

casi no le había prestado atención, como hacía cuando el tema de conversación le parecía demasiado serio, pero ahora se daba cuenta de que un hombre había tenido que vender a Isidora para poder darles de comer al resto de sus hijos. No podía imaginarse cómo era vivir sin nada, ni la desesperación que debía de sentir un padre para acceder a la venta de una hija.

Así pues, Isidora había tenido que ir a Inglaterra a trabajar como esclava. Pero eso no era suficiente para lord Hill, según le dijo la muchacha. Lord Hill quería algo más que sus servicios de limpiadora y, cuando ella lo había rechazado, él la había amenazado con devolvérsela al hombre que lo había arreglado todo. Ann Marble había intentado interceder por ella y también había sido despedida. Después, el aristócrata se había llevado a su familia al campo.

Leo sacó la lista de su bolsillo y se la enseñó. Isidora movió la cabeza y confesó que no sabía leer. Así que fue él quien leyó los nombres: Nina, Eowyn, Jacleen, Rasa.

Isidora las conocía a todas, pero solo sabía dónde habían terminado Jacleen y Rasa. Rasa trabajaba de doncella en casa de lord Pennybacker, un apellido que a Leo le resultaba familiar.

A Jacleen, sin embargo, la habían enviado a la gran mansión campestre del duque de Norfolk. Esa noticia sorprendió a Leo. Norfolk había estudiado en Cambridge con él. Conocía a Henry desde hacía muchos años y lo consideraba un amigo. Por el amor de Dios, estaba casado con una mujer bellísima y tenía tres niños, y un cuarto en camino. No era posible que tuviera algo que ver con todo aquello.

—¿En Arundel? —preguntó.

—Sí —dijo Isidora, apagadamente.

Le daba vueltas la cabeza. ¿Quiénes eran aquellos hombres, que estaban dispuestos a abusar así de las mujeres? ¿Cómo podía él tener casi treinta años y no saber que había hombres así en su entorno? Se le revolvió el estómago. Decidió que iba a terminar con aquella abominable práctica.

Pero, antes, tenía que negociar un precio para liberar a Isidora. Por desgracia, no era experto en el arte del regateo y, cuando accedió a pagar cien libras por ella, la señora Mansfield se quedó agradablemente sorprendida. Él supo que lo habían engañado.

Llevó a Isidora al Hotel Clarendon y pagó una habitación para ella. El encargado de la recepción no podía disimular su desagrado por la situación y, al principio, se negó a darles la habitación. Sin embargo, Leo le recordó lo mucho que estaba pagando el reino de Alucia por sus habitaciones, y el recepcionista accedió a que pasara allí una noche. Solo una noche.

—No podemos alojar a este tipo de mujeres aquí, Alteza —le dijo a Leo, con tirantez.

—Este tipo de mujeres —le dijo Leo—. Ella es una mujer a la que su país ha tratado muy mal.

De todos modos, el Hotel Clarendon no era la solución, y Leo acudió a Josef.

—La muchacha quiere volver a su país, con su familia —mintió Leo—. Necesito un lugar en el que pueda alojarse hasta que yo pueda solucionarlo todo.

Como Josef no había visto a Isidora, no tenía ningún motivo para sospechar lo que estaba haciendo Leo. Lo pensó un momento, y dijo:

—Le sugiero al señor Hubert Cressidian.

Leo había oído hablar del caballero. Era un comerciante aluciano que vivía en Londres y que era más rico que Creso.

—¿Lo conoces? —le preguntó Leo a Josef—. ¿Puedo confiar en él?

—Por lo que yo sé, Alteza, se puede confiar en el señor Cressidian a cambio de un precio.

Y resultó que Josef tenía razón.

El señor Cressidian era delgado, de pelo y ojos negros. Leo le dijo que necesitaba un lugar en el que una joven pudiera estar a salvo de cualquier daño. El señor Cressidian no le hizo ninguna pregunta sobre Isidora. No parecía que le importara. En realidad, no parecía que tuviera curiosidad por nada. Simplemente, le dio sus condiciones: quería un estipendio para su manutención, y que le presentara formalmente a un naviero francés, un magnate, a quien Leo conocía.

Isidora tampoco hizo preguntas. Parecía que estaba resignada al destino que le tocara vivir. Sin embargo, cuando llegaron a la enorme casa de Mayfair, miró a Leo.

—¿Quién es usted?

—No soy nadie —dijo él, y sonrió—. Mis amigos me llaman Leo.

Tres días más tarde, Josef le informó de que los Montgomery habían retirado su invitación al baile.

Capítulo 14

La velada que iba a celebrarse en la casa de Londres del duque de Norfolk se ha pospuesto indefinidamente. Un amigo del duque ha dicho que el motivo, quizá, haya sido que uno de los invitados no era apto para cenar con personalidades tan dignas como los duques. ¿Podría tratarse del mismo caballero cuyo nombre fue retirado de la lista de invitados del baile de los Montgomery?

Señoras, los médicos recomiendan un periodo de nueve horas de descanso ininterrumpido después de un parto, concediéndole al marido no más de cinco minutos de visita para que pueda asegurarse de que todo ha salido bien.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Caroline tenía la costumbre de entrar en casa por la puerta de atrás cuando había salido de compras, para que Beck no viera los paquetes. Por lo general, él no se enteraba de nada cuando ella utilizaba aquel método de entrada, pero aquella tarde estaba paseándose por la cocina cuando llegó, cargada de bolsas de tejidos brocados y de sedas. Le echó un vistazo a todos los paquetes y, después, la miró.

—¿Qué es todo eso?

Ella intentó buscar una excusa, pero no se le ocurrió ninguna.

Beck frunció el ceño.

—Ven conmigo —le dijo, con la voz ronca.

Las cosas habían vuelto a la normalidad entre ellos. Beck se quejaba de sus gastos y de que se comiera su mermelada favorita, y

de que tocaba el piano justo cuando él estaba intentando leer. Y, por supuesto, seguía con su queja favorita: que ella hacía lo que le venía en gana.

—¿Por qué? —le preguntó, mientras metía los paquetes y las bolsas debajo de un banco que había en la entrada a la cocina.

—¿Por qué crees tú? —le preguntó Beck, con una bandeja entre las manos, en la que había puesto queso y pan—. He llamado para que te avisaran hace dos horas.

—Había salido, Beck —dijo ella, y lo siguió por el pasillo, mientras se quitaba la capa.

—¡Sí, de compras otra vez! —exclamó él, con enfado, y se giró de nuevo hacia su estudio.

Caroline dejó la capa en una silla, en el vestíbulo.

—Tengo mi propio dinero, ¿no te acuerdas? Además, Felicity Hancock está desesperada por uno de mis vestidos. Las señoras están empezando a hablar de mí…

—No me importa —dijo él, y puso la bandeja en la mesa mientras ella intentaba desatarse la capota—. Y no me hagas recordarte que nuestro dinero está en un fideicomiso. Estás gastando nuestro dinero.

—Ya. ¿Y quién tiene la culpa de eso? —preguntó Caroline.

—Es necesario, Caro, porque has demostrado fehacientemente que, si tuvieras la oportunidad, te gastarías toda tu herencia.

Caroline consiguió quitarse la capota y la dejó en el escritorio.

—Voy a arreglarme el pelo —dijo.

—No, no. Vamos a zanjar esta cuestión ahora —dijo Beck—. Voy a salir pronto, y me conozco tus trucos, Caro. Si te vas a tu habitación, no saldrás durante horas y, cuando te vea, seguramente estarás con tu amiga Hollis, que me agredirá verbalmente.

—Hollis no te agrede verbalmente, Beck. Tiene mucho cuidado de decir solo la verdad.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿es verdad que yo nací con la cabeza de un mono y el corazón de un burro?

—Eso no, obviamente, pero las otras cosas que dice sí son ciertas.

Beck no estaba escuchando. Estaba agitando una mano hacia ella.

—No quiero hablar más de Hollis. Si Percy estuviera vivo, la

tendría a raya. No debería haber muerto como murió.

—Tú no muestras ningún cariño por mis mejores amigas, que han sido mis compañeras leales toda mi vida —le dijo. Tomó un poco de queso de la bandeja y se lo comió. Entonces, dijo, desdeñosamente—: Vamos, di lo que tengas que decir. ¿Qué es eso tan importante?

—¿Quieres saberlo? Pues te lo voy a decir, Caro. Tienes que casarte.

Caroline se quedó inmóvil. Después, se echó a reír.

—¡Otra vez no!

—¿Qué dices? Tienes veintiséis años, y ya es hora de que te cases y otro se preocupe por tus compras. Da la casualidad de que he tomado cartas en el asunto.

Al oír aquello, Caroline sí le prestó toda su atención. A menudo, Beck despotricaba sobre la necesidad de que se casara, pero nunca había dicho nada por el estilo.

—¿Disculpa?

—Como siempre te has negado a aceptar una oferta, la mitad de los buenos partidos de Londres son escépticos en cuanto a ti. Así que he filtrado, discretamente, por supuesto, la cuantía de tu dote.

—¿Que has hecho qué?

—No puedes seguir así, de fiesta en fiesta, de modista en modista, sin preocuparte de quién tienes que ser en el futuro.

—¿Y cómo sabes tú quién tengo que ser en el futuro?

—¿Te has vuelto loca? ¿Es que aún debo explicarte que tienes que ser esposa y madre?

—¿Y quién lo ha dicho? Esta es la razón por la que no tengo intención de casarme, Beck. Los hombres piensan que lo saben todo. A lo mejor, en vez de eso, quiero ser artista.

—Eso estaría bien, querida, si hubieras demostrado el menor interés en ser artista. Contraté a un profesor de pintura cuando tenías diecisiete años, y te dedicaste a pintar lo peor que podías deliberadamente para espantarlo. Lo único en lo que has demostrado verdadero interés es en ir de una reunión social en otra.

—Algo en lo que soy una experta, gracias. Y yo no he dicho que vaya a ser pintora. Estaba poniendo un ejemplo. Me gustaría ser diseñadora de ropa. Se me da muy bien.

Beck dio un resoplido.

—No vas a ser modista. He hablado con el príncipe de esto, y él…

Caroline soltó una carcajada antes de que su hermano pudiera continuar.

—¿Con tu amiguito Leo? ¿Tu querido, amado amiguito, que ha estado aquí, sin invitación durante los últimos quince días? Él no tiene ni idea de nada —dijo Caroline, y engulló otro pedazo de queso.

Se dio cuenta de que Beck se había quedado inmóvil. Al ver que no respondía, lo miró.

—¿Qué pasa?

—Caroline, estaba a punto de decir que he hablado de esto con el príncipe, que está aquí mismo.

Ella tuvo un escalofrío. Se giró y vio a Leopold que, en efecto, estaba allí mismo, apoyado en la pared, con una ceja arqueada. La saludó sin mucho afán. No lo había visto porque la puerta estaba abierta y lo ocultaba. Se volvió de nuevo hacia Beck.

—¿Y por qué no me has dicho que estaba aquí?

—Me parece obvio, ya que se ve claramente que está ahí —dijo Beck, señalando al príncipe—. Y, a propósito, ¿sabes tú algo de las invitaciones que le han retirado?

—¡Nada!

Beck entrecerró los ojos.

—¿Y qué ha dicho Su Alteza Real sobre mi deplorable estatus de mujer soltera?

En realidad, ella sabía mucho de las invitaciones retiradas. Después de todo, había sido ella la que le había sugerido a *lady* Norfolk que retrasara la cena, teniendo en cuenta la reacción tan visceral de *lady* Montgomery al enterarse de los cotilleos que rodeaban al príncipe.

Priscilla le había contado que, cuando estaba tomando el té con la dama, le había mencionado los hábitos de mal gusto del príncipe, y *lady* Montgomery había estado a punto de atragantarse con una pasta. Había llamado a gritos a su secretario y le había ordenado que rescindiera la invitación.

Además, *lady* Norfolk estaba en avanzado estado de embarazo, y muy enfadada. Caroline había pensado que tanta ansiedad sería demasiado para ella.

—Ten cuidado con lo que dices, Caroline —le advirtió Beck—. Naturalmente, me dijo lo que diría cualquier hombre: que ya es hora de que estés casada.

—Ah… Con todos mis respetos, Beck, eso no es exactamente lo que yo he dicho —intervino el príncipe, con suavidad.

—Iba implícito —respondió Beck.

—¿Qué es lo que dijo? —le preguntó Caroline al príncipe.

—¡Caro, por favor! ¡No le hables así a Su Alteza Real!

—No pasa nada —dijo Leo—. Solo he dicho que, en Alucia, las mujeres se casan a los veinte años. Era un comentario, nada más.

—Y hace bastante que tú dejaste atrás los veinte años, Caro —dijo Beck.

Oooh… Iba a estrangular a su hermano en cuanto se quedaran a solas. ¿Por qué nunca podía coincidir con el príncipe en un buen momento? Él estaba presenciando la escena cuando ella estaba comiendo queso y con el pelo revuelto, después de haberse quitado el sombrero. Se giró de nuevo hacia su hermano.

—Tienes razón, Beck. Debería casarme. Tráeme pretendientes. ¡Tráemelos ahora mismo! Si el príncipe lo dice…

—Yo no lo he dicho —respondió Leo, rápidamente—. Solo he mantenido una conversación con un amigo. No quería dar ningún consejo.

—Pero lo hizo.

—¡Caro! ¡Por el amor de Dios, es un príncipe de Alucia! ¡Ten respeto! —le gritó Beck.

—¿Milord?

Caroline y Beck se giraron hacia la puerta al mismo tiempo. Garrett había entrado en el estudio sin que se dieran cuenta, y había interrumpido justo el inicio de una buena pelea.

—Milord, hay un caballero en la puerta. Es por lo de la yegua.

—¡Ah! —exclamó Beck. Se puso en pie con una sonrisa, y añadió —: Debe de ser el dueño del establo en el que voy a tener a la yegua cuando llegue a Londres. Son unos establos magníficos. Los caballos de la guardia de la reina están allí.

Se encaminó hacia la puerta, pero, antes de salir, miró a Caroline.

—Ahora tienes la oportunidad de peinarte —le dijo.

Caroline le hizo burla a su espalda y se quedó donde estaba,

cruzada de brazos. Cuando estaba segura de que Beck había salido, se dirigió hacia el príncipe, que continuaba detrás de la puerta abierta.

Al principio, él se alarmó y se irguió, como si pensara que iba a atacarlo. Pero, después, enseguida, colocó las manos detrás de la espalda y separó las piernas, y se preparó para lo que ella tuviera que decir.

—¿Cómo se atreve? —le preguntó Caroline.

—¿A qué?

—¡A hablar con mi hermano sobre mi matrimonio!

—Yo no he hablado de eso con su hermano. Su hermano me hizo una pregunta, y yo respondí como le hubiera respondido a cualquier amigo.

—¡Yo no soy su pupila, por el amor de Dios! Soy una mujer adulta y puedo hacer lo que quiera.

—Las dos cosas son evidentes —dijo él. Y sonrió.

Caroline se enfureció, porque aquella sonrisa tuvo el poder de hacer que le diera vueltas la cabeza.

—No tengo que hacer lo que él me ordene, ¿sabe?

—Ni se me ha pasado tal cosa por la cabeza. No creo que haya ningún hombre sobre la tierra que pueda ordenarle algo.

Ella se acercó aún más. Percibió el olor de su colonia y vio una diminuta pelusa en el cuello de su camisa.

—¿Y por qué iba a decirme un hombre lo que tengo que hacer? Yo soy tan persona como él, o incluso como usted, Su Alteza.

—Obviamente.

Él tomó el final de uno de los mechones de su pelo entre los dedos y le acarició la clavícula con él. Después, lo dejó sobre su hombro. De inmediato, volvió a caer hacia delante.

Todos los nervios del cuerpo de Caroline comenzaron a chisporrotear. Desdeñaba a aquel hombre, pero nunca se había sentido tan excitada como en aquel momento, a pesar de su enfado. Miró su boca, miró la sombra de su barba.

—¿Por qué está aquí siempre? —le preguntó—. ¿Es que tiene una aventura con Ann?

Él abrió los ojos como platos. Se le escapó una carcajada.

—Dios santo, Caroline, ¿es que siempre dice todo lo que se le pasa por la cabeza?

Ella debería ignorar el hecho de que la había llamado por su nombre de pila, lo cual significaba, seguramente, que ya se conocían bastante. También debería olvidarse de que su nombre sonaba de manera muy agradable con el melodioso acento aluciano. Y no debería aprovechar aquel momento para decir que pensaba muchas cosas que no decía.

—¿Y bien? ¿La tienes?

Él frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—Escúchame bien, mujer. No. Por el amor de Dios, no. Si tuviera una aventura con alguien, sería con una mujer exuberante, con curvas, y abierta a mis sugerencias sobre cómo pervertirla. No con una doncella tímida.

El chisporroteo se convirtió en un fuego ardiente. Sin poder evitarlo, se preguntó cuáles serían sus sugerencias para pervertir a una mujer. Volvió a mirar sus labios. Estaba un poco mareada.

—Ahora me toca a mí. ¿Por qué no estás casada todavía? Una mujer tan bella como tú, con tu herencia, y con una dote enorme, según parece, que no tiene que hacer lo que le diga cualquier hombre, debería haber atraído a muchos de los hombres de esta ciudad. Sobre todo, a aquellos a los que les gusten los retos. ¿O es que todos son idiotas?

Ajá. Una vez más, Caroline se dijo que no debía prestarle atención a aquel cumplido hecho sin pensar.

—Por supuesto que los he atraído —respondió—. No me gustaba ninguno de ellos. ¿Y por qué no estás casado tú? ¿Estabas esperando a que llegara la wesloriana más idónea?

Él se echó a reír suavemente, y miró el pedacito de encaje que ella había cosido al borde de su escote.

—Por lo mismo que tú, Caroline. No quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer, y no quiero responsabilidades.

—¡Ajá! Así que prefieres a las doncellas.

Él alzó la vista y la miró a los ojos.

—Prefiero a las mujeres, Caroline —murmuró—. Prefiero a las mujeres que están seguras de su lugar en el mundo… aunque, quizá, a aquellas que sujetan su lengua cuando deben.

—Que no estés de acuerdo con todo lo que dice una mujer no significa que lo que dice esté mal.

Leo alzó una mano y, con la yema del dedo, trazó una línea

desde la curva de su hombro hasta su barbilla.

—Dime, Caroline, ¿qué es lo que te da derecho a hablarme de ese modo?

Ella se inclinó hacia delante, y quedó a dos centímetros de él.

—Nací con el derecho a hablar como quiera con quien quiera. Tú no eres un príncipe para mí.

Él pestañeó.

—Eso es indignante y…

Caroline no le permitió terminar. Lo empujó hacia la pared y, antes de que pudiera recuperarse, se puso de puntillas y lo besó. Besó al príncipe como si nunca hubiera besado a otro hombre en la vida. No había habido muchos, y nunca había besado a ningún caballero como aquel. Sin embargo, aquel hombre tenía algo que se lo pedía: eran tan alto, tan poderoso, estaba tan seguro de sí mismo…

Nunca se había tomado aquellas libertades, y nunca había sentido tanta emoción. Aquello era un fuego. Pero parecía que él, para ser tan alto y poderoso, no sabía qué hacer. Extendió los brazos, como si le estuviera anunciando en silencio que no quería tener nada que ver con aquello. Su boca, por el contrario, decía algo muy distinto. No la tocó con las manos, pero le mordió los labios y su lengua jugó con la de ella. Se apretó contra su pecho y correspondió a su pasión. Era embriagador. Cuando uno de los mechones de su pelo despeinado cayó entre sus labios, Caroline reaccionó y se separó de él.

Los dos tenían la respiración entrecortada, y jadeaban. Se miraron el uno al otro durante un momento interminable, y ella sintió que se abría algo en su interior, algo lleno de calor, de aceptación.

Pero, entonces, él dijo:

—¿Qué demonios te pasa?

Ella no tenía una buena respuesta. ¿La fiebre? Si era fiebre, era un tipo nuevo, una fiebre que golpeaba sin avisar y que la consumía velozmente.

Leo alzó la mano con la palma hacia ella, como si creyera que se iba a abalanzar sobre él de nuevo. Tenía los ojos oscurecidos, los labios ligeramente separados. Estaba horrorizado. Y, también, peligrosamente excitado.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo, en voz baja.

—No me digas lo que tengo que hacer —replicó ella, y salió rápidamente al pasillo. Estuvo a punto de chocar con Beck, que volvía al estudio.

—¿Caro?

Ignoró a su hermano, se agarró la falda con ambas manos y corrió hacia su habitación con aquel beso quemándole los labios.

Capítulo 15

Antes de fin de mes se enviarán las invitaciones para el baile de lord Pennybacker. Por desgracia, algunos quedarán decepcionados al no recibirla, puesto que el número de personas que desean asistir ha aumentado mucho durante este último mes. Lady *Pennybacker ha anunciado que el baile se limitará a doscientos invitados.*

Los duques de Norfolk han vuelto a su casa solariega, puesto que la duquesa entra en el periodo de confinamiento previo al parto. La pareja ha disfrutado de las visitas de muchas personalidades conocidas, como lord Hawke y su hermana, cuya belleza es muy aclamada. Tanto, al parecer, que un caballero que va a contraer un compromiso de características principescas en cuestión de semanas se ha invitado a sí mismo a su residencia en varias ocasiones.

El talento de lady *Caroline Hawke para la confección es todo un descubrimiento. De repente, las damas de Mayfair se afanan en tener un traje de noche diseñado y confeccionado por nuestra querida amiga. Tiene un talento único para dibujar vestidos de estilo inglés y aluciano, y para crear prendas cada vez más demandadas. Está aceptando un número de encargos limitado para la temporada de invierno.*

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Después de dos días de tormento, Leo no conseguía quitarse aquel beso de la cabeza.

Iba paseando con Beck por el establo y, mientras su amigo hacía comentarios sobre las comodidades de las que iba a gozar su yegua de carreras aluciana, él seguía pensando en su extravagante hermana.

Aquel beso aparecía en sus pensamientos en los momentos más extraños. Cuando estaba solo. En mitad de la noche.

En el desayuno, en la comida, durante la hora del té. Se había quedado horrorizado cuando ella lo había besado, le había dejado estupefacto que pensara que podía hacerlo.

Le indignaba su atrevimiento, pero también admiraba su valor. Y, también, se sentía excitado.

Estaba empezando a pensar que nunca había conocido a una mujer más hermosa y desconcertante. Parecía que sentía todas las emociones, buenas o malas, que un hombre podía sentir por una mujer.

Y también sentía un deseo que no podía controlar. Quería volver a experimentar ese beso, pero, en aquella ocasión, sería él quien comenzara.

Tenía que pensar en otra cosa. De nuevo, se concentró en las mujeres a las que tenía que salvar. Su intención era hablar con su viejo amigo Norfolk sobre Jacleen durante la cena que iban a celebrar, pero esa cena se había pospuesto indefinidamente. Si la dichosa revista decía la verdad, era por su culpa. Y debía de ser cierto, porque más de un caballero le había felicitado, entre risas, por su indiscreta visita a la casa de la señora Mansfield.

—Nunca había conocido a un tipo que atrajera tanta atención con sus actividades —le había dicho un tal Hornsby, con una carcajada. Parecía que el señor Frame, que lo había sermoneado acerca de la discreción y la moralidad antes de llevarlo al burdel, tenía la boca muy grande.

Ahora, Norfolk y su familia estaban en Arundel, esperando el nacimiento de su cuarto hijo. Eso dificultaba aún más las cosas, porque él no podía presentarse sin más en el castillo del duque.

Pero, entonces, Beck le había dado la solución.

Pocos días después de que Caroline lo besara, Beck y él habían quedado en verse en el club favorito de Beck para tomar una ginebra. De repente, Beck había empezado a quejarse porque tenía que hacer un viaje a Arundel.

—Ha llovido muchísimo, y los caminos están intransitables, según tengo entendido —dijo—. Vamos a tardar un día entero en llegar.

—¿Vais a ir a Arundel?

Beck suspiró.

—Se lo prometí a Caro. *Lady* Norfolk es amiga suya, y le ha hecho un vestido, o una bata, o una capota, no sé, para su confinamiento.

—Conozco a Norfolk desde hace mucho —dijo Leo—. Estudiamos juntos en Cambridge. He pasado un par de vacaciones en Arundel.

Beck no mordió el anzuelo. Asintió agradablemente.

—Es un lugar grandioso, ¿verdad? Yo también lo conozco desde hace mucho tiempo.

Leo le dio un sorbito a su ginebra. Tenía un gusto muy amargo.

—¿Cuándo os vais?

—El martes —dijo Beck, y miró su reloj.

Leo decidió que la mejor forma de proceder era pedírselo sin ambages.

—Beck, amigo mío, ¿te importaría mucho que…?

—No me lo pidas, Leo —murmuró Beck.

—¿Por qué? Henry es amigo mío desde hace mucho.

—Sí, lo sé. En cualquier otra ocasión, yo estaría encantado de…

—Vaya. En cualquier otra ocasión.

—Es por su mujer, Augusta. No quiere.

—No quiere —repitió Leo.

—Te has ganado una mala reputación, Leo.

—No. Escucha, Beck —dijo él, rápidamente—. Lo que se dice sobre mí no es cierto. Bueno, sí es cierto, pero no del modo en que creéis Henry y tú. Sé que han pospuesto la cena por mi culpa, y me gustaría aclarar el asunto con mi amigo, aunque solo sea por conservar nuestra amistad.

Beck hizo un gesto de contrariedad.

—Está en la fase final del embarazo y, según tengo entendido, se siente bastante incómoda. No quiero aumentar su incomodidad.

—No la voy a ver —le prometió Leo—. Arundel es enorme. Seguramente, no nos cruzaremos. Yo haré todo lo que pueda por mantenerme alejado de su camino.

Beck se apoyó en el respaldo de la silla y posó las manos en la mesa. Respiró profundamente, y espiró.

—Sí, está bien —dijo, después de un momento—. Yo no creo lo que se dice de ti. Dios sabe que han dicho cosas mucho peores de mí. Bueno, no. Peores, no, porque lo que están diciendo de ti es terrible. Sí, claro que tienes que venir, Leo. Los hombres debemos apoyarnos —dijo Beck, y sonrió.

Leo no creía que los hombres necesitaran apoyarse. Le parecía que tenían el control de casi todo, tal y como eran las cosas.

—Debería enviar un mensaje para avisarle de que vas a venir —dijo Beck.

—No, no —respondió Leo, rápidamente—. Él se lo diría a su esposa, y tal vez le creara más ansiedad. Cuando voy de visita a un sitio, la gente se preocupa en exceso de que todo sea perfecto.

—Ah —dijo Beck, asintiendo, y se echó a reír—. Por supuesto. Se me había olvidado que eres un príncipe.

Leo también se rio.

—Creo que a mí también.

Caroline no podía seguir manteniendo aquel beso en secreto. Esperó cuatro días enteros antes de ir a casa de Hollis, y le pareció que su contención era increíble, teniendo en cuenta lo extraordinario de la situación.

Quería besarlo de nuevo, pero, en esta ocasión, dentro de sus brazos. Se sentía desconcertada por aquel deseo. ¿Cómo podía sentir algo tan intenso por semejante granuja? ¡Iba por ahí seduciendo doncellas y paseándose con mujeres en plena noche! Y, con su encanto, obligando a mujeres como ella a que se comportaran indecorosamente.

Llegó a casa de Hollis después de una caminata muy tonificante. La casa de su amiga estaba cerca. Su difunto marido, sir Percival, la había dejado en una buena situación económica al morir en un accidente de carruaje. Hollis vivía cómodamente cerca de Hyde Park, en una casa muy grande, con el servicio indispensable.

Una viuda joven, atractiva y rica era un trofeo muy codiciado, y caballeros de todo tipo la habían rondado durante los tres años de su viudez. Sin embargo, Hollis nunca se había interesado por nadie.

Llamó a su puerta y, un instante después, su mayordomo,

Donovan, abrió la puerta. Apareció en el vano, con las piernas ligeramente separadas y con las mangas de la camisa recogidas, de modo que podían apreciarse sus fuertes antebrazos. Llevaba una tetera de plata en las manos y la estaba puliendo. Miró a Caroline de pies a cabeza.

—Buenas tardes, *lady* Caroline —dijo—. Es un placer verla con tan buena salud. He oído decir que ha estado a punto de morir.

—Ja. Hace falta algo más que unas fiebres para matarme a mí.

Él sonrió. Aquel hombre era increíblemente masculino e increíblemente guapo.

—Ese es el motivo por el que no me lo creí. Pase, por favor —dijo, y se apartó para que ella pudiera entrar en el vestíbulo.

Caroline se quitó la capota y se la ofreció colgando de un dedo.

—Donovan, le prometo que es usted un Adonis en carne y hueso.

—¿Disculpe? —preguntó él. Tomó su capota y la lanzó sobre una consola.

—Un dios griego.

Él enarcó una de sus cejas oscuras.

—No, *milady*, soy un inglés normal y corriente.

Ella se echó a reír.

—No puedes ser un inglés normal y corriente, porque eres inmune a los halagos.

—No del todo —dijo él, y volvió a sonreír.

Ella notó algo delicioso corriéndole por las venas.

—¿Dónde está tu señora? —le preguntó.

—En su estudio, naturalmente, donde pasa la mayor parte del día.

Le hizo un gesto para que lo siguiera, y la llevó hacia el estudio silbando una melodía muy alegre. Entró en la habitación, y dijo:

—*Lady* Caroline ha venido de visita.

—¡Caro! —exclamó Hollis, alegremente.

Caroline pasó por delante de Donovan con una sonrisa desvergonzada. Él le devolvió una sonrisa de diversión y, después, cerró la puerta. Caroline se encontró en el abarrotado estudio de Hollis. Su amiga estaba inclinada sobre la maqueta de la revista, revisándola antes de enviarla a Gilbert and Rivington para su impresión, algo que hacía dos veces al mes.

En el centro de la estancia había una mesa de comedor, y allí era donde Hollis había extendido las páginas de aquella edición. Había números atrasados por el suelo y en las estanterías que le había fabricado Donovan. Sobre uno de los montones de revistas del suelo dormitaba un gato atigrado, y otro estaba sentado en una de las baldas. Había libros, cuerdas, tijeras y unos anteojos, los que se ponía Hollis cuando trabajaba hasta tarde por las noches.

Hollis también había empezado a utilizar un monóculo para examinar la maqueta antes de su impresión y, en aquel momento, lo tenía puesto en un ojo.

—Esto parece una oficina gubernamental —dijo Caroline, mirando a su alrededor. Tomó unas cuantas hojas de una butaca, las puso en una de las baldas y se sentó.

Hollis dejó el monóculo.

—¿Qué te trae por aquí en este precioso día, aparte de la intención de seducir a mi ayuda doméstica?

—No puedo evitarlo, Hollis. Donovan es tan guapo, que se merece ser admirado, y tú no lo haces.

—Sí es admirado, no te preocupes. La semana pasada me acompañó al mercado, y allí nos encontramos con una muchacha que no dejaba de cruzarse en nuestro camino a la menor oportunidad. Muy tenaz.

Caroline se echó a reír y puso los pies sobre una pila de revistas.

—Tengo noticias.

—¡Espléndido! —exclamó Hollis—. Tengo espacio para algún chisme más en el próximo número. Cuéntame.

—¿Sabes lo del príncipe Leopold y el burdel?

—¡Claro! Tú misma me lo contaste, ¿no te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Eso ocurrió solo una semana después de que yo lo viera persiguiendo a nuestra doncella Ann en el mercado de Leadenhall.

—¡Todavía no puedo creer que fueras allí! —exclamó Hollis, riéndose—. Le escribí una carta a Eliza rápidamente, contándole que habías ido a Leadenhall con el señor Morley y sus hermanas.

—Eso no importa —dijo Caroline—. Sospechaba que el príncipe es un mujeriego. Lo del burdel era cierto. Pero, entonces, Priscilla se lo contó a *lady* Montgomery…

—¡Ah, sí! Me enteré —dijo Hollis—. Ella estaba angustiada por

si acaso hacía algo tan terrible otra vez justo antes de su baile.

—Y, naturalmente, yo se lo conté a *lady* Norfolk, porque ella no me perdonaría nunca que no se lo dijera, que *lady* Montgomery hubiera tenido la oportunidad de retirarle la invitación al príncipe y no haber podido hacer lo mismo.

—¿Se lo contaste?

—¡Sí! Es un comportamiento inaceptable para un hombre de su posición —dijo Caroline. Se cruzó de brazos y miró a la nada un momento.

Al rato, se dio cuenta de que Hollis no decía nada, y la miró.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —preguntó su amiga—. Bueno, es que tengo muchísima curiosidad por saber qué tienes en mente. Creía que te habías propuesto no estar tan enamorada de él.

—No estoy enamorada de él —dijo Caroline, con un resoplido desdeñoso.

—¿De verdad? Porque es la segunda vez que vienes a mi casa desde que te recuperaste, y las dos veces han sido para quejarte de él.

Caroline volvió a resoplar.

—Es que me desconcierta. Por eso creo que las damas de buena reputación deberían estar lejos de él. Puede ser increíblemente encantador, pero, bajo las apariencias, está ese comportamiento despreciable. Pero la suerte está echada, ¿no? Priscilla dice que *lady* Pennybacker también va a reducir su lista de invitados.

—¡Caro! ¿Qué vas a hacer?

Realmente, nunca había sido su intención poner todo aquel engranaje en movimiento, pero Priscilla no dejaba de contárselo a todo el mundo, y Augusta… Bueno, Caroline estaba un poco malhumorada durante aquella visita.

—Mis amigas no quieren que entre una persona sin moralidad en sus casas. Yo no puedo hacer nada al respecto, porque Beck piensa que el príncipe es uno de sus mejores amigos.

—Bueno, pero supongo que tú tienes más sentido común —dijo Hollis, con un deje de sarcasmo.

—No lo sé, pero me avergüenzo de haberlo besado.

A Hollis se le escapó un jadeo.

Caroline agitó suavemente una mano, como si fuera un asunto

trivial. Sin embargo, no lo era. Tenía el corazón ardiendo desde aquel beso.

—¡No fue nada! Estaba enfadada, nada más.

—¡Enfadada! ¿Y por qué ibas a besar a alguien si estabas enfadada? Vamos, cuéntame lo que ocurrió.

Caroline se lo contó. Después de todo, para eso había ido a ver a su amiga, para desahogarse. Hollis se apoyó en el respaldo de su asiento, sonriendo maravillada al oír su relato.

—Deja de sonreírme así —le dijo Caroline, gruñendo.

—Eso fue muy atrevido incluso para ti, Caroline. ¿De verdad estás tan enamorada de él?

Aquella pregunta, formulada seriamente, hizo que Caroline se sobresaltara.

—¡Por el amor de Dios, Hollis! ¡Claro que no lo estoy!

—Un poco, sí. Reconoce que fue muy amable llevándote flores cuando estabas enferma.

—No me las llevó a mí, se las llevó a Ann. Sinceramente, no lo aguanto. Se merece a *lady* Eulalie, en mi opinión. No entiendo que ella acceda a casarse con él.

Hollis se echó a reír.

—¿De verdad que no? Se va a casar con él para tener más riqueza y más privilegios; y él, con ella, para forjar una alianza política.

—Pero el matrimonio no es para eso —dijo Caroline—. La gente debería casarse para ser feliz y tener un compañero. Yo evitaría ese tipo de unión con todas mis fuerzas.

—Tú no eres un príncipe y no crees en el matrimonio, ni en las mejores condiciones —dijo Hollis.

—Eso no es verdad.

Hollis se encogió de hombros.

—Está bien. Temes al matrimonio.

—No lo temo. Al contrario de lo que tú crees, me gustaría mucho estar casada. Pero… quiero que alguien me quiera por quién soy, no por mi aspecto. Ni por mi dote. Esas cosas no pueden sustentar un matrimonio.

—Me estoy acordando de Mary Pressley —dijo Hollis, pensativamente—. Ella se enamoró locamente de Malcolm Byrd y, supuestamente, él también se enamoró de ella; pero, desde

entonces, Mary es muy infeliz.

—La trata muy mal —dijo Caroline.

Mary era amiga suya de la infancia. Era una chica muy buena. Siempre quiso casarse y tener hijos. El señor Byrd empezó a cortejarla y ella se enamoró. Sin embargo, después de la boda, la realidad fue muy diferente a lo que todos habían imaginado. Malcolm Byrd no se parecía en nada al hombre que había cortejado a Mary. Era un monstruo cruel, y golpeaba a su esposa si ella no le agradaba en algún sentido.

Una vez, después de que Mary hubiera tenido su primer hijo, Caroline le había rogado que huyera, que dejara a su marido. Sin embargo, Mary se había reído amargamente.

—¿Y dónde voy a ir, Caroline? ¿Con mis padres, que son tan ancianos? No tengo dinero, no tengo nada. Y él nunca me permitiría que me llevara a nuestro hijo. Tengo que soportar esta cruz.

Entonces, le había tomado la mano a Caroline y se la había apretado con fuerza.

—No se conoce a una persona hasta que has compartido su cama y su casa. Es imposible saber cuál es su verdadera naturaleza. Acuérdate siempre, y ten cuidado.

Caroline nunca había olvidado aquella advertencia. Los señores podían ir de visita, ser encantadores y corteses, pero ella siempre se preguntaba cómo eran en realidad, y ellos nunca mostraban el mismo interés por su persona. Por cada matrimonio como el de Hollis y Percival, o el de Sebastian y Eliza, había otros mucho más desgraciados y oscuros.

Sin embargo, tenía que admitir que sí quería sentirse amada.

—Creo que deberías decirle al príncipe lo que sientes —le dijo Hollis.

—¿A qué te refieres? Estás loca, Hollis —le dijo ella, y su amiga se echó a reír—. No he venido aquí para que me des semejante consejo.

—Has venido porque soy tu confesora y tu conciencia. ¿Quieres venir a ver a mi padre?

—Me encantaría —dijo Caroline, con un suspiro—, pero Beck y yo nos vamos a Arundel mañana. Le prometí a Augusta que iría a verla. Le preocupa mucho estar sola. No tiene a nadie, salvo a sus hijas, para que la entretengan en este momento.

—Oooh —dijo Hollis, con los ojos muy abiertos—. Puede que sean las niñas menos entretenidas que conozco. Son unas pequeñas bestias.

Caroline se puso en pie, se acercó a Hollis y le dio un abrazo.

—¡Adiós, querida mía! Saluda a Beck de mi parte. ¿Nos vemos la semana que viene? —le preguntó Hollis, cuando salía del estudio.

—¡Antes! —respondió Caroline.

Tomó la capota de la consola donde la había dejado Donovan, se la puso y salió a la calle. Miró al cielo, que estaba muy azul. Ella no estaba enamorada del príncipe Leopold. Solo porque fuera el único hombre que había llenado su imaginación, o que no se había fijado solo en su fachada, o que había ido más allá, no iba a enamorarse. Y entonces…, ¿por qué se angustiaba tanto al pensar en que él iba a marcharse de Inglaterra?

Porque era tonta, por eso, y tenía la terrible costumbre de sentirse atraída por los granujas. Iba a recordar mucho aquel beso, pero no iba a echarlo de menos ni un instante cuando se fuera.

Se convenció de aquello e incluso lo creyó… hasta el momento en el que subió al carruaje que iba a llevarlos a Arundel.

Capítulo 16

Una dama generosa va a aumentar el número de residentes en su casa y, por suerte, no se trata de más perros, sino de dos nuevas doncellas. Se espera que la dama y su esposo celebren muchos eventos festivos durante el verano, empezando con una fiesta en el jardín de su mansión, la primera de la temporada social.

Señoras, aplíquense abundantemente una mascarilla hidratante todas las noches y, a las dos semanas, su piel habrá recuperado todo el vigor juvenil.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leo podía contar con los dedos de una mano las veces que había sentido el desprecio de una mujer por él. En realidad, ni siquiera necesitaría contar con la mano, porque no había sucedido nunca. Hasta aquel día.

Aquel día, cuando había subido al carruaje, frente al Hotel Clarendon, la mirada de *lady* Caroline se había vuelto glacial. Leo había pensado que su primer encuentro después del beso sería interesante, pero no se esperaba aquello. Era casi como si *lady* Caroline se tuviera por la parte perjudicada, cuando, en realidad, era ella la que se había tomado libertades con él.

Ella se cruzó de brazos y miró a su hermano.

—¿Qué significa esto?

Beck se sorprendió tanto que pestañeó.

—¿El qué?

Ella miró a Leo.

—¿El príncipe Leopold? Su Alteza iba a Arundel, como nosotros, y le ofrecí que viniera en nuestro carruaje.

—¿Cómo? Tiene guardias. ¿No deberían acompañarlo ellos?

—Van a escoltarnos, Caro. Vendrán a caballo detrás del coche. Pero, obviamente, el coche es más cómodo para el príncipe.

—Por el amor de Dios, Beck —dijo ella, con enfado, y comenzó a recolocarse los volantes de la falda del vestido.

—No te entiendo, Caro. ¿Qué ocurre? ¿Es que te ha ofendido en algo?

Lady Caroline se ruborizó.

—*Je*, por favor, si la he ofendido en algo, dígamelo, *lady* Caroline, y haré todo lo posible por compensarla. La última vez que hablamos, me dio la impresión de que me tenía en su más alta estima —dijo Leo, con una sonrisa.

Caroline enrojeció aún más.

—Le pido disculpas, Su Alteza, si le di esa impresión. Solo estaba siendo amable.

—Ah —dijo él, sonriendo de nuevo—. Entonces, tengo que decir que fue amable en extremo.

—Se llama cortesía, señor.

—¿Ah, sí? ¿Ese es el nombre? —preguntó él, cabeceando—. Todavía estoy aprendiendo algunos términos del inglés.

—¿Me he perdido algo? —inquirió Beck.

—¡Nada! —respondió Caroline, y apartó la mirada de Leo.

Sin embargo, él no dejó de mirarla. Estaba disfrutando de su incomodidad. Siempre que se encontraban, él era el que estaba en una posición de desventaja, y no le pesaba que, por una vez, fuese ella la que se sintiera insegura. Le gustaba ver aquel color rosado en sus mejillas, porque sus ojos verdes y brillantes destacaban aún más.

—Sí, claramente, hay algo —dijo Beck, desconcertado.

—¿De verdad, Beck? ¿Es que se te ha olvidado que empezaste tú, pidiéndole consejo a Su Alteza Real sobre lo que debías hacer con tu hermana, la solterona?

—Yo no le pedí consejo. Sé exactamente lo que hay que hacer. Ya lo verás.

Lady Caroline puso los ojos en blanco. Sin embargo, Leo estaba interesado en saber lo que Beck pensaba que había que hacer.

—Tengo planes para ti —dijo Beck.

Aquello sí captó la atención de Caroline.

—¿Quién?

—Ladley, para empezar.

Ella se echó a reír.

—¿Tu amiguito del colegio? Robert Ladley nunca ha pasado junto a una botella de *whisky* o una cerveza sin bebérsela.

Beck frunció el ceño, como si no lo supiera perfectamente.

—Disculpa, pero Ladley estaba lo suficientemente sobrio como para ir corriendo a buscar al médico la noche que tú estuviste a punto de morir.

—Yo no estuve a punto de morir y, además, ¿no tuviste que pedirles ayuda a dos de los sirvientes, hace poco, para conseguir meterlo en un coche y mandarlo a su casa?

—Una sola vez.

—¿Quién más? —preguntó *lady* Caroline, alegremente, después de haber descartado al conde de Montford.

Beck alzó la barbilla.

—Lord March.

Leo no conocía a lord March, pero *lady* Caroline sí, claramente. Volvió la cabeza despacio y atravesó a su hermano con una mirada que hizo que él se encogiera.

—No es tan malo como piensas —dijo Beck, rápidamente—. Sé lo que se dice de él, pero solo porque Hollis lo cuente en su revista, no tiene por qué ser cierto.

—Da la casualidad de que Hollis acierta en la mayoría de los casos. Sigue pensando, Beck. Además, este no es el mejor momento para hablar de mi matrimonio. No querrás que el viaje sea tedioso para Su Alteza Real.

—A él no le importa —dijo Beck, confiadamente, cuando la realidad era que sí le importaba mucho—. No debes pensar en él como en un príncipe, Caro. Es más como… como un tío.

—¿Un tío? —preguntó Leo, con incredulidad.

—Lo que quiero decir es que ahora eres de la familia —dijo Beck —. Eres el hermano del príncipe Sebastian, que se casó con Eliza y, Caro, tú siempre has dicho que Eliza y tú sois más hermanas que amigas. Dios sabe que Hollis me trata como si fuera su hermano.

Caroline se quedó mirando a Leo, y él, a ella.

—De acuerdo —dijo Caroline—. Es mi tío.

—No, no soy tu tío —dijo él—. No soy el tío de nadie —añadió, mirando a Beck.

Sin embargo, parecía que ya ninguno de los dos lo escuchaba. Los dos se habían puesto a mirar el paisaje de colinas verdes por la ventanilla. Y, mientras observaba, Beck empezó a contar anécdotas de un día de caza que había pasado con Norfolk hacía varios años.

Lo indicado para adormilar a cualquier persona.

Después de soportar una hora de parloteo, Leo empezó a quedarse dormido, cuando el coche dio una sacudida extraña. Él se incorporó. Beck estaba inclinado hacia delante, intentando ver qué ocurría. El coche se detuvo.

—¿Qué pasa? Vosotros dos quedaos aquí —dijo Beck, con firmeza.

Abrió la portezuela, bajó de un salto y volvió a cerrar. Leo lo oyó llamar al cochero y preguntarle si era un problema con una rueda.

Caroline se irguió lentamente, mirando con fijeza a Leo.

Él se apoyó en el respaldo acolchado del asiento. El sonido de los hombres hablando, o quizá discutiendo, se perdió en el trasfondo.

—¿No deberías bajar a ver qué ha pasado? —le preguntó ella—. ¿Y a echar una mano?

—Gracias por tu sugerencia, pero creo que prefiero quedarme aquí y averiguar por qué me tratas como a un leproso.

—No te trato como a un leproso.

—¿No? Pues a mí me parece que sí. Llámalo como quieras, pero me estás tratando de un modo muy diferente a la última vez que nos vimos. Te acuerdas de la última vez que nos vimos, ¿no?

El color volvió a sus mejillas.

—Sí, es cierto. Me comporté mal, pero es que estaba muy enfadada. Te pido perdón.

—Interesante —dijo él. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. Es algo muy extraño hacer eso cuando estás enfadada. ¿Es siempre así?

—Obviamente, no. Depende de la persona y de la ofensa.

Él asintió con una sonrisa de diversión.

—Ahora no sé si me estás haciendo un cumplido o no.

Ella frunció el ceño.

—No volverá a ocurrir. Perdí la cabeza. Mis actos no eran indicación de que sienta ningún… afecto por ti.

—Ah. Ya. Pero el color de tus mejillas en este momento, y el entusiasmo de aquel beso, dicen lo contrario. ¿Estás segura de que no sientes ni un poco de afecto?

Ella chasqueó la lengua.

—Completamente segura.

Leo se inclinó aún más hacia delante, y *lady* Caroline se echó hacia atrás. Él puso las manos en el asiento de enfrente, a cada lado de las rodillas de Caroline.

—¿Puedo darte un consejo, Caroline?

Ella tomó aire.

—Preferiría que no lo hicieras.

Él alzó una mano y le acarició la mandíbula.

—Mi consejo…

—Que preferiría no escuchar…

—Es que no beses a ningún hombre a causa de la ira. Un beso de enfado puede ser un disfrute y, ciertamente, el tuyo lo fue, no voy a negarlo. Pero no es tan gozoso como un beso de felicidad.

Ella pestañeó y clavó la mirada en sus labios, y él notó que su deseo se despertaba.

—Supongo que tendré que creer lo que dices. Tengo entendido que eres un experto.

—Sé un poco al respecto —dijo él. Y, sin poder contenerse, acarició el hoyuelo de la mejilla de Caroline con las yemas de los dedos.

—Y yo sé un poco de los mujeriegos —respondió ella—. Reconozco a uno al instante.

Leo sonrió. Se acercó a ella.

—¿Estás enfadada otra vez, Caroline?

—Sí, Leopold, un poco.

—¿Te gustaría que me apartara?

Ella vaciló. Apartó la mano de Leopold de su cara, y él pensó que era el final. Estaba a punto de volver a su sitio cuando ella tomó su cara con una mano.

—Te advierto que, si me besas, tendrá un significado. Así que te aconsejo que te lo pienses bien, si vas a hacerlo.

—Lo he pensado bien —dijo él, y volvió a acercarse.

Ella posó la mano en su pecho y suspiró.

—Eres el peor tipo de mujeriego que existe, Leopold Chartier. Pero, si quieres hacerlo, hazlo. No tenemos mucho tiempo.

Él contuvo una carcajada de sorpresa.

—¿Alguna vez te han dicho que eres muy contradictoria?

Ella le pasó un dedo por el labio inferior.

—¿A qué demonios estás esperando?

Entonces, Leo la besó. El beso fue muy diferente al que le había dado ella. La besó con suavidad, con cuidado, deteniéndose en sus labios hasta que su olor a flores le llegó a la nariz. El beso fue tan exquisito, que él tuvo que clavar los dedos en el asiento para no abalanzarse sobre ella y mordisquearla como si fuera un manjar delicado. Le separó los labios con la lengua. Ella alzó la barbilla y abrió la boca. El beso fue tierno y lento, pero las llamas que lo consumieron, no.

Caroline posó la mano en su mandíbula, y aquella caricia hizo que se estremeciera. Tuvo la sensación de que podía explotar de deseo en cualquier momento. Había pensado en tentarla, pero era ella la que lo estaba seduciendo para llevarlo a una montaña de placer, y él no quería otra cosa que ir con aquella mujer tan atrevida.

Fue Caroline quien le recordó dónde estaban. Tomó su cara con ambas manos y le apartó la cabeza.

—Mi hermano está ahí fuera.

Beck. El único amigo que le quedaba, si las cosas seguían como las últimas semanas. Leo se contuvo. Asintió, cerró los ojos un instante y volvió a su sitio, al otro extremo del carruaje, colocándose el abrigo aluciano para ocultar su enorme erección. Se pasó la mano por el pelo y le sonrió.

—¿Qué le ha parecido el beso, señora?

—Umm… Me ha parecido agradable —dijo Caroline, y sonrió con impertinencia.

—No te creo —dijo él, para seguirle el juego—. Creo que has sentido ese beso como nunca habías sentido otro en la vida —le dijo, enarcando una ceja, desafiándola a que lo contradijera.

Ella se echó a reír, y respondió:

—Vaya, ¿quién es el orgulloso ahora? Muy bien. Ha sido muy

agradable, Alteza. Gracias.

Sonrió aún más.

Estaba disfrutando de aquel jueguecito. Y él también.

—Tú, pequeña…

De repente se abrió la puerta, y Beck se asomó al interior del coche. Miró a su hermana, que tenía la misma sonrisa que un gatito gordo.

—Un problema mecánico —dijo, y entró—. Uno de los arneses. Siempre pasa algo con los arneses —añadió, mientras se sentaba. Y empezó a hablar de todas las veces que había tenido algún contratiempo con un arnés.

Leo no oyó mucho de lo que decía. Solo podía pensar en lo excitado que estaba por la mujer que iba sentada frente a él, con la sonrisa más atractiva y descarada que hubiera visto jamás.

Capítulo 17

Todo Londres se alegra del regreso del sol a nuestro cielo, pero muchos ya se han ido al campo. En Sussex se espera la visita de lord Hawke, que debutará con su yegua de carreras aluciana en la carrera de las Four Corners. Se rumorea que ha llevado a la yegua a Arundel para alojarla allí hasta que termine la temporada hípica.

Se habla mucho de un té ofrecido en casa de la señora Moriarty, debido a que una invitada en particular acudió a la cita vestida con un traje matinal. Señoras, es importante saber vestirse para la ocasión, para no ser aquella a la que recuerda todo el mundo, y no por los motivos a los que aspira.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Augusta, *lady* Norfolk, tenía muy mal humor, pero había que perdonarla. Estaba en el último mes de embarazo y se quejaba de que nada le quedaba bien, de que le dolía la espalda y de que odiaba a su marido.

—Augusta —le dijo Caroline, con una sonrisa comprensiva—. No odias a Henry.

Le había puesto la bata que le había hecho para probársela, pero se había dado cuenta de que le quedaba pequeña. Era culpa suya. Nunca había estado tan cerca del vientre de una embarazada, y era… muy grande. A Caroline le preocupaba que Augusta tuviera más de un niño en el vientre. Parecía que tenía un pueblo entero.

Augusta se había dejado caer en una silla, con las piernas

extendidas. Caroline se acercó a la ventana a contemplar el jardín. Era un día soleado, y quería estar al aire libre, con los demás. Beck y Norfolk estaban sentados en unas hamacas, y había una niñera meciendo a un bebé de un año a la sombra de un árbol. Y, en un claro, en el césped, Leopold estaba jugando con las dos hijas pequeñas de Augusta y con un perro blanco y negro.

Parecía que él estaba disfrutando. Se reía con las niñas y las animaba a que lo persiguieran. Caroline intentó imaginárselo con los hijos que iba a tener con *lady* Eulalie. Pequeños príncipes y princesas que se parecerían mucho a él.

Se sintió un poco dolida.

Distraídamente, se tocó los labios con las yemas de los dedos al recordar el beso del carruaje. Había sido tan tierno y considerado… No la había besado con la misma pasión desesperada que ella, pero el beso había hecho florecer su cuerpo. Notaba que se estaba abriendo como una flor, que quería más. Que lo quería todo.

Dios santo. Tal vez Beck tuviera razón, y ya era hora de que se casara. Estaba más excitada que nunca y quería cosas que no podía tener. No era una santa, la habían besado y acariciado, pero siempre había sido consciente de que tenía que proteger su virtud. Sin embargo, el día anterior, en el carruaje, había pensado seriamente en olvidar toda su contención.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Augusta.

—A tus hijas y a tu marido, que están en el jardín.

Augusta suspiró con desesperación. Caroline se giró hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo Augusta. Después, cabeceó—. No, no estoy bien. Henry desaparece de mi lado cuando estoy confinada.

Caroline se echó a reír y señaló la ventana.

—Pero si está ahí, querida. No ha ido a ninguna parte.

—Desapareció durante los últimos cuatro meses del embarazo de Mary. En cuanto se enteró de que estaba embarazada otra vez, empezó a desaparecer de nuevo. Está aquí en cuerpo, pero no en alma. Detesta mi cuerpo en este estado —le explicó Augusta, entre lágrimas—. Ha llegado a algún tipo de acuerdo de exportaciones y, como parte del trato, ha traído a casa a una sirvienta para la cocina. ¿Te lo imaginas? Ella era parte del pago. No es la primera vez que sucede. Ya ha tenido a más chicas escondidas en las habitaciones de

servicio. Yo me libré de la última.

Caroline estaba asombrada.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¿Tú qué crees?

—No, Augusta —dijo Caroline, acercándose a su lado—. ¡No es verdad! Él está enamorado de ti.

—¡No me digas lo que es verdad, Caroline! Yo sé lo que hace y lo que no hace.

Caroline empezó a pensar que podía ser cierto. La noche anterior, cuando habían llegado, Henry se había llevado a Beck y al príncipe a otro sitio, como si Augusta y ella no existieran. Cuando se lo había dicho a Beck, él le había respondido que Augusta no quería tener nada que ver con Leopold y, además, ¿por qué quería ella estar con los caballeros mientras fumaban y hablaban de cosas masculinas?

—¿Qué cosas masculinas?

Beck frunció el ceño.

—Cosas masculinas. Utiliza la imaginación, Caro.

Se había dado un golpecito en la cabeza con dos dedos y se había marchado, dejándola sola para que pasara el día con una Augusta que estaba desolada.

—La bata es maravillosa —dijo Augusta, acariciando la tela bordada.

—El bordado es de Martha. Me ha enseñado mucho —dijo Caroline—. Ella lo hacía mientras yo cosía el bajo.

—No sabía que tenías este talento —dijo Augusta.

Caroline se echó a reír.

—Yo tampoco. Pero el verano pasado no encontraba modista que estuviera dispuesta a hacer una cola al estilo aluciano. A mí siempre se me ha dado bien la aguja, y pensé que podía intentarlo. No fue tan difícil como pensaba —dijo, y se encogió de hombros.

Se abrió la puerta del salón y entró una doncella muy joven con una bandeja de té. Se tropezó, y la tetera tintineó contra las tazas.

En cuanto la vio, la expresión de Augusta se volvió sombría.

—Por el amor de Dios, no seas estúpida.

Aquella forma de tratar a la muchacha sorprendió a Caroline. Nunca había oído a su amiga hablarle tan mal a un sirviente.

—Le pido perdón, *milady* —dijo la joven, con un ligero acento

extranjero.

Parecía que le tenía terror a Augusta. Puso la bandeja en una mesa y pasó junto a Caroline para recoger un vaso usado. Entonces, Caroline se fijó en algo más: llevaba un pedazo de tela verde prendida al cuello del uniforme. ¿Era una coincidencia, o se trataba de una wesloriana?

—¿Necesita algo más, *milady*?

—No. Márchate —le dijo Augusta, con frialdad.

La doncella salió casi volando de la habitación y, cuando Caroline se volvió hacia Augusta, su amiga estalló en sollozos.

—¡Augusta! —gritó Caroline. Se acercó rápidamente y se arrodilló a su lado—. ¿Qué te ocurre?

—Es ella —dijo Augusta, entre lágrimas—. Esa es la chica con la que se está acostando Henry.

—Debes de estar en un error, Augusta. Henry nunca haría eso.

—¡Sí! Cree que no lo sé, pero todos hablan. Los sirvientes murmuran, y yo los oigo. Duerme en una habitación que hay junto a la cocina, y ya he visto a mi marido merodeando por allí dos veces, vestido con la ropa de dormir. No viene conmigo. Va con ella.

—Augusta… —dijo Caroline, suavemente. Lo que su amiga le había contado era algo infame y, quizá, algo que ella esperaba—. No sé… Los hombres son monstruos —dijo, incapaz de dar con otra palabra para describir al duque de Norfolk.

—Por eso no quiero que esté aquí —dijo Augusta.

—¿Henry?

—¡No, el príncipe! Tenías razón, Caroline. Es un mujeriego, y creo que ha sido una mala influencia para Henry. En la universidad eran compañeros, ¿sabes? Se conocen desde hace mucho. Han cazado juntos, han ido a los clubes de caballeros. He oído decir que el príncipe fue a un burdel y se llevó a una chica. Seguramente, también llevó a Henry.

Caroline se quedó mirando a Augusta. No podía decir nada en defensa del príncipe. Había oído decir lo mismo, pero no le parecía que Leopold fuera de los que arrastraban a otros a la disipación.

—Lo siento muchísimo, Augusta.

Augusta se giró, tomó un almohadón y comenzó a sollozar contra él.

Caroline se puso en pie lentamente y volvió a la ventana. Observó de nuevo la escena bucólica. ¿Henry se estaba acostando con una doncella muy joven? ¿Leopold estaba llevando a sus amigos a burdeles? Lo miró. Estaba tan relajado, sentado en la hierba, con las niñas subiéndosele por encima… Era difícil verlo así e imaginarse su otro lado, tan oscuro. Era difícil entender lo que llevaba a un hombre a tener aquel tipo de comportamiento. Se le encogió el estómago. ¿Besaba a aquellas mujeres como la había besado a ella? ¿Les sonreía como le había sonreído a ella?

El larguísimo día con Augusta terminó cuando su amiga dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza y envió una nota a su marido diciendo que no iba a asistir a la cena. Caroline se quedó sola para cenar con los tres hombres. Por lo general, habría disfrutado de aquella situación. Incluso había llevado un vestido verde espectacular, con una cola al estilo aluciano y un escote más atrevido de los que ella solía utilizar. Sin embargo, aquella noche no se sentía del todo bien. No quería su admiración ni su atención. Lo que quería era estar en casa con una aguja y un retal, y su imaginación. Dios santo, se estaba convirtiendo más y más en una solterona a medida que pasaban las horas.

La doncella a la que enviaron a su habitación para ayudarla a arreglarse se llamaba Janey, y debía de tener unos dieciséis años, más o menos, la misma edad que la otra sirvienta.

Janey admiró sin ambages el vestido y el aspecto de Caroline. Era muy habladora, y Caroline aprovechó la oportunidad.

—Hay otra sirvienta aquí, una chica de pelo oscuro.

—¡Hay muchas sirvientas, señora! Arundel es muy grande, a lo mejor, más grande que Windsor. Es lo que dice Adam. Adam está en el establo, y va con los duques a Londres para cuidar de los caballos.

—Sí, es una finca enorme —dijo Caroline—. Pero, esa chica… ¿es wesloriana?

—¡Ah, Jacleen! Estuvo solo dos semanas en Londres antes de que el duque la trajera aquí. Todo es muy nuevo para ella.

—Ya, me lo imagino —dijo Caroline. No sabía si iba a poder mirar a la cara al duque aquella noche.

Cuando bajó a cenar, estaba muy apagada. Beck frunció el ceño

al verla, seguramente, por su escote. Ella lo ignoró. Debería sentirse agradecido de que no estuviera acostándose con algún sirviente o llevándose a sus amigos a los burdeles, como hacían sus amigos.

—¿Vino, señora? —preguntó un sirviente, ofreciéndole una copa de una bandeja.

Beck estaba con el duque, y Leopold estaba al otro lado de la enorme sala, sentado en una butaca, con un libro en el regazo.

—Gracias.

Tomó una copa y se acercó a la ventana para ver el atardecer. No llevaba mucho tiempo allí cuando se percató de que alguien se había acercado. Miró hacia atrás, por encima de su hombro, y vio al príncipe. Sin que pudiera evitarlo, sintió calor en la sangre con solo verlo. ¿Qué le ocurría para sentirse tan atraída por un granuja?

—Buenas noches, *lady* Caroline.

—Buenas noches, Alteza.

—Está usted… —dijo, mirándola de pies a cabeza—. Muy bien, realmente.

Sus ojos querían decir otra cosa. O, tal vez, solo fueran imaginaciones suyas, porque quería que él dijera algo más. Demonios… ¡No sabía lo que quería de aquel hombre! ¿Que la dejara en paz, o que la abrazara?

—¿Va a venir a cenar *lady* Norfolk con nosotros? —preguntó.

—No creo —dijo Caroline, mirando por la ventana.

Él se acercó aún más para asomarse también, y permanecieron en silencio unos minutos.

—Le gustan los niños —dijo ella.

—¿Disculpe?

—Lo he visto jugando con las niñas esta tarde.

—Ah —dijo él, y se giró hacia ella—. Sí, me gustan mucho los niños. ¿Y a usted?

—Sí. ¿No piensa tener los suyos? ¿No se pregunta cómo serán?

Él la miró con curiosidad.

—Sí, supongo que sí. ¿No es algo que todo el mundo se plantea en algún momento?

En realidad, ella no. Suponía que iba a tenerlos, pero no pensaba en cómo iban a ser, ni quién iban a ser.

—Bueno. Le deseo que *lady* Eulalie y usted tengan muchos niños felices y sanos.

Leopold se puso serio al instante.

—Sí —dijo, y apartó la mirada.

Caroline se arrepintió de lo que había dicho. No quería ser mezquina, sino amable. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo había evolucionado su trato, aquello había sonado un poco… petulante.

—Lo siento…

—No se preocupe —dijo él, rápidamente—. Es lógico —añadió, con una sonrisa triste—. No encuentro ninguna alegría en un matrimonio inevitable que yo no he buscado.

A Caroline le sorprendió que le confesara algo así. Los príncipes no podían casarse con quien quisieran. El hermano de Leopold, Sebastian, se había arriesgado mucho eligiendo a Eliza; podrían haberle privado de la sucesión al trono si su padre lo hubiera exigido.

—Supongo que los matrimonios pocas veces son lo que buscamos.

Él bajó la mirada hacia su vaso, y preguntó:

—¿Y usted, *lady* Caroline? ¿Hay alguien con quien quisiera casarse y tener hijos?

Ella negó con la cabeza.

—Me gustaría tener hijos algún día, por supuesto. Pero, si soy sincera, no lo veo probable.

—¿Por qué no?

—En realidad, no lo sé, pero cuando me imagino mi vida en el futuro, nos veo solos a Beck y a mí. Mi hermano y yo somos una pareja extraña.

—Creo que las circunstancias pueden unir mucho a unos hermanos. En mi caso y el de Bas, fueron las restricciones a las que nos vimos sometidos por ser hijos de los reyes. Para usted y para Beck, me parece que fue el hecho de haber perdido a sus padres a una edad tan temprana.

Era cierto. El príncipe era muy perceptivo. Beck y ella siempre habían sido inseparables. Beck tenía solo catorce años cuando había muerto su madre, y su padre había muerto mucho antes.

—¿Cómo está *lady* Norfolk? —preguntó.

—Está…

Destrozada. Hundida. Caroline cabeceó. En aquel momento, sus

sentimientos eran muy contradictorios.

—Está muy embarazada.

—Ah. Tal vez se sienta mejor mañana, cuando yo me marche —dijo el príncipe. Miró a su alrededor, y dijo en voz baja—: Anoche los oí discutir, así que tengo muy claro lo que la duquesa piensa de mí.

—Oh, Dios mío.

Si Augusta había sido tan clara con su marido como lo había sido con ella, entonces Leopold lo sabía todo.

—Creo que solo se va a calmar cuando dé a luz. No es ella misma.

Él alzó la copa de vino.

—Por la salud de *lady* Norfolk.

—Por su salud.

Sus copas se tocaron delicadamente, y ellos se miraron a los ojos. Fue casi como si estuvieran solos en el mundo. Caroline sentía la misma energía que había sentido en el coche, cuando se habían besado. Notó que le ardían las mejillas.

El mayordomo rompió el hechizo al anunciar la cena.

—Ah, estupendo —dijo Norfolk, y atravesó la sala para ofrecerle el brazo a Caroline—. ¿Vamos?

En el salón, Caroline tenía asignado el sitio enfrente de Leopold. No prestó atención a la conversación que, por supuesto, versaba sobre las carreras de caballos. El príncipe y ella siguieron cruzando la mirada. Ella observó cómo se reía con sus amigos, cómo bromeaba, y cómo daba sus consejos, respetuosamente, cuando se los pedían. ¿Quién era aquel hombre? ¿Era el mismo que se había llevado a una muchacha de un burdel para su placer? Cuanto más se acercaba a él, más pensaba que no lo conocía en absoluto.

No podía dejar de mirarlo subrepticiamente. A la suave luz de las velas, no podía dejar de hacerse preguntas.

¿Y si, y si, y si?

Capítulo 18

El inminente nacimiento de un hijo puede ser un momento de ansiedad para una familia, incluidos los sirvientes, que a menudo soportan la peor parte de la incomodidad y la incertidumbre de todos. Nos llega la noticia de que una joven sirvienta desapareció de su puesto después de sufrir maltrato por parte de su amante en Arundel. Curiosamente, la criada desapareció al mismo tiempo que un ilustre y principesco invitado.

Señoras, deben aplicarse enérgicamente dos huevos batidos en el cuero cabelludo y dejarlos actuar dos minutos. Después, aclárense con agua tibia y continúen con la crema capilar Kaylor. Su cabello quedará como la seda, y los rizos, mucho más fáciles de manejar.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leo había pasado la mayor parte de la tarde husmeando en busca de Jacleen, pero el castillo era un lugar monstruoso. Sin embargo, tuvo buena suerte. Una doncella llevó bandejas de comida y té para el duque y algunos nobles de la zona, que habían ido a visitarlos. La muchacha llevaba un parche verde en el cuello. Estaba muy delgada y pálida, y tenía ojeras.

La vio cuando ella estaba dejando una bandeja en una mesa muy larga, siguiendo las instrucciones del mayordomo. Cuando ella se marchaba, Leo la llamó:

—¡Señorita!

La doncella y el mayordomo se giraron hacia él, sorprendidos.

—Necesito que me planchen una camisa —dijo, rápidamente.

—No, ella, no —dijo Henry, que apareció a su lado y le puso una mano en el hombro—. Es de la cocina. Janey te la planchará. Peterson —le dijo a su mayordomo—, envía a Janey a la *suite* del príncipe.

Peterson asintió y le indicó a la sirvienta que se marchara.

Henry miró a Leo y se rio.

—¿Viajando sin ayuda de cámara, Leopold?

—A menudo, es más práctico dejarlo en Londres —dijo Leo—. Pero él mismo me advirtió que esto podía suceder.

Henry volvió a reírse y se alejó para seguir hablando con otros invitados.

Leo estaba seguro de que era Jacleen. Así pues, era sirvienta de la cocina. ¿Qué iba a hacer? No podía aparecer en la puerta de la cocina y preguntar por ella. Tal vez pudiera fingir que necesitaba algo. No, no. Eso no serviría. Henry le había asignado a Leo a un joven lacayo para que lo atendiera, y el muchacho lo miraba con atención, intentando anticiparse a sus necesidades.

Además, a Leo le estaba costando escaparse de su anfitrión. Cuando le había pedido disculpas por haber ofendido a su mujer, Henry se había echado a reír.

—Se ofende muy fácilmente. No debes hacerles caso a las mujeres, Leo —le había dicho.

Después, empezó a presentarles a los vecinos a su amigo el príncipe.

Tal vez más tarde, aquella noche, pensó. En el palacio de Constantino, los sirvientes de la cocina dormían en habitaciones cercanas a su ámbito de trabajo. Las tareas empezaban a las cuatro de la mañana en un palacio tan grande y, de ese modo, no despertaban a quienes todavía estaban durmiendo. En Arundel, el método debía de ser parecido.

Así pues, daría la excusa de que había sentido hambre por la noche e iría a la cocina, si conseguía encontrarla. Ya les había dicho a Kadro y a Artur que estuvieran listos para marchar a Londres al amanecer. Solo le quedaban doce horas para encontrar a Jacleen.

Leo estaba tan preocupado por su plan, que se olvidó de la camisa. Cuando Janey, la doncella, fue a buscarla, ya se la había puesto. Otra metedura de pata.

—Vengo a planchar una camisa, Alteza —dijo la muchacha, alegremente, con una reverencia.

—Oh. Ah… Vaya. Resulta que no estaba tan arrugada.

—¿No?

—No. Debió de plancharla mi ayuda de cámara antes de que yo saliera de viaje. O, quizá, se haya encargado algún lacayo de aquí mismo. Te pido disculpas.

—Sí, Su Alteza —dijo ella. Sin duda, estaba aliviada por no tener que añadir aquel trabajo a su lista de tareas. Hizo otra reverencia y se dio la vuelta para marcharse.

—Muchacha —dijo Leo, y ella se giró—. Janey, ¿no?

—Sí, Alteza.

Rápidamente, pensó en cómo podía preguntarle dónde estaba Jacleen sin levantar sospechas. No se le ocurrió ningún modo. Veía a la criada acudiendo rápidamente a Peterson para decirle que el príncipe extranjero estaba preguntando cómo podía encontrar la habitación de Jacleen. Cabeceó y sonrió un poco.

—No, nada. Gracias.

Cuando ella se fue, él se pasó las manos por el pelo con desesperación. No podía hacer nada, salvo esperar hasta después de la medianoche. A la hora de la cena, bajó a reunirse con Beck y Henry al salón privado de la familia. Tomó un libro y estuvo leyendo hasta que apareció Caroline. Entró como una reina, con un vestido de seda que se movía como una nube a su alrededor.

Lady Caroline era una verdadera belleza, pero tenía mucho más que una cara bonita y una figura espléndida. Había estimulado su curiosidad en muchos sentidos. Era descarada e imposible. Bella y sofisticada. Interesante. Desde que había vuelto a Inglaterra, su opinión sobre ella había cambiado mucho, y había empezado a disfrutar de sus encuentros. Su impertinencia le resultaba algo nuevo, fresco, seductor. Le gustaba que caminara por la vida del modo más indignante que podía. Y, todo eso, sin contar con que no podía olvidar sus besos. No podía negar la atracción que sentía por ella.

Aquella noche, sin embargo, no estaba tan animada como de costumbre. Estaba sombría. ¿Fatigada, tal vez? Apenas dijo una palabra durante la cena. Él tampoco, en realidad, porque Beck y Henry seguían totalmente entregados a sus conversaciones sobre

caballos y carreras de verano.

Caroline se animó, finalmente, cuando empezaron a jugar a las cartas. Sobre todo, cuando ella empezó a ganar. Entonces, sus ojos volvieron a brillar de nuevo a la luz de las velas. Le encantaba ganar y, cuando le encantaba algo, se ponía especialmente bella. Al reírse, los tirabuzones rubios se le movían alrededor de la cara, como si ellos también estuvieran encantados. Y, cuando gritaba para celebrar su victoria y recogía las ganancias de la mesa, era muy atractiva.

Ganó tres partidas seguidas y se rio a carcajadas cada vez. Dijo que eran los típicos hombres por extrañarse de que ganara, y que les había dado una buena paliza.

Beck soltó un resoplido.

—Has vuelto a estar con tus amigas americanas, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamó Caroline, triunfalmente—. Son mujeres muy interesantes. Deberías conocerlas, Beck.

Se puso en pie, con todas las monedas que había ganado en las manos.

—Con esto me compraré una capota nueva. Gracias, caballeros —dijo, e hizo una reverencia.

—Espera…, ¿dónde vas? —dijo Beck—. Eso también es ganancia mía, Caro. Yo te presté el dinero para empezar.

—Tienes toda la razón. Qué desconsiderada soy.

Cuidadosamente, contó dos libras y las dejó sobre la mesa, delante de su hermano.

—Aquí tiene su inversión, señor. El resto es mío. Buenas noches, caballeros.

Leo también se levantó.

—Creo que yo también voy a retirarme. Me marcho al amanecer, y debo acostarme ya.

—¿Tan pronto? —le preguntó Henry—. ¡Pero si acabas de llegar! Había pensado que mañana podíamos ir a visitar el pueblo.

—Tengo que encargarme de algunos asuntos alucianos —dijo él, como excusa.

Beck y Henry se despidieron y, mientras Caroline y él salían del comedor, Henry le hizo una seña al lacayo para que les sirviera un *whisky*. Caroline se detuvo en el pasillo y lo miró.

—Si quiere, puedo llevarle las monedas —le dijo él.

—¿Me toma por tonta, señor? Una dama aprende muy pronto que no debe entregarle sus ganancias a un caballero. En un abrir y cerrar de ojos, querrá hacer inversiones con el dinero en su nombre.

—Muy astuta.

Cuando se alejaron del salón, él comentó:

—No te tenía por jugadora.

—¿No? Pues me gusta mucho. Qué aburrida sería la vida si no pudiéramos apostar nada. Sin embargo, espero que tú no apuestes demasiado. Juegas terriblemente mal, y creo que harías mella en el tesoro real.

—¿Disculpa? Lo que pasa es que me han tocado muy malas manos.

—Ya. La excusa de los vencidos —respondió ella, riéndose.

Comenzaron a subir las escaleras, y tuvieron que apartarse un momento, porque uno de los sirvientes iba a toda prisa en dirección opuesta a ellos.

—¿Te marchas mañana? —le preguntó Caroline, mientras intentaba maniobrar, sujetando a la vez su falda y las monedas.

—Sí. Por Dios, Caroline, déjame que te lleve las monedas. Si quieres, luego puedes contar hasta el último penique y fustigarme si falta algo. Pero no vas a poder subir estas escaleras sin caerte si no puedes usar las manos.

—Tienes razón.

Le puso las monedas en la palma de la mano y, con cuidado, le cerró los dedos alrededor. Su mano permaneció un instante sobre la de él.

—Que no se te caigan.

Él cubrió la mano de Caroline con la que tenía libre.

—Preferiría morir —dijo él, con gravedad. Y, sonriendo, la soltó.

Ella se recogió la falda y siguieron subiendo las escaleras.

—¿Cuándo vuelves a Alucia?

—No lo sé exactamente, pero antes del final del verano. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás impaciente por que me marche?

—Ni te lo imaginas —dijo ella, con una preciosa sonrisa—. Y, cuando llegue ese momento, tendré que advertírselo a Eliza. Le escribo todas las semanas, sin falta. Se lo cuento todo.

—Espero que no todo —dijo él, y le guiñó un ojo. Entonces, se deleitó con el rubor de sus mejillas—. ¿Y por qué te molestas en

escribirle? Su hermana puede enviarle la revista, que no se deja ningún detalle por contar.

—En eso te equivocas. Siempre hay detalles que no contamos. ¿Te gustaría saber cuáles son?

—Sí.

—¡Lo sabía! Pero no te lo puedo contar —dijo ella, y se echó a reír.

Entraron a un pasillo muy ancho y continuaron su camino.

—¿De veras? Tal vez tenga que emplear mi técnica para sonsacar información a los individuos más reticentes.

—No te servirá de nada. Mis labios están sellados.

Una doncella pasó rápidamente a su lado, también en dirección contraria. Se detuvieron y la miraron, porque iba casi corriendo por el pasillo. Se miraron el uno al otro, y Caroline se encogió de hombros.

Continuaron.

—¿Qué cosas son las que le escribes a Eliza?

—¡Todo! Le conté lo de mi enfermedad, y que mi funeral estaba casi organizado, que nadie me preguntó qué me gustaría llevar puesto en mi propio entierro.

Leo se echó a reír.

—Le cuento cosas de ti —dijo Caroline, con una sonrisita descarada.

—¿Ah, sí? ¿Es que me estás espiando?

Ella chasqueó la lengua.

—No es necesario espiarte. Todo el mundo sabe tus noticias.

—Puede que te sorprenda, pero la mayoría de las cosas que crees que sabes de mí no son ciertas. Estoy seguro.

—Ya —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

—Por ejemplo, no tengo ninguna aventura con tu doncella, como creías con tanto convencimiento.

—Le llevaste flores.

—Esas flores eran para ti, Caroline. Me pareció que podía gustarte tener algo alegre en la habitación.

Ella entrecerró los ojos con escepticismo.

—Está bien. Las llevé para que te las diera Beck, y fue él quien sugirió que alegrarían tu habitación. Pero todos estaban ocupados preparando tu sopa, así que las subí yo mismo, porque quería verte

con mis propios ojos y asegurarme de que mi más digna oponente no iba a dejarme.

Caroline se detuvo delante de la puerta de una de las *suites* de invitados y se giró hacia él.

—Qué bonito. Me gusta la idea de ser una digna oponente. Y casi creería en tu preocupación si no hubieras desaparecido con Ann.

—Sí, es cierto. Pero solo porque Ann conoce a una mujer wesloriana para quien yo tenía un mensaje. Necesitaba saber dónde podía encontrarla. Es lo único que le pregunté.

—¿Y también en Leadenhall?

—Sí, te lo prometo. Ella no se fiaba de mí, así que tuve que acceder a verla en el mercado.

Caroline sonrió. Lo observó un momento, se encogió de hombros y le dio una palmadita en la mano.

—Mis ganancias —dijo, y puso las palmas hacia arriba.

Leo dejó las monedas en sus manos.

—Hay otra cosa en la que te has equivocado sobre mí, por si quieres saberlo.

—Lo dudo, pero, por favor, intenta convencerme.

—Me siento atraído por ti, Caroline.

Ella se echó a reír.

—Sí, ya sé que tengo ese efecto en los hombres.

—No estoy hablando de tu físico, por muy bello que sea. Estoy hablando de ti. Tienes algo que…

Intentó pensar en la palabra inglesa que pudiera describir la estima que sentía por ella.

—¿Que qué? —preguntó Caroline, frunciendo el ceño.

—Me falla el inglés. Tienes algo que captura toda mi atención de la manera más urgente.

Ella pestañeó y, lentamente, sonrió. Miró su boca. Miró el pañuelo de su cuello, y su pecho.

—No, no te falla el inglés —dijo, suavemente—. Pero no te creo.

—¿Por qué no?

—Creo que… creo que…

Caroline bajó la vista. Miró las monedas que tenía en las manos y frunció el ceño pensativamente.

—Creo que tú…

Estaba balbuceando. Leo la había sorprendido, cosa que no creía posible, pero estaba claro que Caroline no sabía qué decir por primera vez desde que se habían conocido.

—Dios santo, te has quedado sin palabras —dijo él, con una sonrisa.

Tomó el pomo y abrió la puerta de su habitación.

—Claro que no —replicó ella.

Dio unos pasos hacia atrás para entrar en su *suite*. Él avanzó.

—Lo que pasa es que soy cautelosa. Creo que también hay algo sobre mí que tú no sabes y deberías saber.

Leo atravesó el umbral.

—Estoy desesperado por saber de qué se trata.

—No voy a entregar mi virtud por mucho que me tientes. No voy a hacerlo hasta que esté enamorada. Así que no pienses que eso va a suceder porque seas príncipe y me hayas halagado con tanta maestría —le dijo ella, y dio otro paso hacia atrás.

—No se me ocurriría pensar eso, señora —respondió él—. Ni lo soñaría.

Aunque, en realidad, era mentira. Sí iba a soñar con eso aquella noche. Con cuidado, cerró la puerta a sus espaldas.

Caroline se acercó a una mesa y, sin dejar de mirarlo, dejó allí las monedas.

—Si no se te ocurriría pensarlo, ¿por qué te has colado en mi habitación?

—¿Colado? —preguntó él, y miró a su alrededor—. He entrado con tu permiso implícito. Pero, si quieres, me marcho.

Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo.

—Dilo, y me marcharé.

Caroline se cruzó de brazos.

—Quiero que te marches.

Él contuvo un gruñido de decepción. Sonrió e hizo una reverencia.

—Muy bien —dijo, y continuó hacia la salida—. Como quie…

—Pero no quiero que te marches, Leopold. Quiero despreciarte, pero parece que no soy capaz.

A él se le llenó el corazón de esperanza y, lentamente, se dio la vuelta.

—Entonces, no me desprecies, Caroline.

Ella se mordió el labio, como si estuviera conteniéndose para no decir alguna cosa. Entonces, miró hacia arriba y suspiró.

—Esto no tiene sentido —dijo, señalándolos a los dos—. ¡Ninguno! Solo me hace desear cosas que no puedo tener, y que no debería querer.

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo desear cosas?

—¿Estás loco? Los anhelos imposibles solo provocan dolor.

—Eso no es verdad. Los anhelos pueden proporcionar mucho placer. Pero no tienes que anhelar ni querer, Caroline. Podemos ser amigos. Yo soy muy buen amigo de aquellos que me importan.

Ella chasqueó la lengua.

—Robert Ladley es un amigo. Incluso el señor Morley es un amigo. Tú no eres un amigo, eres un mujeriego, algo muy distinto a un amigo —dijo, y lo recorrió lentamente con la mirada—. No sé lo que eres.

En aquel momento, en concreto, sí era un mujeriego, porque ardía de deseo.

—¿Te gustaría saber lo que pienso yo?

—No —respondió ella, pero hizo un gesto de impaciencia para que hablara.

—Creo que hemos empezado a sentir una gran atracción el uno por el otro, una atracción que a mí, personalmente, me está costando mucho controlar. Pero no quiero arrebatarte la virtud, Caroline. No quiero contrariar tus deseos en esto. Lo que deseo, más que acariciarte o besarte, es estar contigo. Quiero descubrir por qué eres tan desconcertante y original.

Ella enarcó una ceja.

—¿De veras?

—Sí.

Caroline sonrió dubitativamente.

—No confío en ti, Leopold Chartier.

—Ya lo has dejado claro. Eres muy escéptica.

—Tú también lo serías, en mi lugar. Muchos caballeros me han mentido y me han hecho halagos.

—Bueno, no puedo defender a los de mi sexo. Los hombres son singulares en lo referente a las mujeres. Nos domina la lujuria. Pero, Caroline, si quisiera seducirte, lo haría. Te tentaría con riquezas y promesas que no tengo intención de cumplir. Te haría todo tipo de

halagos, sí. Pero no he hecho nada de eso, ¿no?

Ella se quedó pensativa un momento.

—No. No me has regalado nada y no has tratado de halagarme.

Él se echó a reír.

—Tú no necesitas ser halagada. Necesitas ser amada.

Ella separó los labios y se quedó mirándolo fijamente, como si no lo hubiera oído bien. Entonces, miró la puerta y se frotó la nuca, como si tuviera un escalofrío.

—Amigo o enemigo, Leopold, es peligroso que estés aquí, en esta habitación. Mi hermano está abajo, con el duque.

—Tu hermano siempre está cerca —respondió él, y dio otro paso hacia ella—. Esto se parece un poco a una apuesta, ¿no? ¿No sería aburrida la vida si no pudiéramos apostar?

A ella le brillaron los ojos de deleite.

—Ah, así que me escuchas —dijo. Y, en aquella ocasión, fue ella quien se le acercó—. Sí, creo que sí sería muy aburrida. Si no se puede apostar, hay que imaginarse cómo podrían haber sido las cosas.

—¿Y qué imaginas tú?

—Esto —dijo, y tendió los brazos hacia él.

—Lo sabía —dijo Leopold, y la atrajo hacia sí—. Te gusta el peligro.

—No hables. No tenemos mucho tiempo.

Él obedeció sin pensarlo, porque estaba ansioso y cautivado por ella. Le rodeó la cintura con un brazo y la empujó hacia una butaca. Caroline aterrizó con una exhalación y una risita. Él aterrizó torpemente sobre ella, con una rodilla apoyada en algún punto entre el suelo y sus piernas, creía, pero no podía saberlo con exactitud a causa de la voluminosa falda de su vestido.

—Qué agresivo por tu parte.

—Eres el tipo de mujer que hace perder el control a un hombre.

—No, no. Eso no debes decirlo —respondió ella, y sonrió mientras le acariciaba el pelo.

—Tú deberías ser mi profesora —dijo él, y la besó.

El deseo se desbordó al instante y corrió por sus venas. Se movió hacia su cuello y le besó la piel, abriéndose camino hacia el escote, y deslizó los dedos bajo la tela para acariciarle el pecho.

Ella se echó a reír suavemente, como si estuviera haciéndole

cosquillas, pero a Leo no le importó. Volvió a besarla, y sus lenguas danzaron juntas mientras sus cuerpos empezaban a latir al unísono. Leo sintió que ella también estaba febril, y sacó uno de sus pechos del vestido. Era perfecto. Tomó el pezón entre sus labios y sintió que perdía el dominio de sí mismo cuando ella gimió suavemente de placer. Caroline le acarició el pelo y trazó una suave línea alrededor de sus orejas.

—Dime una cosa, Leopold —le pidió, con la respiración entrecortada.

—Lo que quieras.

—¿Qué me harías si te lo permitiera?

—Si me lo permitieras, te llenaría por completo. Te llevaría conmigo por un camino que no has conocido, por algo que no has experimentado —respondió él. Le besó la mejilla, y añadió—: Te haría sollozar de placer.

Caroline tomó aire y le apretó el brazo.

—¿Y, quizá después, yo podría hacerte lo mismo a ti?

Él estaba hipnotizado. Aquello era toda una provocación. Su sonrisa era peligrosa, y supo que caería bajo su hechizo con facilidad si lo deseaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Caroline.

—Tú. Ocurre que toda tú eres un error para mí y, sin embargo, no puedo conformarme con menos.

Ella suspiró.

—Qué raro que yo sienta lo mismo con respecto a ti.

Él le acarició el hombro y el pecho, y deslizó la mano por su costado, por su pierna, hasta su tobillo. Metió la mano por debajo de su falda hasta que tocó el suave tejido de su media.

Ella emitió un sonido gutural y le rodeó el cuello con un brazo. Él la besó y, al mismo tiempo, siguió un camino por su pierna, bajo el vestido, hasta que llegó a la piel desnuda del muslo. Entonces, ella separó las piernas aún más, y él deslizó un dedo por la abertura de sus calzones y, después, entre los pliegues de su sexo.

—Oh —dijo ella, y cerró los ojos mientras él movía los dedos.

Podría haberle dado todo el placer de ese modo, pero no era suficiente. Descendió besándole todo el cuerpo, metió la cabeza bajo su falda y rozó sus rizos rubios con la boca.

Caroline estaba jadeando. Leo le separó las piernas aún más y le

lamió la carne, y a Caroline se le escapó una exclamación de sorpresa y tuvo que agarrarse a sus hombros ciegamente. Cuando él siguió lamiéndola, ella gruñó de placer.

Él la exploró completamente, y ella se movió contra él, jadeando, emitiendo gritos de placer cada vez más rápidos. Él la acarició, la succionó, la mordisqueó con delicadeza hasta que ella llegó al clímax.

Y, cuando todo terminó, Caroline dijo, con la respiración entrecortada:

—Extraordinario.

Leo se incorporó y se ajustó la ropa, y se dio cuenta, con un gran placer, de que ella estaba observando su erección.

Con cuidado, le bajó la falda del vestido por las piernas.

—Eres increíble, Caroline Hawke.

Ella se rio suavemente.

—Ya lo sé. Pero no sabía que tú también.

Leo sonrió. La tomó de la mano e hizo que se pusiera en pie, le besó el dorso como si hubieran terminado de bailar, y la besó en la boca.

—Debería irme.

—Sí, deberías —dijo ella, y le apartó el flequillo de la frente. No le preguntó cuándo volverían a verse. No le dijo nada, y sonrió de manera felina, con una expresión de satisfacción, de felicidad.

—Buenas noches, Leopold.

—Buenas noches, Caroline —dijo él, e hizo una reverencia.

Ella se la devolvió con una carcajada. Leopold se tiró por última vez de la ropa y, con cuidado, salió de la habitación.

Se apartó rápidamente de la puerta, pero, cuando torció una esquina, se encontró con una doncella que iba rápidamente hacia él, cargada de sábanas.

—Perdón, señorita.

—¿Sí, milord?

—Quisiera algo de pan…

—Iré a buscarlo.

—No, no, veo que está ocupada. Solo dígame dónde está la cocina.

—Está exactamente debajo de nosotros, milord. Dos pisos más abajo.

—Muy bien —dijo él, asintiendo, y siguió caminando.

No había olvidado lo que tenía que hacer, a pesar de aquel interludio con Caroline.

Capítulo 19

El duque y la duquesa de Norfolk se complacen en anunciar que la duquesa ha dado a luz a un niño sano. La noticia ha sido recibida con regocijo en Londres y en Sussex, porque es un nuevo comienzo. Tal vez, ahora, los duques puedan olvidar la terrible pelea de la noche del nacimiento, de las que hacen que tanto mascotas como sirvientes busquen refugio. A los caballeros hay que recordarles que las damas tienen los nervios a flor de piel en las horas previas al parto.

Señoras, no es práctico gastar dinero en hebillas de varios colores para los cinturones. El color plata y el color perla complementan vestidos de todos los estilos. Merece la pena invertir en hebillas con un cierre resistente si mantiene el cinturón bien abrochado cuando un esposo ha bebido más de la cuenta.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Caroline se despertó sobresaltada cuando Beck irrumpió en su habitación. Entró y se detuvo delante de su cama, con las piernas separadas y los brazos en jarras.

—¿Por qué estás acostada todavía?

—¿Por qué? ¿Qué hora es? —preguntó ella, adormilada.

—Hora de que te levantes —dijo él, y abrió las cortinas de par en par—. *Lady* Norfolk está de parto.

Ella se sentó de golpe y miró a su alrededor.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. De hecho, lleva toda la noche. ¿Es que no has oído el revuelo? ¡Más toallas, más agua! La partera dice que nacerá en cualquier momento. ¡Vamos, Caro, vístete! ¡Tienes que ayudar!

—¿Ayudar en qué? —preguntó ella, mientras Beck salía y la puerta se cerraba tras él.

Se levantó rápidamente. La noticia la había despertado por completo, y se estremeció al recordar lo que había ocurrido la noche anterior, sus caricias y el roce de sus labios… Sonrió y tiró de la campana para avisar a un sirviente. Nunca había experimentado nada como lo que le había enseñado Leopold aquella noche. Había oído hablar de ello; una vez, la hermana mayor de Priscilla les había contado que su marido ponía la boca allí abajo. Priscilla y Caroline, que eran mucho más jóvenes en aquel momento, no se lo habían creído. Sin embargo, Eliza les había confirmado que ese tipo de cosas eran ciertas entre un hombre y una mujer, y que eran un deleite. Ahora, Caroline podía confirmarlo…

Un momento. No podía confirmar nada a sus amigas. No podía hablar de ello con nadie. Aquello era un secreto delicioso que tenía que guardarse. Dios, ¿cómo iba a mirar a Leopold otra vez, ahora que había sucedido eso entre ellos dos? Se iba a ruborizar mucho, y todos quienes los vieran se imaginarían la verdad. Estaba segura.

Cuando Janey entró en la habitación, Caroline tenía una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días, *milady*! —dijo la doncella, alegremente—. Qué día más glorioso, con el nacimiento de otro niño, ¿verdad? Han ido a avisar al duque, así que debe de estar muy cerca.

—¿Cuándo se puso de parto la duquesa?

—Justo antes de la medianoche —dijo Janey. Sacó un vestido del baúl que había llevado Caroline—. Creo que se ha puesto más serio esta madrugada, justo antes de que encendieran el fuego en la cocina.

Caroline se echó a reír.

—¿Y qué estabas haciendo tú a esas horas?

—¿No se ha enterado? Creía que nadie había podido pegar ojo, con tantos gritos.

—¿Qué gritos? —preguntó Caroline, mientras entraba en el círculo de su miriñaque. Jane se lo ató a la cintura. Ella había dormido como un bebé. Un sueño profundo de satisfacción. Estaba

empezando a recordar de nuevo, cuando algo que dijo Janey la devolvió a la realidad.

—¿Disculpa?

—La partera.

—No, antes de eso.

—Ah, sí. Mi pobre señora vio al duque subiendo las escaleras de la cocina, y supongo que pensó que él tenía que haber estado cerca, no sé, pero le arrojó un jarrón. La partera, que lo vio, dice que no fue muy lejos, porque era pesado, y la duquesa tenía muy pocas fuerzas.

—¿Desde la cocina? —repitió Caroline—. ¿Por qué había ido el duque a la cocina en mitad de la noche?

—No lo sé, *milady* —respondió Janey, mientras le alisaba la falda del vestido a Caroline—. Lo que sé es que la cocinera ha dicho que hubo una pelea terrible entre el duque y el príncipe. Y la chica, Jacleen, ha desaparecido.

A Caroline se le cayó el alma a los pies. No podía respirar.

—¿*Milady*?

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Recogió sus cosas y desapareció.

—¿No ha mandado el duque a nadie a buscarla?

—No, *milady*. Ha estado paseándose de un lado a otro delante de la puerta de su mujer. Ella no quiere que entre. Mi madre también era así. No quería que nadie estuviera cerca cuando daba a luz. Y tuvo catorce hijos. ¿Se lo imagina?

—No —dijo Caroline, débilmente. Su mente trabajaba a toda velocidad. Leopold se había marchado aquella mañana. La doncella era de Wesloria. Leopold se había llevado a la chica. Pero ¿por qué?

—¿Por qué fue la pelea?

—No lo sé exactamente, pero el duque golpeó al príncipe.

A Caroline se le escapó un jadeo.

Alguien llamó con fuerza a la puerta, y Caroline y Janey dieron un respingo.

—¡Un minuto! —gritó Caroline.

Janey le metió la falda por la cabeza y la colocó alrededor de su cintura.

—¡Ni un minuto más! —gritó Beck—. ¡El bebé ha nacido! ¡Es un niño!

Janey dio un jadeo de deleite.

—¡Un niño! ¡Un heredero para el duque!

—Ve —le dijo Caroline—. Yo puedo terminar de vestirme sola.

—No debería…

—Claro que deberías. Es el heredero.

—Gracias, *milady* —dijo Janey. Hizo una rápida reverencia, y se marchó.

Cuando se cerró la puerta, Caroline se sentó en una silla y miró al suelo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Quería a la chica por la misma razón que el duque? Pero… no tenía sentido. Si Leopold quería una amante, podía tenerla. ¿Por qué se enredaba con sirvientas?

Y, si había tenido alguna duda, Beck confirmó sus peores miedos cuando salieron de Arundel aquella tarde. Se apoyó en el respaldo del asiento con un sonoro bostezo.

—Hay mucho griterío cuando nace un niño.

—¡Beck! Dar a luz es muy doloroso.

—No me refiero a los esfuerzos de *lady* Norfolk. Me refiero al resto.

—¿A qué resto?

—Me sorprende que no hayas oído nada, Caro. Estoy hablando de la pelea que hubo antes del nacimiento, mientras tú estabas durmiendo como una princesa.

—Estaba durmiendo como duerme normalmente la gente, Beck. ¿Qué pelea?

Él dio un resoplido.

—¿Es que no te lo han contado las criadas?

—Sí, Beck, eso es lo que hacen las criadas de las grandes casas por la mañana. Chismorrean con los invitados de los duques…

—Entonces, no debes de saber que tu adorado se ha marchado con la sirvienta de la cocina. Henry intentó impedirlo, pero no pudo.

Caroline se quedó boquiabierta. Una cosa era pensarlo y, otra, oírlo decir en voz alta.

—¿Por qué?

—El muy granuja intentó robar a la doncella de madrugada, mientras Augusta estaba dando a luz —dijo Beck, cabeceando—. Leo es amigo mío, pero no me gusta esta faceta suya. Mantén las distancias, Caro. Es encantador, pero cabe la posibilidad de que esté

corrompido. Ya tendrás suficientes pretendientes en los que pensar.

Caroline se sintió muy mal. No podía creer que el mismo hombre que le había proporcionado tanto placer la noche anterior se escapara con una doncella esa misma mañana. ¿Qué le había dicho a ella aquella noche? ¿Qué palabras había pronunciado, a las que ella pudiera aferrarse?

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Beck, con curiosidad.

Caroline tragó saliva.

—Es… terrible. El día del nacimiento de su hijo.

—Sí. Henry estaba consternado.

—Pobre —dijo ella, y giró la cabeza hacia la ventanilla.

Era imposible entenderlo. Cerró los ojos y pensó en lo que ella le había dicho a él. Que lo deseaba. Que anhelaba estar con él. Él la había halagado y ella se había subido las faldas, y le había dicho cosas que nunca le habría dicho a otro y, oh, no era más que una boba.

Capítulo 20

Los residentes de Mayfair están organizando una gran cantidad de eventos de verano antes de partir hacia zonas del país con un clima más fresco.

Los días cálidos favorecen las largas caminatas por el parque, y los cortejos. Sabemos de buena tinta que la hija de un conde, a la que muchos consideraban demasiado fea como para recibir alguna proposición de matrimonio, ha conseguido ganarse la estima del caballero al que más admiraba.

Se cree que la hermana de un conocido barón es la favorita de este verano, porque los caballeros ya compiten por su generosa dote. En los clubes masculinos se hacen apuestas en favor de un joven vizconde de Leeds.

Señoras, para mantener un cutis suave y claro, los expertos aconsejan limitar los excesos en todas las cosas, incluyendo la comida y la bebida, el ejercicio y el placer.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Qué semana tan espectacular, y no en el buen sentido. Lo único positivo era que Jacleen estaba bien escondida, con Isidora, en casa del señor Cressidian. Sin embargo, en el transcurso de aquella operación, la reputación de Leo había recibido el golpe de gracia.

Había estropeado el rescate de Jacleen en Arundel, algo que no le sorprendía. ¿Cómo iba a saber él que la duquesa se había puesto de parto? ¿Cómo iba a prever que Henry iba a ir a visitar a la pobre wesloriana a las cuatro de la madrugada, precisamente aquella

noche? Más bien, después de escuchar la discusión entre los duques la noche de su llegada, y el delicado estado de la duquesa, habría pensado que Henry podía mantener la bragueta cerrada unos días. Se había equivocado por completo al juzgar a su antiguo amigo.

Leo se había dirigido a la cocina a las cuatro menos cuarto de la mañana, pensando que nadie estaría despierto. Sin embargo, al acercarse a la cocina, a oscuras, oyó un golpeteo de ollas y sartenes. Encontró a la cocinera encendiendo un gran fuego debajo de un caldero colgado. Al principio, ella no se dio cuenta, pero, al ponerse en pie, dio un grito de alarma. Él no sabía qué decir, así que los dos se quedaron mudos, hasta que entró un lacayo con dos cubos. El hombre miró a la cocinera y, después, a Leo y, a continuación, de nuevo a la cocinera. Al final, él se dio cuenta de que era el único que podía acabar con aquella situación.

—Disculpen —dijo, y carraspeó—. Estoy un poco perdido. Yo mismo encuentro el camino…

Sin embargo, antes de que pudiera terminar la frase, apareció Jacleen. Se estaba atando un delantal a la cintura mientras entraba en la cocina por el mismo pasillo que había utilizado el lacayo. Tenía el pelo recogido en la parte superior de la cabeza, de una forma descuidada, como si lo hubiera hecho a toda prisa. Se detuvo al ver la escena; incluso con aquella luz tan tenue de la madrugada, Leo se percató de que tenía unas ojeras muy marcadas.

Él hizo lo único que podía hacer: aprovechar la oportunidad.

—Jacleen —dijo, y siguió hablando en wesloriano—. He venido a ayudarte.

Ella se quedó desconcertada. Miró a la cocinera, como si la mujer pudiera explicarle lo que estaba ocurriendo.

—Vamos, recoge tus cosas y ven conmigo. Inmediatamente.

—¿Jacleen?

La voz de Henry fue como un puñetazo en el estómago para él. Se giró y vio a su antiguo amigo en mangas de camisa. Henry debería estar arriba, esperando el nacimiento de su hijo, así que Leo tardó un instante en comprender qué estaba haciendo en la cocina. Un momento muy fugaz, porque, casi al instante, Jacleen palideció.

—¿Ha llegado el momento, Excelencia? —preguntó la cocinera, con preocupación.

—¿Eh? No, todavía no —dijo Henry, con desdén.

Estaba observando fijamente a Jacleen, y Leo se dio cuenta de que el lacayo y la cocinera apartaban la mirada. Claramente, habían presenciado más veces aquella escena, y habían aprendido a hacerse los ciegos cuando el duque bajaba a la cocina. Leo sintió ira. Henry estaba utilizando a aquella muchacha como si fuera un trozo de carne.

Así pues, cuando Henry miró a Leo y le preguntó qué estaba haciendo en la cocina a aquellas horas, Leo obvió todas las excusas y optó por la verdad.

—Me la voy a llevar, Henry.

Henry pestañeó, y se echó a reír como si acabara de oír algo increíble. El lacayo y la cocinera se pusieron rápidamente a llenar cubos de agua caliente, seguramente, para el nacimiento del hijo de Henry.

—¿Estás loco? No puedes llevártela.

Leo no quería pelearse con Henry, porque, aunque Bas y él habían aprendido a boxear desde muy pequeños por deseo de su padre, no tenía ánimos para luchar. Le dijo a la muchacha, en inglés:

—Recoge tus cosas.

Ella vaciló. Miró a la cocinera. La mujer estaba haciendo un gran esfuerzo por no mirarla a ella.

—Vamos, ve a recoger tus cosas —le dijo Leo, y continuó hablando en wesloriano—. Si quieres librarte de él, haz lo que te digo. Te doy mi palabra de que conmigo estarás a salvo. No te voy a tocar, Jacleen, pero no podemos quedarnos más tiempo aquí, teniendo en cuenta la situación.

Ella miró a la cocinera con una expresión de pánico. Para ganar tiempo, Leo le dijo a Henry:

—Tengo que admitir que estoy sorprendido. Pensaba que un hombre de tu estatus no necesitaría caer tan bajo.

Henry le clavó a Leo una mirada fulminante.

—Ah, ya veo —dijo, en tono burlón y despreciativo—. Entonces, Alteza, usted nunca ha intimado con una sirvienta.

—Por lo menos, no he comprado a una esclava para usarla a mi voluntad.

Tras él, a la cocinera se le cayó algo al suelo.

—No deberías ser tan rápido al juzgar a los demás —dijo Henry

—. Si estuvieras casado con una mujer que está embarazada o cansada todo el día, todos los días, tal vez lo vieras de un modo muy diferente.

—Sospecho que Jacleen también está cansada —dijo Leo.

Henry avanzó hacia él, y Leo vio la ira reflejada en sus ojos. Mentalmente, se preparó para un buen golpe.

—Por lo menos, ella tiene un techo bajo el que refugiarse, y comida en el estómago.

—Qué magnánimo eres. Qué santo, Norfolk.

Henry apretó la mandíbula y respondió:

—Vas a pagar por esto. Tu padre quiere mantener buenas relaciones con Inglaterra, y yo me voy a ocupar de que nunca suceda.

—Estoy dispuesto a pagar el precio —dijo.

Para su alivio, en aquel momento se dio cuenta de que Jacleen había desaparecido. Cuando regresó, él la vio por el rabillo del ojo. Llevaba una pequeña bolsa negra y estaba temblando.

Él se alejó de Henry.

—Gracias por tu amable hospitalidad, Norfolk. Ya encuentro yo la salida.

Y, con esas palabras, le tendió la mano a Jacleen. Ella no quería dársela, pero él movió los dedos para indicarle que era lo que debía hacer, y agarró su manita con fuerza.

Henry hizo un sonido de incredulidad y, después, gritó:

—¡No puedes irte de aquí con una de mis sirvientas!

—No es una sirvienta. Es una esclava —dijo él.

Henry se interpuso en su camino.

Leo gruñó.

—Tenía la esperanza de poder evitar esto —dijo.

Henry le dio un puñetazo en la mandíbula, y él sintió una explosión de dolor que lo dejó cegado por un momento. Milagrosamente, no cayó al suelo.

Soltó a Jacleen y le devolvió el golpe a Henry, alcanzándole en el pecho. Después, le propinó una bofetada en un lado de la cabeza. Henry se lanzó hacia él con ambas manos, pero, antes de que pudiera tomar a Leo por el cuello, una sirvienta entró gritando a la cocina.

—¡Excelencia! —gritó—. ¡Ha llegado el momento!

Henry no fue inmediatamente junto a su esposa, sino que gritó unas cuantas cosas más, diciendo que Leo no podría volver a Inglaterra nunca más. Jacleen temblaba de miedo. Al final, el duque debió de pensar que era mejor acudir al parto de su esposa, y los gritos cesaron.

Leo no conocía el camino a la salida, pero Jacleen lo guio. Salieron al patio de servicio, donde, tal y como él había dispuesto, estaban aguardando Kadro y Artur. Ya estaban a caballo, y entre ellos había otro caballo sin jinete. De repente, apareció un niño que habló con Jacleen en wesloriano. Ella se giró a mirar a Leo.

—Mi hermano.

—¿Tu hermano?

Aquello no entraba en sus planes, pero no podían perder el tiempo. Le dijo a Kadro que montara a Jacleen delante de él, y el guardia obedeció sin vacilar. Después, Artur tomó al muchacho y lo subió a su silla, tras él. Leo montó el tercer caballo.

Cuando llegaron a Londres, después de cabalgar durante horas, llevó a Jacleen y a su hermano a casa de Cressidian.

El aluciano salió a recibirlo a la puerta, en bata. Miró a Jacleen y a su hermano y dijo:

—Ahora son tres, Alteza.

—Sé que esto es una molestia, señor, pero…

Cressidian lo interrumpió alzando una mano, y señaló hacia el pasillo.

—Entrad —les dijo a Jacleen y al niño.

Jacleen miró alarmada a Leo. Después, agarró a su hermano y se lo llevó, con paso inseguro, en la dirección que le habían indicado.

Cressidian fulminó a Leo con la mirada.

—Necesito dinero para su manutención.

—¿Más? —preguntó Leo, sorprendido—. Me parece que, con lo que ya le he dado, debería haber más que suficiente.

—Pues se equivoca, Alteza. Y, si no quiere pagarme por su manutención, me parece que al embajador de Wesloria le interesará mucho lo que está haciendo.

Leo enarcó una ceja.

—Disculpe, ¿me está chantajeando?

—Llámelo como quiera. Solo estoy pidiendo su manutención.

Leo suspiró.

—Está bien. Le diré a mi secretario que pague el estipendio.

—Son cien libras por cabeza.

Leo se irritó.

—No son ganado, son seres humanos.

El señor Cressidian se encogió de hombros.

—Me da igual.

Así pues, ahora él tenía un castillo, una pila de gallinas detrás del hotel, el añadido de un chiquillo al que no esperaba en su misión de rescate, un gasto abultado y a media ciudad en su contra. Iba a tener que dar muchas explicaciones cuando llegara a Helenamar.

Sin embargo, aún tenía que rescatar a tres mujeres más. Iba a ser difícil, porque le habían retirado todas las invitaciones. Incluso los caballeros que lo saludaban todos los días en el vestíbulo del Clarendon habían empezado a evitarlo.

Leía la información sobre las fiestas que se estaban celebrando a su alrededor en la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas*, fiestas a las que ya no podía asistir.

En aquel momento, estaba leyendo el periódico, y lo bajó a su regazo para preguntarle algo a Josef:

—¿Ninguna invitación?

—No, Su Alteza.

Se movió con incomodidad en el asiento.

—¿Y Hawke? ¿Ha respondido a mi invitación a cenar?

Josef mantuvo un elocuente silencio.

Leo sabía que Beck no iba a estar muy contento después de lo que había sucedido en Arundel, pero aquello era mucho más de lo que se había temido. Su amigo había desaparecido. Caroline, por el contrario, seguía saltando de salón en salón. Según la revista, una dama había lucido un vestido confeccionado por ella misma, y las mangas se habían convertido en la última moda.

Con un suspiro, miró de nuevo a su secretario.

—Bueno, Josef, supongo que podrías preguntar en el hotel si pueden preparar alguna de mis gallinas para esta noche, porque no tengo dónde ir a cenar.

—El embajador Redbane ha solicitado audiencia, Alteza. Tiene noticias de Alucia.

—Ah. ¿Está aquí?

—Sí.

—Que pase.

El embajador Redbane era un hombre jovial. Provenía del sur de Alucia, de la región de los vinos, donde la gente era conocida por su hospitalidad.

Redbane saludó a Leo con entusiasmo, lo cual le dio esperanzas de que los rumores que corrían sobre él no hubieran llegado a todos los rincones. El embajador tenía poco que despachar con él. Una carta de su madre, la reina, en la que no se decía demasiado.

—¿No hay nada de Bas o de Eliza?

Redbane hizo un gesto negativo.

Leo lo observó.

—¿Sabes, Redbane? Creo que deberíamos organizar una fiesta para celebrar los años que he pasado aquí, antes de que mi estancia termine definitivamente.

La sonrisa de Redbane se apagó. Miró hacia abajo.

—Oh, Dios —dijo Leo—. ¿Qué es esa mirada?

Redbane suspiró.

—No se lo aconsejo —le dijo—. Si permitiera que usted crea que iba a asistir mucha gente, le engañaría.

—¿Ah, sí? —preguntó él. Se sentía muy molesto. Seguía siendo un príncipe, ¿no?

—Eh… Sí. Tiene que ver con sus tendencias, Alteza.

—¿Qué tendencias? Yo no tengo tendencias, Redbane. Soy un hombre sin tendencia alguna.

—Su tendencia a las sirvientas y las… mujeres de la noche. Y… se me ha sugerido que, tal vez, debería usted volver a Alucia.

Leo se puso tenso.

—¿Mujeres de la noche, Redbane? ¿Quiere decir prostitutas? Somos adultos, ¿no?

Redbane se puso muy rojo y carraspeó. Sin embargo, Leo sabía que su embajador no tenía la culpa.

—No me haga caso. Yo he oído los mismos rumores. ¿Han llegado también a oídos del rey?

—No lo sé con certeza —dijo Redbane—, pero sospecho que sí. He recibido una nota del ministro de Asuntos Exteriores en la que me indica que debe volver a Alucia lo antes posible, dentro de lo razonable.

Entonces, le entregó un mensaje lacrado con el sello del rey de Alucia.

—De acuerdo —dijo Leo—. Pero, antes de marcharme de Inglaterra debo hacer una cosa —añadió, y se puso en pie—. ¿Puede decirle a Josef que venga, por favor?

El embajador se levantó también, se inclinó y salió. Cuando apareció Josef, Leo dijo:

—Esta tarde voy a ir a casa de lord Hawke.

—Como desee, Alteza.

Josef no podía conseguirle lo que deseaba. Quería encontrar a las cinco muchachas y volver a ver a Caroline. Más allá de eso, no sabía nada. No se lo imaginaba. No podía imaginarse casado con *lady* Eulalie y pensando siempre, el resto de sus días, en una mujer bella y rubia que seguía en Inglaterra.

Sin embargo, mucho se temía que ese era su destino.

Capítulo 21

Cierto caballero que heredó una fortuna invirtió tanto dinero en un ferrocarril desaparecido que ahora no tiene ni un penique. Se dice que hay un gran interés por su residencia de Mayfair, que ha quedado vacía.

Un desafortunado encuentro con una vela casi incendia a la señora Hogarth. No es recomendable acercarse tanto a la mesa del bufé de la cena cuando se viste con ropa formal.

El número de pretendientes de la hermana del barón ha aumentado, ya que ha corrido la voz de que su dote es tan considerable como el gran incendio de Londres.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Por una vez, Beck estaba demostrando que se había tomado muy en serio la búsqueda de un marido para Caroline, sobre todo, después de que volvieran de Sussex.

Hacía dos días, había entrado en su habitación y había visto los rollos de tela y los patrones. Después, había clavado la mirada en ella. Estaba sentada en el suelo, cruzada de piernas, en bata, examinando láminas de moda.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Beck—. ¿Ha habido un ciclón? ¿Un terremoto? ¿Una banda de ladrones ha saqueado nuestra casa?

—Qué gracioso eres, Beck. Como ves, estoy haciendo vestidos.

—¿Cuándo se ha convertido esto en una afición tan querida para ti? Nunca te había visto prestarle atención a otra cosa que no fuera

la correspondencia y las invitaciones que llegan por correo.

—Eso no es cierto. Yo me he interesado en muchas cosas, pero tú estabas tan ocupado con tus juergas que no te has dado cuenta. Siempre me ha fascinado la moda y los últimos estilos, pero mi deseo tomó forma cuando los alucianos llegaron a Londres.

—Los alucianos llegaron a Londres al principio de los tiempos.

—Sí, es cierto. Mi interés comenzó cuando llegó el séquito real de Alucia. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque no quiero espantar a ningún pretendiente con tantas telas y patrones, y otras señales de cuáles son tus hábitos de gasto. Lord March se quedó asustado.

Ella se encogió de hombros.

—Robert Ladley y su prima Betina van a venir a cenar esta semana y, la semana que viene, vamos a ir a casa de los Pennybacker a ver al señor Trent.

—¿Quién es el señor Trent?

—Un caballero de físico agradable y con una alta moralidad, pero, lo más importante, ha ganado una fortuna con la manufactura de herramientas agrícolas a vapor.

Caroline no se veía casada con un hombre que fabricaba herramientas agrícolas a vapor. No sonaba muy glamuroso.

Beck suspiró con impaciencia.

—Es un hombre muy rico, Caro. Es joven y está en buena forma, y necesita una esposa. Tú eres una mujer muy bella con una gran dote, y necesitas un marido. Ve decidiéndote. Yo voy a hacer lo que nuestros padres habrían querido que hiciera, voy a casarte bien. Bueno, como sabes, esta tarde me marcho a Sussex, a la carrera de las Four Corners. Durante mi ausencia van a venir a Londres el tío Hogarth y su mujer, con su primo, el vizconde Ainsley. Alguno de estos hombres será de tu agrado, estoy seguro.

—¿Por qué dices eso? ¿Tú conoces al señor Trent o al vizconde Hainey?

—Ainsley —dijo Beck—. No necesito conocerlos —añadió, de camino a la puerta—. No necesito conocerlos. Solo necesito estar seguro de que tienen los medios económicos suficientes como para mantenerte y ocuparse de ti. Me voy a Sussex.

—Beck, ¿por qué no te ocupas de tu propio matrimonio y me dejas en paz? Yo estoy perfectamente contenta tal y como son las

cosas.

—No es natural. Y, cuando tú ya no estés a mi cargo, tal vez empiece a buscar esposa y la traiga aquí —dijo él, señalando la habitación de Caroline con la mano—. ¡No sirve de nada discutir, querida! Antes de finales de año estarás comprometida.

—Eso es lo que tú te crees —le dijo Caroline, y volvió a concentrarse en las láminas.

No estaba interesada en los caballeros a los que había seleccionado Beck. Por mucho que la irritara, solo podía pensar en Leopold, y la enfurecía estar obsesionada por un hombre que solo podía pensar en las sirvientas. Por increíble que pudiera parecer, todavía quería estar cerca de él, a pesar de lo que había hecho en Arundel.

No había tenido noticias suyas desde que habían vuelto. Cada vez que alguien llamaba a la puerta, salía corriendo a la barandilla de la escalera para mirar al vestíbulo sin ser vista. Sin embargo, nunca era nadie salvo Beck y sus amigos. Y ella no se atrevía a preguntarle por él a su hermano, por si acaso Beck empezaba a sospechar todo lo que a ella se le pasaba por la cabeza.

No sabía lo que había ocurrido entre Beck y Leopold, pero llevaban una semana sin verse. Beck no había vuelto a mencionarlo y, ahora, se había marchado a Sussex. Ella se había quedado con las manos vacías. Sin explicaciones de ningún tipo, solo con un agujero en el corazón.

El príncipe Leopold llegó a casa de los Hawke en el momento más inoportuno. El tío Hogarth y la tía Clarissa estaban en el salón, con su amigo el vizconde Ainsley, un joven amable y guapo. Lord Ladley también había llegado; claramente, se había enterado por Beck de la visita de los Hogarth, y no quería perder terreno con respecto a un intruso que acababa de llegar de América.

En cualquier otra ocasión, a Caroline le habría puesto muy contenta tener a tantos caballeros reunidos en el salón; era muy agradable recibir la visita de un príncipe cuando había otros para verlo. Sin embargo, no aquel príncipe, ni en aquel momento. En cuanto Garrett dijo su nombre, ella quiso que se la tragara la tierra.

Los cinco iban a cenar a casa de los Debridge aquella noche, con otros diez invitados, y estaban en el salón preparándose para la

visita. Caroline estaba intentando enseñarle algunos pasos de baile a su tía mientras los caballeros tomaban un oporto. Todos se estaban riendo cuando Garrett hizo el anuncio.

—Su Alteza Real, el príncipe Leopold.

A ella se le aceleró el corazón.

—Ah —dijo—. ¿Le has informado de que Beck se ha ido a Sussex?

—Sí, señora. Pero desea saludaros.

Caroline miró a su tía.

—Entonces…

—Entonces, debes hacerlo pasar —dijo su tía.

Garrett miró a Caroline.

—Sí. Eso es lo que debemos hacer —dijo Caroline, y sonrió forzadamente. Mientras Garrett iba a buscarlo, ella dijo—: Por favor, perdonen todos la molestia.

—No se preocupe, *lady* Caroline —dijo Ladley, al instante.

—Será un placer conocerlo, a pesar de todo lo que he oído decir sobre él —dijo su tío, jovialmente.

Cuando entró Leopold, se quedó sorprendido al ver a tanta gente. Se recuperó enseguida y se inclinó ante ellos.

—Les pido disculpas por la interrupción.

—Alteza, cuánto me alegro de que haya venido a visitarnos después de todo este tiempo —dijo Caroline, e hizo una reverencia.

—Gracias. Yo… Eh…

—Ya conoce a lord Ladley —dijo ella. Después, le presentó a sus tíos y a lord Ainsley—. Lamento que tengamos que salir.

—Sí, tal vez debiéramos marcharnos ya —dijo Ladley, ofreciéndole el brazo—. La cena es a las nueve.

—Ojalá hubiera sabido que iba a venir —dijo ella—. Podría haberle ahorrado el viaje hasta aquí.

—Umm… —murmuró él, mirándola fijamente.

—¿Quiere que le dé algún mensaje a lord Hawke cuando vuelva?

Él sonrió lentamente, y ella tuvo la impresión de que se le iba a salir el corazón del pecho.

—No es necesario, gracias. Pero… ¿podría hablar un minuto con usted antes de que se vayan, *lady* Caroline?

—Bueno…

—Será solo un momento.

—Sí, por supuesto —dijo ella, y le hizo un gesto para que continuara.

Él enarcó las cejas.

—Tenía la esperanza de que pudiera ser en privado.

—Ah. Bueno, como puede ver…

—Caro, querida, deberías escucharle —sugirió su tía.

—Por supuesto que deberías, Caro —añadió su tío—. Vamos a seguir aquí cuando hayas acabado. Tómate el tiempo que necesites.

Caroline miró a Leopold.

—Muy bien. Pero no podemos tardar mucho.

El príncipe se hizo a un lado para cederle el paso, y ella salió de la estancia. Supuso que él la seguiría. Estaba enfadada y desconcertada, tanto, que recorrió el pasillo sin mirar atrás. Llegó a un pequeño gabinete que estaba en la parte delantera de la casa, entró y se giró con los brazos cruzados.

Leopold entró detrás de ella y cerró la puerta suavemente. Sonrió.

—Bien. Por el recibimiento que me habéis hecho tus invitados y tú, veo que mi reputación ha sufrido más de lo que me temía.

—Sí, es bastante horrible.

—Estás enfadada por lo de Jacleen —dijo él.

Caroline se quedó boquiabierta. Después, se echó a reír.

—¡Qué astuto eres! No sé cómo te atreves a decir su nombre en voz alta.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó él, mientras se acercaba lentamente a ella—. Se llama Jacleen Bouvan. Es de Wesloria, de una zona montañosa, casi en la frontera con Alucia.

Caroline frunció el ceño. Se había quedado desconcertada. ¿Por qué le contaba todo eso sobre su amante? ¿Y por qué sonreía?

—¿Acaso pensabas que iba a divertirme mucho al saber que te había llevado a una empleada para…?

Caroline se quedó callada para no tener que decir en voz alta lo que temía que había hecho Leopold.

—No. ¿Es que tienes tan mala opinión de mí como para creer que, después de experimentar tanto placer contigo, unas pocas horas después iba a aprovecharme de una pobre mujer?

¿Tenía tan mala opinión de él? En aquel momento, no quería

pensarlo. Pero, si tenía que pensar en él, quería que su opinión fuera mala. Eso la ayudaría a prepararse para su partida definitiva.

—No lo sé, Leopold. ¿De verdad eres tan diferente de los demás hombres?

Él pestañeó.

—Me marché con la señorita Bouvan porque el duque la estaba usando de un modo que me ofendía. Quería ayudarla.

Caroline estaba preparada para indignarse y hacerle entender que conocía la naturaleza de los hombres. Sin embargo, no esperaba que él dijera algo que ella ya sabía: que estaban abusando de Jacleen. Se frotó la nuca.

—¿Y, entonces, el príncipe intervino y la salvó?

Leopold se quedó sorprendido al oírlo, y apartó un momento la vista, como si lo estuviera pensando.

—Sí, supongo que sí. Caroline, tienes que creerme. Disfruté demasiado de tu compañía como para ensuciarlo todo con una aventura sin sentido.

Ella empezó a ruborizarse. Dejó escapar una bocanada de aire.

—¿Y tú? —le preguntó el príncipe—. ¿Disfrutaste?

Ella se ruborizó por completo. Él se acercó y posó la palma de la mano en su cuello.

—Vaya pregunta. Sabes que sí. Mucho.

Leopold sonrió.

—Pero es muy agradable oírtelo decir.

Caroline estaba cada vez más acalorada al sentir aquellas caricias, pero prefirió disimular.

—Pero ¿por qué tú? ¿Por qué tenías que ser tú el que la sacara de Arundel?

—¿Y por qué no? —preguntó él, mirándole los labios.

Inclinó la cabeza como si fuera a besarla, pero Caroline le puso la mano sobre la boca.

—Tengo visitas esperando en el salón.

—No voy a tardar —murmuró él, y la besó.

A Caroline se le cerraron los párpados. La confesión de Leopold no coincidía con ninguna de las historias que ella había creado, en las que nunca lo perdonaba y se olvidaba de él. Y allí estaba, deslizando las manos por su pecho, ladeando la cabeza para poder besarlo mejor. Apretó el cuerpo contra el suyo y le acarició el brazo

y el hombro. Quería que la sedujera, quería volver a sentir sus manos y su boca en la piel.

Por desgracia, tuvo una llamada de alarma interior. Había protegido su virtud durante veintiséis años, y no iba a dejarse seducir por su belleza, ni por la suavidad de sus labios, ni por su olor a canela y a clavo.

Lo empujó hacia atrás.

—Esto no es… Hay algo que no…

—Es cierto, hay algo que no está bien —dijo él—. Algo sobre lo que sientes por mí, y sobre lo que yo siento por ti. Pero no tengo ni la más mínima idea de qué hacer al respecto.

A Caroline se le cortó la respiración. ¿De veras le había dicho eso? ¿De veras sentía algo por ella?

—Cuando sepas lo que hay que hacer al respecto, estaré encantada de escucharlo. Mientras, tengo que volver con los invitados. Vamos a ir a cenar a casa de sir Walter Debridge.

Cuando pasó por delante de él hacia la puerta, Leopold la agarró por la cintura y tomó su cara con una mano.

—Caroline —dijo, y la besó con tanta fuerza, que a ella empezó a darle vueltas la cabeza. Después, la soltó de repente—. Te deseo que pases una velada espléndida.

A Caroline le ardía la piel. Bajó la mirada y se alisó la falda hasta que pudo recuperar el aliento o pensar en algo que no fuera la lujuria que sentía. Se atusó los tirabuzones para dejarlos en perfecto estado y que nadie pudiera detectar lo que había estado haciendo. Finalmente, miró a Leopold.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó, susurrando.

—Sinceramente, no lo sé.

Ella suspiró. Fue hacia el salón, pero sus pasos eran mucho más ligeros que cuando había salido de allí.

Entró con una sonrisa resplandeciente para sus invitados.

—Aquí estamos. ¡Perdonen por la espera! Oh, vaya, qué tarde es. Me temo que vamos a llegar tarde por mi culpa. ¿Nos vamos?

Ladley la miró, y miró a Leopold, que estaba tras ella.

—¡Ah! —exclamó Caroline—. Se me olvidaba. He invitado a Su Alteza a que venga con nosotros esta noche. A sir Walter no le importará, estoy segura —añadió, alegremente, y evitó las miradas de los demás, incluida la de Leopold.

Ella tampoco sabía lo que estaba haciendo. Necesitaba un baño caliente y una copa de vino y, tal vez, hablar con Hollis para que la ayudara a averiguarlo. Había pasado del desprecio a la desesperación y, de repente, se sentía mucho mejor que nunca.

Capítulo 22

Es un problema que llegue alguien inesperado a la hora de cenar, tal y como se vio recientemente en casa de un caballero del reino. Algunas personas aconsejarían que se le negara la entrada con la excusa de que no hay suficiente comida para imprevistos, pero, si se trata de un caballero de tan alto estatus social, eso provocaría habladurías poco deseables. En tal caso, es más aconsejable abrir las puertas con hospitalidad y soportarlo.

¿Cabe la posibilidad de que pronto oigamos los llantos de un recién nacido? Se ha observado que una dama de impecable moralidad, casada con un destacado comerciante de telas, ha hecho arreglar últimamente las faldas de sus vestidos para adecuarlas a ese feliz acontecimiento.

Señoras, la ciencia dice que, si no se satisfacen los antojos de comidas poco habituales durante el embarazo, puede aparecer una mancha de nacimiento en el bebé. Cuando estén encintas, coman bien, tomen alimentos variados, y no presten atención a aquellos que les digan que nunca van a recuperar la figura después del parto.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

A la mitad de los Debridge les importó mucho que Leo apareciera inesperadamente entre los invitados. Nada sorprendente, teniendo en cuenta cuál era su fama últimamente. *Lady* Debridge se quedó horrorizada cuando él entró tímidamente en el vestíbulo,

como si fuera un ogro comeniños.

Por el contrario, a sir Walter le encantó tener entre sus invitados a un príncipe aluciano, y les dijo a los demás que el primo alemán del príncipe Alberto había cenado una vez en su casa, y que ahora podía sumar a un príncipe de Alucia a la lista de invitados ilustres. Parecía que no se daba cuenta de las miradas que le clavaban el resto de los recién llegados, y tampoco de que su esposa estaba muy enfadada, ni de que la gente se congregó en el otro extremo del salón cuando entró Leo. Por el contrario, sir Walter ordenó a su mayordomo, con alegría, en voz alta, que dispusiera otro sitio en la mesa para él.

Leo sabía que el poder lo era todo, y que los contactos eran la savia del poder.

Lady Debridge se apartó rápidamente con *lady* Hogarth y Caroline. Leo miró a su alrededor buscando una cara amiga, pero no la encontró. Incluso Robert Ladley, a quien conocía desde hacía años, parecía molesto por su presencia. Intentó hablar con él, pero Ladley sonrió ligeramente y se disculpó.

Así pues, él se vio apartado de todos los demás, tomando una copa de oporto. Reflexionó sobre lo extraño que era que su vida hubiese dado ese giro últimamente. Hasta las últimas semanas, era él quien tenía que evitar las excesivas atenciones de los demás.

Tomó un sorbito de oporto e intentó no arrugar la nariz. El alcohol ya no le resultaba tan agradable. Ya no cumplía la promesa de mitigar el tedio y el vacío que sentía a menudo. Fingió que seguía bebiéndolo y observó disimuladamente a Caroline, que se movía por el salón y charlaba con los demás invitados.

Se dio cuenta de que era un idiota. ¿Cómo no había pensado desde el principio que era encantadora? ¿Cómo no había reconocido que era alguien único?

Se fijó en que Caroline se esforzaba por hablar con todos sus pretendientes. El vizconde estaba acompañado por otra joven muy bella, pero, de todos modos, Caroline habló con él. Y, con tanta atención femenina, el hombre no podía quitarse la sonrisa de la cara.

Caroline también conversó con Ladley, que la miraba como un cachorrito. Y con otro hombre, que se reía en voz muy alta cuando ella le decía algo gracioso.

Pero, al final, cuando hizo todo el circuito de la habitación, se acercó a él con una sonrisa maravillosa. Lo miró de pies a cabeza, y miró a los demás.

—¿Por qué está aquí solo, Alteza?

—Me siento un poco fuera de lugar. O, más bien, me da la impresión de que este es mi lugar —dijo él, y le dio otro sorbito al oporto—. ¿Le importaría que le preguntara si ya ha decidido cuál es el afortunado caballero a quien va a elegir?

—No. Creo que no.

—¿No? Me da la impresión de que todos son buena gente, y parece que la admiran mucho.

—Por favor —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. ¿De verdad lo cree? Lord Ladley me conoce desde hace muchos años y nunca había demostrado el más mínimo interés por mí, hasta hace bien poco.

—Tal vez ha empezado a verla como a una mujer adulta, y no como a la hermana pequeña de Beck —le sugirió él.

Caroline se echó a reír.

—Tal vez —dijo—. Pero también podría ser porque su padre ha acumulado grandes deudas y la familia no puede pagarlas, y a él le beneficiaría cobrar una buena dote.

Leo alzó su copa para hacer un brindis.

—Es muy posible, señora. ¿Y el vizconde? Su tío piensa que el hecho de que haya estado en América es una buena recomendación.

Ella soltó una risita.

—El tío Hogarth está obsesionado con todo lo que tenga que ver con América. Estuvo allí de niño, y no se le ha olvidado ni un momento —dijo, y miró en dirección a Ainsley—. El vizconde es bastante encantador.

—¿Ah, sí?

—Y guapo también. ¿No le parece?

Leo no quería estar de acuerdo con aquello, pero incluso él se daba cuenta de que era un hombre atractivo.

—Tal vez —dijo, de mala gana.

Ella sonrió de forma impertinente y le dio un golpecito con el hombro, como si fueran viejos amigos.

—Ha invertido todo su dinero en el tabaco —susurró.

—¿Cómo?

Ella asintió.

—Hollis me lo ha contado todo sobre él. Fue a América a hacer fortuna con todo el dinero de su patrimonio, el que no está vinculado al título, al menos. Todo. ¿Se lo imagina? Quería ganar una fortuna comerciando con tabaco. Sin embargo, su primer barco naufragó. Pudieron rescatar a la tripulación, pero se perdió toda la carga. Ahora, su inversión está en el fondo del mar —le explicó a Leo. Al terminar, cabeceó.

—Qué lástima —dijo Leo, con sinceridad.

—Sí, una tragedia terrible que mi dote podría reparar. Por desgracia para él, como acaba de volver de América, *lady* Katherine Maugham, también conocida como el pavo real…

—¿Cómo? —preguntó Leo, sonriendo.

—El pavo real. Leopold, intente seguir el hilo de la narración. Hollis, Eliza y yo la bautizamos como el pavo real porque siempre está mostrando sus plumas.

A él se le escapó una carcajada.

—¿No le parece que es como si la sartén se lo dijera al cazo?

—Bueno, sí, pero yo, además, soy muy jovial —respondió Caroline, con los ojos brillantes por la diversión—. El pavo real está allí, con mi tía, ¿no la ve?

Había una mujer muy guapa, de menor estatura que Caroline, hablando con la señora Hogarth.

—Katherine ha puesto los ojos en el vizconde, y no va a permitir que yo se lo quite.

—¿Y tiene ella algún poder de decisión?

—Si él decidiera cortejarme, habría una guerra. ¡Oh! Ahí veo a otro posible pretendiente —dijo ella, y se inclinó ligeramente hacia él—. El señor Bishop. No mire.

Leo se giró a mirar.

—¡No mire! —exclamó Caroline, con una risita.

—¿Cómo voy a saber de quién está hablando si no miro?

—De acuerdo, tiene razón. Pero mire con rapidez. Es alto y delgado, tiene el pelo rubio y fino, y empieza a clarearle la coronilla.

—Esa es la descripción de la mitad de los hombres de Londres.

—Pero aquí solo hay tres caballeros esta noche. Ahora.

Leo miró. Vio al hombre en cuestión y se giró de nuevo hacia

Caroline.

—Lo he visto, he visto su pelo escaso y su estatura. ¿Qué carencias tiene el señor Bishop como pretendiente?

—Oh, ninguna. Es muy bondadoso y no tiene ninguna deuda pendiente. Por desgracia, aspira al clero.

—Oh, Dios —dijo Leo, con una sonrisa.

—Exacto. No se me ocurre nadie menos indicado que yo para ser la esposa de un clérigo. ¿Y a usted?

—No me viene ni un solo nombre a la cabeza —dijo él.

Caroline se echó a reír.

—Príncipe Leopold, creo que me va conociendo bien. Mire, ya viene *lady* Debridge. La cena se servirá pronto. Lo va a sentar a usted lo más alejado de ella que sea posible, y ha dicho que solo puede servirle el más bajo de los lacayos —le explicó, y le guiñó un ojo—. Que disfrute de la cena, Su Alteza —añadió, alegremente, y se alejó. Por el camino, se detuvo a hablar con una pareja que estaba inclinada sobre un libro abierto.

Un momento después, sir Walter anunció que la cena estaba servida.

Caroline tenía razón. Leo se vio sentado en un extremo de la mesa, junto a sir Walter y enfrente del señor Franzen, un banquero alemán. A su derecha había una anciana cuyo nombre no consiguió entender. Se acurrucó sobre la comida como si fuera un signo de interrogación.

Caroline estaba en medio de la mesa, rodeada de toda la juventud y la belleza del salón. Por lo menos, eso le parecía a él. Ladley estaba a su derecha, atento a todas sus necesidades. A su izquierda había un caballero a quien él no conocía, pero que también estaba cautivado por ella.

O, quizá, eran imaginaciones suyas, porque él sí estaba totalmente cautivado. Demasiado. Aquel hechizo tenía todas las trazas de convertirse en un obstáculo para todas sus metas y sus deberes.

Él se habría sentido feliz quedándose en silencio, allí sentado, pensando, pero Sir Walter comenzó a enumerar todas las cosas que había hecho en la vida, porque, aparentemente, quería compararlas con las que había hecho el príncipe. Sir Walter era un excelente arquero. ¿Y él?

—Eh… Bueno, he practicado el tiro con arco, desde luego, pero tengo que admitir que mi hermano es mucho mejor.

—¿Y la equitación, señor? Seguro que es usted un buen jinete. Supongo que a los príncipes se les enseña a montar desde muy temprana edad.

—Soy un jinete pasable.

—¿Y el servicio militar? Yo serví cuatro años en la Armada de Su Majestad. Los cuatro mejores años de mi vida.

—Sí —dijo Leo. Estaba aburrido de aquel juego—. Yo también estuve cuatro años en la Marina.

—¡Cuatro años! Admirable, Su Alteza. Y ¿cuánto tiempo lleva viviendo en Inglaterra?

Leo le dio un sorbito a su vino.

—Mucho, la verdad. De hecho, ha llegado el momento de que vuelva a Alucia.

El señor Franzen se rio.

—Ha llegado el momento de dejar atrás las cosas infantiles, ¿eh?

Leo no sabía si era un comentario por la vida que él llevaba en Inglaterra o una mera observación, pero se avergonzó igualmente. Antes, se reía de su vida disoluta, pero ahora le parecía muy triste. Tenía veintinueve años y no había hecho nada provechoso. Pensó en las mujeres de Wesloria y en lo que habían tenido que soportar mientras él vivía despreocupadamente.

—Pero… ¿es que no todo el mundo tiene el deber de casarse? —preguntó la mujer a la que Caroline había llamado «el pavo real». Su voz se elevó por encima de las demás en la conversación que estaban manteniendo en el centro de la mesa. Leo la miró con curiosidad.

—¿Por qué se lo pregunta a ella? —inquirió *lady* Debridge—. *Lady* Caroline cree que una dama no debe pensar en casarse hasta que se sienta completamente cómoda con la situación —dijo, y puso los ojos en blanco para dejar bien clara cuál era su opinión al respecto.

—*Lady* Debridge —dijo sir Walter—. Si esa es la opinión de *lady* Caroline, es muy respetable.

—Puede que sea su opinión, pero creo que está en un error —dijo *lady* Debridge—. Los buenos años de una mujer son limitados, y debe casarse más pronto que tarde si quiere dar a luz a un

heredero.

Caroline se echó a reír.

—Pero ¿por qué voy a casarme con la única intención de dar a luz a un heredero, si no deseo dar a luz a un heredero?

—Oh, Dios… —murmuró *lady* Hogarth—. Caroline, querida mía…

—¿Qué es lo que quieres decir exactamente, Caroline? —preguntó el pavo real, irguiéndose un poco.

—¿No les parece que es un tema poco delicado para tratar durante una cena? —sugirió sir Walter.

—Claro que no, Walter —le dijo su esposa—. Somos adultos, ¿no? Es la naturaleza humana. Uno se casa, tiene herederos y la vida continúa. ¿Por qué iba a desear algo distinto una joven con buena salud y moralidad? *Lady* Caroline, no querrá decir usted que no quiere tener hijos, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Caroline—. Claro que quiero. Aunque todavía no lo he pensado demasiado, puesto que no he encontrado al caballero con quien me gustaría compartir esa bendita experiencia.

—Querida, mire a su alrededor —dijo *lady* Debridge—. Sin duda, aquí hay caballeros a los que les gustaría compartirla con usted.

Varios de los invitados se echaron a reír. Caroline sonrió.

—Son caballeros admirables. Sin embargo, espero que el interés de un hombre por mí vaya más allá de la cuantía de mi fortuna.

Por toda la mesa se oyeron jadeos de asombro. Leo estuvo a punto de echarse a reír. Se apoyó en el respaldo de la silla para disfrutar de la escena. Aquella mujer no estaba dispuesta a callarse nada, y él la admiraba por estar siempre dispuesta a decir la verdad.

—Les pido perdón. ¿He sido demasiado directa? —preguntó ella —. Seguramente, no debería haberlo dicho, aunque todos sabemos que es la verdad.

—Caroline —dijo su tío, con severidad—. Sé prudente.

—Sí, tío —dijo ella, y se inclinó hacia delante—. Pero ¿debo preocuparme de no herir los sentimientos de otra persona en este sentido? Si hay alguien que debería sentirse ofendida soy yo, ¿no creen?

—¡Oh, Dios mío! —suspiró la señora Hogarth, mirando al cielo.

—Puede que lo que dice sea cierto, *lady* Caroline —intervino el pavo real—. En realidad, el motivo por el que todo el mundo conoce en Londres la cuantía de su dote es que usted se ha asegurado de ello.

—Yo, no. Pero no puedo decir lo mismo de mi hermano.

Alguien de la mesa se rio.

—Bueno, a mí no me importa su dote, *lady* Caroline —dijo lord Ladley.

—Y me parece que al príncipe Leopold tampoco le importa en absoluto, ¿no es así? —preguntó el pavo, sonriendo a Leo—. Debe de ser muy pequeña, comparada con lo que él tiene a su disposición.

Lady Debridge dio un resoplido.

—El príncipe no es un pretendiente, *lady* Katherine.

—Como ya he dicho, a mí no me importa cuál sea su dote —dijo lord Ladley.

—Gracias, milord —respondió Caroline.

—Yo estoy de acuerdo con *lady* Caroline —dijo el vizconde, en voz baja—. Una dote es una parte importante de las negociaciones de un matrimonio, y su cuantía debe ser tenida en cuenta. Cualquier caballero que diga lo contrario se engaña a sí mismo —afirmó, y miró a Ladley de manera elocuente.

—Pero una dote no puede sustituir al amor —dijo *lady* Hogarth.

—No, quizá no siempre —dijo lord Ainsley.

Leo veía la diversión reflejada en el rostro de Caroline. Ella estaba disfrutando del hecho de haber encendido aquel debate.

Cuando terminó la cena y los invitados se dirigieron al salón, él aprovechó para marcharse. Le dio las buenas noches y las gracias a sir Walter y salió al pasillo. Estuvo a punto de chocar con Caroline y con otra mujer a la que ya había olvidado.

—¡Oh! —exclamó Caroline, sonriéndole—. ¿Se marcha ya?

—Sí.

—Disculpen —dijo la otra mujer, y entró al salón.

Caroline la vio huir y se echó a reír sorprendida.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, y volvió a sonreírle a él—. Espero que haya disfrutado de la velada, Su Alteza.

Él quería besarla.

—Muchísimo.

Quería tomarla de la mano y llevársela de allí. Quería llevarla a su cama y quitarle la ropa, prenda a prenda.

—¿Le digo a Beck que va a venir a visitarnos?

Leo no respondió. De repente, tenía un ardor en el pecho. Sabía algo que ella no sabía; que tendría que marcharse muy pronto y, si era posible, lo haría con cinco mujeres y un niño. Y, cuando se marchara, seguramente no iba a volver a Inglaterra. No tenía mucho sentido que volviera al número veintidós de Upper Brook Street, salvo para besarla. Deseaba tanto besarla, que le latía el corazón como un tambor.

Ella sonrió aún más, como si pudiera leerle la mente.

—Iré, sí. Tengo que ir, si quiero conseguir su ayuda para hacerme con una invitación al baile de los Pennybackers.

—Oh, Dios mío. ¿Se ha perdido su invitación? —preguntó ella, y se inclinó hacia delante—. ¿Es usted un mujeriego?

—Me declaro culpable.

Ella se echó a reír. Alzó la barbilla y murmuró:

—Entonces, arréglatelas para ir al baile de los Pennybackers.

Pasó a su lado y le rozó con los dedos, y volvió a sonreírle antes de entrar en el salón.

Él esperó hasta que ya no pudo verla más y, después, fue al vestíbulo en busca de su sombrero y su capa.

Se sentía raro, como si su cuerpo no encajara en su piel. Era como si algo estuviera floreciendo en su interior.

Se sentía como si estuviera enamorándose.

Capítulo 23

Nunca se sabe lo que puede traer a Londres el viento del mar, pero, para un pavo real ansioso por contraer un buen matrimonio, ha traído a un caballero que ha estado lejos de las costas de Inglaterra durante algún tiempo. Todavía queda por ver si el caballero también aspira a ese compromiso.

Savile Row, la calle de las últimas modas, ha sumado un nuevo establecimiento de tejidos para los buenos sastres. Si su esposo necesita un traje formal para los eventos nocturnos, solo tiene que llamar al señor Henry Poole.

Señoras, el perfume de ámbar gris puede enmascarar los olores desagradables del cuerpo cuando empiece a subir el calor.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Durante las semanas siguientes al terrible viaje de vuelta a Inglaterra, Caroline había hecho algunos vestidos tan bonitos que habían tenido un gran éxito, y había una lista de mujeres que querían sus diseños. Su saloncito estaba lleno de maniquíes y de rollos de tela. Beck se quejaba, pero se negaba a permitirle que abriera su propia tienda de ropa.

Y ella estaba pensando muy detenidamente cómo podía hacerlo sin su consentimiento.

—Las mujeres de la alta sociedad no se dedican al comercio, Caro. No trabajan —le había dicho su hermano, refunfuñando—. Eso déjaselo a la señora Honeycutt.

Caroline no se había puesto a discutir con su hermano. Había aprendido que, algunas veces, era mejor hacer y, después, conseguir su aprobación.

Aquel día, de camino a su visita semanal al juez Tricklebank, había pasado por Savile Row a echar un vistazo. ¿Por qué solo había establecimientos de confección a medida de ropa para hombres? A ella le gustaría mucho tener allí una tienda de ropa para mujeres con un hermoso escaparate.

Otra de las cosas que le había sucedido aquellas semanas posteriores a la boda de Eliza era haber trabado amistad con Leopold. Era una idiota por haberse relacionado con él. Sabía que estaba caminando por el borde de un acantilado. Pero, cuando había dicho que la vida era aburrida si no se podía apostar, lo había dicho en serio. Aquel día brillante y soleado, tenía que contener una risita cada vez que pensaba en él. No podía evitarlo. No podía evitar nada con respecto a Leopold.

Cuando llegó a la modesta casa del juez, bajó del carruaje de un salto y subió los escalones hasta la entrada. Al llamar, Jack y John, los dos terriers del juez, comenzaron a ladrar. Parecía que había una perrera completa al otro lado de la puerta.

Poppy abrió la puerta. Poppy trabajaba en casa de los Tricklebank desde que Caroline era muy pequeña y, en realidad, era más una hermana que una sirvienta. La miró con una sonrisa de deleite y le dio un abrazo, aplastando a Jack y a John entre ellas.

—¡Pensaba que te habías olvidado de nosotros! Te he echado de menos, Caroline. El juez preguntó por ti ayer mismo.

—¿Cómo me voy a olvidar de vosotros? —exclamó ella, y se agachó para acariciar a los perros y rascarles las orejas—. He estado muy ocupada. Tengo muchísimos compromisos —dijo—. Parece que estoy de moda este verano. Es como si fuera el año de mi debut. ¿Te acuerdas? Parecía que los pretendientes y los visitantes caían del techo.

—No me acuerdo de eso, no —dijo Poppy—. Pero por supuesto que tienes que estar de moda. ¡Estás increíble! ¿Te has hecho tú este vestido? Es impresionante.

—Sí. Voy a hacerte uno a ti también, Poppy. Creo que te quedará bien uno de color rojo oscuro. Pero habrá que esperar al final de la temporada de verano, porque me llegan invitaciones

todos los días —dijo Caroline, mientras seguía a Poppy por el pasillo.

—Debe de ser difícil encajar tantos compromisos —dijo Poppy, comprensivamente.

—Gracias, Poppy. A nadie, salvo a ti, le importa lo agotador que es todo esto para mí.

Entró al salón y se detuvo a mirar a su alrededor. Aquella habitación era tan familiar para ella como su propia casa. Estaba tal y como la había dejado Eliza. Había dos butacas junto a la ventana, con una mesa en medio. Aquella mesita siempre estaba llena de libros y revistas. También había un sofá con muchos años de uso en medio de la estancia. En la repisa de la chimenea descansaban relojes a medio reparar. Arreglar relojes era la extraña afición de Eliza. Cerca de la puerta había un pequeño escritorio con papeles y archivadores. La butaca del juez estaba al lado de la chimenea y, a su lado, en el suelo, una cesta con ovillos de lana en la que dormitaba Pris, el gato. Al juez le gustaba hacer punto. Era algo que podía hacer mediante el tacto.

Hollis estaba allí, subida a un taburete, ordenando los libros de la estantería. Caroline creía que no era posible ordenar una habitación tan abarrotada como aquella, pero respetaba los intentos de su amiga.

—¿Es Caroline? —preguntó el juez, dejando las agujas de punto sobre su regazo y dirigiendo sus ojos ciegos hacia el centro de la sala.

—¡Sí, Excelencia! Soy yo, en toda mi gloria, que hoy, precisamente, es incomparable —dijo Caroline, y se acercó a él para darle un beso—. ¿Me ha echado de menos?

—Casi tanto como a mi querida Eliza —le dijo él, dándole unas palmaditas en la mejilla—. Hollis me ha dicho que tú también te has hecho amiga de un príncipe.

—¡No me he hecho su amiga! He estado evitándolo, más bien.

Caroline se echó a reír mientras le apretaba la mano a Hollis.

—¡Ja! —exclamó Hollis—. Cada vez que te veo, me cuentas que has estado con él, y que no puedes callártelo.

—Es cierto, no puedo negarlo —dijo Caroline, y se dejó caer sin ceremonias en el sofá—. Este verano ha sido un torbellino de actividad. Estoy exhausta.

Hollis bajó del taburete y se sentó en el suelo, al lado de Caroline.

—Bueno, y ¿qué noticias nos traes hoy?

—Le he puesto las cosas muy difíciles a Beck.

Hollis se echó a reír de puro deleite.

—¡Magnífico! Siempre me encanta oír que las cosas se ponen difíciles para Beck.

—Hollis, no seas mala —dijo el juez. Había retomado el punto, y el gato estaba intentando cazar la hebra de lana que subía hasta sus agujas—. Beckett Hawke ha sido muy bueno contigo.

Hollis miró al cielo.

—Sí, claro que sí, pero eso no cambia el hecho fundamental de que sea un Beck.

—Beck ni siquiera estaba presente cuando lo hice. Se ha ido a Sussex, a la carrera de las Four Corners, al debut de la yegua que compró en Alucia. ¿No os lo he contado? He oído decir que apostó cien libras. ¿Os lo imagináis?

—Yo no —dijo el juez.

—¡Poppy! —dijo Hollis—. ¿Nos traes el té, querida?

Todos oyeron la ininteligible respuesta de Poppy desde algún lugar de la casa.

—Bueno, cuéntanos —le dijo Hollis a Caroline.

—Desde que volvimos de Alucia, Beck está empeñado en casarme. Le he dicho que nadie va a querer cortejarme, porque he rechazado a todos los solteros de Londres. ¿A que sí, Hollis?

—Yo no diría a todos ellos.

—¿Sabes lo que hizo mi hermano? Les ha dicho a sus amigos la cifra de mi dote. Y, de repente, han empezado a venir de visita todos los caballeros con deudas.

El juez se echó a reír.

—Es una forma de conseguirlo.

Poppy entró en el salón empujando un carrito en el que había dispuesto la bandeja del té.

—Todo listo —dijo—. La cocinera ha hecho confitura de grosellas.

—Oh, yo quiero un poco —dijo el juez.

—Sirve el té, querida, y siéntate con nosotras —le dijo Hollis—. Caro está a punto de contarnos cómo ha metido en vereda a una

horda de pretendientes.

—¡Sí, cuéntanos! —exclamó Poppy, con entusiasmo.

Caroline les contó a los Tricklebank que una tarde tuvo la visita de dos caballeros y de un tercero al que no esperaba, y que todos habían ido a cenar a casa de los Debridge, donde ella había anunciado que quería un pretendiente que se interesara por ella, no por su dote.

—Dios santo, no —dijo Hollis, con cara de horror y admiración.

—Sí. ¿Por qué no? Es cierto y todo el mundo lo sabe, incluyendo el pavo real. ¿Y sabéis quién fue la única persona que no se hizo el asombrado por lo que dije?

—¿Quién? —preguntó Hollis.

—El príncipe Leopold. Él se rio.

Hollis soltó una risita.

—Papá, me gustaría que vieras cómo le brillan los ojos a Caroline en este momento. Cada vez que menciona al príncipe, saltan chispas. Está enamorada de él.

Poppy dio un jadeo.

—¡Otra boda real!

—Dios santo, otra no —gimió el juez.

—No, no os preocupéis, no va a haber otra —dijo Caroline.

—¿Por qué no? —preguntó Hollis—. Ser una persona común y corriente y que un príncipe se enamore de ti es un precioso cuento de hadas.

—Exacto, es un cuento de hadas, por eso no se va a hacer realidad. Pero no me importa. Me he divertido mucho, y sinceramente, la realidad no me ha impedido besarme con él.

Poppy y Hollis se pusieron a dar gritos al mismo tiempo.

—¡Por el amor de Dios, Caroline Hawke! —exclamó el juez, con severidad, por encima del jaleo—. Ese tipo de comportamiento te va a costar el rechazo de la sociedad en la que tanto te gusta reinar.

Caroline se echó a reír.

—No se lo he contado a nadie, Excelencia. Y, de verdad, ¿es tan terrible? Los hombres y las mujeres se besan. Sucede muchas veces. Vi a *lady* Munro besando al señor Richard Williams en Kew Gardens justo antes de que nos fuéramos a Helenamar.

—¿Cómo? ¿Y me lo dices ahora? —preguntó Hollis.

—Lo que quiero decir es que ese tipo de afecto debería estar

reservado para el marido y su esposa —dijo el juez—. O, como mínimo, si no puedes contener la lujuria hasta el día de la boda, para el caballero que va a ser tu marido. ¿Qué diría lord Hawke si se enterara de esto?

—Me encerraría. ¡Tenéis que prometerme que no se lo vais a contar!

—Pero… ¿y no te preocupan las sirvientas, Caro? —preguntó Hollis.

—¿Qué sirvientas? —preguntó el juez.

—El príncipe Leopold se ha ganado la mala fama de perseguir a las sirvientas.

—¿Cómo? —preguntó Poppy.

Hollis suspiró.

—¿Es que en esta casa nadie lee mi revista? ¿No os habéis enterado de lo que ocurrió en Arundel con la sirvienta de Norfolk?

—¡No! ¡Cuéntanoslo! —exclamó Poppy.

—¡Hollis! Cuando lo dices así, parece algo horrible —dijo Caroline—. El príncipe me lo explicó. Norfolk estaba abusando de la pobre chica por las noches, y el príncipe la ayudó a escapar. Es una wesloriana, y creo que se sintió obligado a intervenir.

—¿Y por qué se sintió obligado a ayudar a una wesloriana? —preguntó el juez.

—Bueno…

Caroline se quedó callada, porque no lo sabía.

—¿Y qué hizo con ella? —preguntó Hollis.

—¿Qué quieres decir?

—Si la ayudó a escaparse, ¿qué hizo con ella? ¿Dónde está ahora?

Caroline tampoco sabía cuál era la respuesta para eso.

—En realidad, no lo sé.

¿Qué había hecho con la chica? ¿Y con la otra?

—Caro, lo mejor que puedes hacer es mantener las distancias con él. ¿Quién sabe lo que pretende ese hombre en realidad? —le dijo el juez.

—No te angusties, querida. No quería estropear tu alegría —dijo Hollis—. Dinos, ¿cuáles son los próximos compromisos sociales que tienes?

—Oh… Bueno, la próxima semana es el baile de los

Pennybacker —dijo ella, tratando de sacudirse la decepción que sentía—. Tengo un vestido nuevo. El azul. ¿Te acuerdas, Hollis?

—Es precioso. Yo voy a llevar el mismo vestido que llevé al baile de Eliza… ¡Ah! Casi se me olvida. Tenemos carta de Eliza.

Fue al escritorio, tomó la carta y se la entregó a Caroline para que la leyera.

Queridos míos:

Espero que estéis bien y gocéis de buena salud. Papá, ¿te estás tomando la infusión de corteza de sauce para el dolor de los dedos? La reina me ha asegurado que a ella se lo ha curado, y te envía sus mejores deseos.

Mi esposo y yo hemos estado en Tannymeade el tiempo suficiente como para que empiece a sentirme como en casa. Ahora tengo un perro muy grande. Pone la cabeza debajo de mi mano y la deja ahí casi todo el día. Le he puesto de nombre Bru, que, en aluciano, significa «leal».

Esto es muy bonito, pero debo confesar que el mar tiene un olor muy fuerte a salitre por las tardes, y he pedido que cierren las ventanas para evitar el hedor. Nos deja acalorados, pero mi príncipe me ha prometido que en otoño el olor desaparecerá.

Hablando de mi esposo, hemos estado tratando de concebir un heredero diligentemente y, con la bendición de Dios, puede que demos una buena noticia muy pronto.

Nos han llegado noticias de un mal comportamiento por parte del príncipe Leopold, y el duque se preocupa mucho por él. Supongo que verá muy pronto a su hermano, porque el rey le ha ordenado que regrese a Alucia cuanto antes.

Los alucianos aprecian mucho la anguila, y cenan este pescado al menos dos veces por semana. Yo no puedo tolerarlo y, una noche, cuando lo vi, me puse tan verdosa que mi esposo exigió que me trajeran una sopa de inmediato. El cocinero se ha excusado profusamente y ha tratado de servir ese horrible pescado en diferentes platos, pero no sirve de nada. No puedo tolerarlo. Le aseguré al pobre hombre que voy a deleitarme con cualquier cosa que prepare, salvo con la dichosa anguila.

Eliza seguía hablando de Tannymeade y de un reloj que había encontrado averiado en una de las salas del palacio, y que estaba reparando en su habitación. Había más, pero Caroline ya no estaba concentrada en la carta de su amiga. Solo podía pensar en que las noticias del supuesto mal comportamiento de Leopold habían llegado a Alucia, y en que el rey había ordenado que volviera.

En el carruaje, de vuelta a casa, se sentía cada vez más triste. No quería que Leopold se marchara, a pesar de todas las dudas que sentía hacia él. Cuando pensaba en su marcha, sentía desesperanza. ¿Cómo iba a ser su vida? ¿Quién iba a divertirla? Y ¿cómo iba a poder mirar a otro hombre y sentir lo mismo que sentía cuando él estaba cerca?

Era una tonta. Desde la boda de Eliza, sabía que aquello no podía llegar a ninguna parte y, sin embargo, había seguido intentando trabar amistad con el príncipe hasta que él le había caído bien. Hasta que se había enamorado. Porque lo notaba hasta en los huesos: quería a Leopold.

Era el destino más terrible que hubiera podido imaginarse.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que había dos hombres esperando en la verja de su casa cuando llegó. Bajó del carruaje y les sonrió, y pasó por delante de ellos para entrar. Sin embargo, uno de ellos dijo:

—¿*Lady* Caroline?

Ella se detuvo y los miró.

—¿Sí?

—Soy el señor Drummond, a su servicio.

Era muy parecido a un abuelo bondadoso, alto y majestuoso. Se tocó el ala del sombrero y le entregó una tarjeta de visita. Ella miró la inscripción. Aquel caballero pertenecía al gabinete del ministro de Exteriores. Caroline frunció el ceño con desconcierto y lo miró.

El señor Drummond sonrió aún con más amabilidad.

—Le presento al señor Pritchard —dijo, señalando al hombre que estaba tras él, en silencio—. Es de la misma oficina.

El hombre dio un paso hacia delante.

—¿Sería tan amable de atendernos, *lady* Caroline?

—¿No deberían hablar con mi hermano?

—Oh, sin duda. Pero también nos gustaría hablar con usted.

A Caroline se le aceleró el pulso. Miró con inseguridad hacia la

puerta.

—Si lo desea, podemos hablar aquí. Solo será un momento. Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre un conocido suyo.

—¿Quién?

—Su Alteza Real el príncipe Leopold de Alucia.

Caroline se quedó tan asombrada que apenas pudo reaccionar.

—¿Qué sucede con él?

—Se ha hecho una acusación en su contra. Es un poco enrevesado, pero, para resumirlo, existe la sospecha de que el príncipe puede estar conspirando con los weslorianos. Con su tío Felix, en concreto.

Ella no tenía ni idea de qué le estaban hablando. ¿Quién era su tío Felix? ¿En qué consistía la conspiración? Ojalá hubiera escuchado con más atención a Hollis durante el viaje a Helenamar, cuando su amiga había tratado de contarle la historia de Alucia.

—Su tío es el hermanastro del rey Karl de Alucia. Seguramente, usted está al tanto de la enemistad que existe entre los dos hermanos.

Algo había oído, pero no lo recordaba.

—Hace poco tiempo, aquí, en Inglaterra, se desmanteló un complot para destronar al padre del príncipe. El artífice era el tío del príncipe, que vive exiliado en Wesloria. Tal vez recuerde el asesinato de un caballero aluciano el año pasado…

Caroline miró al hombre con incredulidad. Por supuesto que lo recordaba.

—Sí.

—Se especula que el príncipe Leopold se ha puesto del lado de su tío.

—Imposible —dijo Caroline.

—Yo tampoco lo creo —dijo el señor Drummond, con la misma rapidez—. Pero, para terminar con esas especulaciones, ¿podría hacerle unas preguntas?

Caroline asintió.

—¿Sabe si el príncipe se ha reunido con algún súbdito de Wesloria?

Caroline negó lentamente con la cabeza.

—¿Con nadie? ¿Con una mujer, quizá?

A ella se le había acelerado tanto el pulso, que no podía respirar.

Volvió a cabecear.

El señor Drummond sonrió de nuevo, como si fuera un abuelo bondadoso, y se acercó.

—Si me permite, *lady* Caroline… Si existe este complot, podría tener consecuencias para Inglaterra y, sobre todo, para la duquesa de Tannymeade.

A Caroline se le cortó la respiración.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Imagínese que hubiera un golpe de Estado en ese país. ¿Cómo cree que tratarían los rebeldes a la duquesa?

Caroline jadeó suavemente. Alzó una mano y se agarró a la puerta de la verja para mantener el equilibrio.

—¿Cree que podría prestar una especial atención a sus conversaciones? Nos hemos percatado de que el príncipe visita esta casa en muchas más ocasiones que ninguna otra.

Ella se estremeció. ¿Qué más habían notado? ¿Acaso estaban espiando por las ventanas?

—¿Podría recabar información para nosotros? —le preguntó el señor Drummond, sin perder aquella extraña sonrisa. Sin embargo, su mirada era dura como el pedernal—. Piense que estaría ayudando a la duquesa.

Caroline casi no podía respirar. Todo aquello era alarmante y confuso… Pero sabía muy bien cuándo la estaban manipulando, y se giró hacia la puerta, temiendo que intentaran detenerla o, incluso, llevarla con ellos. Abrió, pasó dentro de la verja y cerró con fuerza. Se giró para mirarlos, pero ellos no se habían movido de su sitio. El señor Drummond volvió a tocarse el ala del sombrero.

Caroline subió las escaleras hacia la puerta de casa. Entró en el vestíbulo y cerró. Allí, se detuvo para respirar profundamente mientras intentaba entender lo que había sucedido.

Lo que le habían dicho no era posible. Podía creer muchas cosas sobre Leopold Chartier, pero no iba a creer aquello. Era un mujeriego, pero no un traidor.

Pero… ¿y la doncella? ¿Era una simple casualidad que se tratara de una wesloriana?

¿Y si no era una simple casualidad?

Capítulo 24

Según nuestras fuentes, el rey Karl de Alucia ha ordenado a su hijo que regrese a Alucia. Quienes conocen la situación esperan que el príncipe embarque hacia su país dentro de quince días.

Las repercusiones de las aventuras de un aficionado a los ferrocarriles se han extendido por todo Londres. Algunos inversores han perdido hasta doscientas libras en el fallido proyecto.

Las mujeres casadas de constitución débil que deseen evitar un rápido crecimiento de su familia pueden consultar a la doctora Bessor, en Greenwich Street, sobre un producto preventivo en forma de polvos.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Beckett Hawke debía de haber decidido que quería mantener su amistad con Leo, porque le envió un mensaje al hotel para invitarlo a tomar el té aquella tarde. Leo sintió alivio. Disfrutaba de su amistad con Beck y no quería perderla por lo que había ocurrido en Arundel. Pero, sobre todo, estaba desesperado por tener alguna excusa para ver a Caroline. Tenía suficientes preocupaciones con los preparativos de su regreso definitivo a Alucia. Se había dado cuenta de que todos los que le rodeaban, Josef, Kadro, Artur y Freddar estaban deseando marcharse. Eran alucianos, y querían volver a casa.

Él no estaba tan impaciente por regresar. Tenía tres motivos principales. El primero, que no había encontrado el modo de asistir

al baile de los Pennybacker para buscar a Rasa. El segundo, que todavía no sabía dónde estaban Nina ni Eowyn. Y, el tercero, que no podía soportar la idea de separarse de Caroline. Necesitaba desesperadamente estar con ella. Necesitaba desesperadamente volver a besarla.

Pero, antes, iba a visitar a las muchachas que estaban en casa de Cressidian para ver si recordaban algo que pudiera ayudarle a encontrar a las demás. Envió un mensaje a su mansión para avisarlo de que tenía intención de visitarlo.

Cuando llegó a la casa de Mayfair, el mayordomo le informó con frialdad de que su amo había salido a pasar el día fuera. Leo se quedó asombrado. Aquel hombre debería haber respetado los deseos de su príncipe, del hombre que le estaba pagando una fortuna a cambio de que velara por sus protegidos.

—En ese caso, me gustaría ver a las doncellas —dijo, con firmeza.

El mayordomo abrió mucho los ojos.

—Disculpe, Alteza, pero…

—Pero —repitió Leo, y atravesó el umbral de la puerta, haciendo que el otro hombre retrocediera—. Soy tu príncipe, y vas a permitirme ver a las mujeres weslorianas que están aquí en custodia. Reúnelas inmediatamente.

Después, apartó al mayordomo y entró en casa de Cressidian. Como un príncipe.

Las muchachas y el niño entraron a una pequeña habitación de la parte posterior de la casa, que, a juzgar por los muebles desgastados, era para uso del servicio. Ellas iban vestidas con uniforme, algo que desagradó a Leo. Había pagado su manutención, y ellas no tenían por qué trabajar.

Los observó a los tres que, a su vez, lo miraban con temor. Leo se quedó desconcertado; las había rescatado, después de todo. ¿Pensarían que era como los hombres que los habían vendido?

Suspiró y se pasó las manos por el pelo.

—No me miréis así —dijo—. ¿De qué tenéis miedo?

Isidora y Jacleen se miraron. Isidora dio un paso al frente, carraspeó y se alisó la falda del uniforme.

—Alteza —dijo en wesloriano—. ¿Podemos preguntarle qué piensa hacer con nosotros? El señor Cressidian no quiere que

estemos aquí, y ha dicho que… que usted nos va a llevar a Alucia.

No parecía que esa posibilidad fuera del agrado de ninguno de los tres.

—¿Es que no queréis volver a casa?

Ella se mordió el labio.

—En Wesloria no hay trabajo, Alteza. Nuestras familias… no pueden devolver el dinero.

—Vuestras familias no necesitan devolver nada. Después de que testifiquéis en contra de los hombres que os han hecho esto, vosotras…

Jacleen dio un jadeo tan fuerte que Leo se sobresaltó. Los tres empezaron a hablar rápidamente en wesloriano y aluciano, y en un inglés precario. Al final, él tuvo que pedirles que callaran.

—Uno a uno, por favor —les dijo—. ¿Por qué estás tan angustiada? —le preguntó a Jacleen.

Ella abrazó a su hermano por los hombros.

—No queremos acusar a nadie.

—¿Por qué no?

—Porque nos matarán.

Él se quedó horrorizado.

—¿Quién?

—Los hombres que han hecho esto —dijo Isidora.

—Dicen que nos matarán si contamos la verdad —añadió el niño.

—¿Qué? ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Bobbin.

—Bobbin, no te van a matar —dijo Leo. Sin embargo, las dos mujeres comenzaron a hablarle a la vez—. ¡Por favor! ¿Es que no tenéis fe en mí? ¿No confiáis en mi palabra?

Isidora lo miró fijamente, pero Jacleen bajó la vista al suelo. Y Bobbin miró a su hermana. ¿Cuántos años tendría? ¿Siete? ¿Ocho?

—Vaya —dijo Leo, que se sentía molesto con ellas, inexplicablemente—. Soy un príncipe de Alucia. ¿Es que no os habéis dado cuenta? Tengo cierto poder, e integridad.

—Pero… ¿qué puede hacer, milord? —preguntó Isidora—. Si hablamos, irán a nuestra casa y allí nos encontrarán. Encontrarán a nuestras familias y…

—No —dijo él. Dios, esperaba estar en lo cierto—. ¿Acaso es

esta la vida que queréis? Pensaba que estabais contentos de haber salido de Arundel y del antro de la señora Mansfield.

Ellos asintieron.

—Además, ¿no queréis impedir que otros niños como vosotros descubran lo que les espera en Inglaterra?

—Sí —murmuró Isidora.

Leo se frotó la nuca. Volvió a mirarlos, y dijo, solemnemente:

—Entiendo vuestra reticencia. Sé que no soy un héroe, y tengo mala reputación.

Jacleen asintió.

—Pero os doy mi palabra de que tendréis protección, tanto vosotros como vuestras familias. Si no me creéis a mí, creed a mi hermano.

Isidora alzó la cabeza.

—¿El príncipe Sebastian?

—Sí, el príncipe Sebastian —dijo Leo—. Él se ocupará de vuestra protección. Pero tenéis que ayudarme. Lo que os ha ocurrido es abominable, y los culpables deben pagar por ello. No podemos permitir que continúen con esta práctica.

Las muchachas se miraron.

—¿Entendido? —les preguntó él.

—Sí, Alteza —dijo Isidora.

Leo asintió.

—Pero, ahora, tengo que encontrar a Rasa, a Eowyn y a Nina. ¿Cómo puedo dar con ellas?

—Por medio de la señora Brown.

—¿Quién es la señora Brown?

—La cocinera, Alteza.

—¿La cocinera de quién?

—La cocinera de esta casa, Alteza. Ella es quien las prepara para el envío.

Leo tuvo una náusea antes de comprenderlo todo por completo. Se dio cuenta de que era el tonto más grande del mundo.

—¿Aquí? ¿La señora Brown prepara a las mujeres de Wesloria…?

—Y Alucia —dijo Isidora.

—¿Y Alucia? —preguntó él—. ¿Para qué las prepara?

—Para venderlas —dijo Jacleen.

Leo tuvo que sentarse en una silla. Las miró con incredulidad.

—Entonces, ¿me estáis diciendo que las mujeres que han sido vendidas a hombres ingleses han venido a través de esta casa?

Las mujeres se quedaron mirándolo fijamente.

—Creíamos que lo sabía —respondió Isidora—. Pensábamos que nos había traído aquí para que nos vendieran otra vez.

Cressidian… Ese desgraciado canalla… No era de extrañar que fuese tan rico. Estaba haciendo un juego doble. Leo lo vio todo claramente: las mujeres eran vendidas por sus familias y trasladadas a Inglaterra, a casa de Cressidian, que las enviaba a casas de hombres influyentes a cambio de algún voto favorable o cualquier otro privilegio. Y él, el supuesto héroe de la historia, las había llevado a aquel sitio.

Para ellas, no era ningún salvador, sino otro hombre que quería usarlas.

—Bien —dijo—. En ese caso, tengo que sacaros de aquí. Vamos, recoged vuestras cosas. Nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Jacleen.

Leo se rio irónicamente mirando al cielo.

—Buena pregunta. Todavía no lo sé, pero no vais a quedaros ni un minuto más en esta casa.

Fue muy fácil marcharse con las mujeres. El mayordomo no se inmutó cuando Kadro y Artur entraron y escoltaron a los tres weslorianos hasta el carruaje que esperaba en la calle.

—¿Dónde vamos, Alteza? —le preguntó Artur, desde la portezuela del coche.

Él necesitaba tiempo para pensar. Miró a Bobbin.

—¿Has visto el parque? ¿No? Deberías —le dijo.

Ordenó a Artur que los llevara a dar una vuelta por Hyde Park mientras él pensaba qué podía hacer. Después de un buen rato, se dio cuenta de que solo tenía una opción.

—Al número veintidós de Upper Brook Street —le dijo a Artur.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión, Leo les dijo a los niños que esperaran.

—Puede que tarde un rato, pero, por favor, no salgáis del carruaje.

Isidora asintió, y Leo tuvo la esperanza de que estuvieran

dispuestos a darle una oportunidad.

Le pidió a Kadro que se cerciorara de que nadie bajaba del carruaje y caminó hacia la puerta principal de la casa de sus amigos con un sentimiento de angustia. Sin embargo, al entrar en el salón, vio a Caroline sentada en el sofá, con un vestido de color blanco y crema, y su mente se calmó. Se le aceleró el corazón y sintió alivio.

Caroline se puso en pie y lo saludó con tirantez. Estaba recelosa. Beck, por el contrario, se acercó a él con la mano tendida.

—Su Alteza Real príncipe Leopold —dijo, alegremente—. Garrett, vamos a tomar el té. Leo, ¡tienes buen aspecto!

—Gracias.

—Has venido justo a tiempo. Acabo de volver a Londres, y esta —dijo, señalando a su hermana—, me ha concedido el favor de su presencia.

Caroline no dijo nada y volvió a sentarse.

—No me habla porque sabe que he visto las facturas de las telas que ha comprado —dijo Beck—. Y, además, sabe que me he enterado de lo que ocurrió en la cena de los Debridge, mientras yo estaba fuera.

Tal vez ese fuera el motivo por el que estaba tan reacia.

—Leo, ¿*whisky*? —preguntó Beck.

Leo se había quedado mirándola, y no se había dado cuenta de que su amigo se había acercado al mueble bar.

—¿Disculpa? No, gracias —dijo.

—¿No? ¿Qué te ha pasado, amigo? —le preguntó Beck, mientras se servía una generosa dosis de licor. Después, se giró hacia ellos de nuevo y señaló a Caroline—. Ha rechazado a mi amigo Ladley.

Caroline frunció el ceño.

—Te lo advertí.

—No lo entiendo —dijo él—. Es un buen hombre. No puedes seguir desdeñando a las buenas personas, Caro —dijo Beck, con impaciencia, y miró a Leo—. ¿Te imaginas, Leo, lo que dirían nuestros pobres padres si supieran que he permitido que siguiera soltera tanto tiempo?

—¿Que tú lo has permitido?

Leo no tenía tiempo para discusiones, y parecía que Caroline, tampoco. De repente, se puso en pie y se asomó a la ventana. Estaba inquieta.

Beck la miró y se encogió de hombros. Después, miró nuevamente a Leo.

—Te has perdido una carrera sensacional, amigo mío.

Se puso a hablar sobre su yegua aluciana en la carrera de las Four Corners, narrando la historia con todo detalle. Leo hacía los comentarios apropiados, pero no le estaba escuchando en absoluto. El mayordomo les llevó el té.

—Caro, el té —le dijo Beck.

Caroline se acercó desde la ventana y tomó la taza que le sirvió Garrett.

—Tengo los resultados de la carrera —dijo Hawke, y se palpó el pecho—. ¿Dónde están? Debo de haberlos dejado en el estudio. Un momento, por favor —dijo, y se marchó del salón.

Leo miró a Caroline.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Es obvio que sí ocurre algo.

Ella se le acercó y le susurró:

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito desesperadamente hablar contigo.

—¡Aquí están! —gritó Beck, que había vuelto con una hoja de papel—. Vas a sentirte orgulloso de los caballos de Alucia.

Se sentó junto a Leo y leyó los tiempos de todos los caballos de la carrera.

Caroline dejó la taza en una mesa.

—Beck, querido, te has olvidado de que tienes que ir a cenar con el vizconde Ainsley esta noche y asegurarte de que haga una oferta por mi mano.

Beck se sobresaltó.

—Dios santo, es cierto. Gracias, Caro. Leo, ¿me disculpas, por favor? Se me ha ido el santo al cielo. Caro, despídete tú del príncipe, ¿de acuerdo? —le pidió a su hermana, mientras se ponía en pie.

—¡Garrett! —gritó, al salir de la estancia—. ¡Mándame a Jones! ¡No quiero llegar tarde!

Cuando se fue, seguido por el mayordomo, Caroline dijo:

—¿Has conocido alguna vez a alguien más obsesionado con los caballos?

Se levantó del sofá y volvió a la ventana. Leo también se acercó. No sabía cómo abordar aquel asunto tan delicado con ella.

—¿Estás esperando a alguien? —le preguntó, asomándose. Vio la parte superior de su carruaje.

Caroline se giró y se apoyó en el marco de la ventana.

—Caroline, yo…

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí, por supuesto.

—He oído decir que tienes que volver pronto a Alucia. ¿Es cierto?

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Es cierto?

—Sí. No puedo evitarlo.

A ella se le reflejó algo en los ojos. Algo parecido a una llama que se apagaba.

—Sabías que tendría que volver un día u otro.

—Sí, pero pensaba que sería a finales de verano —dijo ella, y se mordió el labio.

Aquella reacción fue desconcertante para él. Caroline nunca le había parecido triste. Agachó la cabeza para poder verle la cara.

—Voy a echarte de menos todos los días.

Ella alzó la vista.

—¿No me crees? Voy a echarte de menos más de lo que piensas, Caroline. He llegado a contar con tu presencia.

—¿De verdad? —preguntó ella, suavemente.

—Sí. Mucho.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

«Sí, te quiero, Caroline. Te quiero».

—Pregúntame cualquier cosa. ¿Qué quieres saber?

—No me mientas, te lo ruego. ¿Estás conspirando con los weslorianos para destronar a tu padre?

Él se quedó boquiabierto.

—¿Qu… qué?

—¿Son espías? ¿Han venido a trabajar contigo? He intentado entenderlo, pero no le encuentro el sentido.

—¿Quién ha venido? ¿De qué estás hablando?

—¡Las sirvientas! —susurró ella, y miró hacia la puerta abierta.

—¿Me estás preguntando si las sirvientas son espías? Eso es

absurdo.

—Entonces, ¿por qué, Leopold? ¿Qué has hecho con ellas? Son de Wesloria, ¿no? Te las llevaste y, ahora, ¿dónde están?

—Puedo ser muchas cosas, Caroline, pero no soy un traidor. Por Dios, Caroline, ¿cómo iba a traicionar a mi propio padre?

—Pues explícamelo todo —le rogó ella.

Leo no sabía qué hacer. Quería a Caroline, y quería protegerla del mal del mundo. Ella era ligera, era feliz, y él prefería que la fealdad no la rozara. Y algo más: no quería que lo mirara con lástima. Que sospechara lo que todos los demás sabían ya: que solo tenía talento para la bebida. Que estaba en una misión imposible para alguien como él. Que era tan inútil que tenía que pedirle ayuda.

Sin embargo, ante su negativa a hablar, ella sacó sus propias conclusiones.

—Entonces, es peor de lo que pensaba.

—No, Caroline, no. Esas mujeres, esas niñas, no son espías. Son esclavas. Y yo he estado intentando liberarlas, con muchos errores.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Espías?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En este momento, ahí fuera, en el carruaje.

—¿Aquí?

Él la tomó del codo.

—Por favor, Caroline, siéntate y deja que te lo explique.

Se lo contó todo. Se sintió bien contándoselo a otra persona. Le habló de Lysander y de la lista, y de todo lo que había tenido que hacer desde que habían vuelto de Helenamar, con sus limitadas capacidades. Y también le dio un detalle crucial: que el hombre de Wesloria que estaba implicado en la trama era su futuro suegro.

Cuando terminó, Caroline se había quedado pálida.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo pensado llevarme a las mujeres a Helenamar para que testifiquen contra los miembros de la red.

—Pero ¿qué va a pasar con tu compromiso? ¿No se va a enfadar tu padre?

—Seguramente, sí. No sé lo que va a pasar, Caroline. Lo único

que sé es que voy a llevarlas a Alucia para que denuncien a quienes las han vendido a cambio de favores políticos. Voy a exponerlos, sean cuales sean las consecuencias.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él, tomándola de la mano.

—Esas pobres mujeres. Y tú, Leopold. Estás haciendo algo muy noble, y todo el mundo cree que… piensan que…

—Sé lo que piensan. No soy noble, lo que pasa es que estoy en una situación favorable para hacerlo, eso es todo. ¿Me crees?

—Sí. La duquesa de Norfolk me habló de lo que hacía su marido. No me imaginaba que pudiera haber más chicas, aparte de esa pobre criada. Pero, Leopold, ¿y tu reputación? Está destrozada, y yo he contribuido… ¡Cuánto me arrepiento! Le conté a Hollis chismorreos para que los escribiera…

Él le apretó la mano.

—Querida Caroline, no le des importancia. Mi reputación no era intachable de partida.

Ella cabeceó y apartó la vista un instante.

—¿Hay más mujeres esclavizadas?

Leo asintió.

—Sé que una de ellas está en casa de los Pennybacker. Las otras dos… Todavía no he averiguado su paradero.

Caroline dio un jadeo.

—Tienes que ir a casa de los Pennybacker, Leopold. Todo ha sido culpa mía, y lo voy a arreglar. Estoy segura de que podemos convencer a Nancy Pennybacker. Déjamelo a mí. Vas a venir con Beck y conmigo. Beck jura y perjura que no va a ir, que los bailes son una pérdida de tiempo colosal, pero sé que vendrá si vienes tú.

—Caroline…

En aquel momento, Leo estaba tan conmovido al ver que ella quería ayudarlo, que se inclinó hacia delante y la besó.

Ella se apartó.

—Garrett…

—No puedo contenerme. Voy a echarte de menos cuando me vaya, Caroline. Me has… me has enseñado mucho. He aprendido lo que es vivir libremente en tu propia piel. Me has hecho sentir cosas que no había sentido nunca…

—Leopold, hay más —le dijo ella—. Te están siguiendo.

Capítulo 25

Mayfair está efervescente, esperando con impaciencia el baile de los Pennybacker. No han reparado en gastos y, curiosamente, la lista de invitados ha incluido un real apellido. Más curioso aún, la lista aumentó a la mañana siguiente de conocerse otra lista muy selecta, la de los invitados a la cena en casa de lord Farrington. No hay explicación para este cambio, pero todos sabemos que las rivalidades tardan en desaparecer.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Asombrosamente, Leo no le preguntó quién lo estaba siguiendo, ni por qué, en aquel momento. Suspiró con cansancio, como si no fuera algo totalmente inesperado para él.

Caroline se levantó y se asomó al pasillo. Cerró la puerta y volvió a sentarse junto a él.

—Vinieron unos hombres del Ministerio de Exteriores y me pidieron que te vigilara, que había motivos para pensar que estabas conspirando contra tu padre.

—Demonios…

—Puedo arreglármelas con ellos —dijo Caroline, con seguridad.

Él se alarmó.

—Esto no es un juego, amor mío. Tienes que decírselo a Beck.

—¿Estás loco? No volvería a perderme de vista, y no me permitiría ir al baile de los Pennybacker. Mira, no podemos perder el tiempo. Voy a visitar a Nancy para conseguirte una invitación…

De repente, él la abrazó contra su pecho.

—Por Dios, no hagas nada. Te he contado lo de las muchachas porque quería que comprendieras la situación, no porque quisiera involucrarte. Te quiero, Caroline, y no quiero que corras ningún riesgo.

Caroline jadeó. Se liberó de su abrazo y lo miró. ¿Era cierto lo que había oído? ¿Acababa él de confesarle su amor?

Tomó su cara entre las manos y le obligó a que la mirara también.

—Voy a ayudarte, Leopold, y no puedes obligarme a que no lo haga. Soy la única que puede ayudarte.

—Tienes razón. He venido porque necesito tu ayuda. De hecho, eres la única persona en la que puedo confiar. Necesito esconderlas.

Aquella no era la ayuda que ella tenía en mente.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Es mejor que el Clarendon. Allí habría muchas especulaciones.

—No… Aquí no. Beck…

—Sí, por supuesto —dijo él, y bajó la cabeza—. Sabía que era pedir demasiado, pero tenía que intentarlo…

—En casa de Hollis.

Leo alzó la cabeza.

—Tampoco quiero implicarla a ella, Caroline.

—Es obvio que tú no puedes llevarlas allí, pero ¿no podrías enviarlas con uno de tus guardias?

—¡Caroline! Hollis no sabe nada de esto. No voy a hacerlo.

—Yo sí —dijo Caroline—. Hollis ayudará en todo lo que pueda. Lo hará porque yo se lo voy a pedir. Ella me quiere como yo la quiero a ella.

Parecía que él quería seguir discutiendo, pero no lo hizo.

—No he hecho nada en la vida para merecerte, Caroline. Te quiero —dijo.

No era posible que Leo supiera lo que significaban aquellas palabras para ella.

En aquel momento, más que la vida misma. Sin embargo, le causaban mucho dolor. No podía soportar que le confesara su amor y después fuera a casarse con otra mujer a Alucia.

—No digas eso —le susurró—. Por favor, no lo digas.

Él no volvió a decirlo. Se limitó a abrazarla y a besarla. Caroline se sintió como si aquella habitación se cerrara a su alrededor y los

protegiera del mundo. Todo se desvaneció, salvo el deseo y el amor que sentían.

La excitación hizo que le hirviera la sangre. Se apretó contra él, contra los ángulos y los planos de su cuerpo, le acarició la comisura de los labios con las yemas de los dedos y ladeó la cabeza para que el beso fuera aún más profundo.

Él la estaba apretando con fuerza contra sí, y una parte de ella deseó que no la soltara nunca. No quería salir de aquella habitación, no quería que el beso terminara. Pero Leo lo interrumpió. Le mordisqueó los labios y le besó la mejilla y la frente. Después, alzó la cabeza.

—Caroline, amor mío, no podemos seguir con esto —le susurró —. Tengo a tres pobres niños esperándome.

Ella asintió, y Leo se puso en pie. Le tendió una mano para que ella se levantara también, y volvió a besarla, en aquella ocasión, con una ternura especial.

—Si alguien de la casa nos encontrara así, sería el fin de tu reputación y, posiblemente, el fin de mi vida —susurró. La soltó y se alejó hacia la puerta. La miró desde allí, le lanzó una mirada llena de anhelo.

—¿Esta noche? ¿A las ocho en punto?

Caroline asintió. Después, se apretó el estómago con ambas manos y lo vio marchar.

Cuando se quedó sola, miró al techo y pestañeó para contener las lágrimas. No oyó que Garrett entraba en el salón.

—¿Señora?

Caroline se recuperó al instante.

—Ah, Garrett, aquí estás. Una capa, por favor. Voy a visitar a Hollis, y no voy a venir a cenar a casa.

Sabía perfectamente que tenía un grave problema. Su corazón iba a chocar con la realidad y se iba a hacer añicos, porque Hollis tenía razón, se había enamorado de Leopold. Además, él había terminado de estropearlo todo siendo un buen hombre.

Iba a rompérsele el corazón, seguro. Pero, hasta el momento de esa muerte, no podía hacer nada más que ayudar a Leo.

Cuando llegó a casa de Hollis, se encontró a su amiga en el salón, no en el despacho. Estaba sentada en una butaca, delante de

la chimenea, leyendo un periódico con cara de concentración. Caroline se sentó a su lado y observó la preciosa habitación. Era muy distinta a su abarrotado estudio. Incluso los dos gatos estaban en su sitio, acurrucados en un extremo del sofá.

—¿Dónde está Donovan?

—No lo sé —murmuró Hollis.

Caroline se inclinó para captar la atención de su amiga.

—¡Buenas noches, Hollis! ¿Qué estás haciendo?

—Leer noticias —dijo Hollis. Suspiró y bajó el periódico—. Esto lo edita Charles Dickens. ¿Lo conoces?

—En persona, no.

—Está publicando cosas que… merecen la pena, Caro. Noticias que todo el mundo debería conocer. No cotilleos. ¿Sabías que el Parlamento va a establecer un nuevo sistema de juzgados civiles en los condados?

Caroline se echó a reír.

—No, no lo sabía, y me niego a saberlo ahora. Querida, deja eso. Ahora te necesito.

Hollis pestañeó. Apartó el periódico.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Necesito una invitación al baile de los Pennybacker para Leopold.

Hollis se quedó mirándola y se echó a reír.

—Caroline, tú eres la que se aseguró de que no lo invitaran.

—Sí, lo sé perfectamente, gracias, Hollis. Pero ahora me doy cuenta de que fue un enorme error.

—Lo que sembraste, querida. ¿Quieres que te diga lo que pienso? Que lo quieres.

—¡Sí! Estoy enamorada del príncipe Leopold. ¿Contenta? ¿Vas a ayudarme, sí o no?

Hollis seguía riéndose. Le tomó la mano a Caroline.

—Ahora sí estoy contenta. Sois la pareja perfecta. Tú, demasiado atrevida e impetuosa, y él, demasiado aficionado a la cerveza. De acuerdo. Aunque va a ser necesaria un poco de astucia.

Se puso en pie y comenzó a pasearse de un lado a otro, dándose golpecitos con el dedo índice en los labios.

—Ah. Ya sé. El marido de *lady* Farrington ha ganado muchísimo dinero, como seguro que ya sabes.

—Todo el mundo lo sabe. Priscilla se ha cerciorado de que todo el mundo lo sepa.

—Nancy Pennybacker no puede soportar que Priscilla tenga algo que ella no tiene. Si Nancy se entera de que Priscilla tiene al príncipe de invitado en la cena, porque se lo vas a decir tú, lo invitará al baile. No importa lo que piense de él, Nancy no va a permitir que Priscilla tenga a un miembro de la realeza europea en su casa antes que ella.

Caroline sonrió.

—Eso es diabólico, Hollis.

—Estudio las habladurías, querida. Pero tienes que convencer a Priscilla de que lo invite.

Caroline se puso de pie.

—Eso es lo más fácil que voy a tener que hacer esta semana. Pero, Hollis, hay más.

—No… No puedo ayudarte con *lady* Norfolk.

—No, es otra cosa. Un favor muy grande. Necesito que acojas en casa a dos chicas y un niño. Pero es temporal.

—¿Qué has hecho, Caroline? —le preguntó Hollis, con seriedad.

—Nada. Por lo menos, todavía.

Caroline le contó a Hollis todo lo que había ocurrido. Hollis no dijo ni una palabra durante la narración, pero se quedó con los ojos abiertos como platos de la impresión. Cuando Caroline terminó, Hollis se apoyó en el respaldo del asiento y miró al cielo.

—Nunca hubiera pensado que el príncipe Leopold, precisamente, iba a salvar a unas muchachas de eso.

—No —dijo Caroline, con una risita llena de timidez.

De repente, Hollis se puso en pie y comenzó a pasearse otra vez.

—De eso estaba hablando antes, precisamente, Caro. ¡Este nivel de corrupción entre los oficiales gubernamentales no puede continuar! Hay que exponerlo a la luz pública. Voy a escribir un artículo…

—¿Hollis? ¿Y los niños? —preguntó Caroline.

—¿Qué? Ah, sí, por supuesto. Pero ¿entiendes lo que quiero decir? En vez de publicar quién se ha puesto esto o cuál es la invitación más deseada, debería publicar escándalos de verdad… ¡Ah! Donovan, aquí estás. Vamos a tener invitados. Dos muchachas y un niño.

Donovan había entrado al salón con vino. Dejó la botella y dos copas en la mesa que había entre las butacas.

—Muy bien.

—¿Las alojamos en las habitaciones contiguas? ¿Cuánto van a estar aquí, Caro?

—Creo que hasta que el príncipe embarque.

—Yo me encargo —dijo Donovan, y se marchó, silbando bajito.

Hollis siguió expresando su firme opinión sobre lo que debía ser una revista hasta las ocho y diez, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Ya están aquí! —susurró Caroline.

Hollis y ella se levantaron y se alisaron la falda como si fueran a recibir a la realeza.

Un momento más tarde, Donovan entró en la sala con dos chicas y un niño.

—¿Es a ellos a quienes esperaba, señora?

—Creo que sí. Gracias, Donovan.

—Entonces, voy a llevar sus cosas a las habitaciones.

Gracias al cielo por tener a Hollis, pensó Caroline.

Las dos chicas estaban agotadas. Eran muy delgadas, pero su delgadez no era de las que se elegía, a juzgar por su palidez y la falta de brillo de su pelo. ¡Y el niño! Estaba perdido en el abrigo que llevaba, e iba agarrado con fuerza de la mano de una de ellas. Caroline la reconoció de Arundel.

Los tres estaban asustados y recelosos. Caroline no sabía qué tipo de vida habían llevado hasta aquel momento. Con solo imaginárselo, se ponía enferma.

Hollis le puso la mano en el brazo.

—Caro, ¿te importaría ir a pedirle a Emily que prepare el té y unos sándwiches? Creo que nuestros invitados tienen hambre.

—¡Sí! —exclamó Caroline.

Agradecía tener algo que hacer. Salió rápidamente de la habitación, con los ojos llenos de lágrimas por segunda vez aquel día. Sentía una terrible pena por aquellas muchachas. Pero también sentía orgullo por Leopold, y porque hubiera arriesgado tantas cosas para salvarlas.

Aquella noche, Caroline apenas durmió. No podía dejar de pensar en Leopold y en los niños que estaban en casa de Hollis.

La revelación de lo que ocurría en las casas que ella frecuentaba la había dejado muy triste y desubicada. Cuando pensaba en todas las horas que había pasado preocupándose de lo que iba a ponerse para ir a tal o cual fiesta, mientras otras mujeres trabajaban solo para poder conservar la vida, se sentía furiosa. Con la vida, consigo misma, con su burbuja de privilegios, con la mezquindad del mundo.

Quería ayudar a Leo a encontrar a las otras chicas. Y, además, necesitaba ocupar la mente en otra cosa que no fuera el hecho de que él se marchaba pronto.

Caroline visitó a Priscilla aquella tarde para terminar el vestido que su amiga iba a llevar al baile de los Pennybacker. Era de color amarillo y, mirándolo con atención, Caroline se había dado cuenta de que no favorecía a su amiga. Sin embargo, no parecía que Priscilla lo notara, y estaba entusiasmada con él.

—Es precioso —dijo, con reverencia.

—Vas a ser de las más envidiadas, Priscilla.

Priscilla se miró al espejo.

—Nancy va a ponerse un vestido lila. No es un buen color para ella. Le hace el cutis grisáceo.

Caroline puso los ojos en blanco y siguió arreglando la falda del vestido alrededor de la generosa figura de Priscilla, apartando perritos curiosos de su camino.

—Se cree que es mejor que todos nosotros, ¿sabes? —le dijo Priscilla, en un susurro—. Tenías que haberla oído en el taller de Madam Brendan.

—¿Madam Brendan? ¿La sombrerera?

—Le encargamos guantes, y habíamos ido a que nos tomara medidas. Mientras esperábamos a que acabara con la señora que iba antes que nosotras, empezó a decir que todo Londres está esperando su baile. «No pretendíamos celebrar el evento más esperado de Londres, pero así es», dijo, como si fuera la reina.

—El bajo te queda demasiado largo por detrás. Creo que te lo voy a recoger con alfileres para coserlo —dijo Caroline—. ¿Tienes una caja, o un taburete?

Priscilla tocó una campanilla que había en su tocador.

—Dice que nadie ha rechazado la invitación. Todas fueron aceptadas.

—No todo el mundo va a ir, ¿no? No ha invitado al príncipe de Alucia.

Priscilla soltó un resoplido.

—A nadie le apetece que vaya a su evento, querida. Tú nos lo dijiste.

—Bueno… Pues resulta que no es del todo cierto. El príncipe cenó con el marido de la reina la semana pasada.

Era una mentira, y Caroline esperaba que no fuera fácil comprobarlo. No quería mentir a su amiga, pero… tuvo el efecto deseado.

—¿De verdad? No me había enterado. Tom lo sabría, creo.

Caroline sintió un pánico momentáneo.

—¿Cómo iba a saberlo? El príncipe Leopold no recibe invitaciones de nadie, salvo de Buckingham, así que no creo que nadie sepa lo que hace. Salvo Beck —dijo, fingiendo que estudiaba el bajo del vestido.

—¿Ah, sí?

—Umm. Yo invitaría al príncipe a cenar si no fuera por mi hermano. Está constantemente yendo y viniendo a Sussex con esa yegua suya. Nunca sé cuándo va a estar en casa para poder organizar una cena. Creo que prefiere cenar con los caballos.

Pasó un momento. Caroline temió que Priscilla no captara lo que le estaba sugiriendo. Sin embargo, su amiga dijo:

—Yo podría invitarlo a cenar.

Caroline estuvo a punto de dar un grito de triunfo. Miró hacia arriba.

—¿Sí? ¿Tú podrías?

—Sí, ¿por qué no?

—Pero… ¿y su reputación?

—¡Querida! Si es lo suficientemente bueno como para cenar con el príncipe Alberto, es lo suficientemente bueno para mí.

Caroline se agachó a acariciar a los perros para ocultar su sonrisa.

—Pero… no tenías planes para organizar ninguna cena, ¿no?

Priscilla alzó la barbilla.

—Tom quiere tener cerca a la gente más adecuada desde que entró en el Parlamento. Tiene grandes planes, ¿sabes?

Sí, todo el mundo lo sabía en Mayfair. Su ambición era bien

conocida.

—Qué hombre tan listo, tu marido. El príncipe es el tipo de contacto que necesita, ¿no?

—Sí —dijo Priscilla, como si todo se le hubiera ocurrido a ella —. ¿Dónde está esa chica? —preguntó, y volvió a tocar la campanilla.

Apareció una joven de pelo castaño, que entró apresuradamente en el salón.

—Disculpe, señora —dijo, con un ligero acento extranjero.

—Trae un taburete, y date prisa. No tenemos todo el día —le ordenó Priscilla.

La chica se fue y volvió con un taburete y dos perros trotando detrás de ella. Puso el taburete delante de Priscilla. La muchacha alzó una mano para ayudar a su señora a subir al taburete y, entonces, Caroline lo vio. En el puño del uniforme llevaba un pequeño parche de color verde.

Del verde wesloriano.

Caroline observó a la chica que, una vez cumplidas sus órdenes, había retrocedido con la mirada baja. ¿Qué era lo que le había contado Priscilla hacía unos días? Algo sobre que las criadas extranjeras eran mejores que las inglesas… Sirvientas weslorianas. ¿Significaba eso que Tom…? A Caroline se le cortó la respiración.

—¿Qué te parece? —preguntó Priscilla.

—¿Cómo? Oh, es precioso —dijo Caroline—. Es perfecto para el baile de los Pennybacker.

—El bajo, querida.

—Ah, sí, claro.

Tomó un alfiler del alfiletero que llevaba en la muñeca, y dijo:

—Creo que, para tu cena, deberías ponerte el azul.

—¿Tú crees?

Sí. Tenía sentido. Uno de los mejores amigos de Tom era Henry, el duque de Norfolk. Si Tom estaba usando a aquella muchacha, Caroline iba a sacarla de allí. Y también a la que estaba en casa de los Pennybackers. ¡Sí, por supuesto! Lord Pennybacker y Tom también eran amigos y, si Priscilla tenía una sirvienta extranjera, Nancy se habría empeñado en tener otra.

—A nadie le queda el azul como a ti, Priscilla —dijo Caroline, mientras le tomaba el bajo del vestido con los alfileres—. Y ¿sabes

otra cosa? Creo que deberías celebrar la cena después del baile de los Pennybacker de la semana que viene, pero antes de que la gente empiece a marcharse al campo. Será como una catarsis después de ese horrible baile, ¿no crees? Y no querrás que Nancy se marche al norte a pasar el verano sin enterarse, hasta el otoño, de que has invitado a cenar al príncipe.

—A mí no me importa lo que Nancy Pennybacker piense de nada —respondió Priscilla, aunque eso era muy falso—. Pero… si lo hago la semana que viene… ¿a quién más voy a invitar?

Empezó a recitar nombres mientras a Caroline le daba vueltas la cabeza. La muchacha se acercó de nuevo para ayudarla a bajar del taburete, y Caroline volvió a ver el parche verde de su puño.

Después, se marchó, y Caroline la siguió con la mirada hasta que salió.

—¡Caroline! ¿Dónde estás?

Caroline se sobresaltó y se giró. Priscilla le había dado la espalda para que le desabrochara el vestido. Caroline estaba sin aliento. Había encontrado a una wesloriana.

¿Quién iba a rescatar a aquella pobre niña? ¿Ellos? ¡Sí, por supuesto! ¡Ellos! Leopold y ella. El príncipe había ido a pedirle ayuda, y ella iba a ayudarlo. Tenía que hacerlo, por él, y por sí misma.

Sin embargo, había otra cosa que también le atenazaba el corazón, aparte de la suerte de aquellas muchachas: saber que, cuando Leopold las tuviera a todas, se marcharía a Alucia.

Iba a marcharse muy pronto. Demasiado pronto.

Capítulo 26

El baile de los Pennybacker se celebró en Mayfair con mucha fanfarria. A medianoche se sirvió una cena ligera de jamón con patatas y helado para que los invitados no se sofocaran demasiado.

Los mejores trajes de verano se vieron en el baile, y el más apetecible de todos era lo último en moda francesa, con abundantes volantes cayendo en cascada desde la pechera del vestido.

El príncipe Leopold de Alucia ha anunciado su inminente partida de Inglaterra. Se espera que zarpe en cuestión de días hacia Helenamar, donde se hará el anuncio oficial de su compromiso con una heredera de Wesloria. Esperemos que el momento de su marcha llegue pronto, puesto que lord Pennybacker lo ha acusado de intentar seducir a una de sus criadas durante el baile.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Leo se dio cuenta de que, efectivamente, lo estaban siguiendo. Al día siguiente de que Caroline le hablara de los dos hombres del Ministerio del Exterior, se dio cuenta de que un individuo caminaba apresuradamente detrás de él. Kadro y Artur también lo acompañaban, pero no se habían fijado en el tercer hombre, o… ¿o formaban parte de una conspiración contra él? No lo creía, pero, el año anterior, tampoco había podido dar crédito a que hubiera en marcha un complot para secuestrar a su hermano, y lo hubo. ¿Qué razón podía tener alguien para difundir un rumor tan dañino contra

él? ¿Acaso querían evitar que descubriera la identidad de aquellas muchachas? No sabía cómo, ni por qué, pero, el instinto le decía que tenía algo que ver con Cressidian.

Por el momento, iba a concentrarse en encontrar a las dos últimas mujeres weslorianas y en liberar a Rasa de los grilletes de lord Pennybacker.

Aquella noche era el gran baile, y Caroline se las había arreglado para que lo invitaran. La semana anterior, un lacayo de Upper Brook Street le había llevado una nota: *Acepte todas las invitaciones que reciba*. Le pareció una recomendación extraña, ya que no estaba recibiendo ninguna. Sin embargo, uno o dos días después, le llegó una invitación para una cena en casa de los Farrington. A pesar de la nota de Caroline, se sorprendió, porque apenas conocía a lord Farrington, pero parecía que el caballero estaba ansioso por conocerlo. La fecha era el próximo sábado.

Al día siguiente, llegó una invitación al baile de los Pennybacker, con una nota personal de *lady* Pennybacker, en la que le pedía disculpas por no haberle enviado antes la invitación. El baile iba a celebrarse cuatro días después y tres días antes de la cena de los Farrington.

La nota decía que la invitación se había traspapelado.

—Ya —dijo Leo. ¿Cómo lo habría conseguido Caroline?

—¿Aceptamos? —preguntó Josef, con una expresión inescrutable—. Es el miércoles por la noche, y tiene la agenda despejada.

—Sí —dijo él—. Me vendrá bien la diversión antes de marcharme de esta isla. Deberías tomarte la noche libre, Josef. Ve al teatro, por ejemplo.

—Gracias, Alteza.

Era el tipo de respuesta vaga que siempre le daba Josef. No era sí, o no; simplemente, gracias. ¿Iría al teatro, o preferiría conspirar contra su príncipe?

Leo había estado observando a Josef con más atención últimamente, y ya no confiaba en él. Siempre había sido indescifrable, pero, ahora, aquella actitud tan enigmática le resultaba sospechosa, sobre todo, teniendo en cuenta que era su secretario quien le había sugerido que llevara a Isidora a casa de Cressidian.

—Voy a informar a Freddar de que va a necesitar un traje formal esta noche, Alteza —dijo Josef, y tomó una nota en su diario. Leo se preguntó qué otras notas habría en aquel diario.

—Gracias. Puedes retirarte.

Josef lo miró. Casi nunca era él quien terminaba sus reuniones; normalmente, era Josef quien salía corriendo para ocuparse de esto o de aquello. En aquella ocasión, el secretario recogió sus cosas, se puso en pie y se inclinó.

—Avisa a Kadro para que venga —añadió Leo, mirando la invitación.

—Sí, Alteza.

Kadro entró unos minutos más tarde, e hizo una reverencia.

Leo lo observó. Llevaba a su servicio ya seis años, y él tenía que haber notado algo si Kadro estuviera implicado en un complot. ¿O acaso había pasado todo aquel tiempo tan borracho que no se había dado cuenta de nada? Era posible.

—¿Has percibido alguna señal de que me estén siguiendo?

Pareció que Kadro se quedaba desconcertado.

—No, Alteza.

Leo se puso en pie lentamente.

—Pues alguien me ha estado siguiendo. Yo lo he visto, y me pregunto por qué tú no. Me gustaría saber quién es.

En el semblante de Kadro se reflejó la confusión, la alarma y la duda. Sin embargo, asintió y dijo:

—Sí, Su Alteza. Artur y yo vamos a vigilar.

—Y vigilad también a Josef —añadió Leo.

Kadro pestañeó. Parecía que quería decir algo. Claramente, quería entender el motivo de aquella orden. Sin embargo, él no iba a decirle nada más.

Kadro asintió secamente.

—Gracias. Puedes marcharte —le dijo Leo.

No era él mismo. Era una persona completamente distinta al hombre que había sido durante veintinueve años. No le gustaba vivir entre sospechas, con la necesidad de mirar siempre hacia atrás.

El día anterior le había llegado un mensaje de Hawke.

Alteza Real, mis más sinceros saludos. Le escribo para

invitarle a asistir al baile de los Pennybacker con lady *Caroline y conmigo. Mi hermana me asegura que le han enviado una invitación, y piensa que usted no debería estar solo en ese «antro de chismosos y madres ansiosas». Le he sugerido que ella es la principal chismosa y, a cambio, Caroline me ha dedicado algunas palabras muy desagradables. Pero es su deseo, y le envío esta invitación porque, como ya he demostrado en más de una ocasión, soy incapaz de negarle nada. Por lo tanto, sería un gran honor para nosotros que nos acompañara, aunque solo sea para impedir que hermano y hermana se mutilen el uno al otro. Esperamos su respuesta favorable.*

B. H.

Sonrió al imaginarse la escena. Los Hawke eran el único punto brillante en aquel mundo nuevo y extraño que él mismo había creado. Les envió su respuesta afirmativa. Estaba deseando ir al baile para liberar a Rasa, pero también estaba angustiado, porque sus otros dos rescates no habían sido fáciles. En parte, deseaba disfrutar de aquel baile como lo hubiera hecho hacía un año: con vino, danzas y juegos de cartas. Por otra parte, sentía alivio de que aquellos días hubieran quedado atrás.

Tenía que hacer una cosa antes de ir a casa de los Hawke. Para consternación de Freddar, se puso un enorme abrigo para tapar su ropa formal, y un sombrero espantoso de ala ancha. Tenía que hacer un par de visitas por el camino; la primera, a la residencia de Cressidian. Era hora de ocuparse de aquel canalla.

Al verlo, el aluciano se quedó sorprendido. Parecía un poco adormilado, y Leo conocía aquella mirada, era la de alguien que llevaba una vida disipada. Seguramente, se despertaría con algo de comida y de vino y volvería a la juerga aquella misma noche.

—Alteza —dijo el individuo, cuando Leo y él estuvieron en su despacho—. No esperaba su visita.

—Me lo imagino. Pero tengo una pregunta, señor. ¿Cuánto le han pagado por difamarme?

Cressidian enarcó una ceja.

—¿Disculpe?

Leo suspiró de impaciencia.

—Vamos, señor Cressidian. Usted es todo un experto a la hora

de llenarse los bolsillos. Cuando les dijo a los hombres que forman parte de este despreciable negocio de vender mujeres weslorianas que yo lo sabía todo, ¿cuánto le pagaron por difamarme?

Cressidian palideció.

—No sé de qué está hablando —dijo, con frialdad.

—Claro que lo sabe.

—Le agradecería que se marchara —dijo Cressidian.

Se lanzó hacia la puerta y la abrió de par en par, y se asomó al pasillo, sin duda, esperando encontrarse con un grupo de hombres de Alucia que hubieran ido a detenerlo. Más tarde sí iban a ir; él mismo se ocuparía de ello.

Lentamente, Leo caminó hacia la puerta, pero se detuvo ante Cressidian. Percibió el olor a miedo y a alcohol que desprendía.

—Algún día, señor Cressidian, tendrá que pagar por sus crímenes. Si yo fuera usted, me pondría de rodillas y pediría clemencia.

—Buen consejo, viniendo de un gandul de la realeza. Póngase de rodillas usted.

—¿Y por qué piensa que no lo he hecho ya? —le preguntó Leo, con una sonrisa de ironía.

Y, entonces, con una velocidad y una fuerza que no creía que tuviera, le dio a Cressidian un puñetazo en la mandíbula y lo derribó. Se echó a reír de la sorpresa al salir. No sabía que fuese capaz de propinar un golpe tan asombroso.

Después, fue a casa de Hollis Honeycutt para cerciorarse de que sus protegidas estaban bien. Llegó a la dirección a la que había enviado su carruaje y llamó a la puerta. Le abrió un hombre en mangas de camisa, con un delantal, de la misma estatura que él, aunque más ancho. Tal vez fuera el hombre más guapo que él hubiera visto nunca.

Debió de quedarse desconcertado, porque el hombre le dijo:

—¿Sí?

—Perdón. ¿Está la señora Honeycutt en casa?

—Sí —dijo el hombre, observando a Leo. No se movió de la puerta.

—¿Quién ha venido, Donovan?

Hollis Honeycutt apareció en el vestíbulo y se agachó para pasar por debajo del brazo del hombre, que estaba apoyado en el marco

de la puerta. Estaba arreglada para el baile.

—¡Oh! ¡Alteza!

El hombre enarcó una ceja.

—Le pido disculpas, pero tenía un rato libre y he venido a ver qué tal están sus invitados.

—Pase, por favor —dijo ella, sonriendo—. En este momento están cenando. Mi cocinero se ha marchado a pasar el fin de semana fuera y Donovan ha preparado un estofado. Es un cocinero excelente.

Leo pasó junto al hombre y entró al vestíbulo. Al instante, pudo oler algo delicioso y oír algo asombroso: el sonido de la risa.

Leo llegó a Upper Brook Street una hora más tarde, con Hollis, que también iba a acompañar a los Hawke al baile. Se quitó el abrigo y el sombrero y se colocó los puños de la camisa. Era la primera vez desde la boda de su hermano que se preocupaba por su aspecto, y se había puesto su mejor traje.

Llevaba una banda azul con las medallas reales, y le había pedido a Freddar que le hiciera un nudo aluciano en la corbata. También se había puesto la chaqueta formal aluciana y se había colocado el pelo cuidadosamente detrás de las orejas, al estilo aluciano. Ya que iba a salir de Inglaterra por la puerta de atrás, al menos, lo haría con la cabeza bien alta.

Garrett hizo que pasaran al salón familiar. Beck se estaba paseando con impaciencia por delante de la chimenea.

—Llevo media hora esperando a Caro —dijo—. ¿Qué hacen las mujeres en su tocador? A mí me parece sencillo; una enagua, unas cuantas horquillas —dijo, moviendo los dedos por encima de su cabeza.

—¿Te estás quejando otra vez, Beck?

—¡Caro! —exclamó Hollis, mientras Leo y Beck se giraban hacia la puerta—. ¡Tu vestido es impresionante!

—¡Gracias, Hollis! Y tú estás maravillosa de azul, querida. Deberías usarlo siempre.

A Leo se le cortó la respiración. Caroline estaba bellísima. Siempre estaba muy bella, pero, aquel día, era brillante.

Llevaba un tocado de oro con cristales resplandecientes y tres plumas doradas en un lateral, que parecía una corona. Su vestido

era dorado, y tan ligero, que parecía polvo de estrellas. La falda tenía varias capas de seda fina y seda más gruesa, y estaba adornada con diminutas perlas. Llevaba un collar de perlas y un broche, también de perlas, en la pechera. Y también llevaba sobre los hombros un echarpe de la misma tela que el vestido.

Estaba elegante, deslumbrante. Él se sentía como un cuervo ante el más brillante de los objetos. No podía apartar la mirada.

—Ha merecido la pena esperar, querida —dijo Beck—. Hollis y tú vais a superar a todas las demás damas.

—Vaya, qué inesperado que digas algo tan agradable, Beck —dijo Caroline, y le hizo una reverencia a su hermano.

Después, se giró y sonrió a Leo, y él notó que la sonrisa le llegaba hasta los huesos. Esperaba no olvidarse jamás de aquella sonrisa.

—¡Alteza! ¿Cómo está en esta gloriosa noche? Hace tan bueno, que creo que van a tener que abrir las puertas, ¿no le parece?

—Yo… eh… —balbuceó Leo—. Estoy muy bien, gracias —dijo, y sonrió.

Se había quedado sin palabras. Estaba hechizado. Enamorado.

Ella sonrió aún más, como si comprendiera lo que él estaba pensando.

Entonces, Beck dijo:

—Cuando dejéis de miraros el uno al otro como bobos, podremos irnos.

Beck y Hollis ya se habían ido hacia la puerta, y él no se había dado cuenta.

La mansión de los Pennybacker estaba a pocas manzanas, y llegaron enseguida. Sin embargo, la espera en la calle fue interminable. Cuando, por fin, el carruaje se detuvo frente a la casa, Beck bajó en primer lugar y ayudó a Hollis y a Caroline. Leo bajó tras ellas. Hollis tomó del brazo a Beck, y Leo acompañó a Caroline al interior de la residencia. Era la primera oportunidad que tenía de hablar con ella en privado.

—Estás deslumbrante —murmuró—. Nunca había visto nada más bello.

Ella sonrió con deleite.

—Y usted está muy elegante, Alteza. Un verdadero príncipe. Voy a ser la envidia de todo el mundo por ir de su brazo, y no sé cómo

vamos a poder escabullirnos para encontrar a la sirvienta, porque nadie va a apartar la vista de nosotros.

Sonrió, y asintió para saludar a un par de conocidos. Después, susurró:

—Se me ha ocurrido una idea para encontrarla.

—No quiero que te involucres en esto, Caroline. Es demasiado arriesgado.

—¿De verdad? —preguntó ella, mientras subían las escaleras—. ¿Y cómo te las vas a arreglar sin mí? Este sitio es demasiado grande como para que te desenvuelvas sin conocerlo. Seguramente, ella estará sirviendo en alguna de las salas de aseo, la pobre.

Tenía razón. El baile estaba abarrotado, así que iba a ser imposible encontrar a una sirvienta en concreto. No podía ir por ahí preguntando por Rasa.

—Tengo una sorpresa para ti.

Él la miró.

—Mi curiosidad no conoce límites.

Ella soltó una risita.

—Te lo diré cuando no haya nadie cerca. Tal vez, cuando estemos bailando —respondió, con los ojos muy brillantes—. Tienes la intención de invitarme a bailar, ¿no?

Él la miró, miró sus ojos verdes y sus labios carnosos. El cutis de porcelana. Era un sueño hecho realidad.

—Tengo intención de invitarte a bailar, sí.

Se pusieron en la cola del recibimiento y avanzaron lentamente para saludar a los condes. Hollis y Beck estaban enfrascados en una animada discusión sobre unos huevos. Caroline habló con varios invitados a medida que avanzaban, saludó a unos cuantos amigos y se los presentó. Cuando casi habían llegado hasta los condes, ella se inclinó hacia él y susurró:

—Mi sorpresa es que he encontrado a otra.

—¿Otra qué?

—¡Otra wesloriana!

A Leo se le aceleró el corazón.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—En casa de los Farrington —dijo ella, sin perder la sonrisa—. ¡Fue accidental! Había ido a visitar a mi amiga Priscilla para convencerla de que te invitara a cenar, porque, si ella te invitaba a

cenar, *lady* Pennybacker tendría que invitarte a su baile. Y allí estaba la muchacha.

—¿Qué? —preguntó él, desconcertado.

—¡Milord!

De repente, Caroline se inclinó e hizo una reverencia, y él se dio cuenta de que habían llegado hasta los condes.

—*Lady* Caroline, nos honra con su presencia —dijo Pennybacker, con su voz grave y retumbante—. Alteza Real… bienvenido —añadió, y le estrechó la mano a Leo.

—Gracias —respondió él—. Les agradezco su amable invitación. Creo que es la última oportunidad que tengo de ver a amigos antes de irme.

—Entonces, lo que se dice es cierto, ¿no? ¿Vuelve usted a Alucia?

—Sí, es cierto.

—Bueno, pues no se lleve a ninguna de mis doncellas —dijo Pennybacker, y se echó a reír. Leo también dejó escapar alguna risa forzada.

Después de saludar a *lady* Pennybacker, que se mostró mucho más distante que su marido, y de ser anunciados en el salón de baile, tres damas se llevaron aparte a Caroline para poder admirar su vestido. Leo se quedó solo en la abarrotada estancia, maravillado de cómo lo evitaba todo el mundo. Antes de la boda real, la gente lo abordaba para que hiciera presentaciones en los eventos como aquel. Aquella noche, lo miraban con curiosidad, pero nadie se acercó a él. Era un paria.

Muy pronto, la música comenzó a animar el ambiente, y Leo se acercó a Caroline y le pidió un baile.

—Encantada —dijo ella—. Todos nos están mirando, así que no mires tú para comprobarlo.

—No voy a mirar —dijo él, y le sonrió afectuosamente.

Quería preguntarle a qué se refería cuando decía que había encontrado a otra wesloriana, pero deseaba aún más bailar con ella, tenerla entre sus brazos mientras la música sonaba a su alrededor y podían disfrutar de la estima que se profesaban. Se inclinó ante ella para empezar un vals. Mientras se movían, la miró a los ojos. No le importaba quién los viera.

—Baila usted muy bien, príncipe Leopold —le dijo Caroline—.

Me lo esperaba.

—Usted también, *lady* Caroline.

—Pero no debería mirarme así.

—¿No debería mirarla con adoración?

A ella le brillaron aún más los ojos.

—¿De veras es eso? No, no debería. Conseguirá que las malas lenguas empiecen a hablar. Y las damas sentirán resentimiento. No podemos permitirlo.

—A mí no me importa.

Ella se echó a reír.

—Todos se van a preguntar si me ha seducido. Si me ha tomado entre sus brazos principescos y me ha estropeado para todos los demás. Se preguntarán si me está seduciendo ahora, con la mirada.

—Lo estoy intentando. ¿Qué tal voy?

—Muy bien, por supuesto —dijo ella. De repente, se le apagó la sonrisa—. Oh, Leopold, puede que creas que estoy loca por decirte esto, pero te voy a echar mucho de menos cuando… cuando todo termine.

Él la hizo girar y, cuando terminó el giro, la acercó más a su cuerpo.

—Yo también te voy a echar de menos, Caroline. Me faltan las palabras para explicarte cuánto.

—Nunca había conocido a nadie como tú. Bueno, a tu hermano, claro. Y Eliza también se parece un poco a ti, porque es libre y despreocupada. Pero, en realidad, a nadie como a ti, y estoy segura de que nunca volverá a sucederme. Eso me pone muy triste.

Él suspiró y le apretó la mano.

—Y yo nunca he conocido a nadie como tú. Eres incomparable.

Ella recuperó la sonrisa.

—Este es exactamente el tipo de halagos que me encantan.

—Y esto es exactamente lo que adoro de ti.

Siguieron mirándose el uno al otro, y ella trató de conservar la sonrisa. Mientras giraban y giraban por el salón, fue como si las palabras y las promesas también giraran a su alrededor, en un pequeño planeta para dos, con su eje especial.

Cuando el vals estaba terminando, Caroline lo miró con los ojos oscurecidos.

—Estamos condenados, ¿verdad? ¿Por qué no podrá ser lo

nuestro?

—Ojalá hubiera podido ser. Yo lo deseo más que nada en el mundo —reconoció Leo.

El vals terminó. Ella retrocedió e hizo una reverencia, y se alejó de él. Había dado solo unos pasos cuando lord Ainsley la interceptó y, después de una breve conversación, la llevó a la zona de baile nuevamente. Desaparecieron entre las demás parejas.

Él necesitaba tomar el aire. Cuando iba hacia la salida, Hollis lo agarró.

—¡Aquí está, Alteza! —le dijo, alegremente. Cuando él miró asombrado la mano de su cuñada sobre su brazo, ella dijo—: Somos prácticamente hermano y hermana. Ya se lo he dicho a todo el mundo, así que nadie va a pensar nada por vernos juntos. Escuche, Alteza, todos los están mirando a Caroline y a usted. A ella se le da muy bien captar la atención de cualquiera, ¿verdad? Ahora, precisamente, tiene a todo el mundo cautivado mientras baila con lord Ainsley, y está provocando la ira del pavo real, que piensa que él va a pedir su mano de forma inminente. Eso mantendrá a los invitados entretenidos un buen rato. Mientras, yo he encontrado a su amiga.

—¿A mi amiga? —preguntó él.

—A su amiga —dijo ella—. Anda corriendo de un lado a otro con las toallas para la sala de aseo, y sé exactamente dónde podemos encontrarla, así que, si me acompaña…

—Hollis… No quiero que te impliques en esto.

—Ya estoy implicada —respondió ella, en voz baja. ¿Acaso crees que no he hablado con mis invitadas? ¡Sonría, Alteza! Está muy serio. La gente va a pensar que ha recibido una mala noticia.

Leo sonrió forzadamente.

Había sirvientes en el pasillo, y un par de salas de aseo para las damas, a juzgar por la cantidad de ellas que salían y entraban por las puertas. También había un armario para la ropa blanca. Hollis le hizo girar para que se pusiera de espaldas al salón, y le susurró:

—Finge que estamos hablando de mi hermana y de tu hermano, y yo vigilo… Ah, ahí está.

De repente, se apartó, y él pudo ver a una muchacha pelirroja con una cofia ligeramente torcida.

—Disculpe —dijo la chica.

—Disculpe, señorita, me gustaría presentarle al príncipe de Alucia. Tiene algo que decirle —dijo Hollis, suavemente.

—¿Cómo?

Hollis tomó a la doncella del brazo y la llevó frente a Leo.

—Date prisa —urgió al príncipe.

—Buenas noches, Rasa —le dijo él, en wesloriano.

A ella se le cayeron las toallas al suelo. Rápidamente, Hollis las recogió y volvió a ponérselas en los brazos.

—¡Entra en el armario de la ropa blanca! —le dijo Hollis.

La chica se puso frenética.

—¡Pero…!

—Entra, querida —dijo Hollis, con más firmeza.

La muchacha entró en el estrecho armario. Leo se puso en la entrada.

—Perdona esta forma de abordarte, Rasa, pero he venido a buscarte —le dijo, en wesloriano.

—¿A buscarme para qué?

—Voy a llevaros a ti y a las otras mujeres que vinieron a Londres contigo a Alucia.

Ella se quedó boquiabierta y se apretó las toallas contra el pecho.

—Pero ¿por qué?

No lo estaba entendiendo.

—Rasa, te han tratado muy mal. Te han vendido como esclava y yo quiero liberarte. Ve a buscar tus cosas y reúnete conmigo…

—¡No quiero marcharme! —exclamó ella—. ¡Me gusta mi trabajo aquí! Lord Pennybacker me dio la ropa que se le ha quedado pequeña a su hija.

Leo se quedó confuso.

—Pero él no… Te ruego que me perdones, pero tengo que hablar con claridad. ¿Él no quiere nada… a cambio?

Al principio, ella no lo comprendió, pero, entonces, exclamó:

—¡No!

—Vamos, Alteza —dijo Hollis—. Tenemos compañía.

Leo dio un paso hacia delante.

—¿Lo entiendes, muchacha? Te han comprado y te han vendido unos hombres poderosos.

—¡No! Yo le rogué a mi padre que aceptara la oferta, Alteza. Él

está enfermo, y mi madre tiene que darles de comer a mis hermanos. ¿Cómo van a sobrevivir? Me gusta Londres. Tengo mi propia habitación, mis zapatos, mi cama. Por favor, déjeme. No quiero volver a Wesloria. Quiero quedarme aquí.

Él no esperaba aquello, y no supo qué decir.

—¡Ah, Alteza! —exclamó Hollis, de repente—. ¿Se ha perdido de nuevo? Venga, le muestro el camino al salón.

Leo ignoró a Hollis y se inclinó hacia delante.

—Rasa, por favor, piénsalo bien.

Ella negó con la cabeza y retrocedió aún más en el armario.

—¿Estaba buscando la sala de juego? —gritó Hollis, con la voz muy aguda.

De mala gana, Leo retrocedió y se volvió hacia su cuñada. Se sintió muy molesto al ver a *lady* Katherine Maugham en el pasillo. Ella los estaba observando con curiosidad.

—Gracias. La señora Honeycutt me ha rescatado y me va a llevar al salón.

Después, sonrió a *lady* Katherine.

—Creo que me he perdido.

Lady Katherine no era tonta. Lo miró con astucia.

Hollis lo tomó del brazo y dijo:

—Ha bebido de más, ¿no, Alteza?

—Sí, demasiado —dijo él, alegremente.

Lady Katherine hizo una reverencia.

—Buenas noches, Alteza.

—Señora Honeycutt, si pudiera acompañarme a la sala de juego, se lo agradecería mucho —dijo él. Fingió que se tropezaba, y Hollis se giró hacia Katherine con una expresión jovial—. Buenas noches, Katherine.

Los dos se encaminaron hacia el salón de baile.

—¿Y bien? —le susurró Hollis, por el pasillo.

—No quiere marcharse. Le gusta estar aquí. Dice que Pennybacker la trata bien.

—Oh —dijo Hollis, sorprendida—. Bueno, quizá es feliz.

Leo no entendía cómo podía ser feliz una mujer en esas circunstancias. No tenía libertad, era un objeto. El hecho de que ahora estuviera cómoda no significaba que fuera a estarlo siempre. Sin embargo, él no quería debatir con Hollis, y no quería que su

cuñada se involucrara más. Cuando llegaron a la sala de juego, le hizo una reverencia.

—Gracias por tu ayuda —le dijo, en voz baja—. ¿Quieres dar tú la noticia, por favor?

—Por supuesto —dijo Hollis, comprensivamente—. Lo has intentado, y es lo que cuenta.

Leo no estaba muy seguro de eso. Intentarlo ya no le parecía suficiente.

Hollis desapareció entre la gente, y él fue a la sala de juego en busca de Beck. Su amigo había bebido demasiado y estaba muy hablador.

Leo se sentó. Le daba vueltas la cabeza. Estaba intentando decidir qué iba a hacer, cuando Pennybacker entró en la sala de juego y le preguntó, susurrando, por qué había abordado a su sirvienta wesloriana. Después, le pidió que se marchara.

Capítulo 27

Cierto pavo real, cuyas plumas se alborotan con facilidad, ha decidido no obstante desplegarlas por completo para llamar la atención de un vizconde soltero. Tenemos grandes esperanzas de que alguien pida la mano del pajarito antes de que se produzca la muda de su plumaje.

Dos damas acudieron al baile con vestidos diseñados por lady *Caroline Hawke. Se dice que* lady *Caroline va a invertir en una tienda para poder compartir su talento con todas las damas de Londres.*

Señoras, no debería ser necesario aclarar que el color gris no es adecuado para el verano, sino que, quizá, debería reservarse para los periodos de luto.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Garrett y Leopold tuvieron que esforzarse mucho para conseguir meter a Beck en casa y acostarlo. Caroline iba delante, apartando cualquier obstáculo. Cuando, por fin, Beck estuvo en la cama, con una pierna estirada hacia un lado, se lamentó de todo el dinero que había perdido en la mesa de juego.

Como Garrett estaba en camisón, Caroline le dijo:

—Tú atiende al señor, Garrett. Yo voy a acompañar al príncipe.

—Un momento, un momento, un momento —dijo Beck, desde la cama, luchando por incorporarse—. Leo…, prométeme que, si me pasa algo, tú cuidarás a Caro.

—¡Beck! —exclamó Caroline—. No te va a pasar nada. Estás

borracho y dices tonterías.

—Prométemelo, amigo —insistió Beck—. Sé que te gusta mi hermana, no te creas que no lo he notado —dijo, moviendo el dedo índice con un gesto de severidad.

—Sí, amigo, te lo prometo —dijo Leo, sonriendo.

—Llévatela, si quieres. Estará mejor en Alucia que aquí, con todos estos chacales —añadió Beck, y se le cerraron los ojos.

—Dios santo —dijo Caroline—. Alteza, ¿me permite que lo acompañe a la puerta?

Salieron del dormitorio mientras Garrett intentaba quitarle los zapatos a Beck.

En el pasillo, mientras Caroline cerraba la puerta de la habitación de Beck, él se apoyó en la pared con una media sonrisa. Se había quitado el pañuelo del cuello y se había colgado la banda de un brazo. Estaba tan guapo que a ella se le aceleró el corazón. Lo tomó de la mano para llevarlo escaleras abajo, al salón.

La chimenea estaba apagada, y las cortinas, cerradas. Buscó a tientas una vela y la encendió. Después, se giró hacia él.

Leo le quitó la vela de las manos y la puso en una mesa. Después, abrazó a Caroline.

Ella no sabía qué estaba haciendo, solo sabía que no podía soportar perder un solo instante con él.

—Todo ha salido al revés, ¿no? Hollis me dijo lo que había pasado, pero antes, Katherine Maugham había venido a contarme que, para ahorrarme sufrimiento, pensaba que yo debía saber que te había visto intentando seducir a una sirvienta, y que supiera que las atenciones que me dedicas son una farsa.

—¿Te dijo eso? —preguntó él, con incredulidad.

—Disfrutó muchísimo diciéndomelo, por supuesto.

—Y también se lo dijo a Pennybacker —le contó él, con ironía —. Pero no importa. Rasa no quiere irse. Le gusta su puesto de trabajo. Le dije a Pennybacker que la pobre muchacha había rechazado mis insinuaciones y me marché.

—¡Leopold!

—¿Qué iba a decirle? No podía correr el riesgo de que le echaran la culpa a ella —dijo él, y le acarició la mejilla a Caroline —. Tengo que aceptar que no puedo salvarlas a todas. Rasa ha rechazado mis intentos, y cabe la posibilidad de que la chica que

está en casa de los Farrington lo haga también. Y todavía falta una por encontrar.

—Tal vez la chica que está en casa de Priscilla sepa de su paradero —dijo Caroline—. Te voy a ayudar en todo lo que pueda.

Sin embargo, Leopold ya estaba negando con la cabeza.

—Pase lo que pase en la cena de los Farrington, me marcho uno o dos días después, dependiendo de las mareas —dijo él, y le acarició la mejilla nuevamente.

Entonces, aquella era su última cita. Caroline alzó la mano y le agarro la muñeca.

—Leopold…

Sin poder contenerse, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Él la tomó de la cintura, mientras hacía un ruido parecido a la risa dentro de su boca. Sin embargo, para Caroline, aquel no era un asunto divertido. Había encontrado al hombre de su vida, y sentía una necesidad incontenible por él. La intensidad de su adoración era tan grande, que la cabeza le daba vueltas. Era como si estuviera en un sueño.

Él la abrazó con fuerza, y ella se aferró a él, a su cuerpo, a sus labios.

Leo gruñó. Alzó la cabeza y le agarró los brazos con fuerza.

—No, Caroline. He llegado a un punto en el que no puedo seguir con esto, no puedo seguir si no…

—No voy a parar —dijo ella, y volvió a buscar su boca, con avidez, mientras le acariciaba el pelo.

De repente, Leo la tomó en brazos y la llevó al sofá.

—No he olvidado lo que me dijiste. Que ibas a defender tu virtud hasta el matrimonio —le dijo, con la voz ronca.

Ella lo empujó hacia atrás y lo obligó a que la mirara.

—Yo no dije eso. Dije que iba a defender mi virtud hasta que estuviera enamorada.

Leo abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás.

—¿Estás enamorada?

—¿De verdad me lo tienes que preguntar? —respondió ella. Tomó su cara entre las manos y continuó—: Te quiero, Leo. Te admiro. Te adoro. Si fueras cualquier otro hombre, te suplicaría que pidieras mi mano.

Entonces, Leo tomó su mano y se la puso en el pecho, para que

ella pudiera sentir los latidos de su corazón. Eran tan fuertes, que Caroline se sorprendió. Él, con una expresión casi de tristeza, le acarició la cara, el hombro, el pecho.

—Te quiero, Caroline. No sé cómo ha sucedido, pero has llegado a mi corazón. Estás presente en todos mis pensamientos. Las cosas no tenían que ser así. Yo nunca pensé que ocurriría esto.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no me importa —dijo ella, con la respiración entrecortada—. Sé que no puedo estar contigo, Leopold, pero no puedo permitir que te marches sin revelar lo que siento por ti, sin experimentarlo. Estoy loca de deseo. ¿Tú, no?

—Desesperado —dijo él.

Entonces, volvió a acariciarle la cara y la miró fijamente.

—Cierra los ojos —le pidió.

Caroline cerró los ojos y se tendió en el sofá, abandonándose a su deseo, ofreciéndose a él. Él posó la boca en su piel y deslizó las manos por sus piernas, hacia sus tobillos. Después, las metió bajo su falda y ascendió por el muslo hacia su sexo. Ella le acarició el pecho y los hombros con insistencia. Lo besó y apretó su cuerpo contra él.

Los besos se volvieron abrasadores mientras él la acariciaba por debajo de la falda. Pero, en aquella ocasión, eso no fue suficiente. Caroline deslizó la mano por el cuerpo de Leopold y acarició su erección. Leo dio un gruñido y se apretó contra ella para que pudiera sentir lo excitado que estaba, lo mucho que la deseaba.

Le acarició un pecho y le besó la barbilla, la garganta, y la carne que asomaba por su escote. Le besó el estómago a través del corpiño y del corsé, y volvió hacia arriba para liberar uno de sus senos. Lo succionó y tomó el pezón con dos dedos. Caroline jadeó de placer.

—Debes estar segura —le dijo él, apoyando la frente en la de ella, con la respiración tan entrecortada como la de Caroline—. Debes estar segura de que esto es lo que quieres, porque yo no puedo ayudarte a decidir nada. Estoy a un segundo de devorarte. ¿Me entiendes, Caroline?

Era un hombre bueno y decente. Ella se irguió, se apoyó en un codo y le besó los labios.

—No te estoy pidiendo que me ayudes a decidir nada, Leopold. Te estoy pidiendo que me tomes.

A Leo le brillaron los ojos en la oscuridad. Murmuró algo en aluciano y la besó con ternura, con reverencia. Sin embargo, la

ternura dio paso rápidamente al calor, y sus manos y su boca empezaron a moverse por todas partes. Se quitó la chaqueta y se sacó la camisa por la cabeza. Cuando Caroline tocó la piel de su torso por primera vez, gimió. Él comenzó a acariciarla entre las piernas y movió los dedos dentro de ella, ayudando a que su cuerpo se abriera. Ella había enloquecido y no sabía qué hacer, ni dónde poner las manos. Notaba la inevitable liberación acumulándose en ella, y tomó a Leo de la nuca para besarlo. Le mordió el labio inferior.

—Ya es el momento.

—Por Dios, mujer, me vuelves loco —dijo él—. Ahora, estate quieta. Calma —le susurró.

No podía calmarse. Podía hacer cualquier cosa, salvo calmarse.

Cerró los ojos y se abandonó al placer que él le estaba proporcionando. Leo deslizaba los dedos en su cuerpo con un ritmo instintivo, mientras le besaba la mejilla, los labios y los ojos, con tanta delicadeza, que ella apenas podía soportar la ligereza de sus besos. Él bajó la cabeza para atrapar su pecho nuevamente y ella sintió que caía al vacío, al espacio.

Se dio cuenta de que Leo apartaba la falda y, cuando la guio para que sus cuerpos se tocaran, a ella se le escapó un jadeo. Sin embargo, nada podía compararse al momento en que él deslizó el extremo de su miembro contra su humedad. Caroline se perdió. Era dolor, era placer. Era una sensación que iba más allá de cualquier cosa que hubiera conocido.

Entonces, él entró con cuidado en su cuerpo, y ella se dio cuenta de que aquel momento, con aquel hombre, era trascendental. Nunca volvería a sentir nada tan intenso por nadie. Nunca volvería a experimentar nada tan asombroso.

—Respira —le susurró él.

Y, cuando ella respiró, él se hundió en su cuerpo completamente. Después de un momento de incomodidad y tensión, su cuerpo se adaptó al de él.

Él siguió acariciándola y besándole la cara, y comenzó a moverse con suavidad. Caroline se movió con él, como si su cuerpo ya supiera lo que tenía que hacer. Caminaron juntos hacia el éxtasis y, en el momento más oportuno, él deslizó una mano entre sus piernas y la acarició en consonancia con sus movimientos. Un

instante después, Caroline sintió el orgasmo.

Él la siguió y, en el último momento, salió de su cuerpo. Después, se desplomó sobre ella.

Ella le besó el cuello y le acarició el pecho. No tenía palabras. No podía imaginarse todo aquello con otro hombre. Solo con Leopold.

Lo cual era un gran problema. Ya lo pensaría al día siguiente. En aquel momento, solo quería deleitarse con él.

—Te quiero —le dijo Leopold, contra su hombro—. Necesito que lo sepas. Te quiero, Caroline. Y, pase lo que pase, siempre te querré.

Estaba demasiado oscuro como para que él pudiera ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también te quiero Leopold. Te quiero desesperadamente.

Permanecieron abrazados mucho tiempo, pero, al final, él tuvo que levantarse. Con un pañuelo, los limpió a los dos y, después, se vistió. Él estaba despeinado, y a ella se le había arrugado el precioso vestido, pero no le importó.

Leo la ayudó a levantarse y la abrazó.

—Caroline, yo…

—Lo sé —susurró ella. No quería oírle decir que tenía que marcharse. No quería recordar que se acercaba el momento en que él la dejaría para siempre.

Leo le besó la mejilla. La boca. La mano. Le besó los labios y… se fue.

Caroline se quedó mirando la puerta hasta mucho después de que él hubiera desaparecido. No podía moverse.

No podía, casi, ni respirar.

Al día siguiente, todavía estaba en la cama cando Martha entró en el dormitorio y le dijo que tenía visita. Caroline estaba adormilada, pero se incorporó.

—¿Quién es?

—No lo sé, señorita. Garrett me ha dicho que viniera a buscarla.

A ella se le aceleró el corazón. ¿Era Leopold?

Sonrió y apartó la manta. Se puso un sencillo vestido de diario y, con el pelo suelto, bajó las escaleras, impaciente por verlo.

Pero, al entrar al salón, se encontró con el señor Drummond, del Ministerio de Exteriores, y con un Beck de color verdoso.

Capítulo 28

Una cena íntima en la residencia de un flamante lord se sumió en el caos cuando se descubrió que la nueva doncella había escapado a mitad de la noche. El grupo se separó rápidamente. Durante los días siguientes, nuestro intrépido anfitrión y su familia se marcharon al campo para pasar el resto del verano y, desde entonces, no se ha sabido nada de ellos.

Señoras, para el polvo que se acumula en las esquinas, que no se limpia fácilmente con un buen plumero, hagan una bola de miga de pan y aplástenla contra el rincón. Es la clave.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El embajador Redbane visitó a Leo en el Hotel Clarendon, inesperadamente, a la mañana siguiente de la cena en casa de los Farrington. Estaba agitado.

—Buenos días, Redbane —dijo Leo—. ¿Va todo bien?

—Alteza —dijo Redbane, agarrando con fuerza su sombrero—. Debe abandonar Inglaterra con la marea de mañana. El barco real está preparado.

Leo se quedó helado.

—¿Mañana? ¿Por qué?

Redbane se sacó una carta del bolsillo.

—Los británicos lo han exigido a través del Ministerio de Exteriores. Tienen la escandalosa idea de que usted está conspirando contra su padre con el apoyo de los weslorianos, o de

que está implicado en algo aún peor. Han venido a verme pidiendo que el rey lo saque de Inglaterra inmediatamente.

—¿Cómo? —preguntó Leo. Dejó el periódico a un lado y se puso en pie. Redbane le entregó la carta.

Leo la leyó rápidamente. Era una petición formal. Querían que dejara el país a causa de su «mal comportamiento».

—¿Mal comportamiento? —preguntó.

—Es una excusa más aceptable que la conspiración contra su padre. No quieren problemas, Alteza. No puede haber ningún complot urdiéndose aquí.

—Yo no estoy conspirando contra mi padre. Y, si alguno lo sospecha, solo tiene que venir a Alucia, donde voy a revelar la verdad sobre mis actividades aquí —dijo Leo. Se frotó los ojos—. ¿Se ha enviado este mensaje a mi padre?

Redbane asintió.

Aquello, ciertamente, dificultaba aún más las cosas. Leo pensaba que su padre no iba a dar crédito a las acusaciones de traición, pero sabía que sí iba a creer el asunto de su mal comportamiento.

—Es por el bien de Alucia —dijo Redbane.

—Sí, entiendo que debo irme. Pero me iré el lunes.

—Pero, Alteza…

—No voy a cambiar mis planes, Redbane. Tengo que hacer una cosa más antes de irme.

Redbane apretó los labios.

—¿Algo más? —preguntó Leo.

—No, Alteza.

—Entonces, puede retirarse —dijo él, con irritación, y le hizo un gesto para que se marchara.

Aquella noticia le angustió. Todavía no sabía dónde estaba una de las mujeres, y no sabía lo que iba a ocurrir aquella noche.

Sin embargo, lo que de verdad le dolía era saber que iba a perder a Caroline. Siempre había sabido que llegaría aquel momento, que tendría que despedirse, pero había tratado de no pensar en ello. Además, Caroline se había convertido en alguien demasiado importante para él. Era la luz que necesitaba su alma. ¿Cómo iba a marcharse? ¿Cómo iba a continuar con su vida? No iba a volver a verla en mucho tiempo y, cuando la viera de nuevo, sería en Alucia y él ya estaría casado, si no con Eulalie, con otra mujer.

Estuvo de mal humor todo el día mientras pensaba en cómo resolver aquel dilema. Mientras se arreglaba para la cena, miró a Freddar, que tenía veinte años más que él.

—¿Tú qué dices, Freddar? ¿Quieres volver a Alucia?

—Sí, Alteza. Echo de menos a mi familia.

Él no echaba de menos a su familia. Iba a echar de menos, mucho más, a Caroline. Muchísimo más.

En casa de los Farrington, fue recibido por el propio lord Farrington.

—Bienvenido, bienvenido, Alteza. Gracias por venir —le dijo, mientras él le entregaba la capa a un criado—. Espero que no le importe que el grupo de esta noche sea bastante pequeño. Estoy deseando hablar con usted esta noche, porque he estado trabajando estrechamente con el señor Vinters, de Alucia.

Leo se estaba quitando el sombrero, y se detuvo.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Aquel era el nombre que le había dado Lysander. El nombre del consejero favorito de su padre, el de un traficante de seres humanos.

—Es un hombre muy inteligente. Creo que podemos encontrar muchas vías de cooperación entre nuestros países. Comercialmente hablando, por supuesto, pero, también, en las artes. Esa idea, en particular, me seduce mucho —dijo su anfitrión, sonriendo.

—Una noble causa —murmuró Leo.

Farrington lo llevó a un salón muy grande que parecía recién decorado. Olía a yeso fresco y las alfombras y cortinajes estaban prístinos. Allí, recibió los saludos de lord Ainsley y de *lady* Katherine Maugham y su madre, *lady* Maugham. *Lady* Katherine no lo miró a la cara.

Hollis y su padre, Justice Tricklebank, también habían ido a la cena. Le presentaron al señor Edward Hancock y a su esposa, Felicity Hancock. Y, por supuesto, estaban también Caroline y Beck.

Oh, qué mal actor era. No pudo contener la sonrisa al verla. Llevaba otro maravilloso vestido, de color verde.

—Precioso vestido, *lady* Caroline —le dijo, cortésmente, mientras se inclinaba sobre su mano.

—¿Le gusta? Lo he hecho yo —dijo ella, con una sonrisa tímida

—. Hace dos días que no lo vemos, Alteza. ¿Se ha cansado de nosotros?

—Todo lo contrario. Por desgracia, estaba demasiado ocupado.

—Bueno —dijo Beck—. Por favor, Caro, ve a hacer compañía al juez. Me gustaría hablar un momento con el príncipe.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué?

—¿Es que no se te ocurre pensar, que, si quisiera que lo supieses, te invitaría a quedarte? Vete —le dijo Beck, moviendo los dedos hacia ella.

Caroline sonrió a Leo y atravesó el salón hacia Hollis y su padre.

Beck le señaló la esquina opuesta con un gesto de la barbilla, y ambos caminaron hacia allí, alejándose del resto de los invitados.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Leo.

—Te están vigilando —murmuró Beck, mirando a los demás—. Unos hombres del Ministerio de Exteriores. Creen que Caro puede saber algo de un complot para destronar a tu padre. Piensan que quizá hayas confiado en ella. ¿Qué demonios pasa, Leo? ¿Por qué creen que mi hermana puede saber algo de tus planes? ¿Y cuáles son tus planes?

—Beck —dijo Leo—. No tengo planes. No estoy conspirando contra mi padre, por el amor de Dios. Lo quiero. Ni siquiera conozco a mi tío.

Beck no quedó convencido.

—Se trata de algo completamente distinto.

—¿Qué es?

Leo pensó en lo que podía decir.

—Tiene algo que ver con una traición en el entorno de mi padre, pero no puedo contarte más. Te pido que confíes en mí, Beck.

—¿Y Caroline?

Leo tragó saliva. No podía mentir a su amigo.

—Ella me ha ayudado presentándome a gente a la que necesitaba conocer.

Beck apretó los labios y miró a su hermana.

—Mira, no sé de qué va todo esto, pero esos hombres van en serio. Te aconsejo que te marches de Inglaterra en cuanto puedas.

—Me marcho esta semana.

Beck le puso una mano en el brazo.

—Escúchame, Leo. No importa cuál sea la verdad. Lo que

importa es lo que perciban los demás. Y los demás perciben que estás corrupto.

—Lo entiendo.

Sabía que la gente que estaba haciendo aquello iba a aprovecharse de cualquiera que pudiera servirles de chivo expiatorio, con tal de seguir obteniendo beneficios. ¿Cómo demonios se había metido en aquel lío?

—Por el bien de mi hermana, eso espero —le dijo Beck, y se alejó.

Leo también volvió, de mala gana, con los demás. Quería hablar con Caroline, pero parecía que todos estaban pendientes de ella. Y ella, por supuesto, estaba atendiendo a todo el mundo.

En la cena, lo sentaron frente a ella. Ella se rio y habló con normalidad. Era bellísima. Para todos los demás, parecía como si no hubiera pasado nada entre ellos. Él se habría contentado con poder observarla durante toda la velada, pero *lady* Katherine Maugham y su amiga, la señora Hankcock, tenían otras ideas. Le estuvieron haciendo preguntas tontas y confusas, y él les demostró todo su aburrimiento.

Lo único que le consolaba era que podía cruzar la mirada con Caroline de vez en cuando, y ver el brillo de sus ojos. Se llevaría para siempre en el corazón aquel delicioso brillo y su sonrisa.

Ella, entre risas, acusó al señor Hancock de querer robarles a su cochero, porque, aparentemente, había habido una confusión con unos carruajes en Park Avenue, un día. Felicitó a la señora Hancock por su vestido. Les contó a todos la historia de tres niñas que habían salido cuando no debían y se habían perdido entre los matorrales.

—¿Dónde ocurrió eso? —preguntó *lady* Farrington.

—En nuestra casa de Bibury. Pasábamos allí los veranos, todos juntos.

—Lo que yo recuerdo es que os castigué a las tres —dijo el juez.

—Nunca jamás las castigó usted, señor —dijo Beck, riéndose—. Reconozca que siempre fue muy indulgente con ellas.

—No más que tú, Hawke —dijo el juez.

Después, empezaron a conversar sobre los nuevos tribunales que se iban a crear. Justice Tricklebank confesó que le gustaría retirarse a uno de ellos.

—No, no puede abandonarnos para irse al campo —protestó

Caroline—. ¿Qué iba a ser de Hollis y de mí?

—Para entonces, ya estaréis casadas. Es mi más ferviente deseo —dijo el juez, provocando las risas de todo el mundo.

Cuando retiraron los platos, Caroline pidió que la excusaran. Todos los caballeros se levantaron y ella salió del comedor.

Miró a Leo desde la puerta, tan brevemente, que él no sabía si se lo había imaginado. Después, se marchó. Él miró su plato. Tenía un nudo de nervios en el estómago. No quería que todo el tiempo que había pasado en Inglaterra acabara así, pero ya había llegado muy lejos. Si podía salvar a una más, ¿no merecía la pena correr el riesgo?

—Tal vez las damas deberíamos retirarnos y dejar que los caballeros fumen —dijo *lady* Farrington, cuando Caroline salió.

Las damas asintieron y salieron de la habitación.

El momento de los cigarros de la velada se extendió interminablemente. Él no fumó. Se quedó junto a la ventana mientras escuchaba a los caballeros hablar de las cosas que les gustaban: caza, carreras. Mujeres. Cada vez estaba más nervioso. Ojalá pudiera tomarse un *whisky*.

Por fin, se alejó de la ventana y se excusó.

—Tenemos un orinal para usted en el rincón, Alteza —gritó Farrington. El hombre había bebido demasiado, como el resto de los invitados, y todos se echaron a reír.

Él también se rio, pero continuó hacia el pasillo y cerró la puerta. Miró a su alrededor, y vio a Caroline acercándose desde otra sala.

—La última puerta a la derecha —le susurró, señalándosela.

Leo miró en aquella dirección.

—Te está esperando —dijo ella, y se volvió para regresar a la sala donde se habían retirado las damas.

Pero Leo la agarró de la mano.

—Caroline, espera. Tengo que hablar contigo.

—Sí, por supuesto. Pero antes debes hablar con ella. Está asustada, y quiere huir.

Ella se soltó los dedos y volvió a la sala.

Leo miró hacia la última puerta a la derecha. Una más. Solo una más que rescatar, y podía dejar de ser un héroe.

Caroline estaba segura de que nadie se había fijado en que había salido de allí. Cuando entró de nuevo, nadie la miró, y se sintió agradecida, porque estaba muy nerviosa. Se acercó a la ventana para mirar a la calle, pero no veía nada. Estaba muy oscuro. Respiró profundamente.

—Aquí estás, Caroline. ¿Dónde has ido?

Caroline se sobresaltó. Se dio la vuelta y se encontró con *lady* Katherine.

—Ah. A la sala de aseo.

—Oh, yo también quiero adecentarme antes de que los caballeros se reúnan con nosotros. ¿Está al final del pasillo?

A Caroline le entró pánico. Al final del pasillo no había nada más que un despacho y, en aquel momento, Leo estaba allí con Eowyn.

—Bueno, yo no iría ahora. Creo que lo van a limpiar.

—¿A limpiarlo? ¿Ahora?

—Bueno —dijo Caroline. Hizo un gesto de dolor y se puso la mano en el vientre—. Me temo que me ha sentado mal la cena. Creo que ha sido el pescado. Nunca se sabe cuánto tiempo ha estado en los puestos del mercado.

Aquella mentira de mal gusto funcionó a la perfección. Katherine se quedó horrorizada.

—Oh, Dios mío —dijo—. Pero ya habrán tenido tiempo de limpiarlo.

¡Señor, qué mujer! Era una plaga. Siempre la estaba vigilando. Tuvo ganas de taparle la boca para que no hablara. Pero allí estaba Katherine, metiendo las narices en todo, como siempre. Era obvio que desconfiaba, y quería sorprenderla en un renuncio para poder chismorrear sobre ella.

—A lo mejor, sí. Voy a comprobarlo y te aviso, ¿de acuerdo?

Katherine ladeó la cabeza.

—No es necesario.

—Vuelvo enseguida —dijo Caroline, con una sonrisa.

Salió apresuradamente y recorrió el pasillo. Cuando llegó al estudio, oyó a los señores. Estaban preparándose para reunirse con las damas, y todos iban a darse cuenta de que Leopold y ella no estaban en el grupo.

Caroline entró en el estudio. Eowyn y Leopold se sobresaltaron. La muchacha estaba llorando. Leopold le habló suavemente en aluciano. Después, miró a Caroline.

—Van a… se van a dar cuenta de que no estás.

Lo entendió inmediatamente. Se giró hacia la chica y le dijo algo más en aluciano, pero ella oía las voces acercándose por el pasillo. Cerró la puerta.

—¡Ya vienen! —les advirtió.

—Ve a buscar tus cosas y sal por la puerta lateral —le dijo Leopold a Eowyn—. Solo lo que puedas llevar contigo. No hables con nadie.

Las voces estaban cada vez más cerca. Caroline reconoció la de Tom, el marido de Priscilla, y la de Katherine.

—¡Es demasiado tarde! ¡Escóndete, Eowyn!

—¡Caroline! —exclamó Leopold, mientras Eowyn se metía detrás de una silla.

En realidad, no había sitio para que la pobre muchacha se ocultara. Iban a verla al instante, y pensarían lo peor de Leopold y de ella. Caroline oyó a Farrington en la puerta. Supo instintivamente que la única manera de esconder a la muchacha era crear una distracción. Corrió hacia el príncipe.

—Lo siento mucho —dijo.

Después, lo abrazó con tanta fuerza que él se tambaleó hacia atrás, y tuvo que agarrarse a ella. Justo cuando se abrió la puerta, Caroline lo besó. Lo besó con todo el pesar y el anhelo que iba a sentir durante el resto de sus días.

Leopold correspondió a su beso. El suyo fue un abrazo de amantes. Su último abrazo. Su último beso.

Caroline oyó el grito de alarma de Katherine, y oyó a Farrington ordenándoles que pararan *ipso facto*. Caroline se apartó de Leopold y se lanzó hacia la puerta.

—¡No es lo que parece! —gritó.

—¡Y un cuerno que no! —gritó Farrington—. ¡Y usted, Alteza, corrompiendo a las mujeres jóvenes!

La mayoría de la gente iba acercándose, y Caroline se movió hacia Farrington.

—¡Yo lo animé! —gritó, agarrando al hombre de las solapas.

—¡Caroline! —gritó Leopold, y corrió tras ella.

Todos salieron al pasillo. Caroline decía, entre sollozos, que no había hecho nada malo, que solo había seguido los dictados de su corazón, y Leopold le pedía perdón a Farrington. Todos gritaban y los perritos de Priscilla ladraban, y Katherine también lloraba, lo que desconcertó a Caroline. Hollis había llegado a su lado, la tomó de la mano y se la apretó. Estaba muy pálida y la miraba con los ojos muy abiertos.

Fue Beck quien más la asustó. Nunca lo había visto tan enfadado. La agarró del codo y se la llevó por el pasillo. Ella no entendió lo que les decía a sus anfitriones. Se dio la vuelta para ver a Leopold, pero Farrington le estaba gritando, amenazándolo con la muerte de las buenas relaciones entre Gran Bretaña y Alucia mientras él también trataba de avanzar hacia la salida. Y Priscilla, su buena amiga Priscilla, mirándola con horror.

—¿En mi casa, Caroline? ¿En mi casa?

Beck consiguió llevársela a la calle y subirla al carruaje. Ella se asomó a la ventanilla para ver lo que pasaba, pero estaba oscuro. Varios minutos después, Beck subió también, y le dio un golpe al techo del coche.

—Puedo explicártelo —dijo ella, pero Beck alzó una mano.

—No digas ni una sola palabra —le advirtió, en voz baja, en un tono grave—. Ni una palabra, Caroline. No quiero oír ni una palabra tuya.

Cuando llegaron, Beck ni siquiera se molestó en ayudarla a bajar del carruaje. Entró por la puerta y subió directamente a su habitación. El portazo se oyó por toda la casa.

Ella subió lentamente las escaleras y se dejó caer sobre la cama. Tenía el corazón encogido y estaba agotada. Había destruido su reputación, seguramente no volvería a ver a Leo y ni siquiera sabía si Eowyn había conseguido escapar.

Cuando empezó a llorar, por fin, sus lágrimas no eran por su caída en desgracia. Eran porque había perdido a Leopold.

Capítulo 29

Durante los últimos dos días ha habido un ir y venir incesante a una casa particular de Upper Brook Street. Podría suponerse que hay alguien enfermo. Es muy posible que sea cierto, dado que lo sucedido en casa de unos amigos provocó muchos sentimientos de contrariedad y desconcierto entre los conocidos cercanos.

Señoras, si su esposo sufre de letargo y de falta de voluntad para el trabajo, pónganle una cucharadita de raíz de regaliz en el té para restaurar su vitalidad. La raíz de regaliz Carsons está disponible en dosis ya medidas para que los esposos no sospechen nada.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Caroline lloró hasta que se quedó dormida aquella noche. Al día siguiente, el sol que entraba por la ventana la despertó. Se puso un brazo sobre los ojos y gimió.

—¿Qué hora es?

—La una —dijo Martha, desde algún lugar de la alcoba.

Caroline abrió los ojos. Los tenía muy hinchados del llanto, y le dolía la cabeza. Se incorporó lentamente.

—Anoche ocurrió algo terrible, Martha.

Su doncella no dijo nada. Caroline se apartó el pelo de la cara y miró a su doncella.

—Ya me he enterado, señorita. Ha desaparecido otra criada, y la historia de su desaparición ha corrido como la pólvora. Dicen que es un triángulo amoroso.

—¿Eh?

Martha apartó la mirada.

—Usted, el príncipe y la criada.

—Oh, Dios santo —dijo Caroline—. Mi reputación está destrozada, ¿verdad?

Martha no lo negó. Se sentó a su lado en la cama y le pasó un brazo por los hombros, como había hecho muchas veces durante todos aquellos años.

—No se preocupe, *milady*. El señor lo arreglará todo.

Pero Beck no lo arregló. No podía, por mucho que quisiera hacerlo. Al verlo en su estudio, aquella tarde, a Caroline le pareció que había envejecido. Tenía unas profundas ojeras, y las arrugas de alrededor de los ojos mucho más pronunciadas. Ella se colocó dócilmente delante de él, con los brazos cruzados.

Beck suspiró.

—¿Qué voy a hacer, Caro? ¿Qué hago, dime? Tu reputación está hecha añicos. He ido al club esta mañana y ya todo el mundo sabía lo que pasó en casa de los Farrington.

Ella se dejó caer en el sofá.

—Estaba intentando ayudar.

—¿Seduciéndolo? Eso es lo que van a decir, ¿sabes? En estos asuntos, siempre se les echa la culpa a las mujeres.

—No lo seduje. No era eso.

Beck se levantó de su escritorio y se sentó a su lado.

—Entonces, ¿qué fue? Cuéntamelo, Caro. Ayúdame a entenderlo.

Caroline no le ocultó ningún detalle a su hermano. Se lo contó todo. Le explicó lo que les estaban haciendo a las mujeres de Wesloria, y le dijo que Leopold estaba haciendo todo lo posible por ayudarlas. Le confesó que se había enamorado de él; que, al principio, solo era un encaprichamiento, pero que se había transformado en verdadero amor, y que el príncipe sentía lo mismo por ella. Le dijo que la noche anterior, cuando parecía que iban a descubrir a Leopold y a enviar a la muchacha a su habitación, impidiendo de ese modo que escapara, y sometiéndola a Dios sabía qué castigos, había hecho lo único que se le había ocurrido para crear un escándalo distinto y distraer a todo el mundo para que no descubrieran la verdad.

Cuando terminó, Beck lo había entendido. Se había suavizado considerablemente. Suspiró y se apoyó en el respaldo del sofá, mirando por la ventana.

—¿Por qué no se lo contaste al señor Drummond cuando vino?

—No sabía si podía confiar en él, y no quería perjudicar a Leopold.

Beck asintió.

—Bueno. Está bien. Vas a tener que irte de Londres una temporada.

—¿Por qué? No voy a salir, te lo prometo.

—Caro… ¿Es que no lo entiendes? No voy a permitir que te ocurra lo mismo que a Eliza. Esta sociedad que tanto adoras es como una bestia rabiosa. Se echarán sobre ti y se burlarán de ti a la menor oportunidad. Martha y tú os vais a ir a Bibury y, si hay suerte, las habladurías se acabarán con el paso del tiempo.

A ella se le encogió el pecho. No podía imaginarse viviendo indefinidamente en el campo. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a sobrevivir sin amigos? ¿Y sus vestidos, y su plan de abrir una tienda de ropa? ¿Y las cenas, los bailes, las visitas? ¿Quién era ella sin todas aquellas cosas?

—¿Y Leopold?

—No, Caroline —le dijo Beck, con firmeza—. Lo siento, cariño, sé que lo quieres. Lo llevaba sospechando un tiempo. Pero no debes preguntar por él, ni pensar en él. Mañana zarpa para Alucia y no va a volver. Su reputación ha quedado aún peor que la tuya —añadió. Le tomó una mano y se la apretó—. Te entiendo, querida. A mí también me han roto el corazón. Pero, con el tiempo y un cambio de aires, te curarás. Poco a poco, irás pensando en otras cosas.

Caroline no lo creyó. Nunca iba a poder pensar en otra cosa que no fuera su príncipe.

Hollis fue a verla a la mañana siguiente. Beck la interceptó en el vestíbulo y le dijo que aquel no era un buen momento.

—Nunca va a ser un buen momento, Beck —dijo Hollis—. Apártate.

—¿De verdad crees que estás en posición de venir a mi casa y darme órdenes, Hollis Honeycutt?

—¡Yo sí, Beck! Es como una hermana para mí, y no voy a

permitir que te interpongas en mi camino.

Beck dio un resoplido.

—¿Por qué no sois capaces de escucharme? —clamó—. ¿Por qué nadie es capaz de escucharme? —siguió preguntando, mientras ella lo dejaba atrás y subía las escaleras.

Hollis lo ignoró. Estaba mirando hacia arriba, a Caroline, que se había asomado a la barandilla.

—¡Cariño! —le gritó—. Oh, Caro.

Cuando llegó al primer piso, abrazó a su amiga e hizo que entrara en el salón de su *suite*. La sentó en el sofá y le tomó las manos.

—Caro…, se ha ido. Esta mañana zarpó en el barco real de Alucia con tres chicas y un niño.

Ella jadeó de alivio. Por lo menos, habían conseguido hacer eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Mandé a Donovan para que los ayudara. Nadie más quería hacerlo.

Caroline no podía respirar. Hollis le apretó las manos.

—Le dijo la verdad a todo el mundo antes de irse. Llamó al embajador aluciano y a los hombres del Ministerio de Exteriores. La señora Parker estaba en el Clarendon con su marido cuando sucedió, y dice que les explicó que había descubierto este deplorable asunto. No oyó todos los detalles, porque su marido la mandó fuera de la sala, pero sí oyó que tenía que ver con mujeres jóvenes. Dijo que los hombres del gobierno no le creyeron, y que querían seguir interrogándolo, pero la marea iba a cambiar pronto y él tenía que irse. Zarpó con su grupo hacia Alucia. Donovan dice que es un héroe.

Caroline se atragantó. Sí, era un héroe. Era bueno y compasivo, y la había hecho sentir muchas cosas.

—No voy a verlo nunca más, Hollis. Y, si lo veo, él será un hombre casado, y yo… Oh, Dios mío.

—Querida, él ha intentado verte, pero Beck no se lo permitió. Le dijo que ya había hecho suficiente.

—¿Ha venido aquí? —gimió ella. Mientras ella estaba sollozando, él había ido a verla.

—Pero, esta mañana, llegó un hombre a mi casa a traer una carta. Creo que era uno de sus guardias. Me dijo que el príncipe

rogaba que te la entregara.

Hollis le dio unos papeles plegados a Caroline. Con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Tengo que irme ya. Voy a sacar a la luz pública toda esta corrupción.

Caroline no supo qué quería decir, y no tenía fuerzas para preguntar. Se puso de pie ciegamente y acompañó a su amiga a la escalera con la carta apretada en el puño. Desde arriba, vio a Hollis hablar con Beck en el vestíbulo y, después, despedirse con un abrazo.

Volvió a su salón y cerró la puerta. Respiró profundamente y leyó la carta.

Querida Caroline:

Cuando estés leyendo esta carta, seguramente estaré rumbo a Helenamar. Creo que, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, no podré volver a Inglaterra. Me he quedado hundido al no poder verte y no tener un momento para hablar.

No tengo mucho tiempo, pero quiero decirte esto: nunca pensé que encontraría el amor. Nunca creí que, en mi posición, podría vivir el lujo de conocer el amor. Mi mundo era una nebulosa de placer y privilegios, pero llegaste tú e hiciste un agujero en esa neblina.

No sabía que iba a conocer a alguien como tú, que iba a amar a alguien como tú. Me temo que este amor que siento por ti me va a conducir a la locura. Pienso en ti a todas horas y seguiré así el resto de mi vida. Siempre voy a atesorar lo que hemos compartido. Nunca podré sentir esto de nuevo, y quiero que sepas que, pase lo que pase, te quiero más que a nada en el mundo y te querré durante el resto de mis días.

Ella también lo quería más que a nada en el mundo. Ella también lo querría durante el resto de sus días.

No le importaba que la enviaran al campo. Ya no le importaba nada.

Capítulo 30

Bibury, the Cotswolds

Todos los que han podido han huido del calor veraniego de Londres, pero quedan unas pocas almas en la ciudad, incluyendo un pavo real que ha perdido unas cuantas plumas este verano y que, según parece, no tiene fuerzas para volar.

Lady *Caroline Hawke ha anunciado que no acepta encargos de vestidos, ya que el aire de Londres no beneficia a su salud y ha decidido pasar una temporada en el campo para recuperarse.*

Después de la escandalosa partida de una doncella, cierta dama cuyo marido es una estrella ascendente de la política ha contratado a otras dos criadas. Las afortunadas jóvenes son londinenses.

Corren inquietantes rumores sobre una red de tráfico de esclavas que operaba en las más altas esferas del gobierno británico. Mantendremos los ojos y los oídos bien abiertos para proporcionar todas las noticias al respecto.

Señoras, los nuevos estudios científicos sobre la salud sugieren que la calistenia, esta hermosa disciplina, debería incluirse en los hábitos diarios de todas las mujeres.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Las tres damas que se habían reunido en un salón de la mansión campestre de los Hawke eran del pueblo. Dos de ellas estaban

educadamente sentadas en el sofá. Otra estaba subida a una caja, y Caroline le estaba tomando medidas.

Llevaba ya cuatro meses en el campo. El verano había terminado y había llegado el frío otoño. Ella se había acostumbrado a llevar el pelo recogido en una coleta, a la espalda. No merecía la pena peinarse y arreglarse si no tenía a nadie a quien impresionar. Llevaba una falda muy sencilla y una de las viejas camisas de Beck, además de uno de los jerséis de su hermano, que le llegaba casi por las rodillas.

En el salón había vestidos en proceso de confección. A ella ya no le apetecía ponérselos, pero hacerlos la ayudaba a no pensar en… otras cosas.

—Creo que le favorecería mucho el azul, señora Carter. ¿Le gusta la seda azul? —preguntó.

—Ah, sí, es preciosa —dijo la mujer.

—Puede bajar los brazos —le dijo Caroline. Miró sus anotaciones y sonrió a las tres mujeres—. Muchísimas gracias por venir.

—Muchas gracias a usted, *lady* Caroline —respondió la señora Carter.

Martha acompañó a las señoras a la puerta. Se paró a charlar con ellas sobre el nuevo médico del pueblo. Caroline se daba cuenta de que a Martha le gustaba estar allí. Había empezado a hacer bollería y tartas, y se había hecho muy amiga de la cocinera que iba a trabajar a la casa, desde Bibury, cuatro días a la semana.

A Caroline le gustaba estar allí como le hubiera gustado estar en cualquier otro sitio. Bueno, tal vez, más. No echaba de menos la vida en sociedad. De hecho, a menudo se preguntaba por qué siempre había sido tan importante para ella. Ahora le parecía una vida vacía, frívola. Se había permitido ser una persona vacía para no ver lo que tenía por dentro. Pero ya lo sabía.

Aquellos meses habían cambiado muchas cosas. Era como si al estar alejada del bullicio de Londres y de los eventos sociales, hubiera descubierto su verdadero yo y lo había aceptado.

Desde que se había marchado Leopold, se había dado cuenta de que su vida estaba dedicada a cosas frívolas. Pero ella ya sabía lo que quería: un amor como el que había encontrado con él. Quería que su vida tuviera un significado. Quería que Beck se sintiera

orgulloso de ella. Quería pasar sus días haciendo algo más importante que vestirse para ser admirada. Quería ayudar a los demás. Quería un propósito vital.

No había tenido noticias de Leopold, algo que se esperaba. Era un hombre honorable, y no iba a escribirle a ella cuando se estaba preparando para casarse con otra mujer.

Ah, pero sí había tenido muchas noticias a través de Hollis y de Eliza.

Eliza le contó, por carta, que Leopold había llegado a Helenamar en medio de los rumores de su supuesta traición. Sin embargo, había sacado a la luz la red de tráfico de esclavas weslorianas y, también, de algunas mujeres de Alucia.

> *Es un héroe, Caro. Todo el mundo lo dice. Arriesgó su reputación y su compromiso para acabar con ese horrible negocio.*

Eliza decía que toda la corte hablaba en términos elogiosos de él, aunque al principio nadie esperaba que fuera el tipo de persona que se preocupaba tanto por los demás.

Caroline sonrió al leer aquella parte. Se preguntó qué pensaría Leopold de todo aquello.

Hollis fue a verla un fin de semana, y también le llevó noticias. Por supuesto, su amiga había sido muy buena con ella en su revista, pero otros no tanto. Habían surgido todo tipo de rumores sobre Caroline y su falta de moral. Se decía que había seducido a caballeros, que había tenido citas, que había mentido para ocultar aquellas cosas. Sin embargo, lo que más le había molestado era que dijeran que no había hecho ella los vestidos que les había regalado a sus amigas, sino que había empleado en secreto los servicios de una modista profesional.

Hollis tenía más noticias. Lord Ainsley había pedido la mano de una heredera del carbón, así que, una vez más, Katherine Maugham se había quedado con un palmo de narices. Caroline lo sintió sinceramente por ella. Katherine quería casarse. Hollis también le contó que el señor Cressidian, un caballero aluciano, iba a ser juzgado por esclavismo. Se había descubierto que no solo actuaba de intermediario en la venta de las mujeres, sino que había cobrado

un buen dinero por difamar al príncipe.

—Es terrible —dijo Caroline.

—Sí, es terrible —convino Hollis—. ¿Sabes qué es lo más sorprendente de todo?

Caroline negó con la cabeza.

—Que el príncipe Leopold arriesgara su estatus por esas mujeres. Eliza dice que ha jurado que va a encontrar a todas las muchachas a las que vendieron, aunque sea lo último que haga.

—Siempre supe que era un buen hombre —murmuró Caroline.

Hollis se echó a reír.

—No es verdad. Al principio lo despreciabas.

Caroline sonrió.

—Quiero decir que siempre supe que era un buen hombre después de dejar de despreciarlo. Oh, Dios, Hollis, cuánto lo echo de menos.

Hollis se sentó a su lado y puso la cabeza en su hombro.

—Ya lo sé, cariño. Yo todavía echo de menos a Percy.

Caroline empezó a ocuparse del jardín a finales de otoño, animada por el hecho de que las rosas siguieran floreciendo a pesar de las primeras heladas. Eliza volvió a escribir contando unas noticias que, al principio, causaron júbilo a Caroline.

El compromiso de Leopold con Eulalie Gaspar se había cancelado, ya que su padre estaba implicado en la trata de esclavas. Por supuesto, al duque de Brondeny no le iba a ocurrir nada, ya que los weslorianos acusaron a Leopold de difamar al aristócrata.

Tampoco el señor Vinters iba a ser juzgado, ya que el rey confiaba demasiado en su consejo. Esto había disgustado mucho al príncipe Leopold y al príncipe Sebastian. Para ellos era difícil entender que su padre confiara en los consejos de un hombre implicado en ese tipo de crímenes. Ella sí lo entendía. Para los hombres así, las mujeres a las que habían hecho daño no eran importantes. Solo eran unas niñas. No había nada por lo que enfadarse.

La alegría por la noticia de la ruptura del compromiso de Leopold con Eulalie no duró mucho. Se dio cuenta de que él tendría que casarse con otra mujer, pero que nunca sería con ella.

Continuó haciendo vestidos hasta principios del invierno, tantos

como para agotar la demanda de un pueblo tan pequeño como Bibury. Se acostumbró a dar largos paseos por las tardes, hasta el punto de que se le desgastaron las suelas de las botas. El clima era frío, así que comenzó a utilizar los pantalones gruesos de Beck, atándoselos bien a la cintura. Siguió atendiendo el jardín, hundiendo las manos en la tierra, preparándola para la primavera.

Beck iba a verla de vez en cuando. Una noche, le dijo que la veía muy distinta.

—¿En qué sentido? —le preguntó ella, mientras ponía los pies en una silla, junto a la mesa de la cena, y tomaba un cigarro.

—Has madurado —le dijo él—. Siempre has estado segura de ti misma, querida, pero ahora… estás cómoda en tus zapatos. No sé, exactamente, lo que es. Es como si no te importara nada que fumar un cigarro sea algo inaceptable y que solo ganarías no volver a recibir una invitación.

Ella se echó a reír.

—Solo quiero probarlo, Beck. La vida es muy aburrida sin alguna aventura por aquí y por allá —dijo. Le dio una calada al cigarro y comenzó a toser violentamente—. No tienes que preocuparte por mí, Beck. Yo siempre encuentro la forma de seguir adelante.

—No tengo ninguna duda, cariño.

Los días se acortaron y comenzó a hacer frío. Caroline iba a pasear con el abrigo de caza de Beck y con un chal alrededor del cuello. Había adoptado a dos perros que se había encontrado en el mercado del pueblo. Les gustaba ir con ella de aventuras.

Aquel día, Caroline no había caminado aún ni un kilómetro y medio cuando empezó a nevar. Los perros y ella se dieron la vuelta.

Atravesó el bosque por un sendero y bajó por una colina hacia la finca de los Hawke. Vio que había tres jinetes acercándose a la casa, y los perros salieron corriendo hacia ellos, ladrando. Dios, esperaba que pasaran de largo. No quería ser anfitriona de unos desconocidos una noche con nieve. Martha y ella jugaban a las cartas con algo de ginebra las noches como aquella.

Sin embargo, al seguir descendiendo por la ladera, sintió un cosquilleo. Uno de los jinetes espoleó a su caballo y se dirigió hacia ella al galope. Notó un calor en el pecho, que le subió por las mejillas. Se quedó mirando al jinete, pensando que debía de ser una

aparición. Eran imaginaciones suyas. ¿No se lo habría dicho alguien?

No. Era imposible confundir al idiota de Alucia, su amado. Se quitó el sombrero y empezó a correr, deslizándose y resbalando colina abajo, hacia el camino.

Él desmontó de un salto y corrió hacia ella, seguido por los perros, subiendo por la ladera. Caroline se arrojó a sus brazos. Él la agarró y la besó. La besó con tanta fuerza que cayeron al suelo y rodaron un poco, hasta que Leo consiguió que pararan. Cuando, por fin, levantó la cabeza, sonrió.

—¿Cómo? —le preguntó.

—Es una historia larga y aburrida, pero me he rebelado contra los deseos de mi padre y estoy seguro de que no seré bienvenido por mucho tiempo en el palacio de Constantino, ni en Mayfair.

Caroline se sentó. Le acarició las mejillas y el pecho para cerciorarse de que era real.

—Fui a ver a Beck —le dijo él—. Me contó dónde estabas. Me advirtió que has cambiado, y que tal vez no quisieras verme.

—No quiere que me veas tú a mí.

—Sí quiere —dijo Leopold, y le tomó ambas manos—. Caroline, escúchame. He pasado muchos meses anhelando verte todos los días. No podía dejar de pensar en ti ni un momento.

Ella se echó a reír, porque aquello era fantástico, extraordinario. Había soñado, literalmente, con un momento como aquel.

Él tomó su cara con ambas manos.

—¿Entiendes por qué estoy aquí?

—Eliza me dijo que habías prometido que ibas a encontrar a todas las mujeres a las que han vendido.

Él se echó a reír. Se puso de pie, y tiró de ella hacia arriba.

—Sí, y lo voy a hacer. Pero he venido por ti, Caroline. Solo por ti. No sé adónde vamos a ir exactamente, pero compré un castillo en ruinas y tengo a un niño, Bobbin, que ha venido a trabajar para mí. Parece que se encariñó conmigo durante el viaje a Alucia. No sé qué más puedo ofrecerte, aparte de mi corazón, mi amor, mi devoción eterna.

Caroline pestañeó.

—Beck no va a…

—Sí. Era la única manera de que me permitiera verte.

A ella se le iba a escapar el corazón del pecho.

—Esto es un sueño —murmuró.

—No, no es un sueño, amor mío. Estoy aquí, delante de ti.

—Pero… Leopold, yo ya no soy la misma. Mírame. Soy otra persona. Todo ha cambiado. Yo he cambiado.

Él le acarició el pelo.

—Y yo. Ahora sé lo que quiero. Sé qué es lo que importa.

Se quedó momentáneamente confundida, porque él acababa de decir lo que ella había estado pensando aquellos meses.

—Y nunca has estado más bella que ahora, Caroline. Si no fuera porque Kadro y Artur están ahí detrás, te demostraría aquí mismo lo mucho que te quiero.

De repente, hincó una rodilla en el suelo.

Caroline jadeó.

—*Lady* Caroline Hawke —dijo él, poniéndose una mano en el pecho—. Soy un príncipe sin hogar. Un hombre sin vocación. Puedo ofrecerle muy poco, las ruinas de un castillo, pero viviré dedicado a usted. Es la mujer con la que quiero pasar la vida y tener hijos. Es la mujer que me ha despertado y me ha enseñado lo que hay que cuidar y atesorar. Si me acepta, sería un honor convertirme en su marido.

Si aquello era un sueño, ella no quería despertar jamás. De repente, vio el vestido que iba a hacerse para la boda. Sonrió y miró al cielo para saborear aquel momento. A su alrededor caían los copos de nieve, y los perros volvieron con ella para investigar y olisquear al príncipe. Uno de los guardias estaba en el camino, con los caballos, y el otro se había tendido en el suelo con una mano a modo de almohada.

—Es una espera angustiosa por una respuesta —dijo Leopold.

Caroline lo miró. Se inclinó y lo tomó entre sus brazos.

—Sí, Leopold. Sí, para siempre. En unas ruinas o en un palacio. Con un vestido precioso o con un saco. En esta vida, y en la siguiente. Sí.

Entonces, ella también se puso de rodillas, y lo besó.

Cayeron de costado al suelo y el beso continuó hasta que los perros empezaron a lamerles la cara y les hicieron reír.

Epílogo

Un mes después

La boda de Su Alteza Real el príncipe Leopold de Alucia y lady *Caroline Hawke se celebró en la iglesia de Santa María, en el pueblo de Bibury. Dada la época del año y la dificultad de transitar por los caminos, debido a las fuertes nevadas, los invitados se limitaron a la familia más cercana. La novia llevó un vestido de su propia creación, confeccionado a partir del traje de novia de su difunta madre, recientemente descubierto, y una seda de color crema importada de Francia. El vestido tenía bordados unos diminutos capullos de rosa que caían en cascada por el corpiño y la cola.*

Su Alteza Real iba ataviado al estilo aluciano, con medallas y adornos de su país. El padrino de la ceremonia fue lord Beckett Hawke, y la madrina, la señora Hollis Honeycutt. La feliz pareja residirá en la mansión Hawke, en Bibury, hasta que puedan llevarse a cabo las obras de rehabilitación del Castillo de Herstmonceux. Todos deseamos que estas obras comiencen antes de que el Señor llame a los recién casados a su lado.

El matrimonio va a dedicar tiempo y fondos a la construcción de una nueva escuela junto a la iglesia. Se les ha visto trabajando codo con codo con los habitantes del pueblo para acabar el edificio antes del próximo curso.

Por otro lado, el Ministerio de Asuntos Exteriores anunció esta semana que Su Majestad la reina será anfitriona de la cumbre de paz entre Wesloria y Alucia a finales de este año. Los alucianos estarán representados por

Su Alteza Real, el duque de Tannymeade, acompañado por la duquesa y, Dios mediante, el bebé real, que nacerá la próxima primavera.

Los weslorianos aún no han nombrado a sus representantes.

Gracias a los esfuerzos de esta revista, la policía metropolitana anunció que un tal señor Hemphill de Marylebone ha sido acusado del robo de los fondos de la parroquia, recaudados por los fieles de la Iglesia de San Marcos de Inglaterra, en Mayfair, y destinados al orfanato. El señor Hemphill ha confesado su delito.

Señoras, los médicos advierten que, si uno adquiere el hábito de tomar cenas pesadas durante el invierno, debe dejar pasar unas cuantas horas antes de acostarse. De no hacerlo, las consecuencias podrían ser un ataque de apoplejía.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas